

Enrique González Rojo

OBRA FILOSÓFICO-POLÍTICA

TOMO I

***LOS TRABAJADORES
MANUALES Y EL PARTIDO***

 domés

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

LOS TRABAJADORES MANUALES Y EL PARTIDO

Se terminó de imprimir el día 30 de junio de mil novecientos ochenta y seis, en los talleres de Impresora Eficiencia. Emilio Carranza, ochenta y ocho, local tres, colonia Zacahuitzco. Consta de mil ejemplares en papel Revolución de veintinueve kilos.

PRESENTACIÓN

Los artículos sobre el problema del partido que aquí se compilan conforman una *unidad teórica conceptual*. Unidad que es fruto de una larga experiencia teórica y práctica sobre las cuestiones organizativas de la revolución socialista desde el punto de vista de la agrupación política de clase.

Esta unidad responde, tanto desde un punto de vista *histórico general* como desde el enfoque de una postura crítica y radical en México, a una concepción desarrollada por *el espartaquismo mexicano* desde 1960 (fecha en qué nació, al separarse la célula Marx del P.C.M.) y que parte de la *crítica a la irrealidad histórica* de los partidos —que como el P.C.M. de entonces— disponen de un "nombre glorioso" (el autodenominarse el partido de los explotados) que contrasta tajantemente con su realidad precaria (es decir, la puesta en evidencia de su irrealidad histórica traducida en su incapacidad para destruir el capitalismo) .

Se trata, entonces, de una formulación que parte de la crítica de esa irrealidad; pero el acto consecuente en que se traduce pugna a la vez por la creación del verdadero partido comunista de los explotados de la ciudad y el campo.

Aunque el orden que guarda esta compilación es cronológica, debemos señalar que inicialmente no fue concebida con la finalidad expresa de ser publicada conjuntamente, bajo la modalidad de un libro uniforme como pretendemos hacerlo ahora, razón por la cual nos ha resultado imposible en la compilación que preparamos para el lector, evitar algunas repeticiones que acaso pudieran parecer redundantes e incluso cansarlo. Al respecto podemos decir que si nos hubiéramos avocado a la tarea de evitarlas, sin duda habríamos trastocado lastimosamente la coherencia lógica, explicativa, que tienen todos y cada uno de los artículos seleccionados. Esta es la razón por la cual, en lo que a esta cuestión se refiere, hemos preferido contar con la comprensión del lector que entenderá esto al tener una visión de conjunto una vez leídos todos los ensayos, que analizan una serie de aspectos organizativos de primera importancia en el proceso de construcción del partido.

Por lo demás, creemos que las repeticiones (inevitables por la razón señalada) ayudarán al lector a familiarizarse con una terminología nueva en el ámbito de la discusión tradicional sobre la organización partidaria, y a auxiliarle para adquirir una mayor claridad sobre los problemas organizativos planteados.

No todos los artículos que componen esta compilación fueron elaborados por Enrique González Rojo. El sexto, fue escrito por Guillermo

González Phillips, pero lo hemos incluido por su importancia y porque representa una continuación de la temática aquí desarrollada, por lo cual, según se verá, ensambla claramente con el conjunto de ideas tratadas en los otros capítulos.

Por otro lado, el sexto capítulo —como en buena medida los demás— es fruto de discusiones colectivas. Esta es la razón y el motivo por el cual, aunque el autor del libro tiene el mérito indiscutible de haber formulado y sistematizado la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular, es importante subrayar que no se trata de las opiniones de un individuo, sino que se trata, más bien, de búsquedas colectivas con desarrollos y matizaciones que frecuentemente han sido producto de discusiones entre camaradas.

El tema sin duda polémico que se desarrolla a lo largo de este libro, puede ser caracterizado como *un llamado teórico a la acción práctica*. Su temática organizativa en general, pero particularmente la toma de posición en que se alinea, sin duda coadyuvará, en el seno de la izquierda consecuente, al enriquecimiento de la polémica sobre la configuración del partido de clase revolucionario que requieren los explotados; pero, aún más, al desarrollo pragmático, empírico, de los principios abstractos esbozados para la actividad concreta y en favor de una de las tareas prioritarias del movimiento comunista revolucionario en nuestro país: *la creación del verdadero destacamento partidario de los trabajadores manuales de la ciudad y el campo*.

Así, este *llamado teórico a la acción práctica*, se encuentra apoyado sobre una *base comunista integral*. Conciente de que en México no existe un partido que pueda ser considerado la vanguardia científica y revolucionaria del proletariado, postula la necesidad de la creación del mismo y, estratégicamente, la necesidad de la *articulación de las diferentes revoluciones* que se requieren para superar el complejo de contradicciones que exige la marcha en positivo de la revolución comunista, a saber: *la Revolución económico-política la Revolución cultural, la Revolución sexual-familiar la Revolución antiautoritaria*, etcétera.

Hoy aún resulta vigente la tesis de otro gran espartaquista mexicano, José Revueltas, quien postulara en su *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, la inexistencia histórica de la izquierda mexicana. A casi un cuarto de siglo de la publicación de su ensayo, sigue sin conseguirse la finalidad última de intención que movía el objeto de su reflexión en dicho documento, y todavía la limitación de la lucha de los explotados se expresa en la ausencia de un partido comunista verdadero, con una "cabeza" obrero-manual científica y revolucionaria. Creemos que la ausencia en México

del partido de los explotados, *es un efecto de la tradicional falta de independencia y de autonomía de la clase obrera nacional*, tanto respecto al Estado mexicano, que oficializa organizaciones formalmente obreras, como respecto a vanguardias dirigentes intelectuales (burocratizadas y caudillistas) ajenas a la clase obrera, y que desvirtúan, mediatizan y se erigen en obstáculos que impiden la emergencia y gestación de la organización política obrera. Esto sucede a todo lo largo de un período tan extenso como la propia existencia del proletariado en nuestro país.

Lo afirmado anteriormente, probablemente pudiera explicarse —como frecuentemente se hace—, basándose en la denuncia de la ausencia de un nexo entre los explotados y el socialismo científico (concebido como arma indispensable para luchar por la conversión del proletariado mexicano *de clase empírica o "en sí" en clase histórica o "para sí"*). Pero la razón explicativa no es ésta: si el proletariado mexicano no ha sido capaz todavía de acceder a la conciencia de la necesidad de desarrollar la transición desde el momento defensivo de sus reivindicaciones económicas inmediatas, hasta el momento ofensivo (que constituirá la capacidad y no sólo la potencialidad de enarbolar un proyecto científico y revolucionario capaz de destruir el capitalismo para construir el socialismo), se debe al dominio del elemento practicista, inmediateista, economicista y asistencial que *traba el desarrollo subjetivo, político-organizativo de clase*.

Este atraso orgánico, reflejo nítido y fiel del atraso en la conciencia de los trabajadores, contrasta con el hecho de que, en nuestro país, en la medida en que se comprende menos y se distorsiona más el marxismo, aumenta paradójicamente y en proporción inversa el número y "el nivel" de los "eruditos marxistas", tanto de viejo cuño como de nueva filiación. Esta situación nos revela la pérdida de perspectiva de estos "eruditos", en cuanto al papel real que por cumplir tiene la intelectualidad radical y verdaderamente revolucionaria como transmisora del conocimiento. Mientras más se reproduce el viejo vicio del vanguardismo intelectualista del "*tirar línea*", menos se trabaja al interior de las organizaciones de masas en la *formación de la conciencia comunista, en la transmisión y socialización del conocimiento político*.

Del entendimiento de este problema parte el desarrollo que en este libro concibe a la organización *político-partidista* de los explotados *dinámicamente*: esto es, como un *Laboratorio de Comunismo*. Tesis que desecha la vieja formulación unilateral del partido concebido exclusivamente de manera instrumental, propia de toda la tradición *vanguardista-intelectualista* en general, pero *leninista-bolchevique en particular*. En efecto, frente a la postura estrecha del *partido-instrumento*, la

concepción del *partido-Laboratorio de Comunismo*, propone una estrategia que responde a la necesidad de que, a partir del seno mismo de la organización de masas (encargada de gestar el partido obrero revolucionario), deberán existir un conjunto de prácticas, una serie de avances y prefiguraciones, para la formación de la *conciencia comunista integral*.

En ese laboratorio de comunismo en que se convertiría la organización, el partido por el que se propugna, se trataría de articular una lucha comunista en un sentido integral que, de modo alternativo y prefigurativamente también, le saldría al paso al conjunto de esclavitudes y enajenaciones presentes en el todo social capitalista. De este modo, la organización concebida bajo el modelo de un laboratorio, desarrollaría una estrategia encaminada no sólo a la superación histórica radical de la contradicción entre capital y trabajo asalariado, con la clase obrera erigida como el *factor empírico-decisivo* de dicha transformación, sino que también desarrollaría la estrategia pertinente (capaz de la solución revolucionaria) de las demás contradicciones antagónicas. Entre otras, ' la contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, mediante la *Revolución Cultural* anticipativa; la contradicción entre el hombre y la mujer, a través de la *Revolución sexual-familiar*; la contradicción entre los gobernantes y los gobernados, con la *Revolución antiautoritaria*; la contradicción entre la ciudad y el campo, implementando la *Revolución ecológica*, etcétera.

El partido-laboratorio de comunismo, como forma de organización política superior, sería, entonces, una suerte de caldo de cultivo en el cual se gestaría, en la medida en que ello fuera posible desde el capitalismo y dentro de la práctica revolucionaria en desarrollo, la conciencia de la .necesidad de la articulación de las diferentes revoluciones que implica la revolución comunista en su sentido más profundo. Se trata de una propuesta partidaria dentro de la cual se lucharía por *ser comunista no sólo en el trabajo directamente político sino también en la "esfera de la vida privada"*.

De ahí la afirmación que se sostiene en este libro, en el sentido de señalar que el individuo que ingresa a una organización comunista, lo hace no tanto por el hecho de ser ya comunista, sino antes bien para aprender a serlo, para lograrlo multilateral e integralmente. Por eso, de lo dicho se infiere que la propuesta organizativa que aquí se postula, constituye un alegato radical, razonado por Enrique González Rojo a lo largo de una experiencia profunda tanto en el desarrollo del campo de la teoría como en el terreno de la práctica. Es producto de una militancia prolongada durante varias décadas, combinada con una intensa actividad teórica en el seno de

la izquierda revolucionaria mexicana. Es, pues, tanto producto de mucho esfuerzo y tiempo en el desarrollo concreto de la organización política, cuanto de la evolución de la teoría revolucionaria.

En ese sentido, además de representar la concreción de un pensamiento que ha pugnado por no desvincularse de la práctica, significa también la emergencia y desarrollo de una teoría que nace en el sentido de estarse desarrollando. De ahí que su pronunciamiento radical no lo sea en el aire, sino con los pies en la tierra. Sin embargo, no se trata aquí de sostener que lo postulado sea un sistema de ideas acabado; por el contrario, creemos que mucho falta por decirse y, aún más, por hacerse, pero no obstante, pensamos que las reflexiones y los planteamientos aquí vertidos representan un sustrato y bagaje teórico importante toda vez que descansan en la experiencia práctica, para configurarse como el punto de partida de futuros desarrollos más acabados.

Así, creemos que existe sin duda un fenómeno de importancia excepcional contenido en esta selección de artículos que abarcan un periodo de veinte años: de 1965 a 1985. Nos referimos a la novedad organizativa que representa, irrumpiendo en el ámbito de la teoría tradicional sobre el partido, la propuesta de desarrollo de un proyecto comunista partidario y emancipador, e inscrito en la perspectiva aún no concreta pero necesaria, por hacer surgir un *partido de nuevo carácter*.

Un partido de nuevo carácter exige, entre otras cosas, la pretensión y la práctica consciente por unificar el *aspecto abstracto* de la necesidad de crear el partido obrero-campesino manual en México, con el *aspecto concreto* de llevar a cabo la articulación de las diferentes revoluciones necesarias que son precisas (como la evidencia histórica lo ratifica), para transgredir la sociedad capitalista explotadora en dirección al socialismo, y no, como ha sucedido, en dirección a una forma productiva (como la rusa) totalitaria y explotadora con la clase intelectual (burocrático-tecnocrática) a la cabeza.

En todo ello, cobra también una dimensión histórico-universal la exigencia de una postura programática certera, frente al enunciado leninista tradicional que *justifica* al elemento intelectual (diferenciado de la masa) en sus *funciones directivas* y que avala la existencia de los *revolucionarios profesionales*. Esta tesis (que tuvo su encarnación más acabada en las consecuencias nefastas que desembocaron en la dictadura de la clase intelectual sobre el proletariado manual tras de la revolución rusa de 1917), motiva a combatir el soporte programático en favor de la intelectualidad dentro de la teoría leninista de la organización. En efecto, la moderna estructura del partido de vanguardia, que fue expuesta por

primera vez en sus lineamientos generales en el *¿Qué hacer?*, señala, como se sabe, que el proletariado por "sí mismo", no puede desarrollar una conciencia socialista, razón por la cual el bolchevismo postula "la teoría del bacilo" o de la "inyección de la conciencia" desde fuera a la clase obrera. En suma: todo el discurso de la externidad significa, la historia así lo demuestra, un llamado a la formación de revolucionarios profesionales, constituidos como núcleo de una vanguardia externa a la clase y que contiene ya en germen los atributos de una *diferenciación clasista*: diferenciación basada en el conocimiento, en el *monopolio cognoscitivo* de que dispone la intelectualidad, considerada como una *clase social* separada del pueblo y de la masa ignorante.

El discurso intelectualista, implícito en el modelo leninista (jacobino-blanquista) de partido, ha utilizado, en los países en que ha tomado el poder (autodenominándose demagógicamente como socialista sin serlo realmente), la ideología socialista para conseguir su base de masas, con un propósito definido y claro, es decir, con el objetivo de *derrocar al capitalismo privado*. Pero una vez eliminado éste, la inteligencia (y en particular sus sectores hegemónicos, la burocracia y la tecnocracia), ha rehusado socializar *los medios de producción intelectuales*, lo cual le ha permitido erigirse como la usufructuaria del poder, por el peso de que dispone debido a ocupar el polo superior de la *división vertical del trabajo* (el trabajo intelectual), heredada del capitalismo y que se refuncionaliza, profundizando la brecha y antagonismo contradictorio entre trabajo intelectual respecto al trabajo físico. Ello supone olvidar la necesidad, para el advenimiento del régimen de transición socialista, del planteamiento adecuado que garantice la subversión de la división capitalista del trabajo. Todo lo cual ha permitido en las sociedades poscapitalistas (como la rusa, la china, la cubana, etcétera), que los intelectuales "fragüen" como una nueva clase social dominante.

Frente a esta cuestión, creemos necesario señalar que los revolucionarios profesionales (aquellos que son los "llamados" a ocupar el puesto de "elaboradores de la teoría y directores de la práctica política"), *no son necesarios desde el punto de vista en que tradicionalmente los considera el leninismo*, es decir, como aquellos dirigentes que controlan, burocrática y centralistamente, todo el poder en sus manos y que "tiran línea" a la masa ignorante. Y esto es así porque dicha concepción organizativa no coadyuva integralmente a la emancipación de los trabajadores, como ocurriría en una postura que defendiera no la tesis del *partido-instrumento* (vanguardia externa a la clase), sino la tesis del *partido-laboratorio* (vanguardia interna y natural a la clase), y que pugnaría

por, prefigurativamente, socializar el conocimiento político en la organización de clase.

La existencia de los revolucionarios profesionales obstaculiza la verdadera práctica revolucionaria *interna* (autónoma) de la masa consciente, que debe elegir a sus representantes emanados de asambleas de representatividad y concretadas en la conformación de una vanguardia natural e interna a la clase. Por ello, los revolucionarios profesionales representan una traba en la conquista de la organización político-partidaria de clase. Su papel tiende a disociar a la clase de los explotados de la conciencia social. Perturban la consolidación del sujeto histórico como tal, para sí mismo. En ese sentido, los revolucionarios profesionales constituyen el peor ejemplo de profesionalismo intelectual, precisamente en el aspecto en el cual debe subvertirse primeramente la ideología del "especialista", del "profesional capaz" diferenciado del vulgo ignorante.

Por la anterior razón, la teoría del partido que se expone en esta antología se encuentra en franca oposición al *discurso de la externidad* y a la apología que de él hace el intelectualismo bolchevique, al cual se le opone el principio revolucionario que reivindica para todo el pueblo las actividades político-organizativas tradicionalmente desarrolladas por estos profesionales.

Ello no significa negar la necesidad de *dirigentes revolucionarios internos*, emanados de las masas, y concebidos como el sector de avanzada, capaces de configurar la *vanguardia natural* (interna) del trabajo manual, que coordine el movimiento *defensivo-ofensivo* contra el capitalismo, no sólo para su destrucción, sino para la construcción del socialismo.

Este tipo de vanguardia interna y natural a que hacemos referencia, pugnaría por ir salvando gradualmente, mediante la socialización del conocimiento y la experiencia, y a través de la *rotación de los cargos de representación, el desarrollo desigual de la conciencia social presente en el seno de la clase revolucionaria*.

Pese al estatuto de ser una forma de vanguardia interna y natural a la clase, deberá estar siempre sujeta al control de las masas en esta forma de organización de *abajo-arriba*, a través del ejercicio de la *democracia proletaria directa*, mediante la *rotación* y la *revocabilidad*.

La actividad política no debe transformarse en una profesión, ya que el profesionalismo implica una competencia específica, es decir, conocer especializadamente ciertas cosas que otros, la masa, desconocen, razón por la cual los dirigentes no pueden ser controlados en la entonces inevitable separación de las masas y sus dirigentes. Es a esto a lo que conlleva este tipo de profesionalismo con el abandono del trabajo común.

En la solución radical, de raíz, de este problema, debe plantearse la necesidad de que la teoría y la práctica políticas deben ser en todo momento accesibles y comprensibles para todos, de manera que cada uno esté en condiciones de decidir, en forma libre, consciente y responsable. De ahí parte también la crítica al *centralismo democrático*, como forma o criterio organizativo que subordina la democracia al centralismo o que implica el clima verticalista de poder que impera en el partido intelectualista, por el hecho —como se demuestra en las páginas destinadas a esta cuestión—, de que el centralismo democrático supone *centralismo de hecho y democracia formal*.

Se trata, finalmente, de atentar con el partido-laboratorio, contra las principales estructuras de dominación que impiden el acceso a la conciencia necesaria para subvertir el orden de subalternidad y dominio existente en el modelo intelectualista de partido.

El trabajo y la actividad política mediatizada tienen en común una estructura específica de dominación y perpetúan sus bases asegurando su reproducción. Ambas prácticas participan de la dominación asegurando el que esta situación se reproduzca incesantemente. Las condiciones bajo las cuales se da el proceso de producción en el capitalismo, hacen que el trabajo quede totalmente destruido en tanto que actividad humanizada y provista de significado para el sujeto productor, para el productor directo enajenado en la relación hostil que se ve obligado a contraer con el producto de su trabajo una vez concluido el acto de la producción.

Ya no existe un sujeto del trabajo sino un objeto del trabajo. La cosificación del productor directo es tan absoluta que se expresa en la subordinación total de éste, en la pérdida de su identidad más allá del sentido útil que para el capital tiene, en tanto que valor de uso que valoriza el capital, que crea plusvalía y que reproduce ampliamente el mismo.

Más que las condiciones del proceso productivo, lo que hace del trabajo una actividad sin sentido (aunque también ellas), es su inclusión y desempeño en el estado medular del capitalismo: *la separación*. El trabajo en general, y también el trabajo político en particular, representa la actividad social donde se concreta y reproduce la separación (que abarca a todo el extenso tejido social de interrelaciones, las define y se encuentra en la base misma de la dominación), entre *dirección y ejecución*; separación cristalizada en la oposición secular, antagónica, *entre el trabajo que dirige y manda y el trabajo físico que subalternamente ejecuta las órdenes*.

En ningún momento, tanto el objeto como los medios son determinados (en la división capitalista del trabajo) por el trabajo manual.

En ningún momento el trabajo manual está presente en el proceso productivo como persona sino como *facultad anónima*, como función reemplazable, cumpliendo solamente roles de ejecución.

Esta separación primordial expresa la escisión entre el trabajador y "su" producto, así como la separación de los trabajadores entre ellos mismos. Ambas separaciones se manifiestan a través del fomento de la *abstracción* y el *aislamiento*, participando también del proceso de mantenimiento del orden social.

De esta cuestión parte la reivindicación en favor de la *rehabilitación del trabajo manual*, que se opone a la *atomización* de las tareas prototípicas de la sociedad capitalista.

Sólo con la *rotación de las tareas* se restituye el sentido creador del trabajo, que en el capitalismo desempeña un papel de subalternidad, de enajenación, reflejada directamente en la explotación del trabajador mediante el sistema de trabajo asalariado. Sólo con el enriquecimiento de la actividad productiva, a través del ejercicio autogestionario de "la toma" de la gestión y del control de sus centros productivos, se restituye para el trabajador manual, en el acto de lo político y en el de la producción, el sentido creativo del trabajo emancipado.

En el momento en que los trabajadores, conscientes de la vía hacia su emancipación definitiva, propugnen por la revaloración de sus actos, se habrá gestado la condición y garantía para la emergencia de la conciencia de clase, garantía, a su vez, para la manifestación *práctico-concreta* de sus potencialidades revolucionarias aletargadas en tanto no aflore la conciencia que se expresa con el desarrollo de la organización y la práctica revolucionaria.

La desenajenación del trabajador se conseguirá en el trabajo mismo y en la acción política, independiente y autónoma; en el establecimiento de la *unidad entre las masas y su partido*. Esto implica, entre otras cosas, una profunda reivindicación de la *autogestión*.

La autogestión traduce la voluntad revolucionaria de los productores directos en una participación activamente creadora, en el funcionamiento de los principios que rigen su práctica revolucionaria de clase. Significa una tentativa que parte de la gradual supresión de la distancia que los separa del poder. Por otro lado, expresa también la intención de transferir el poder de modo total a los productores directos, a la base. Esta dualidad presupone aspectos económicos en la producción, y políticos en la organización de clase. La transferencia autogestionaria de los poderes, tradicionalmente en manos de las cúspides hacia las bases, implica de suyo otras modificaciones necesarias para su ejercicio generalizado. Por ello, la

autogestión es un principio que encuentra otros ámbitos para su ejercicio, además de aquellas que se asocian al control y la gestión de los trabajadores en sus unidades productivas: en el terreno educativo (en el cual la relación entre el educador y el educando pierde su carácter autoritario), en la organización del trabajo (que cesa de descansar sobre la rigidez del mandato y la ejecución), en la concepción misma del trabajo humano (cuyo carácter alienante debe ser combatido a favor de una reintegración de la creatividad personal a los procesos de producción); *pero sobre todo en la autogestión político-organizativa de los explotados que garantizaría el triunfo total, pleno y absoluto de la emancipación económica, política y cultural de los explotados, de los productores directos.*

La autogestión es, así, una transformación radical, económico-política, que destruye la noción común y vulgar de la política, concebida como una actividad reservada a "especialistas", *para proveerle de otro sentido*: aquel que hace referencia a la toma en sus manos (por parte de los productores directos, sin intermediarios y a todos los niveles) de todos sus asuntos.

De esta manera, la autogestión significa la gestión directa de las tareas que competen a la organización de los criterios, las normas y los lineamientos generales y particulares, que parten de la inversión de la pirámide tradicional entre dirigentes y dirigidos; es, por eso, el ejercicio permanente de los poderes de decisión política y de control, por parte de aquellos a quienes directamente interesan: los productores directos, los trabajadores manuales que, de esa manera, consiguen establecer un equilibrio entre autoridad y libertad.

Trataremos una cuestión más, a reserva de remitir al lector al libro, también del autor del presente trabajo que aquí presentamos, *La Revolución proletario-intelectual*.[§]

Tradicionalmente el marxismo ha visto la lucha de clases *binariamente*; ello ha implicado una visión exclusivamente dualista de las fuerzas sociales beligerantes dentro de la lucha de clases. Marx mismo apunta en el *Manifiesto comunista*: "... *hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes...*"^a

* Enrique González Rojo. *La Revolución proletario-intelectual*. Ed. Diógenes, México, D. F., 1981.

▲ Marx y Engels. *El Manifiesto comunista*. O. E. Tomo II p. 21. Progreso.

Este modo de razonar *dualista y binario* resulta una traba para entender la emergencia de la *clase intelectual* y aceptar su existencia. Ello permite explicarnos el hecho de que el esquema binario nunca fue capaz de esclarecer, salvo de modo parcial e ideológico, dónde ubicar a los teóricos y a la inteligencia en esa lucha de clases "dual". La evidencia de esta afirmación se expresa en la incapacidad para responder, desde el esquema binario, a preguntas como las siguientes: ¿por qué los esclavos no sucedieron a los amos? ¿por qué los plebeyos no emergieron al poder tras del desplazo histórico de los patricios? ¿por qué los siervos no derrocaron a los señores? ¿por qué, tras de la revolución rusa, no emergió el proletariado al poder triunfante, una vez desplazada de la escena de la historia la incipiente clase burguesa rusa en desarrollo?

La respuesta científica y revolucionaria a preguntas como éstas, pone en evidencia la presencia, a lo largo de la historia, de un *juego ternario de contradicciones*.

Creemos que existe un elemento positivo y uno negativo en la concepción dualista de razonar las contradicciones clasistas. El aspecto positivo, radica en que ubica certeramente, dentro de cada modo de producción históricamente determinado, las dos clases que se gestan en cada forma productiva y que luchan entre sí. Pero el aspecto negativo estriba en el hecho de que dicha forma dualista y binaria de razonar los antagonismos sociales, implica no ver que, *si los conflictos clasistas fundamentales se establecen entre los dos agrupamientos decisivos, ello no significa, ni que definitivamente no existan otros destacamentos clasistas* (que puedan subsistir a nivel de cada formación social como vestigios) , *ni que la presencia de las dos clases fundamentales en cada modo de producción antagónico impida la prefiguración o el anuncio histórico de nuevas clases futuras*.

La teoría del partido que aquí se discute y propone parte de la tesis de la existencia de *la clase intelectual*, y de la propuesta revolucionaria, programática, del planteamiento en favor de una *Revolución Articulada*. Esta tesis arranca de la reflexión crítica e innovadora metodológicamente, dentro del marxismo, que antepone al modo binario de reflexionar propio de la ortodoxia, un esquema analítico ternario que explica y a la vez responde a la necesidad de disponer de una teoría revolucionaria de la intelectualidad (considerada como una clase social separada del trabajo manual), y a la finalidad de ubicarla en la lucha de clases. Sin duda es esté un problema de la mayor importancia, a la luz de la discusión organizativa partidaria contenida en esta antología.

Así, el esquema ternario le sale al paso a la ambigüedad implicada

en el modo binario de analizar la lucha de clases, el cual se ha referido siempre a la intelectualidad de manera ambigua y *homológica* ya sea como "pequeña burguesía", como "clase media" o bien como "sector intermedio" ensamblado en el todo social "a la mitad" o "en medio" de los conflictos entre las clases fundamentales.

La solución ternaria parte de señalar la existencia, en el seno de la lucha de clases, no de una estructura de clase *dominante-dominada*, sino de otra, *ternaria*, donde la estructuración de las clases nos devela una clase dominante en un sentido absoluto (la *clase capitalista* explotadora tanto del trabajo mental cuanto del trabajo físico), una *clase intelectual* (que pese a ser explotada por la clase de los capitalistas, guarda privilegios que la separan y diferencian en relación con el trabajo manual), y de una tercera *clase* constituida por el conjunto de los *trabajadores manuales*, urbanos y rurales, dominados absolutamente (por la clase capitalista que los priva de la propiedad material y por la clase intelectual que monopoliza el conocimiento al cual el trabajo manual simple y de ejecución no tiene acceso).

La reflexión ternaria rompe así con la ambigüedad característica del discurso binario dentro del cual no se puede ubicar a la intelectualidad coherentemente.

Para concluir esta presentación, subrayemos de paso, que la esencia de los materiales presentados en este libro giran principalmente en torno a la problemática del partido a la luz de las tesis globales esbozadas por el autor sobre la clase intelectual y la Revolución Articulada. Representa, pensamos, un alegato radical contra los vicios organizativos que se desprenden, en nuestra opinión, de una *incorrecta concepción tradicional ya superada*, ajena al proyecto de construcción del destacamento político superior de los explotados, y que conduce a la *burocratización* y al *dirigismo* externos en el seno de una izquierda que sólo formalmente lo es y que no pugna, en verdad, radicalmente, por devenir revolucionaria.

Este libro es, pues, una apuesta en favor del *partido de clase*, desarrollado por la *democracia interna* que rechaza el *vanguardismo externo*, que está en favor de una *democracia centralizada* contra el *centralismo democrático* (por implicar centralismo de hecho y democracia formal), que se opone al *intelectualismo* —tanto el franco como el soterrado—, y que, sobre todo, combate en una dirección que permita la síntesis del partido y las masas. Como se entiende, este proyecto no puede darse separado de aquel que lucha a favor de la construcción de la verdadera organización autónoma e independiente de los explotados: *el partido*.

Este texto se dirige a quienes, desde la base, privados del derecho de

información y de formación, y secuestrada su soberanía política, mantienen vivo el proyecto en favor de una izquierda radical que realmente lo sea, y de una organización de clase —el partido—, capaz de hacer suyos los intereses que históricamente les corresponden.

ALFREDO VELARDE.

INTRODUCCIÓN

El libro *Los trabajadores manuales y el partido* está formado por una serie de textos elaborados en un período que abarca casi veinte años: el primero *¿Por dónde empezar?* data, en efecto, de 1965, y el último *No sólo hay que luchar contra la clase intelectual sino contra el manualismo* fue escrito en 1984. No son los únicos ensayos redactados por el autor sobre el tema del partido; pero sí, probablemente, los más relevantes y característicos.

Estamos convencidos de que la izquierda revolucionaria mexicana, en sus reflexiones sobre su procedencia histórica, debe tomar en cuenta no sólo la práctica empírica, el enfrentamiento con los enemigos, la lucha de clases, sino también la práctica teórico-política. La izquierda revolucionaria se convertirá en factor de cambio, desde el punto de vista de la *estrategia del comunismo*, en la medida en que logre hacer confluir la influencia que ha adquirido entre las masas (y la experiencia derivada de ello) con el proceso teórico (que ha tenido lugar de modo más o menos simultáneo a dicha influencia) consistente en la pugna por responder a cuatro preguntas íntimamente vinculadas: qué vamos a *destruir* y cómo hacerlo, qué vamos a *construir* y cómo llevarlo a cabo. En buena parte de la izquierda revolucionaria existe el prejuicio de que lo relevante, si no lo único, es o debe ser la lucha práctica e inmediateista. Se trata de una concepción a la que conviene tajantemente el apelativo de *empirista*. Es una visión *practicista* del origen de tal izquierda. Y también, por ende, de su futuro, de su camino a seguir. Hay que combatir, desde luego, el teoricismo, la sobrevaloración de la práctica teórica. Pero también desechar el peligro contrario.

Las reflexiones encarnadas en los diez ensayos que constituyen el presente libro no fueron producto de un laboratorio intelectual o de una mera especulación teórica separada o divorciada de la militancia política. Nada de ello. Todos y cada uno de los escritos fue realizado *desde* una organización política. El primero fue redactado como el acta constituida del Espartaquismo Integral (EI) y puede decirse que sirvió de plataforma a esta corriente. Los ensayos que conforman los capítulos que van del II al VI fueron elaborados en el seno del Espartaquismo Integral-Revolución Articulada (EIRA) con la salvedad de *Un laboratorio de comunismo*, el cual, aunque vio la luz cuando su autor aún pertenecía al EI, responde ya al espíritu de la organización que poco tiempo después se designará con el

nombre de EIRA. Los escritos que integran los capítulos VII, VIII, IX y X fueron llevados a cabo, finalmente, en el seno de la Organización de Izquierda Revolucionaria (Línea de masas) (OIR-LM).

El primer documento (*¿Por dónde empezar?*) representa el tránsito del viejo espartaquismo (el incubado en la célula Marx del PCM y consolidado en la Liga Leninista Espartaco) al espartaquismo que fue llamado *integral* en virtud de que no sólo denunciaba la *irrealidad histórica* del partido de la clase obrera en el país y la necesidad de luchar por generarlo, sino que pretendía mostrar cuál era el camino justo para su creación. Es un escrito, por consiguiente, donde se rompe con ciertas imprecisiones, ambigüedades y vacíos que caracterizaban por entonces el pensamiento de José Revueltas. El EI puso de relieve, y creemos que en ello le asistía la razón, que no sólo era preciso denunciar la *irrealidad histórica* del partido, sino hacer otro tanto con la *irrealidad teórica* que privaba en la izquierda nacional. Aún más. El *Esquema*, nombre con el cual designábamos al texto en cuestión, mostraba que la razón principal --no la única, pero sí la principal— de la *irrealidad histórica* se debía a la *irrealidad teórica*, programática, de la izquierda mexicana. Revueltas pensaba que la raíz esencial de la "inexistencia del partido" residía en la ausencia de un funcionamiento democrático al interior de la organización política o de un centralismo democrático distorsionado en el sentido de una centralización autoritaria. Nosotros nos inclinábamos por otra explicación. Creíamos que la razón primordial de la "irrealidad del partido" se debía a la ausencia histórica de la teoría revolucionaria, del programa dismantelador de las relaciones de producción capitalistas. La primera tarea para construir el partido residía, para Revueltas, en la consolidación de lo que él llamaba la "democracia cognoscitiva" o, lo que es igual, en la conquista de un centralismo democrático del cual se cercenara la posibilidad de una deformación estalinista. El quehacer inicial para generar el partido era, para nosotros, la elaboración de la teoría política o del programa revolucionario que al tiempo de visualizar el camino concreto para destruir el sistema capitalista, sirviera para aglutinar a los revolucionarios. Como se ve, se trataba de dos planteamientos extremos, polarizados, que no lograron encontrar, como debía de haber sido, el punto de intersección que, unificándolos, evitara la unilateralidad de los extremos. El documento *¿Por dónde empezar?* gira todo él en torno a la teoría leninista del partido. Y es de subrayarse que hasta incluye, en su discurso una cita de Stalin. La verdad es que, aunque coincidíamos en lo esencial con el antiestalinismo de Revueltas, y con su llamado de la "vuelta a Lenin", no habíamos roto consecuentemente con el estalinismo. Hoy somos

de la opinión —en contra de los troskystas, de Revueltas y de nuestras ideas de entonces— que *para romper real y efectivamente con Stalin hay que romper con Lenin*. La "ruptura" con Stalin, pero no con Lenin, deja una puerta abierta para justificar en ciertos aspectos la gestión del georgiano. Pero dejemos aquí este problema.

Para llevar a cabo el análisis de la realidad nacional (del cual debería derivarse la estrategia revolucionaria encaminada a dar al traste, en el momento oportuno, con el modo de producción capitalista), los integrantes de la Perspectiva (esto es, de la agrupación organizada alrededor del EI) nos sustrajimos consciente y deliberadamente de la práctica política durante algunos años. Para *darle realidad* a la teoría, decíamos, hay que entregarnos a una intensa, continua y larga práctica teórica. Era necesario dominar una bibliografía elemental, otra intermedia y una más especializada. Era imprescindible prepararnos concienzuda y cuidadosamente para llevar a cabo el examen de la realidad social y económica de México. Esta "sustracción de la práctica" se acabó por convertir, sin embargo, en rutina o pretexto. De ahí que en algunos documentos —por ejemplo en el escrito *La nueva situación del EI* (que por falta de espacio no incluimos en este libro)- luchamos denodadamente por reintegrarnos a la práctica política y a la lucha de clases. El EI estaba animado por el propósito, entonces, de crear el instrumento político indispensable para *destruir* el capitalismo. Su convicción era; muy dentro del leninismo, que el descontrol de las relaciones de producción capitalistas equivalía al inicio, a través de un régimen transicional, de la construcción del socialismo.

El EIRA vio las cosas de otro modo. Continuó siendo espartaquista. Siguió haciendo suyas las tesis, propias del EI de que una práctica revolucionario-destructiva no era posible sin una teoría que analizara la realidad nacional y dedujese de ello la estrategia y la táctica para la revolución anticapitalista. Sabía —ya desde el EI lo había entrevisto— que la situación teórica dentro de la izquierda nacional se había modificado (a partir fundamentalmente de 1968) en sentido positivo. Subsistía la *irrealidad teórica*, pero ya no consistía en la ausencia casi total de estudios, hipótesis y desarrollos de los cuales pudiera derivarse el programa de la revolución, sino que se manifestaba ahora por la *dispersión* de la producción teórica y por los *vacíos* que aún la caracterizaban. La tarea primordial, en la nueva situación, ya no consistía en empezar desde cero la labor teórica, sino en unificar críticamente la teoría desperdigada y tratar de eliminar los vacíos más significativos. La nueva agrupación se definía no sólo como partidaria del EI —con todas las implicaciones

anotadas— sino de la Revolución Articulada (RA) . La *construcción* del socialismo presupone, de acuerdo con esta tesis, no sólo una revolución socioeconómica que trae consigo necesariamente (a la manera en que lo determinante tarde o temprano "pone" lo determinado) la desenajenación de los hombres de todas las esclavitudes que lo embargan en el capitalismo, sino la vinculación dialéctica de un plexo de revoluciones — entre las que destacábamos: la económica, la cultural, la sexual-familiar, la antiautoritaria, etcétera— como procesos históricos indispensables para generar la primera fase de la sociedad comunista. Había que luchar, por consiguiente, de manera simultánea, por crear el partido de clase (de acuerdo con el EI) y sentar las bases para desencadenar, en las condiciones adecuadas, la RA. El partido debía ser, para el EIRA, no sólo *destructivo*, sino *destructivo-constructivo*. No sólo debía pugnar, como el leninismo, por dinamitar las relaciones de producción capitalistas, sino por generar, con la RA, las relaciones sociales de una colectividad emancipada. Y generarlas, en la medida de lo posible, de modo embrionario y anticipatorio.

La sustracción de la práctica empírica continuó durante algún tiempo ; pero la convicción de la necesidad de abandonar tal situación se hizo cada vez más perentoria y exigente, de tal manera que ello sentó las bases para la participación posterior del EIRA en el Congreso de fusión que dio nacimiento a la OIR-LM.

Nuestra militancia en esta última organización ha enriquecido sin lugar a dudas la concepción que mantenemos sobre el partido de clase. Nuestras ideas sobre la línea de masas, las organizaciones autónomas, .el todo continuo masas-partido, etcétera, son piezas esenciales del nuevo punto de vista. Los últimos capítulos del libro no son otra cosa, entonces, que la exposición detallada de lo que podríamos denominar la lucha por *darle realidad (destructivo-constructiva) al partido de la clase obrera (manual)*.

Las tesis del EIRA y las formulaciones teórico-políticas expuestas en los capítulos VII, VIII, IX y X no han sido aceptadas aun por la OIR-LM. Son opiniones a debate. Puntos de vista que se hallan en la mesa de las discusiones. Planteamientos defendidos al parecer sólo por una parte minoritaria de la agrupación. Nos parecen, sin embargo, que implican un modo nuevo,' justo y revolucionario de enfocar el problema del partido de clase. Enfoque nuevo que ojalá logre interesar a los compañeros del movimiento comunista y democrático del país que se entreguen a la lectura del presente libro.

CAPÍTULO I

¿POR DÓNDE EMPEZAR?

Notas sobre el espartaquismo en México*

La lucha por la creación del partido de la clase obrera en México no es una de tantas cuestiones revolucionarias, sino que es *la* cuestión revolucionaria. Lo es a tal grado que la actitud de grupos e individuos ante este problema, quiéranlo o no, los ubica y caracteriza dentro de la política nacional.

¿En México la revolución socialista va a tener lugar *con* o *sin* partido de la clase trabajadora? ¿Sigue siendo válida la teoría leninista del partido o es posible que existan en México las llamadas "vías no partidarias" de la revolución socialista?

Estos problemas, estas preguntas han surgido en nuestro país sobre todo a raíz de la toma del poder por parte de los revolucionarios cubanos.

La revolución cubana ha sido presentada por muchos como una experiencia que da al traste con la necesidad de un partido dirigente en toda América Latina, incluyendo a México. La caducidad de la teoría leninista del partido, arguyen estas personas, se demuestra en el hecho de que un movimiento inicialmente pequeño-burgués dirigió en lo fundamental la revolución cubana hasta una modificación sustancial de estructuras.

Para no extendernos demasiado en este punto, nos interesa dejar sentada nuestra certidumbre de que la teoría leninista del partido no sólo conserva su validez en todas partes, sino que resulta impostergable su realización en México.

En todos los países que decidan hacer la revolución socialista, se requiere un partido revolucionario de la clase obrera, un partido comunista.

Esta necesidad, esta ley, no impide que en algunas partes una etapa del proceso revolucionario —por ejemplo, la lucha armada que lleve al poder a los revolucionarios— *pueda ser realizada, en ciertas condiciones, sin la dirección de un partido marxista leninista de la clase trabajadora.*

Pero esta posibilidad no niega la necesidad del partido para *todo* el proceso revolucionario (lo que implica, además de la toma del poder, la consolidación del mismo) ni oculta el hecho de que aquellos revolucionarios que puedan, en una coyuntura especial, cumplir una parte importante del proceso *sin* partido, tendrán por eso mismo grandes dificultades y se verán en la necesidad de construir lo más *pronto* posible un

* Este documento, también conocido como "El Esquema" constituye el acta de nacimiento del Espartaquismo Integral (E. I.). Fue redactado en 1965 por E.G.R. como respuesta a un texto presentado en la mesa redonda de los Espartaquistas por José Revueltas.

partido dirigente.

En una determinada región del mundo se puede dar la posibilidad de la toma del poder sin partido porque coinciden en ella una serie de condiciones que permiten tal hecho, entre los cuales destaca como una de las esenciales la *relativa poca complejidad de las relaciones socioeconómicas de dicha parte del mundo*. El caso de Cuba es una muestra elocuente de ello. En países muy grandes y complicados (Rusia, China, etcétera) no hubiera sido posible, en ninguna circunstancia, completar la fase de la toma del poder sin partido dirigente. Lo cual nos lleva a afirmar que a *mayor complejidad de un país, mayor necesidad de un partido de vanguardia o, lo que es igual, sólo es posible la toma del poder sin un partido dirigente, con todos los problemas que ello acarrea, cuando las relaciones socioeconómicas se hallan relativamente simplificadas*.

El grado de complejidad de las relaciones socioeconómicas de México es tan elevado que *descarta la posibilidad, de la manera más contundente, de poder realizar la fase de la toma del poder sin partido*. Los partidarios de la teoría del "foco" guerrillero en México, representan una desviación especialmente peligrosa para la perspectiva del socialismo *en este país*, porque atentan contra la necesidad impostergable de un partido de vanguardia en las condiciones mexicanas, con una concepción de la lucha que no es sino un trasplante mecánico de la revolución cubana a una realidad muy distinta. México es un país grande, poblado, con un proceso histórico nada simple; nación de relaciones socioeconómicas e ideológicas muy complejas. Del examen más superficial de las condiciones objetivas de esta parte del mundo —su carácter industrial-agrario, su desarrollo capitalista medio, su clase obrera industrial cada vez más numerosa, etcétera—, se obtiene la conclusión de la imposibilidad de realizar en México la revolución socialista sin partido.

El partido marxista-leninista puede ser definido como el destacamento de vanguardia, científico y revolucionario, de la clase obrera. Si no se dan simultáneamente estos aspectos no existe un efectivo partido. Una "vanguardia científica" de la clase obrera, pero no revolucionaria, no puede ser partido. Una "vanguardia revolucionaria", pero no científica, tampoco lo puede ser. Una organización científica y revolucionaria, pero que no es el destacamento de vanguardia de la clase obrera, no puede ser, en fin, el partido. Además la "ciencia" sin revolución no es ciencia y la "revolución" sin ciencia no es revolución. Una organización científica revolucionaria, pero que no sea aún la vanguardia dirigente del proletariado, está en vías de ser partido, mas aún no lo es.

La tesis leninista del partido al ser aplicada a México, ha mostrado una peculiaridad: en nuestro país hay un organismo que se llama PCM, está ahí, existe físicamente, pero no es *real*; un "partido" en que se divorcian la forma y el contenido, la esencia y la apariencia, el nombre glorioso y la precaria realidad. La teoría leninista del partido, nacionalizada con el nombre de *espartaquismo*, abarca dos aspectos inseparables: la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM y la necesidad de crear un partido comunista *real* en la política nacional. Estos dos aspectos han nacido en dos etapas diferentes: el aspecto *denunciador* (de la *irrealidad histórica* del PCM) fue producto de una profunda crítica del papel jugado por el PCM a través de toda su historia, suscitada sobre todo por el fracaso de este partido en la dirección del movimiento ferrocarrilero de 1958-1959. El PCM, al mostrar no sólo ciertos errores en la conducción de este movimiento, sino una absoluta incapacidad de dirigir científicamente y revolucionariamente un sindicato tan importante como el ferrocarrilero, evidenció su inoperancia teórico-práctica. La célula Marx del PCM —y José Revueltas de modo especial— tomaron conciencia de este hecho y formularon, con la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM y la lucha relacionada con ello, el aspecto *denunciador* del espartaquismo.

El aspecto *constructivo* del espartaquismo es el producto de la crítica de la *irrealidad teórica* de los espartaquistas, es la toma de conciencia de las causas del fracaso del movimiento espartaquista por crear el partido.

La Liga Leninista Espartaco, consciente de la *irrealidad histórica* del PCM, nació para luchar por la creación del partido de la clase obrera; pero si dominó en lo esencial el aspecto *denunciador* del espartaquismo, no tuvo claridad en lo que se refiere al aspecto *constructivo*. La Liga tuvo que perecer víctima de la inexistencia en su seno de un espartaquismo integral, esto es, de un espartaquismo que reuniera al aspecto *denunciador* del carácter *irreal* del PCM una teoría correcta de la creación del partido de la clase obrera en México. Es falso que se pueda deducir lógicamente del concepto de "inexistencia histórica" del PCM la forma en que hay que construirlo. El hecho de que las distintas facciones que constituyen en la actualidad el movimiento espartaquista conciban de modo diferente la forma en que tendrá que ser creado el partido en México, habla *de la necesidad de formular una correcta teoría de la creación del partido* y de la falsedad de quienes creen que basta con aceptar la teoría de la "inexistencia histórica" del PCM ya que lo demás —el "cómo" crear el partido— vendrá por añadidura.

La célula Marx del PCM, primero, y la LLE en su primera etapa, después, elaboraron hasta el nivel de la suficiencia el aspecto *denunciador*

del espartaquismo: *demonstraron teóricamente la irrealidad histórica del PCM*. Pero no lograron culminar su tarea con la *demonstración práctica* de tal inoperancia ya que ésta sólo podría evidenciarse *ante la clase obrera* mediante el surgimiento del partido dirigente o al menos de la conciencia comunista organizada. O sea, que tales organismos asumieron de hecho sólo el aspecto *denunciador* del espartaquismo. No supuieron aclararse, *aunque hablaran abstractamente de ello o elaboraran combiantes seudoteorías sobre la forma en que debería crearse el partido*, el "cómo" realizar esta empresa, las vías mexicanas de la construcción del partido de la clase obrera.

Ciertamente que el aspecto *denunciador* de la *irrealidad* del PCM es algo histórico; pero puede devenir en irreal y anti-histórico si se le absolutiza, si se le convierte en obstáculo o, viviendo bajo su sombra conquistada, se rehuye abordar su segunda mitad: el aspecto *constructivo*. Quienes, enamorados de la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM, no hagan otra cosa que repetir una y otra vez esta denuncia, le estarán haciendo el juego al mismo PCM; que no se cansa de afirmar que el espartaquismo ha nacido "para combatir al partido de la clase obrera".

La agrupación de los espartaquistas realizada sólo alrededor del aspecto *denunciador* del espartaquismo condujo y tiene que conducir, *de modo necesario*, a la escisión. La unidad de los comunistas tiene que crearse sobre la base del aspecto *denunciador* y del aspecto *constructivo* del espartaquismo. En una palabra: sobre la base del *espartaquismo integral*. Aún más. La agrupación y unidad de los comunistas debe ser producto, además de una asimilación común del espartaquismo integral, de la conquista de una línea política científica y revolucionaria. La línea política tiene preeminencia sobre la unidad y las formas organizativas de los marxistas-leninistas. *No se organizan los comunistas y crean después una línea política, sino que crean una línea política y luego se organizan*. No basta hablar en abstracto de las vías para crear el partido, aunque se posea ya una correcta teoría de tal creación, sino que hay que realizar una parte del espartaquismo, la parte que incluye la línea política, como indispensable paso previo para toda organización de los comunistas. Si no, el surgimiento de indisciplinas y. fracciones es inevitable, al igual que las escisiones. Lenin dice: si no es "por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica política... es imposible la disciplina en un partido revolucionario".

¿Por qué la LLE se escindió en dos ocasiones? Porque no estaba formada en torno a una tesis espartaquista completa y por su cada vez más palpable *irrealidad teórica* respecto a la confección de una línea política científica y revolucionaria. Se tomaba lo incompleto como plenitud, lo

fragmentario como totalidad, un aspecto del espartaquismo como el espartaquismo. Resultado: cuando el desarrollo normal de la organización llevó a la LLE a la formación de tendencias (motivadas, por ejemplo, por la lucha ideológica en el movimiento comunista internacional), tales tendencias devinieron irreconciliables y la aceptación del aspecto *denunciador* del espartaquismo, aunque lo tomáramos ilusoriamente como *el* espartaquismo, no pudo detener la escisión.

En la actualidad todos los grupos del movimiento comunista mexicano tienen una irrefrenable tendencia a la escisión. Y es lógico. La *irrealidad teórica* de este movimiento comunista ha determinado la inexistencia de una línea política, de unos puntos programáticos que garanticen la unidad organizativa. Las escisiones que han tenido lugar en las diferentes agrupaciones existentes, y las que se están incubando ahora mismo, no tienen como causa el choque natural de una línea revolucionaria y científica con traidores al marxismo de diferente índole, sino que posee como causa fundamental la inexistencia de esa línea y su sustitución por puntos de vista antagónicos puramente impresionistas.

Las crisis y escisiones no pueden ser detenidas por un "correcto" funcionamiento del centralismo democrático, por la sencilla razón de que esta forma organizativa debe empezar a conquistarse *después* de haberse unificado los comunistas en torno a una línea política *y no antes*. La condición necesaria para un adecuado funcionamiento del centralismo democrático es una correcta línea-guía y no al revés.

La LLE quiso invertir el proceso. Tuvo la pretensión de agruparse conforme al "centralismo democrático" (y el aspecto *denunciador* de la *irrealidad histórica* del PC! T) *para* conquistar posteriormente una línea política. La LLE fracasó, en consecuencia porque el centralismo democrático no es un *método* para elaborar una línea-guía, sino *la forma organizativa que agrupa a los comunistas* cuando ellos han conquistado ya los puntos programáticos que posibilitan su agrupamiento. Un "centralismo democrático" asumido prematuramente se convierte en una seria traba para la obtención de otras tareas de mayor jerarquía y urgencia. Este "centralismo democrático" crea ilusiones partidario-organizativas, disciplina a los comunistas, al menos momentáneamente, a la línea política impresionista y subjetiva que ocupa al lugar de una verdadera línea-guía. Distrae las fuerzas que debían canalizarse hacia la elaboración, asimilación y posibilitación de la línea política en discusiones inútiles y actividades prácticas carentes de sentido.

Con excepción de quienes han formulado ya el aspecto *constructivo* del espartaquismo, las diferentes facciones en que se dividió la LLE

adolecieron y adolecen, en mayor o menor medida, de la ausencia de una correcta teoría de la creación del partido, lo cual se ha manifestado en un claro *complejo de partido o de organización*. *El complejo de partido ha sido enfermedad de quienes, conscientes de la irrealidad del PCM, creen que el camino más corto para crear el partido del proletariado consiste en hacer otro "partidito", otra agrupación política que, aunque dice de dientes afuera no ser partido, actúa como partido, intenta realizar las tareas que normalmente lleva a cabo un partido*. Como el grupo en que predomina el complejo de partido se halla, de hecho, imposibilitado para hacer lo que hace un partido, deviene entonces en un *simulacro de partido*, un *irreal* intento de construir el partido. El complejo de partido es lo contrario a la necesaria jerarquización de tareas para la construcción de la vanguardia, es el intento fallido de conquistar simultáneamente todos los requisitos que definen a un partido, es el marxismo enajenado al practicismo por intermedio de una organización concebida como partido. El complejo de partido tiene como *idea fija* consustancial el practicismo, y el practicismo adquiere sus lógicos contornos organizativos en el complejo partidario. *El practicismo es, hoy por hoy, la perturbación pequeño-burguesa de la creación del partido en México*.

El complejo de partido va acompañado siempre de un complejo de organización. ¿Qué debemos entender por esto? *El complejo de organización ha sido y es la enfermedad de quienes, conscientes de la irrealidad histórica del PCM y a veces hasta de ciertos aspectos del complejo de partido, creen que el camino hacia la formación del partido implica necesariamente iniciar tal proceso creando una organización*. Si vislumbran la necesidad de jerarquizar las tareas de la construcción del partido, creen que tal jerarquización debe emprenderla una organización política. ¿Cómo conciben esta organización? Como un partido en miniatura, un micropartido con sus asambleas, dirección nacional, comisión política, estatales, organismos intermedios, células, etcétera. El complejo de organización incuba una disciplina mecánica a una línea política subjetiva e impresionista que no lleva a la organización a convertirse en partido, sino que alienta en ella una vida más o menos larga de secta. La labor fundamental de esta organización consiste, de hecho, en las reuniones, en que se discute de todo menos de lo que importa. La "reunionitis" es un síntoma claro del complejo de organización. Vamos a suponer que se piense que las tareas fundamentales de la organización deben ser: penetración en la clase obrera, fusión de los marxistas-leninistas y elaboración del programa. En esta jerarquización de labores —que no vamos a criticar ahora— hay un sinnúmero de tareas que no se mencionan: *nos referimos a la enorme actividad que se requiere para desarrollar o al menos mantener la propia*

organización. Y estas innúmeras tareas tácitas distraen a los comunistas de la conquista, fundamental para la creación del partido de la clase obrera, del dominio suficiente del marxismo-leninismo para aplicarlo a la realidad nacional y confeccionar una línea política científica y revolucionaria. El complejo de organización enajena a los comunistas a una actividad organizativo-práctica prematura que absorbe esfuerzos que deberían canalizarse hacia la actividad teórica (y también práctica) que posibilite la aparición de una verdadera línea política guía. El espartaquismo pequeño-burgués existente no comprende que el primer paso para la construcción del partido consiste en echar por la borda los complejos de partido y de organización y abolir la *irrealidad teórica* que caracteriza a todos los microorganismos espartaquistas desde el de Revueltas hasta los trotsquistas pasando por la cada vez más deformada Liga Comunista Espartaco.

¿Por dónde empezar, entonces? ¿En qué momento deben organizarse los marxistas-leninistas mexicanos? El aspecto *constructivo* del espartaquismo responde a esta última pregunta, asentando que los comunistas deben organizarse:

1o. Cuando posean los conocimientos fundamentales del marxismo-leninismo que les haga asumir una correcta posición en la lucha de principios en el movimiento comunista internacional.

2o. Cuando acepten el espartaquismo integral o sea la nacionalización de la teoría leninista del partido.

3o. Cuando logre crearse, mediante la nacionalización del marxismo-leninismo, una línea política, una crítica de la realidad nacional.

Si el segundo punto es algo que hace referencia a las condiciones subjetivas, el tercero alude a las objetivas. En lo que se refiere a la crítica de estas condiciones subjetivas y objetivas debe existir la integración de la verdad universal del marxismo-leninismo a la realidad concreta y peculiar de nuestro país. En México, el *espartaquismo integral* no es otra cosa que la nacionalización de la teoría leninista del partido. La línea política debe ser producto de la aplicación viva, dinámica, del marxismo-leninismo a la interpretación de la realidad nacional que es necesario transformar en un sentido revolucionario. Los practicistas critican a quienes pugnamos por la elaboración de la línea política a la mayor brevedad posible, de "teoricismo", "temor a la práctica", etcétera, y apoyan sus puntos de vista en la argumentación de que, como el marxismo une la teoría y la práctica, hay que combatir y denunciar a quienes en nombre de la necesidad de crear una línea política previa a la organización de los comunistas, divorcian la teoría de la práctica, se engolosinan con la teoría, con el doctrinarismo, en perjuicio de la actividad práctica. La línea política, argumentan, se

elabora como una teoría que está aprendiendo sin cesar de la práctica. No se puede desligar un término del otro. Quienes hagan práctica sin teoría, caen en el practicismo, quienes hagan teoría sin práctica caen en el teoricismo. Conferir preeminencia a la elaboración teórica de la línea política, es caer en el teoricismo pequeño-burgués porque implica desdeñar la práctica. Así argumentan en México los practicistas. Pero sus concepciones son puro mecanicismo. El binomio teoría-práctica no excluye la necesidad de poner a veces el acento en un término o en otro. Además, la teoría, si se trata de una verdadera teoría marxista, es producto crítico de una práctica histórica anterior y fundamenta una práctica posterior. En lo que se refiere al espartaquismo integral, por ejemplo, es producto crítico de la lucha práctica del movimiento ferrocarrilero, y es una teoría, además, hecha *para* la práctica, para crear la organización política de los comunistas. Su *pasado* es la práctica y su *futuro* es, la práctica. La lucha teórica por crear una línea política tiene, entonces, como antecedente la práctica histórica, huérfana de teoría, de un gran movimiento sindical y tendrá como consecuente la organización política que pugnará por llevarla a su realización. Es inaceptable, en esta perspectiva, simultanear la teoría y la práctica, como quieren los practicistas, porque ello significa y ha significado, *en el mundo de los hechos*, la adopción de una práctica sin sentido y la declaración puramente formal de una necesidad de elaborar una línea política. Y aun en el supuesto caso, puramente *ideal*, de que se tratara por igual la teoría y la práctica, esto es, que no se rechazara cierto ejercicio de la teoría, el tiempo dedicado a la práctica, se restaría a la indispensable labor teórica para confeccionar una línea política. Se estaría tratando lo desigual como igual; se estaría retrasando la conquista de lo más urgente: la línea política.

La línea política no es aún el *programa de la revolución socialista en México*; requiere de su comprobación y enriquecimiento en la práctica social. Pero no es algo arbitrario, impresionista y subjetivo, sino que es producto de una elaboración científica. Mao tse-tung dice con toda razón que la primera etapa del proceso del conocimiento en su conjunto es "la etapa que conduce de la materia objetiva a la conciencia subjetiva, de la existencia a las ideas. En esta etapa no se ha comprobado si la conciencia y las ideas (incluyendo teorías, orientaciones, planes y resoluciones) reflejan correctamente las leyes de la realidad objetiva, todavía no se puede determinar si son justos" (*¿De dónde provienen las ideas correctas?*) La primera etapa es, pues, insuficiente; pero no arbitraria e impresionista. La línea política debe ser cuidadosamente elaborada mediante la utilización de la filosofía marxista y el método dialéctico, debe tratar de

reflejar la realidad y poseer una gran coherencia en la aprehensión de las leyes objetivas. La línea política requiere de su posterior comprobación, de su enriquecimiento o modificación parcial en y por la práctica. *La línea política, después de haberse llevado a la lucha por intermedio de una organización política, se transforma en programa.* La organización que actúe ya prácticamente y esté orientada por una línea política (segunda fase del proceso constructivo del partido) no es el *maestro* de la clase obrera o del sector de la clase en que tiene influencia, sino que es, a un tiempo, *maestro y alumno*. Pero la clase obrera no es maestra en el mismo sentido en que la organización política lo es de la clase: la organización comunista enseña a la clase lo *universal*, la línea política general conquistada por medio de la ciencia; la clase, en cambio, enseña a la organización política, lo *particular*, la situación concreta dentro de cada centro de trabajo en la ciudad o en el campo. Si la línea política es, por ende, un examen general y científico de las condiciones objetivas, el programa, resultado de llevar esa línea a la práctica social, a la clase trabajadora, *es una síntesis de lo universal de la línea política y lo particular de las experiencias concretas de la clase.*

Si se lleva a la práctica una "línea política" impresionista, no realizada científicamente, la práctica no podrá crear su validez como por generación espontánea. Aún más. Una práctica tal, inspirada en una teoría así, retrasa' el advenimiento de la verdadera línea política, es una práctica que deviene practicismo.

Para demostrar la justeza de la línea política y enriquecer sus enunciados, hay que llevarla a la práctica, a la lucha obrera, y obtener de ello *el programa de la lucha revolucionaria para implantar el socialismo en México.* Para conducir esa línea política a la clase obrera —a los sectores industriales o agrarios indicados por la propia línea— se requiere necesariamente de una *organización política comunista.* ¿Qué forma debe presentar dicha organización? Debe empezar a asumir ciertos aspectos del centralismo democrático, el cual no es una forma organizativa que se conquista de la noche a la mañana, sino que requiere, por así decirlo, de una perpetua conquista cotidiana, y cambia de carácter cuando pasa de forma organizativa de la organización comunista prepartidaria a forma de la organización partidaria o a forma organizativa, en el socialismo y el comunismo, que abarca a toda la sociedad.

Los comunistas, organizados según el centralismo democrático, deben penetrar en la clase obrera á lo cual indica que deben saber combinar, con gran flexibilidad, la lucha legal e ilegal, en consonancia con la caracterización que se haya hecho del régimen existente, de las condiciones

objetivas.

El proceso de la organización de la conciencia comunista en México, consta, entonces, de dos grandes momentos:

I). *Un momento teórico*, que abarca:

- a) Dominio tal de los conocimientos fundamentales del marxismo-leninismo que lleve a adoptar una justa posición en la lucha de principios que tiene lugar en el movimiento comunista internacional.
- b) Aceptación del espartaquismo integral y
- c) Elaboración de una línea política.

En el momento actual creemos tener claridad respecto a los dos primeros requisitos. Es imprescindible, entonces, conquistar el tercer aspecto. Vivimos el momento teórico de la estructuración de la línea política (que implica una cierta forma de práctica: la que ayude, posibilite la realización y difusión de tal línea).

II). *Otro momento práctico*. Cuando se realice la línea política, llegará la hora de organizarse para la lucha social. Los requisitos que esto implica:

- a) Adopción de ciertos aspectos de centralismo democrático.
- b) Penetración en la clase obrera (en los sectores indicados por la línea).
- c) Combinación de la lucha legal e ilegal, se tendrán que dar de modo simultáneo, o mejor, con esa simultaneidad dialéctica que consiste en que, según las circunstancias, se pone más el acento en uno u otro elemento.

El resultado de la obtención de estos momentos *teórico-prácticos* es la conciencia comunista organizada, la organización comunista prepartidaria.

Entonces, antes de haber un partido *real* dirigente del proletariado, tiene que constituirse una *conciencia comunista organizada*. El proceso constitutivo de esta conciencia recibe el nombre de *organización de la conciencia comunista* y el producto de tal proceso el de *conciencia comunista organizada* que no es otra cosa que el *cerebro comunista colectivo organizado por el centralismo democrático para la práctica revolucionaria y la lucha por conquistar la dirección de la clase obrera*.

De la misma manera que el *practicismo* es la perturbación pequeño-burguesa de la creación del partido, cuando se vive el momento *teórico* de

la organización de la conciencia comunista, el *teoricismo* será la perturbación pequeño-burguesa de la creación del partido, cuando se viva el momento *organizativo-práctico* de la conciencia comunista, en virtud de que la línea política ha sido ya conquistada.

El partido de la clase obrera, como vanguardia del proletariado, aparece cuando el elemento de penetración racional en la clase obrera (perteneciente, como acabamos de ver, al momento organizativo-práctico) deviene dirección de los sectores esenciales de dicha clase. Estrictamente hablando, un partido existe realmente cuando el organismo político proletario dirige científica y revolucionaria-mente sectores fundamentales de la clase obrera. Stalin, en *Sobre los Fundamentos del Leninismo*, dice que "El partido tiene que ser ante todo, el destacamento de vanguardia de la clase obrera". Y más adelante: "Sin partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor. El partido es el Estado Mayor de combate del proletariado".

El inicio del centralismo democrático se da, en consecuencia, posteriormente al momento *teórico* de la organización de la conciencia comunista o sea en el momento organizativo-práctico de tal proceso. El centralismo democrático siempre es perfectible (y siempre existe la posibilidad de su deterioro); da un salto cualitativo cuando pasa de organización del cerebro comunista a organización del partido, y aun dentro del partido su perfectibilidad y posibilidad de deterioro no cesa nunca.

El esquema del espartaquismo integral toma en cuenta, por tanto, tres etapas o fases: el movimiento comunista sin organizar, la conciencia comunista organizada y el partido de la clase obrera.

A). *El movimiento comunista sin organizar* es producto de la *irrealidad histórica* del PCM y de la *irrealidad teórica* del espartaquismo pequeño-burgués. Se trata del movimiento comunista actual, desperdigado, sin orientación, enajenado.

B). *La conciencia socialista organizada* es el producto de *realizar* el momento teórico (y sus tres elementos constitutivos) y el momento *organizativo-práctico* (y sus tres elementos esenciales).

C). El partido es el destacamento dirigente, revolucionario y científico de la clase obrera.

La mesa redonda de los diferentes grupos espartaquistas que tuvo lugar a principios de 1966, al tiempo que terminó en un evidente fracaso, mostró la existencia de diversas tendencias dentro del movimiento espartaquista respecto a la forma en cada una de ellas concebía la creación

del partido:

1. La *practicista*, representada por el PRP y la LLE (ahora fusionados en la LCE).
2. La representada por el grupo de Revueltas y
3. La *espartaquista integral*.

Común a las dos primeras tendencias, pese a sus distintos planteamientos en otras cuestiones, es la *irrealidad teórica*, su desdén franco o encubierto por el requerimiento de crear una línea política que anteceda a toda organización. La primera cree que se puede simultanear la actividad práctico-organizativa y los trabajos en favor de la línea (con el resultado de que no se hace adecuadamente ni una ni otra cosa), la segunda cree que hay que dar preeminencia a la organización (concebida en la forma revisionista de la *democracia cognoscitiva*) sobre la línea política. En la práctica ambas tendencias representan callejones sin salida, grupitos políticos sin futuro.

La *irrealidad histórica* del PCM, se expresa, entre otros aspectos, en la existencia de un movimiento comunista sin organizar. Esta es la situación actual de los comunistas en México. *El movimiento comunista sin organizar es la prehistoria de la división del trabajo de un partido red.* Unos grupos espontáneamente se han "especializado" en unas tareas, otros en faenas distintas, etcétera. Pero el carácter "prehistórico" de esta división del trabajo no es, de por sí, ninguna vía para la creación del partido. Es importante hacer notar que, *cuando los comunistas pasen, orientados por el espartaquismo integral, al momento organizativo-práctico, se podrá aprovechar la experiencia en diversos niveles de los dispersos grupos y círculos que componen en la actualidad el movimiento comunista sin organizar.* El momento organizativo-práctico es también el de la lucha por la unidad de los marxistas-leninistas.

Pero es necesario indicar lo siguiente: el movimiento espartaquista existente *sin* el espartaquismo integral no devendrá conciencia comunista organizada ni partido. El espartaquismo integral, en cambio, puede dar a luz la conciencia socialista organizada y el partido, *sin* el movimiento comunista existente, *aunque con mayores dificultades que si se logra la unidad de los marxistas-leninistas en el momento oportuno y sobre la base de una fusión de principios.*

Una unidad de grupos realizada al margen del espartaquismo integral no es un paso adelante hacia la creación del partido, sino una peor enajenación. Es una fusión que no hace otra cosa que posibilitar una

escisión mayor. Representa una más grande enajenación porque la nueva organización fusionada hace alimentar grandes ilusiones en los militantes, ilusiones que no son sino *la expresión emotiva de un renovado complejo de partido y organización*. Tan es así que creemos más favorables para la asimilación del espartaquismo integral las épocas de crisis a las que tienden invariablemente todas las organizaciones comunistas en México, porque se "desilusionan" de su propio grupo y llegan a vislumbrar a veces el complejo de partido que los corroe.

La labor de quienes han aceptado ya el espartaquismo integral tiene que dividirse en tres aspectos:

1. Formación de círculos de estudio en que, además de estudiarse los principios básicos del marxismo que permitan adoptar una justa posición en la pugna existente en el movimiento comunista internacional, se estudie el esquema del espartaquismo integral hasta comprenderlo y dominarlo.

2. Integración de una comisión elaboradora de la línea política, dedicada a todas las tareas relacionadas con éste.

3. Actividad práctica que posibilite la elaboración, publicación, difusión de las tesis del espartaquismo integral y de los diferentes aspectos de la línea política que vayan conquistándose.

En la actualidad no vemos la posibilidad de convencer con este esquema a ninguno de los grupos espartaquistas existentes. *El practicismo representa en esta etapa, la materialización de la desesperación pequeño-burguesa que en general los caracteriza*. Este practicismo pequeño-burgués les impide comprender que el punto de vista revolucionario es resistir heroicamente a la desesperación practicista (característica de los estudiantes, etcétera), en favor de una seria labor teórica. Por todo ello, creemos que no hay, por ahora, la posibilidad de que alguno de los grupos existentes asuma el Esquema. Pero en el supuesto caso de que ello ocurriera, de que hubiese un grupo que aceptara el espartaquismo integral ¿qué tareas debería emprender a partir de ese momento? Las ya dichas:

1. La organización se reestructuraría en un conjunto de círculos que tendrían por objeto estudiar el marxismo, la polémica chino-soviética y el espartaquismo integral.
2. Se destacarían una serie de cuadros para formar parte de la comisión elaboradora de la línea política.
3. Los círculos se dedicarían también a la actividad práctica y

financiera que posibilite la elaboración, publicación y difusión del espartaquismo integral y de la línea política.

CAPITULO II

EL ESPARTAQUISMO INTEGRAL A LA LUZ DE LA REVOLUCIÓN ARTICULADA

1. Tres tesis fundamentales del espartaquismo

Tres son las tesis fundamentales del espartaquismo: 1) No es posible la destrucción del capitalismo sin la presencia dirigente del partido de la clase obrera. 2) En México no existe un partido que pueda ser considerado la vanguardia científica y revolucionaria de dicha clase. En este sentido se denunció, desde hace varias décadas, la *irrealidad histórica* del PCM y otras agrupaciones. 3) Tomando en cuenta, entonces, la necesidad de la existencia de un partido de la clase obrera para construir el socialismo, por un lado, y la *irrealidad histórica* del partido, por otro, la tarea preeminente de los socialistas en el panorama político nacional *no puede ser otra que la de luchar por la creación de dicho partido*.

2. El viejo y el nuevo espartaquismo

En el documento *La nueva situación del espartaquismo integral* (de 1973) podemos leer: "En el año de 1965, en el seno del movimiento espartaquista, apareció el documento *¿Por dónde empezar?* que dio nacimiento al espartaquismo integral. En este documento se expone, en sus lineamientos *lógicos* fundamentales, el *contenido* de dicha posición política. Se pone de relieve la diferencia entre el antiguo espartaquismo (el que se incubó en la célula Marx del PCM) y el EI. El antiguo espartaquismo tenía la virtud indudable de denunciar la *irrealidad histórica* del PCM y pugnar por la creación de un verdadero partido de la clase obrera en México. Pero, si hacía lo primero de manera concreta (mostrando hasta el nivel teórico necesario dicha irrealidad), planteaba lo segundo (la lucha por la creación del partido) de modo abstracto. La Liga Leninista Espartaco, organismo en el cual encarnó el viejo espartaquismo, aglutinó, en efecto, esos dos elementos: la *concreción* de la denuncia y la *abstracción* de las vías para crear el partido. El nuevo espartaquismo nació para transformar el modo abstracto de concebir la creación del partido de clase, en un modo concreto. En esto consiste la esencia de ese "esquema" lógico del EI que se halla

• El escrito "*El espartaquismo integral a la luz de la Revolución Articulada*", redactado hacia 1976, es un texto elaborado inmediatamente después de la ruptura de E.G.R. y otros compañeros con "*los intelectualistas*", esto es, los que si bien eran partidarios del E. I. (y de su doble tesis: la irrealidad histórica y la irrealidad teórica del partido en México) rechazaron tajantemente, por parecerles una revisión del marxismo-leninismo, la concepción de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular.

expuesto en el documento *¿Por dónde empezar?*¹

¿En qué consistió la novedad que traía consigo el El en rompa-ración con el primer espartaquismo? Su punto de vista fue el siguiente: "La tesis leninista del partido, al ser aplicada a México, ha mostrado una peculiaridad: en nuestro país hay un organismo que se llama PCM, está ahí, existe físicamente, pero no es *real*; un 'partido' en el que se divorcian la forma y el contenido, la esencia y la apariencia, el nombre glorioso y la precaria realidad. La teoría leninista del partido, nacionalizada con el nombre de *espartaquismo*, abarca dos aspectos inseparables: la teoría de la irrealidad histórica del PCM y la necesidad de crear un partido comunista real en la política nacional. Estos dos aspectos han nacido en dos etapas diferentes: el aspecto *denunciador* (de la irrealidad histórica del PCM) fue producto de una profunda crítica del papel jugado por el PCM a través de toda su historia, suscitada sobre todo por el fracaso de este partido en la dirección del movimiento ferrocarrilero de 1958-1959. El PCM, al mostrar no sólo ciertos errores en la conducción de este movimiento, sino una absoluta incapacidad de dirigir científica y revolucionariamente un sindicato tan importante como el ferrocarrilero, evidenció su inoperancia teórico-práctica. La célula Marx del PCM —y José Revueltas de modo especial— tomaron conciencia de este hecho y formularon, con la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM y la lucha relacionada con ello, el aspecto denunciador del espartaquismo.

"El aspecto *constructivo* del espartaquismo es el producto de la crítica de la *irrealidad* teórica de los espartaquismos, es la toma de conciencia de las causas del fracaso del movimiento espartaquista por crear el partido".

"La Liga Leninista Espartaco, consciente de la *irrealidad histórica* del PCM, nació para luchar por la creación del partido de la clase obrera; pero si dominó en lo esencial el aspecto *denunciador* del espartaquismo, no tuvo claridad en lo que se refiere al aspecto *constructivo*. La Liga tuvo que perecer, víctima de la inexistencia en su seno de un espartaquismo integral, esto es, de un espartaquismo que reuniera al aspecto *denunciador* del carácter *irreal* del PCM una teoría correcta de la creación del partido de la clase obrera en México. Es falso que se pueda deducir lógicamente del concepto de "inexistencia histórica" del PCM la forma en que hay que construirlo".²

La última frase de esta cita alude al hecho de que el espartaquismo integral fue cayendo poco a poco en cuenta de que las *argumentaciones*

¹El documento *¿Por dónde empezar?* también se conocía, recordemos, con el nombre del *Esquema*.

² *¿Por dónde empezar? Notas sobre el espartaquismo en México*, 1965.

hegelianas, con las que se pretendía denunciar la irrealidad del partido y la creación del mismo *a partir* de tal punto, resultaban especulativas y erróneas. Si la forma de existencia del partido —decíamos entonces— es la negación de su realidad histórica, la toma de conciencia de tal hecho (en la tesis de la *irrealidad histórica*) es la negación de la negación. Pensábamos que reconocer sin tapujos la forma de existencia *irreal* del PCM era no sólo la premisa sino la guía (en un proceso de deducción lógica *contrario sensu*) para empezar a darle *realidad* histórica a una organización política. Nos lanzamos, en una palabra, a la "creación del partido" (en la LLE) *sin una teoría clara sobre tal proceso de gestación*.

Víctimas de nuestro espontaneísmo teórico-práctico, de nuestra incertidumbre organizativa, fue la creación, no de un partido *real*, sino de una organización empantanada en el complejo de partido y tan *irreal* como el PCM y las otras organizaciones de la izquierda de entonces.

El El tuvo la pretensión de elaborar una teoría de la creación del partido que abandonara las vaguedades del primer espartaquismo. El documento *¿Por dónde empezar?* muestra, en efecto, que el proceso de creación del partido implica tres grandes etapas:

1. Conciencia comunista desorganizada o movimiento comunista disperso.
2. Conciencia comunista organizada (CCO).
3. Partido-Vanguardia.

"El proceso que conduce de la conciencia comunista desorganizada a la CCO alude al conjunto de actividades (o de "prácticas") que, debidamente articuladas, conforman lo que se ha llamado *la organización de la conciencia comunista*".³

Como la *razón fundamental* (no la única, desde luego) de la *irrealidad histórica* del partido es la *irrealidad teórica* del movimiento comunista, la lucha por conferirle *realidad* al partido pasa necesariamente por la de darle realidad a la *teoría*, esto es, por un análisis científico de la realidad nacional a partir del cual se deduzcan la estrategia y la táctica revolucionarias. Las *argumentaciones hegelianas* del primer espartaquismo fueron sustituidas, a la larga, por una *teoría de las diferentes prácticas* (TDP) en la que se pretendía abandonar las tesis abstractas del "espontaneísmo hegeliano" a favor de la toma de conciencia y de la puesta en acción de' aquellas prácticas esenciales para la construcción del partido.

³ *La nueva situación del espartaquismo integral.*

3. Cuatro formulaciones espartaquistas sobre la irrealidad histórica del partido.

La teoría de la *irrealidad histórica* del partido ha tenido cuatro formulaciones principales:

A) *La formulación del viejo espartaquismo*. Esta posición se halla expuesta principalmente en los documentos de la célula Marx en general y de José Revueltas en particular. Su esencia consiste en afirmar que el PCM — y también, desde luego, *todas* las otras agrupaciones de la izquierda mexicana— no sólo adolecía de tales o cuales fallas o cometía tales o cuales errores, sino que resultaba incapaz, *por razones estructurales*, y a través de toda su historia, de jugar el papel de vanguardia científica y revolucionaria de la clase obrera. Esta posición⁴ carecía, como dijimos, de una clara teoría de la creación del partido. Producto de ello fue caer, de manera espontánea y desordenada, en un *simultaneísmo de tareas* reenajenadas de hecho a un cierto *complejo de partido y organización* que desvirtuó nuestro empeño de coadyuvar a la creación del partido.

B) *La formulación inicial del E.I.* se halla plasmada esencialmente en el documento *¿Por dónde empezar?* En el texto *¿Por dónde seguir?* se define al E.I. de la siguiente manera: es una "lucha teórico-práctica por crear desde hace años el partido de la clase obrera en México, que reposa, entre otras cosas, en dos tesis *negativo-denunciadoras*, surgidas en diferentes etapas y que se hallan en íntima vinculación lógica: la tesis de la *irrealidad histórica* del PCM y la tesis de la *irrealidad teórica* del movimiento comunista nacional. También se basa en la conciencia de que es requisito fundamental para dar término a la primera irrealidad (la histórica) terminar con la segunda (la teórica): sólo cuando una agrupación política haya realizado la crítica de la realidad nacional de modo científico, esclareciendo la estrategia revolucionaria más general para la lucha por el socialismo en esta parte del mundo, desaparecerá la irrealidad teórica (que se expresa lo mismo en planteamientos ideológicos impresionistas, en "verdades" no fundamentadas o en cínicas o modestas afirmaciones de la carencia de la teoría) y, con ello, se sentarán las bases para el surgimiento del partido, con lo que la inexistencia histórica del mismo vendrá a ser superada definitivamente". La formulación inicial del

⁴ Que predominó no sólo en la célula Marx, sino en el Partido ObreroCampesino Mexicano (en el período en que los miembros de aquella militaron en éste en 1960), en la Liga Leninista Espartaco, en la Asociación Revolucionaria Espartaco, etcétera.

E.I. sustituye el *simultaneísmo de las tareas*, propio de la ausencia de una teoría de la creación del partido (que caracteriza al primer espartaquismo) por el *gradualismo de las tareas*. En el documento *La nueva situación del E.I.* podemos leer: "Tal vez, hasta hoy, el peligro más serio de una deformación importante en la Perspectiva,⁵ parece ser lo que hemos llamado el *gradualismo*. Esta deformación se ve alimentada por una lectura puramente abstracta de *¿Por dónde empezar?* En efecto, si creemos que los 'pasos lógicos' (de que habla el 'Esquema') deben ser reproducidos mecánicamente en nuestra militancia, estos 'pasos' se nos vuelven 'grados' y el modelo lógico de la creación del partido se convierte en la 'teoría de los grados' o 'gradualismo' que consiste en afirmar tajantemente que, aunque el grado superior implique el inferior, *mientras no se llegue al término de realización de un grado no debe emprenderse la realización del grado siguiente*. Mientras no se posea, por ejemplo, la línea política (producto del *momento teórico*), no conviene realizar ningún tipo de actividad perteneciente a un 'grado' o un *momento* distinto: el de una cierta organización política, de la penetración embrionaria en la clase obrera, etcétera". *La formulación inicial del E.I.*, con su "lectura gradualista" del documento *¿Por dónde empezar?* se extiende de 1965 hasta 1972 en que se redacta el documento *¿Por dónde seguir?* y hasta enero de 1973 en que se escribe el texto *La nueva situación del E.I.*, que no es otra cosa que un resumen del documento precedente.

C) *La formulación intermedia del E.I.* se encuentra desarrollado en documentos como *¿Por dónde seguir?*, *La nueva situación del E.I.*, *La Teoría de las Diferentes Prácticas*, etcétera. Esta formulación intenta superar el *gradualismo* de la formulación anterior, sin caer en el *simultaneísmo de las tareas* del primer espartaquismo. En *La nueva situación del E.I.* podemos leer que: "*los silencios contenidos en el 'Esquema' conllevan la posibilidad de una lectura gradualists*. El documento *¿Por dónde seguir?* plantea la desaparición de estos silencios y muestra que la vía para sortear el gradualismo se halla en una sustitución de la teoría de los grados por una teoría de las diferentes prácticas que se requieren para crear el partido de la clase trabajadora. Esta teoría puede ser formulada de la siguiente manera: *no es necesario esperar a la plena consumación de una práctica para iniciar otra, siempre y cuando se halle garantizada la consecución de la primera*". Es interesante señalar el hecho de que si la *formulación inicial del E.I.* guardaba distancia ' ya respecto a las *argumentaciones hegelianas*

⁵ Nombre que dábamos a la agrupación política creada alrededor del E. I.

del primer espartaquismo, la *formulación intermedia del E.I.* se opone tajantemente a dichas *argumentaciones*. A ello contribuyó, a no dudarlo, el estudio de las obras de Louis Althusser que tuvo lugar por aquella época en el seno de la Perspectiva. La *formulación intermedia del E.I.*, con su teoría de las diferentes prácticas —en que, no obstante, se confería preeminencia a la teórica—, se extiende de 1972 hasta 1976 en que se redacta el documento *Una nueva fase del E.I.: la práctica cohesionadora*.

D) *La formulación última del E.I.* Se halla comprendida, como dijimos, en el documento *Una nueva fase del E.I.: la práctica cohesionadora*. En este escrito se asienta que: "El nuevo espartaquismo o E.I se divide en dos etapas principales: El E.I. inicial (que se extiende más o menos de 1965 a 1976) y el E.I. actual (surgido en 1976). La diferencia sustancial entre una etapa y otra reside en que mientras la irrealidad teórica es vista por el E.I. inicial⁶ como una *irrealidad teórica por ausencia*, es decir, como una irrealidad que se basa en un *vacío teórico nacional* que exige a la organización u organizaciones conscientes de tal falla comenzar prácticamente desde cero (estudiar una bibliografía mínima, *El capital*, las estadísticas, etcétera) con el objeto de llenar esa laguna y crear la *teoría*, la irrealidad teórica es vista por el E.I. actual⁷ como una irrealidad que ya no se basa en una *ausencia teórica nacional*, sino en una teoría que se halla dispersa en el movimiento comunista y revolucionario... y llena además de vacíos e imprecisiones que requieren de desarrollo". Y más adelante: "A reserva de tratar esto con mayor profundidad, somos de la opinión de que, antes de 1968, era evidente la ausencia de la *teoría revolucionaria* en el panorama político mexicano. El marxismo que predominaba entonces era, por regla general, un marxismo adocenado, rígido y dogmático. En general el análisis de la realidad nacional (ARN) que existía en aquella época o bien era francamente burgués y reformista o bien consistía en las interpretaciones de datos superficiales de la realidad nacional a la luz de la folletería marxista. Esta es la razón por la cual la Perspectiva, al caer en cuenta de la irrealidad teórica *por ausencia*, se dispuso a llenar ese hueco llevando a cabo una práctica que, de hecho, partió de cero. Sin embargo, después de 1968, empezó a surgir aquí y por allá la teoría revolucionaria... La represión brutal del gobierno al movimiento estudiantil no pudo impedir el hecho de que la lucha asumiera nuevas formas: surgieron multitud de círculos de estudio... De 1970 a 1976 es un período en que

⁶ Adviértase que el documento que estamos citando reúne dentro del E. I. inicial lo que nosotros hemos considerado E. I. inicial (de 1965-1972) y el E. I. intermedio (de 1972 a 1976).

⁷ Esto es, por la *formulación última del E. I.*

empieza a aparecer la *teoría revolucionaria en México*. Pero se trata de una teoría dispersa y llena de vacíos. *Se podría decir que no sólo el movimiento comunista se halla desperdigado, sino que lo mismo ocurre con la teoría que podría destruir su dispersión ...*

En los 60, entonces, no existía la teoría, y por no existir, el carácter de la irrealidad teórica no era otro que el de la irrealidad teórica por ausencia. En los 70, se han modificado positivamente las cosas. Es cierto que todavía hay irrealidad teórica. Pero ya no es por ausencia sino por dispersión y vacíos. Este hecho real, cristalizado fuera de la Perspectiva, nos muestra algo que no habíamos considerado anteriormente y que puede formularse haciendo notar que el proceso de dar realidad a la teoría, de dar a la luz la ciencia revolucionaria, no es obra de un solo grupo (y mucho menos de una sola persona) sino del movimiento comunista y revolucionario".

4. La destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo

A pesar de las diferencias que presentan el viejo espartaquismo y el espartaquismo integral (en sus tres etapas) tienen en común los puntos de vista que asentábamos en un principio:

1. En México no es posible la *destrucción* del capitalismo sin la presencia dirigente del partido de la clase obrera. 2. En nuestro país no existe dicho partido y 3. La tarea preeminente de los socialistas es la de luchar por la creación de tal partido.

Adviértase que la *realidad* de un partido es vista en función de su capacidad para *destruir* (al frente de la clase obrera, etcétera) el sistema capitalista. Pero tómese en cuenta también que las formulaciones del espartaquismo en general no hacen referencia en nada o *casi nada al socialismo*. En sus formulaciones se pone el acento en la destrucción del régimen actual; pero no se alude a la *construcción* del nuevo. La razón de ello es que tal cuestión no nos resultaba un "problema". Dábamos por supuesto, enmarcados en nuestra ortodoxia, los pasos necesarios para crear el socialismo.

El grupo Espartaquismo Integral-Revolución Articulada (EIRA) piensa que, al hablar de la *irrealidad histórica del partido*, debe ponerse el acento en que tal cosa implica, si se toma el concepto en su mayor amplitud, no sólo *la incapacidad para destruir el capitalismo sino también la incapacidad para construir el socialismo*.

Hay partidos que poseen una *irrealidad histórica integral* y los hay que sólo tienen una *irrealidad histórica parcial*. Los primeros son

inoperantes, como dijimos, no sólo para dirigir el proceso de *destrucción* del capitalismo, sino también para entrever la *construcción* del socialismo. Los partidos que padecen de *irrealidad histórica integral* son aquellos que, por carecer de un contenido revolucionario, están desprovistos de realidad histórica *destruktiva*, y por estar ausentes de una clara teoría de la construcción del socialismo, están despojados de realidad histórica *constructiva*. Puede haber casos en que una agrupación que carece de realidad histórica *destruktiva*, visualice algunos aspectos importantes del socialismo futuro; pero en sentido estricto *sólo puede tener realidad constructiva quien posee realidad destruktiva*. Los partidos que padecen de una *irrealidad histórica parcial* son aquellos que aunque muestren incompetencia para dirigir el proceso de conformación del socialismo, poseen la *realidad histórica* suficiente para jefaturar el proceso destruktivo de las relaciones de producción capitalistas. A los partidos que poseen *realidad histórica parcial* les llamaremos, para abreviar, *partidos-destrucción* y a los susceptibles de adquirir *realidad histórica integral* les denominaremos *partidos destrucción-construcción*.

¿Cuál es la razón fundamental⁸ de que un partido no llegue siquiera a adquirir el rango de *partido-destrucción*? La respuesta ya la sabemos: se debe *en lo esencial* a que carece de *realidad teórica destruktiva*, esto es, que no ha podido llevar a cabo científicamente el análisis de la realidad nacional (ARN) a partir del cual débese formular la estrategia adecuada para *destruir* el capitalismo. ¿Cuál es la razón fundamental de que un *partido-destrucción* no adquiera el carácter de partido *destrucción-construcción*? Podemos sospechar ya la respuesta: se debe fundamentalmente a que carece de realidad teórica constructiva.

¿En qué consiste esta *realidad teórica constructiva*, que se nos muestra como la *conditio sine qua non* de la *realidad histórica integral*? La constituyen dos elementos fundamentales: La Revolución Articulada (RA) y la nacionalización de la RA.

No se puede afirmar que los *partidos-destrucción* carezcan en absoluto de ideas, planes, programas para conformar el régimen futuro. Todo lo contrario: tienen un concepto muy preciso de la construcción de *algo* que ya no es el capitalismo, pero que tampoco es el socialismo. Los *partidos-destrucción*, conscientes del carácter irracional del régimen burgués (y respondiendo no a los intereses de la clase obrera, sino de la clase intelectual) tienen en su programa de construcción "socialista" la finalidad de "socializar" los medios *materiales* de producción. Como se proponen llevar

⁸ Razón fundamental, no única. Hay, desde luego, un conjunto de prácticas, además de la teórica, indispensables para la creación del partido.

a cabo una "revolución económica" sin realizar las revoluciones cultural, sexual-familiar y antiautoritaria, el resultado de su acción conformadora, una vez destruido el capitalismo, no es el socialismo sino el *modo de producción intelectual (burocrático-tecnocrático)*. Como no hay, entonces, destrucción sin construcción, los *partidos-destrucción* son partidos también *constructores*; pero no del régimen socialista, sino de una formación en que se sustantiva la *clase intelectual* y adquieren la hegemonía los sectores burocrático y tecnocrático. Los *partidos-destrucción* poseen una *realidad histórica parcial*, decíamos anteriormente. Su *realidad teórica* se distingue, en este caso, por dos notas: por su competencia para *destruir* el régimen burgués y por su capacidad para crear, no el régimen socialista, sino el *régimen intelectual*. Normalmente creen, incluso de buena fe, estar creando el socialismo, cuando lo que están engendrando es un *modo de producción intelectual*. Los *partidos-destrucción* no son otra cosa, en realidad, que *partidos intelectualistas*, esto es, *partidos que, conscientemente o no, se valen de la clase obrera para destruir a la clase burguesa y elevar al poder a la clase intelectual*. Desde el punto de vista de clase, los partidos que carecen de *realidad histórica destructiva* (y por tanto *constructiva*) no escapan, a pesar de sus pretensiones, de la determinación *pequeño-burguesa*. Los *partidos-destrucción* son partidos que expresan los intereses históricos de la clase intelectual, y los partidos *destrucción-construcción* deberán ser quienes reflejen los intereses de la *clase obrera*.

La *realidad teórica destructiva*, que define a la irrealidad histórica parcial, es un problema fundamentalmente *nacional*. Las organizaciones políticas pueden adquirir *realidad histórica destructiva* si llevan a cabo científicamente un ARN (que implica desde luego conocimientos de la situación internacional, etcétera) y deducen de él (y la llevan a la práctica) la línea revolucionaria anticapitalista. El *partido-destrucción* se define, entonces, por su capacidad para encabezar un proceso que destruya el régimen capitalista que impera en una *nación determinada*.

La *realidad teórica destructivo-constructiva*, que define a la *realidad histórica integral*, es un problema, en cambio, *internacional*. La razón por la que la inmensa mayoría de los partidos comunistas, si no es que todos, se definen como agrupaciones que, en el mejor de los casos, deben ser considerados como *partidos-destrucción* (o lo que es igual, *partidos de la clase intelectual*) es que existe una *irrealidad teórica de cómo construir el socialismo a nivel internacional*. Una de las piezas esenciales de esta *irrealidad teórica internacional* es la ignorancia de la existencia de una *clase intelectual* en el capitalismo que de dominada-dominante que es en este sistema (dominada por la clase burguesa y dominante respecto a la clase

obrera), pasa a ser dominante sin más del sistema intelectual, una vez que, tras de socializarse los medios *materiales* de la producción abandona la escena el capital privado.⁹

La RA representa el intento de *darle realidad a la teoría de la creación del socialismo*. Parte de esta pregunta ¿cómo es posible que varios partidos comunistas que han llegado al poder, en vez de empezar a crear el socialismo hayan generado, independientemente de su voluntad, un régimen imprevisto que no puede ser caracterizado ni como capitalista ni mucho menos como socialista?

La RA se halla en este momento en un proceso de gestación. Mucho falta por decirse, precisarse y profundizarse. Y no sólo eso. La RA tiene, además, que *nacionalizarse*.

Es interesante anotar el hecho, al llegar a este punto, de que darles realidad a la teoría general de la construcción del socialismo y a la teoría particular de la construcción del socialismo en México, lejos de perjudicar al proceso de desmantelamiento y destrucción del régimen capitalista, le brindará una ayuda inestimable. *Un, proceso destructivo es más eficaz si tiene en cuenta qué es lo que va a generar*. Cuántos millares de individuos (y desde luego cuántos millares de obreros) no luchan contra el capitalismo porque no les queda claro con qué sistema se va a sustituir el actual o, más nítidamente aún, porque les queda claro que la formación llamada socialista habitualmente *no representa los intereses históricos de la clase obrera*. Lo anterior nos demuestra que el esclarecimiento del aspecto constructivo no permanece indiferente respecto al proceso de destrucción.

⁹ Entre paréntesis conviene poner de relieve que la clase intelectual en el poder ha revelado ser tan nacionalista como la clase burguesa: basta ver la pugna chino-soviética para comprobar esta aseveración. Al revés de lo que afirma la propaganda "socialista", la clase intelectual es *internacionalista por su forma y nacionalista por su contenido*.

5. Los "partidos socialistas" en México

Aunque hay diferencias entre ellos, cualidades en unos y defectos en otros, todos los partidos que militan en la izquierda nacional son *irreales* en el doble sentido del término: son incapaces de visualizar la manera de destruir el capitalismo y son incapaces para vislumbrar la forma de construir el socialismo en general y el socialismo en México en particular. El PCM, por ejemplo, adolece de una *irrealidad histórica integral*. En realidad, no es sino la pasión inútil de ser, no un partido comunista, sino un *partido-destrucción*, esto es, un *partido intelectualista*. Cada movimiento político de significación vuelve a demostrar la *irrealidad histórica* del PCM. Lo mismo la derrota del movimiento ferrocarrilero de 1958-1959, que la derrota del movimiento democrático-estudiantil de 1968 o que la política electoral que sigue hoy en día. Se trata de un partido pequeño-burgués, *controlado* por el establecimiento capitalista. En efecto, un partido irreal históricamente respecto a la destrucción del capitalismo deviene pequeño-burgués. Un partido *real* respecto a esta destrucción, pero irreal respecto a la construcción socialista, deviene intelectualista. *El PCM es un partido pequeño-burgués con sueños de ser, no socialista, no comunista sino intelectualista.*

6. El espartaquismo. Consideraciones finales

El espartaquismo en general y el espartaquismo integral en particular fueron una toma de conciencia de la *irrealidad histórica* del PCM como *partido-destrucción* y un *intento* de darle realidad teórica e histórica a un tipo de partido que, independientemente de la conciencia y los deseos, no puede caracterizarse de otro modo que como *partido intelectualista*. Tanto el viejo espartaquismo como el espartaquismo integral pusieron, conscientemente o no, el acento en la *destrucción* del capitalismo y no en la *construcción* del socialismo. Hay, sin embargo, una diferencia entre el espartaquismo en general y el espartaquismo integral de la última etapa — el que aprobó el documento sobre la *práctica cohesionadora* y *rechazó la RA* —. El espartaquismo en general luchaba inconscientemente por generar *el partido de la clase intelectual*. Como intentaba, por un lado, darle realidad teórica e histórica al *partido-destrucción*, y como no conocía ni vislumbraba el concepto de la RA, carecía de realidad teórica e histórica para generar el *partido-construcción*. Pero el espartaquismo integral de la última etapa —del cual nos desgajamos para conformar el EIRA— se definió por la creación de un partido *intelectualista* a sabiendas, sin confusiones ni vaguedades. *Dios los*

tenga en su santa gloria.

CAPITULO III

UN LABORATORIO DE COMUNISMO

El presente escrito tiene la pretensión, sin duda ambiciosa, de mostrar una nueva concepción *dentro* de la teoría leninista del partido, de la organización dirigente de la clase obrera. Para llevar a cabo tal empresa, hemos creído conveniente hablar de tres niveles o instancias que, aunque se encuentran en íntima vinculación, pueden ser por método examinados separadamente. Hacemos alusión a la *Revolución Articulada*, a la organización política concebida como un *laboratorio de comunismo* y a la *moral comunista*.

I. LA REVOLUCIÓN ARTICULADA

Empecemos por la *Revolución Articulada*. La tesis de la *Revolución Articulada* parte de la afirmación aparentemente sencilla pero plagada de implicaciones insospechadas, de que el proceso de cambio que conducirá de la sociedad capitalista a la comunista pasando por la socialista (como régimen de transición), se realizará no mediante una sola revolución o una revolución unilateral, sino por medio de un *conjunto de revoluciones* que, aunque supongan un orden y una jerarquía, esto es, una *articulación*, no pueden ser redil. cidadas mecánicamente las unas a las otras. La teoría de la *Revolución Articulada* se inscribe en esa tradición que parte de la *Crítica del Programa de Gotha* y se continúa en *El Estado y la Revolución*, porque conlleva el intento de esclarecer el *fin* que persigue la lucha de los revolucionarios.¹⁰ *Es una teoría sobre las realizaciones socia. les futuras* por las que debemos pugnar *desde* nuestros días. La *Revolución Articulada* debe ser, por consiguiente, *el objetivo* que persigan la acción revolucionaria y la militancia política de los comunistas. Y esta revolución debe ser tal objetivo porque la finalidad de ella no es otra, a su vez, que la instauración del régimen comunista a nivel mundial.

* *Un laboratorio de comunismo* es un documento escrito en 1976, un poco antes del texto que constituye el Capítulo II. Su autor no había roto todavía con "los intelectualistas".

¹⁰ Lenin cita, apoyándolas, estas frases de Pisarev: "Si el hombre estuviera completamente privado de soñar así, si no pudiera de vez en cuando adelantarse y contemplar con su imaginación el cuadro enteramente acabado de la obra que se bosqueja entre sus manos, no podría figurarme de ningún modo que móviles obligan al hombre a emprender y llevar hasta su término vastas y penosas empresas" *Obras Escogidas en dos Tomos "¿Qué Hacer?"*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948, Tomo I, p. 343.

II. UN LABORATORIO DE COMUNISMO

a) *No se puede luchar a fondo por el comunismo sin ser comunista.*

La organización política concebida como un *laboratorio de comunismo* debe ser, en cambio, un *medio*. Si el comunismo es un fin y la revolución articulada el objetivo que persigue la acción política de los comunistas para lograr tal fin,¹¹ la organización de vanguardia debe ser considerada como un medio para lograr el objetivo y la finalidad mencionadas. En cierto sentido, podemos afirmar que el partido de la clase obrera (o de la organización u organizaciones que pugnen por crearlo) debe ser la *encarnación de los objetivos o ideales revolucionarios de la Revolución Articulada (RA)*. Un partido animado por la teoría de la RA no va a pugnar, en efecto, sólo por la "revolución económica", sino también por la revolución cultural, la revolución familiar, la revolución educativa, etcétera. Pero no sólo eso. Un partido animado por esta teoría va a asumir, en la medida en que lo permita su existencia dentro de la sociedad capitalista y el calor mismo de la lucha, la *Revolución Articulada*. Asunción ésta que tenderá a conformarlo como una *prefiguración, muy embrionaria desde luego, de la sociedad comunista del futuro*.¹² Estamos convencidos de que *no se puede luchar a fondo por el comunismo si no se es comunista*. Nos gustaría hacer notar que un pequeño-burgués militante, un intelectual o un burócrata, aunque se disfracen de comunistas o aunque se hallen animados de las mejores intenciones, no pueden luchar *a fondo* por el comunismo si no se despojan de sus intereses de pequeño-burgués, intelectual o burócrata *y asumen incondicionalmente el carácter de comunistas*. Cuando un pequeño-burgués, un intelectual o un burócrata "lucha" por el comunismo y no logra despojarse de su propio carácter tradicional, adolece de una cierta irrealidad histórica individual, por así decirlo, como comunista. La *irrealidad histórica* puede ser una configuración estructural que convenga no sólo a un organismo político que dice ser partido-vanguardia sin serlo, sino también al individuo que dice ser comunista sin mostrar objetivamente, en su *modus vivendi*, que lo es. Conviene hacer notar, sin embargo, respecto a la anterior aseveración de que "no se puede luchar *a fondo* por el comunismo si no se es comunista", que tal frase no debe ser interpretada en forma absoluta, ya que también es indispensable subrayar desde ahora que *no es posible ser comunista totalmente*

¹¹ Y por tanto, aunque en su nivel, también un intermediario.

¹² Idea ésta que aparece ya, entre otros autores, en A. Gramsci.

en un medio ambiente capitalista, lo cual nos lleva a matizar la frase antes dicha en el sentido de que *no se puede luchar a fondo por el comunismo si no se lucha a fondo simultáneamente por ser comunista*. La lucha incesante, perpetua, por devenir comunistas, entonces, se convierte en uno de los requisitos fundamentales para luchar profundamente por la *Revolución Articulada* que nos conducirá al comunismo. En este contexto debe entenderse el título del presente escrito: el partido-vanguardia debe ser un ámbito organizativo (un laboratorio) en que se luche constantemente por ser comunista, por anticipar la sociedad futura, como condición indispensable para efectivamente pugnar por la realización de esta última. A la frase anterior de que "no se puede luchar a fondo por el I comunismo si no se lucha a fondo simultáneamente por ser comunista", debe añadirse, como frase complementaria, la de que *sólo*

si vivimos como comunistas (o mejor: sólo si luchamos para vivir como comunistas) estaremos en posibilidad de luchar a fondo para que la sociedad viva comunistamente. Si vivimos, por ejemplo, en la vida diaria como pequeño-burgueses, si concebimos nuestras relaciones amorosas de manera sexista, si desdeñamos el trabajo manual o el trabajo político poco calificado, no estamos capacitados para crear una sociedad comunista, por más "impulso revolucionario" que creamos poseer al respecto. Asentir que el partido-vanguardia (o las organizaciones que pugnan por crearlo) "debe ser un ámbito organizativo en que se luche incesantemente por ser comunistas" equivale a considerarlo como un *laboratorio de comunismo*. Como un laboratorio que transforma sin cesar a los pequeño-burgueses, intelectuales o burócratas militantes (y también, desde luego, a los obreros) en comunistas.¹³ La idea del partido-laboratorio va en contra de la concepción de que un partido se define como comunista más por lo que persigue (la realización del comunismo futuro) que por lo que *es*. Generalmente se piensa que quienes, organizados en el partido-vanguardia, luchan por el socialismo y el comunismo, deben reunir ciertas condiciones: perseverancia, abnegación, identificación con la línea política, etcétera. Pero es de subrayarse que si bien estas condiciones *deben existir en todo comunista*, no son, ni mucho menos, las únicas para definir la conducta comunista. La abnegación, por ejemplo, se ha dado entre algunos guerrilleros, terroristas urbanos, huelguistas, etcétera, que tienen una concepción de la vida (incluyendo problemas familiares, sexuales, interpersonales, etcétera) que se encuentra muy lejos de poderse calificar de comunista. Es habitual hallar que las organizaciones de "izquierda" (que se

¹³ El que ingresa a un partido o a una organización política que pugna por crear el partido, no ingresa en tal agrupación por haber devenido ya comunista, sino *para* ser comunista.

proponen o dicen proponerse llevar a cabo una resuelta lucha por la instauración del socialismo) están estructuradas de tal manera, dadas las costumbres privadas y aun políticas de sus componentes, su forma de relacionarse y su concepción de la vida, que no pueden ser calificadas, en lo que a su *modus vivendi* se refiere, de *organizaciones comunistas*.

b) *La ausencia del convenio de libertad.*

Es cierto, que en estas agrupaciones se ha erradicado la antítesis económica entre el trabajo y el capital, de tal modo que no reaparece en su interior (salvo ideológicamente en ocasiones) la antinomia entre poseedores y desposeídos; pero sí hacen regularmente acto de presencia todas las otras "esclavitudes" que, en forma de oposiciones, existen en la sociedad. Subsisten la contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, el trabajo complejo y el trabajo simple, el hombre y la mujer, los jóvenes y los viejos. Mientras los hombres, para poner un ejemplo muchas veces repetido, discuten, argumentan, deciden, las mujeres escriben a máquina o preparan el café. Pero estas deformaciones, graves de por sí, en ocasiones no son nada si se las compara, verbigracia, con la concepción que de la vida familiar y sexual tienen frecuentemente los camaradas. La mayor parte de ellos basan las relaciones amorosas, para poner un ejemplo, en un *contrato tácito* (y a veces expreso) y nunca o casi nunca en un *convenio de libertad*. Expliquemos esto. Podemos dar el nombre de *contrato* a la relación afectivo-sexual de un hombre y una mujer basada en la propiedad privada de las personas. El contrato puede ser *expreso*: tal es el caso del contrato civil o del contrato religioso. Pero también puede ser *tácito*: como aquel en que, sin existir el matrimonio civil o religioso, asume de hecho la forma monogámica tradicional fincada en una *relación interposesional* en que las personas son rebajadas al carácter de cosas susceptibles de poseerse y de despojarse, por ende, de toda libertad y autonomía. Frente al papel "exterior" del contrato civil y religioso, existe el papel "interior" del contrato tácito, de la llamada "unión libre". Muchos comunistas se creen emancipados porque desdeñan el matrimonio tradicional a favor de la "unión libre"; pero lo que hacen en realidad es repudiar el *contrato expreso* a favor del *contrato tácito*. Como no basan sus relaciones, por con siguiente, en un *convenio de libertad* —que puede asumir la forma, de acuerdo con el carácter, las inquietudes y deseos de los dos componentes de la pareja, de una relación *libremente exclusiva* o de una relación *libremente inclusiva*

—,¹⁴ reproducen las formas tradicionales de la monogamia o de la poligamia, con sus correspondientes deformaciones del tratamiento cosístico de la persona, de los celos, del engaño, de la contraposición de unos camaradas, hombres y mujeres, con otros, etcétera. La monogamia y la poligamia, son por otro lado, fuente de angustias, soledades, neurosis que generan una vida infeliz y enfermiza entre los individuos. Nosotros pensamos que entre los comunistas (y también, desde luego, entre otras personas o entre comunistas y no comunistas) debe sustituirse el *contrato* (tanto el expreso, religioso, civil, como el tácito o la llamada "unión libre"), que muestra como su contenido fundamental la propiedad privada de las personas, por el *convenio de libertad*, que tiene como su esencia el reconocer la autonomía y el derecho de ejercitar la libertad de cada uno de los componentes de la pareja, no sólo por razones morales, no sólo por el hecho de que si el comunista está en contra de la propiedad privada de los medios *materiales e intelectuales* de la producción, con mayor razón debe estarlo en contra de la propiedad privada de las personas, sino también porque estamos convencidos de que, como dijimos, la asunción del *convenio de libertad* y el rechazo de todo *contrato* de posesión, acabará por aliviar las tensiones, disipar la angustia, erradicar los celos y las mentiras, evitar los conflictos entre los camaradas, etcétera. Es cierto que el tránsito del *contrato* al *convenio de libertad* (que presupone un tipo de revolución generalmente desdeñado por los comunistas tradicionales: la *revolucionarización interior*) es singularmente difícil, y en ocasiones doloroso, y lo es porque se tiene en contra una tradición de milenios, una educación adversa, un condicionamiento familiar de signo contrario. Pero si acaba por vencerse la psicología monogámico-cristiana que se nos ha imbuido (y su polaridad intersustantante: la poligamia enfermiza), o al menos eliminar sus aspectos más negativos, las relaciones humanas en general, y comunistas en particular, pueden acceder a un nivel más satisfactorio, en que poco a poco aparezca la tendencia a eliminar los apetitos afectivo-sexuales insatisfechos el sentimiento de culpabilidad que generan las relaciones tradicionales. La búsqueda de la satisfacción personal de los comunistas tiene un contenido político. Los camaradas lucharán con mayor decisión, perseverancia, racionalidad si no están presos de los conflictos de conducta que acarrea la estructura de las relaciones amorosas, decididamente

¹⁴ Esto es, de una vinculación que excluya a cualquier otra persona que no sea la pareja en cuestión o de una vinculación que incluya a otra u otras personas en los nexos afectivo-sexuales de los componentes de la pareja.

enajenadas, tradicionales. En cierto sentido podríamos afirmar que todo comunista tiene la obligación, por razones políticas, de buscar su satisfacción personal a través de un comportamiento afectivo-sexual adecuado.

Aunque el principio leninista de que no hay *práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria* es válido no sólo en política, sino también en la revolución sexual, para llevar a buen término esta última no basta el conocimiento racional y crítico de la esclavitud afectivo-sexual y de las vías para la liberación. No basta tampoco la voluntad de llevar a cabo una transformación radical de la conducta. El *conocimiento* y la *voluntad* son indispensables, pero no suficientes. Se precisa de una psicología más profunda. Las soluciones, que no pueden darse de golpe y de una vez por todas, requieren un trabajo interior constante y un auxilio colectivo de los camaradas. *La razón de ello estriba en que los comunistas hemos nacido en un ambiente capitalista, sexista, autoritario, y desde muy pequeños se nos ha condicionado, y se nos sigue condicionando de por vida, a mantener relaciones cosísticas con nuestros semejantes.*

Romper con esto es extraordinariamente difícil y en ocasiones doloroso. En rigor, sólo se podrá realizar la revolución sexual en toda su radicalidad y con alcance social en el socialismo y en el comunismo. Esto no significa, sin embargo, que no se pueda y deba hacer algo; pero hay que hacerlo con la conciencia de lo que implica, de las dificultades que supone y de las angustias y tensiones que acarrea transitoriamente romper con los moldes tradicionales. Esta lucha debe emprenderse, desde luego, en la medida en que coadyuve a la conformación de cada quien como un verdadero comunista. Una, organización política no puede ser, cae de suyo, un sanatorio psiquiátrico, ni dedicarse, en detrimento de la lucha política, a un análisis psicosexual de cada compañero. Pero no debe perderse de vista la necesidad de vincular más estrechamente la vida interior, subjetiva, personal, de los militantes con la organización a la que pertenecen.

c) *La unidad entre la vida privada y la vida pública.*

Podría pensarse y así lo ha planteado en ocasiones el movimiento comunista tradicional, que las "cuestiones personales" pertenecen a la órbita de la "vida privada" y no tienen por qué mezclarse o confundirse con las cuestiones que pertenecen a la "vida política" de los camaradas. Pero es necesario subrayar que, aunque existan contradicciones entre una y otra, debe insistirse en la necesidad de lograr *la unidad esencial entre la vida privada y la vida política.*

Este principio nos producía con anterioridad ciertos temores y recelos. Digamos por qué. Porque se concebía regularmente el llamado a "armonizar la vida privada con la política" como una exigencia de cumplir con una moralidad que, lejos de ser comunista, se identificaba con la mojigatería cristiana. Una paradoja extraña (que al principio sólo se vislumbra y que al adentrarse en el análisis del movimiento comunista y revolucionario se percibe con plena nitidez) es la de que *uno de los últimos reductos efectivos de la moral cristiana se encuentra, no en las instituciones burguesas, en vigoroso proceso de descomposición, sino en el movimiento comunista en general*. Las mencionadas instituciones burguesas, se dicen frecuentemente cristianas; pero dado su individualismo egoísta, su oportunismo sistemático, etcétera, están enmarcadas en realidad dentro de una moralidad cristiana *puramente formal y demagógica*. Los comunistas habituales recusan por lo contrario toda identificación con el cristianismo. Pero en la práctica establecen una clara simbiosis con aspectos medulares de la moral cristiana. El buen comunista, por ejemplo, se autoconcibe como un hombre monogámico, que "supera los placeres carnales", que habita ascéticamente las catacumbas de la clandestinidad y no vive sino para la "causa", etcétera. Nosotros sabemos, sin embargo, y la experiencia nos da resueltamente la razón, que las relaciones amorosas tradicionales, incluida la monogámica, generan perturbaciones neuróticas que lejos de ayudar a la militancia —a una militancia racional y consistente— la perjudican. El hablar ahora, entonces, de *la unidad entre la vida privada y la vida política*, tiene un sentido diverso al que poseía en el pasado; hace referencia a la necesidad de vivir como comunista (y no mojigatos catecúmenos) para luchar por el comunismo, lo cual nos vuelve al tema de la organización política concebida como *laboratorio de comunismo*.

a) *Una nueva forma de vida.*

En general, en el movimiento comunista, se entiende por *organización comunista* la que pugna por el comunismo. Pero éste es un concepto sumamente restringido y peligroso. *No basta luchar por el comunismo para ser comunista*. La lucha efectiva, profunda, realista por el comunismo presupone no sólo tener al comunismo como meta sino también *como forma de vida*. Si no se asume esto, puede ocurrir, como ha ocurrido (piénsese en el modelo "soviético") que, en lugar de coadyuvar a la creación de un régimen de transición al comunismo, se cree un *nuevo modo de producción imprevisto* o un régimen que, sin ser capitalista, no es socialista en sentido estricto tampoco. Un partido comunista *real* —capaz de dirigir a la clase

obrero en la toma del poder— si consiente la *irrealidad histórica* individual de sus componentes, engendrará, como ha engendrado, un producto deforme, distorsionado, unilateral. *La experimentación incesante del comunismo es esencial para la creación del socialismo primero y del comunismo después.* Una organización comunista es, por consiguiente, y en sentido estricto, aquella que, además de pugnar por este régimen, *adelanta* en su forma de vida, y aunque sea embrionariamente, ciertos elementos esenciales de la sociedad futura.

e) *La teoría del partido.*

Si la tesis de la *Revolución Articulada* se inscribe en la tradición del *Programa de Gotha* y de *El Estado y la Revolución*, como dijimos, la tesis del *laboratorio de comunismo* se vincula con la teoría del partido expuesta en textos como *¿Por dónde empezar?*, *¿Que hacer?*, *Un paso adelante, dos pasos atrás* de Lenin y en *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* de Rosa Luxemburgo.

La teoría leninista del partido brota de la concepción de que "la historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales".¹⁵ De estas afirmaciones se infiere que el partido de la clase obrera, aun formado esencialmente por obreros, *no puede confundirse con la clase proletaria.* El partido, a diferencia de los sindicatos, no debe pretender agrupar a todos los obreros, sino sólo a su sector más consciente: "la organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un *género distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, en primer lugar, sindical; en segundo lugar, debe ser lo más extensa posible; en tercer lugar, debe ser lo menos clandestina posible... Por el contrario la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria".¹⁶ La concepción

¹⁵ V. I. Lenin, "Qué hacer" en *Obras Escogidas*, op. cit., p. 206.

¹⁶ *Ibid.*, p. 285.

leninista traza una línea de demarcación entre la masa obrera (que con su conciencia puramente tradeunista sirve directa o indirectamente a la burguesía) y los obreros socialistas que, poseedores de una conciencia científico-revolucionaria, expresan los intereses de la masa. Los obreros comunistas "se separan" de la clase en su conjunto para expresar precisamente los intereses reales de ella, ya que la atención de un socialista "debe dirigirse principalmente a elevar a los obreros al nivel de los revolucionarios y no descender... indefectiblemente al nivel de la "masa obrera" como quieren los economistas..."¹⁷ Hasta aquí Lenin.

Rosa Luxemburgo endereza una crítica importante al punto de vista leninista, que se basa, entre otras cosas, en la aseveración de que "no se pueden establecer compartimientos estancos entre el núcleo proletario consciente... y los estratos contiguos del proletariado, cuya conciencia de clase crece cada día más a medida que son arrastrados a la lucha de clases".¹⁸ La concepción de Lenin no sólo adolece, según la gran socialista polaca, de la falla antes dicha, sino que se caracteriza también por su "ultracentralismo"¹⁹ "el ultracentralismo defendido por Lenin —dice Rosa Luxemburgo al principio de su artículo— se nos aparece impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno". Rosa Luxemburgo, por consiguiente, está a favor de una organización política que, por un lado, no se halle *desvinculada* de la clase obrera y, por otro, que no se encuentre conformada de modo "ultracentralista".

No vamos a analizar en este sitio el tema del "ultracentralismo"²⁰ porque deseamos destacar más bien el problema del tipo de nexo que se precisa establecer entre el "núcleo proletario consciente" y la masa trabajadora, de acuerdo con Rosa Luxemburgo. Ella afirma que: "en realidad, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, ella es el movimiento mismo de la clase obrera". Para Rosa Luxemburgo el partido marxista no debe ser concebido y configurado

¹⁷ *Ibid.*, pp. 303-304.

¹⁸ R. Luxemburgo, "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa" en *Teoría Marxista del Partido Político/2* (Problemas de organización) Córdoba, Editorial Cualernos de Pasado y Presente, No. 12, 1972 PP. 41-63.

¹⁹ La tesis del ultracentralismo organizativo que R. Luxemburgo denuncia en la teoría leninista del partido coincide en lo esencial con la del *sustituisimo* de Trotsky, ya que la esencia de ambas tesis consiste en advertir cómo el poder absoluto se acumula en el Comité Central y su dirigente principal. De ahí que hable Rosa Luxemburgo de "Su alteza el CC".

²⁰ Aunque es digno de profundos estudios, y acredita un examen minucioso por parte de los revolucionarios.

como el dirigente político de la clase obrera, sino como el instrumento de la clase proletaria, surgido de ella y controlado por ella, para luchar por la instauración de un régimen socialista. El partido debe ser más que la vanguardia dirigente de la clase trabajadora, como quiere Lenin, un destacamento de avanzada dirigido por una clase obrera cada vez más concientizada por las luchas incesantes contra el capital. De allí que diga Rosa Luxemburgo que "el único 'sujeto' al que corresponde hoy el papel de dirigente es el *yo* colectivo de la clase obrera".

¿Qué podemos afirmar respecto a esta polémica? Nos parece que, colocados a diferente nivel, pronunciándose en diferente plano, ambos tienen razón. Nos parece incuestionable que Lenin está en lo cierto cuando muestra la necesidad *de destacar* de la masa obrera inconsciente al destacamento de vanguardia, científico y revolucionario que, expresando los intereses de esa masa (nosotros diríamos: del proletariado manual), lucha por llevar a cabo el socialismo y el comunismo. En este punto *no se puede hacer una sola concesión a los "devaneos espontaneístas"*. Cuando Rosa Luxemburgo asienta, en contra de Lenin, que "la organización, los progresos de la conciencia y la lucha no son fases particulares, separadas mecánicamente en el tiempo... sino por el contrario son aspectos distintos de un mismo y único proceso", está cayendo en una posición que podríamos designar con el nombre de *historicista* porque reduce las diferentes "formas de la gran lucha de la social-democracia" (Lenin) a "aspectos distintos de un mismo y único proceso" (Rosa Luxemburgo). En Lenin aparece, en realidad, la TDP.²¹ Y aparece tal cosa porque él opina que sin la *teoría*, que tiene su propia dinámica, la *lucha económica*, que posee su propio perfil, no se convierte en *lucha político-revolucionaria*. Pero no solamente, en lo que a esta cuestión se refiere, Rosa Luxemburgo se define por el *historicismo*, mientras Lenin lo hace por la TDP, sino que, y esto es especialmente grave, ella cae en un cierto *culto a la espontaneidad* que tiene que ser denunciado implacablemente por las consecuencias negativas que acarrearía su asunción política.²² En íntima vinculación con ello está la afirmación luxemburguista de que "en el curso de las peripecias de la lucha... se crea

²¹ La teoría de las diferentes prácticas, ya que reconoce la *especificidad y articulación* de tres "formas de lucha": la económica, la política y la teórica. Reléase, por ejemplo, esta cita: "Engels reconoce, no *dos formas*, de la gran lucha de la socialdemocracia (la política y la económica) —como se estilaba entre nosotros—, *sino tres, colocando a su lado también la lucha teórica*".

²² "Los cambios más importantes —dice nuestra socialista— y fecundos de táctica en Rusia en los últimos 10 años no fueron debidos a los descubrimientos de algún dirigente, y aun menos de órganos centrales, fueron siempre el *producto espontáneo* del movimiento en fase de actividad", (subrayado nuestro).

la organización", aseveración que añade al historicismo y al espontaneísmo denunciados, como una consecuencia lógica, una postura practicista. En este punto, por tanto, no podemos sino estar con Lenin. Pero Rosa Luxemburgo tiene razón en otro aspecto: en su denuncia de que la teoría del partido-vanguardia conlleva necesariamente a una cierta sustantivación del "núcleo proletario consciente" respecto a la masa obrera y, con ello, a una ausencia de control de la "vanguardia". Es un grave error de Lenin, dice Rosa Luxemburgo, "reemplazar el control público ejercido por las masas obreras sobre los órganos del partido con el control opuesto del CC sobre la actividad del proletariado revolucionario". Cuando es el partido el que dirige, controla, da sentido a la lucha de las masas proletarias, por importante y "necesario" que resulte ello, queda sin control y propenso a que tarde o temprano se sustantive y contraponga burocráticamente a las masas.

La historia le ha dado la razón a Lenin: *sin partido-vanguardia no se habría podido tomar el poder y consolidarlo*. Pero la historia también le ha dado la razón a Rosa Luxemburgo: la existencia de un partido diferenciado tajantemente de las masas obreras ha generado (piénsese en el estalinismo), un organismo dirigente que más que ser la vanguardia del proletariado es la dictadura sobre el proletariado y, si queremos ser más exactos, la dictadura intelectual sobre el proletariado *manual*. El leninismo tiene razón contra el luxemburguismo en el sentido de que no se pueden hacer concesiones al *culto a lo espontáneo*. Al luxemburguismo le asiste la razón contra el leninismo, por su parte, al poner de relieve lo nefasto de un organismo dirigente "sustantivado y sin control. La polémica es muy compleja porque en lo que cada uno de ellos tiene razón, en las afirmaciones directas al respecto, se introduce, de manera simultánea, el error. Las afirmaciones *verdaderas* del leninismo (la necesidad de un destacamento de vanguardia) llevan, al mismo tiempo, al peligro denunciado por R. Luxemburgo (la sustantivación incontrolada del partido). Las afirmaciones *verdaderas del luxemburguismo* (cuidarse de no caer en la creación de un organismo burocrático y separado de las masas) conducen, al mismo tiempo, al peligro denunciado por el leninismo (las concesiones al espontaneísmo).²³ Se podría pensar que la verdad está en la síntesis. En la creación de un organismo de vanguardia (Lenin) que estuviera controlado por las masas (Rosa Luxemburgo). Sin embargo, en los términos en que exponen ambos

²³ ¿Cuál de estos dos peligros es más grave? Creemos que los dos son igualmente serios. O mejor, cada uno de ellos se convierte en el principal en diversa etapa del proceso revolucionario: el *espontaneísmo luxemburguista* en la etapa de la creación del partido y en la de la lucha por la toma del poder y su consolidación: la *sustantivación de la vanguardia* en el periodo •41 de la construcción del socialismo.

socialistas su concepción de la organización marxista, *no existe la posibilidad de tal síntesis*. Si pretendiéramos "sintetizar" el leninismo y el luxemburguismo, el resultado sería un *engendro ecléctico*.

Veamos la razón de la afirmación precedente. Un "partido de vanguardia" controlado por la masa obrera se revelaría como una organización que tarde o temprano se doblega ante la espontaneidad y que resulta incapaz de tomar el poder y consolidar el triunfo. Un "control de las masas" que se ejerciera sobre un partido-vanguardia sustantivado se mostraría como un control puramente formal y demagógico.

La razón esencial por la que no es posible llevar a cabo la síntesis de las dos posiciones enumeradas, tomando en cuenta los términos en que fueron expuestas, reside en el hecho, a nuestro modo de ver las cosas, de que tanto el luxemburguismo como el leninismo conciben en fin de cuentas la organización marxista como un *instrumento de lucha*, como un instrumento *necesario* para la toma del poder (Lenin); pero que tiende a deteriorarse (Rosa Luxemburgo). Nosotros pensamos, sin embargo, que esa encrucijada tiene una salida. Que esa antítesis tiene una síntesis verdadera.²⁴ Pero esta *salida* o esta *síntesis* sólo es posible si cambiamos de terreno teórico, y en lugar de considerar al partido-vanguardia sólo, o fundamentalmente, como un instrumento de lucha, lo concebimos *como forma de vida*, como *laboratorio de comunismo*.

Y con esto, tornamos a nuestro tema. Somos de la opinión que el *carácter instrumental* del partido-vanguardia será efectivo, y efectivo a tal grado que no se deteriore en ningún momento, si, y sólo si, la organización política es al mismo tiempo un laboratorio de comunismo. Sólo un laboratorio de comunismo, que encarna la Revolución Articulada, la lucha por la revolución articulada, es susceptible de ser un organismo de vanguardia que *permite y fomenta el control de las masas*. Que permite y fomenta el control de las masas porque la esencia del laboratorio de comunismo es, a diferencia del partido-instrumento, abrirse por principio, de manera constante, a tal control, sin abandonar el carácter de vanguardia científico-revolucionaria que lo diferencia, no del proletariado en cuanto tal, sino de los aspectos subdesarrollados, en sentido teórico-político, del proletariado empírico.

El laboratorio de comunismo se basa en este principio: *hay que relacionarse de manera comunista no sólo con los comunistas (con los miembros de la agrupación de vanguardia) sino también con los integrantes del pueblo que no han accedido a una conciencia comunista*. La

²⁴ Dialéctica, no ecléctica.

lucha por ser comunistas implica, por consiguiente, una pugna *individual* (en que uno se esfuerza por actuar como comunista), una pugna *organizativa* (en que los miembros del partido tratan de que las relaciones que priven entre todos sean relaciones comunistas) y una pugna *social* (en que el partido combate sin cesar por tener un *trato comunista con las masas*). *El trato comunista con las masas*, el *servicio* que diría Mao, es el resultado lógico de una forma de vida: una vida que recusa las ideologías burguesa, intelectual, sexista, autoritaria. De igual modo que antes decíamos: "no se puede luchar a fondo por el comunismo si no se es comunista", ahora se precisa afirmar, con toda contundencia, que: "la organización política sólo puede devenir 'vanguardia controlada por las masas' si practica el comunismo".

f) *Trabajo intelectual y trabajo manual.*

Conviene destacar, al llegar a este punto, la forma concreta en que debe encarnar la Revolución Articulada en el partido-vanguardia o en la organización u organizaciones que pugnan por crearla.

El hecho de no haberse tematizado teóricamente el problema del antagonismo entre el trabajo intelectual y el trabajo manual con la suficiente profundidad, ha traído consecuencias no sólo en lo que se refiere a las concepciones de la historia, el partido, la revolución, el socialismo, etcétera, sino también a la práctica organizativa del movimiento comunista en general.

Para este movimiento el enemigo fundamental era, y sigue siendo, la burguesía. Toda su concepción histórica, toda su estrategia política, se movía y sigue moviendo en torno a la polaridad clasista económica. No necesitamos afirmar que esto es en lo esencial justo. Pero conviene acentuar el hecho de que olvidar la antítesis técnico-funcional, la contradicción de clase entre el trabajo intelectual y el trabajo manual acarrea dos consecuencias para el movimiento comunista y revolucionario: a) la de no luchar, *hacia afuera*, contra esa clase —la intelectual— que en el caso de "socializarse" los medios *materiales de producción*, se convierte en la clase dominante del nuevo modo de producción; b) la de no luchar, *hacia adentro*, contra desviaciones que, deben su origen no a la existencia de la antítesis económica entre poseedores y desposeídos, sino a la antítesis técnico-funcional entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

Hay deformaciones que no se explican solo por el egoísmo "liberal", sino porque en ellas no se cuestiona, dentro de la vida interna de una agrupación política, la oposición sustantivada entre el trabajo intelectual

—que "desdeña las pequeñas tareas" (Mao)— y el trabajo físico. Es en extremo frecuente el caso de organizaciones políticas en que cada uno de los militantes, como dice el mismo Mao, se preocupa, en verdad "más por el Partido y las masas que por ningún individuo y más por los demás que por sí mismo"; y que, no obstante, acepta como algo natural la división entre los "teóricos" y los "prácticos", los "cuadros con experiencia y conocimientos" -aquellos que, por ejemplo, "se dan aires de veteranos" (Mao)— y los "neófitos". Los unos piensan, deciden, redactan; los otros asientan, escriben a máquina, ejecutan. Unos son, quiérase o no, los jefes, los "caudillos"; los otros, los subalternos, la tropa. Unos son propietarios de medios *intelectuales* (y políticos) de producción más o menos importantes (han leído á los clásicos, total o parcialmente *El Capital*, etcétera) otros poseen apenas unos cuantos instrumentos teóricos (el *Manifiesto*, *¿Qué hacer?*, etcétera). Los primeros tienen un trabajo intelectual calificado, los segundos un trabajo manual o un trabajo intelectual simple.

En el seno de un partido o una organización que lucha para crear el partido, dentro de los marcos de una sociedad capitalista, se considera habitualmente a la burguesía como el enemigo y a la intelectualidad, o a parte de la intelectualidad, como un *sector del pueblo*. Se dice, desde luego, que en un partido no hay o no debe haber clases sociales. Pero no se ignora que la "isla" de la organización política, rodeada por el mar de la lucha de clases (en el sentido económico de la expresión) recibe el influjo, y no puede menos de recibirlo, de esa lucha. En un partido no hay propietarios y desposeídos, capitalistas y obreros. Y en este sentido se reconoce que la organización política *debe ser un avance de la sociedad futura*, un laboratorio de comunismo que prefigura una sociedad sin clases. Pero sí puede haber, sí puede introducirse, sí puede actuar la *ideología* de la burguesía y la pequeña burguesía. *El movimiento comunista internacional ha estado consciente siempre de esto*. No ha bajado nunca la guardia frente a este peligro. El liberalismo es, en efecto, la ideología de la burguesía: de la grande y de la pequeña. Sólo la burguesía en sus etapas monopólica, financiera y/o fascista ha renegado de tal campo teórico justificatorio. El liberalismo —que tiene su origen fundamental en la estructura económica— se traduce en muchas actitudes: individualismo, indisciplina, cosificación del prójimo, "cuatachismo", etcétera, pero el movimiento comunista internacional no ha reparado (entiéndase bien esto: no queremos decir que no haya nada al respecto, sino que no se le ha dado el énfasis adecuado) en que además de la ideología burguesa y pequeño-burguesa se puede introducir en el organismo político, y de hecho se está introduciendo siempre, otra ideología: la *intelectual*. En virtud de que los comunistas habitualmente

consideran a la burguesía como enemiga del pueblo y a la intelectualidad "revolucionaria" y "socialista" como parte señalada del mismo, han puesto el acento en la lucha contra el *liberalismo* y han olvidado hasta cierto punto la lucha contra el *intelectualismo*. Pero aclaremos más en detalle las cosas. Como en el partido no hay capitalistas (salvo que abandonen su forma de vivir y pensar), la ideología que puede perturbar a la organización política es más bien la pequeño-burguesa. Aquí empezamos a advertir cómo la influencia de la lucha de clases del mundo externo se modifica, se remodela al introducirse en el partido. Como el partido nace para luchar contra la burguesía, combate con denuedo y arrinconada o erradica al liberalismo *burgués* —cuando logra salir triunfante sobre las corrientes reformistas y revisionistas—; pero no siempre logra nulificar el liberalismo pequeño-burgués. Es muy frecuente, por eso mismo, que en ocasiones el enemigo principal *externo* del partido, en lo que a la ideología se refiere, sea la burguesía, en tanto que el enemigo principal *interno* sea la pequeña burguesía. Retengamos esto último. *Para el movimiento comunista internacional, en términos generales, el enemigo principal interno, en lo que a la cuestión organizativa se refiere, está constituido por la ideología y la forma de vida pequeño-burguesa.* Todos los partidos luchan contra esto. En todos, el calificativo de pequeño-burgués tiene una connotación moral despectiva. La enfermedad es "lo pequeño-burgués" y el antídoto "lo proletario". Las desviaciones pequeño-burguesas están, por ello mismo, independientemente del éxito de tal empresa, vigiladas estrechamente por toda organización comunista. Ésta es la razón por la cual hay otro tipo de deformaciones que se introducen subrepticamente en la agrupación —el intelectualismo, el sexismo, etcétera— y que lo hacen porque no hay centinelas que impidan el paso.²⁵ Ésta es la razón por la cual en *todas* las organizaciones políticas nacionales —PCM, PMT, PST y muchos otros grupúsculos— se combate la indisciplina, el individualismo, la supeditación de la vida política a la vida privada; pero no hay una lucha seria contra la división sustantivada entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y la desigualdad entre el hombre y la mujer. Digámoslo entonces sin reservas: como existen guardianes que impiden o dificultan el paso de la ideología y el *modus vivendi* pequeño-burgués, mientras que no los hay (o al menos, si existen, están adormilados y "papando moscas") para impedir el paso del intelectualismo, el sexismo, etcétera, estas últimas deformaciones *devienen, en las condiciones actuales, en enemigo interno principal.*

Pero expliquemos algo más. Se puede pensar que no basta la razón

²⁵ Guardias rojos que vigilen la realización de la Revolución Cultural Proletaria que debe existir no sólo en un país socialista sino también en el partido-vanguardia o en las organizaciones que pugnan por crearlo.

que hemos aducido para aclarar por qué el movimiento comunista tiene como su enemigo principal interno la ideología pequeño-burguesa y no la concepción francamente burguesa. Se puede argüir, con razón, que en ello tiene que ver también la extracción pequeño-burguesa de muchos de los militantes de las agrupaciones políticas (al menos, en México). Pero hagámonos esta pregunta: ¿estos elementos "pequeño-burgueses" pertenecen a la pequeña burguesía económica o a la clase *intelectual*? ¿Son artesanos, capitalistas en pequeño, comerciantes al por menor o estudiantes, maestros, profesionistas? La respuesta es clara: la mayor parte de estos elementos, al menos en nuestro país, pertenece a la *clase intelectual*. O son intelectuales "asalariados" o personas que se encuentran, en una situación transitoria, potenciando su trabajo en las aulas universitarias. El peligro, entonces, de la ideología *intelectualista* no reside sólo en las razones aducidas con anterioridad, sino también en esta otra: la mayor parte de los componentes de las agrupaciones políticas mexicanas (o al menos una minoría de influencia decisiva) pertenece a la *clase intelectual*.

Observemos, de pasada, que de la misma manera que un burgués o pequeño-burgués, un Engels o un Marx, pueden proletarizarse, pueden abandonar los intereses de la clase social en medio de la cual nacieron y se educaron, lo mismo puede ocurrir con un elemento perteneciente a la clase intelectual: también puede abandonar los intereses de su clase para hacerse copartícipe de los intereses *anticlasistas* de la clase obrera manual. *Un intelectual no está condenado a ser intelectualista*, como no todo burgués de nacimiento está condenado a ser capitalista de por vida.

Una apreciación más. Una agrupación política que decide transformarse en *laboratorio de comunismo* no se conforma con vigilar que no penetren las ideologías que privan en el medio ambiente exterior. No decide únicamente que un centinela monte guardia para impedir el paso a la ideología burguesa, otro para prohibir la entrada a la ideología intelectualista, otro para no dejar pasar a la ideología sexista, etcétera. La "teoría de los centinelas" es importante; pero no basta. Y no basta porque la moral comunista, el pensar y actuar *como* comunista, no puede definirse sólo de modo negativo como lo *no burgués*, lo *no intelectualista*, lo *no sexista*, etcétera, sino también de modo afirmativo. Aún más: la mejor manera de salir al paso a las influencias negativas de las ideologías existentes en la exterioridad consiste en *actuar como comunistas*.

La ausencia de una lucha contra la antítesis técnico-funcional entre el trabajo intelectual y el trabajo manual en el seno de la agrupación es la causa esencial de, primero, el *seguidismo* y el *complejo de rebelión y desconfianza* y, segundo, del *culto a la personalidad*.

A. *Del seguidismo y el complejo de rebelión y desconfianza.*

Si hay camaradas que dominan la teoría, que poseen argumentos para todo, conocimiento múltiples, experiencias ricas y profundas, mientras que otros —obreros e intelectuales con un tipo de trabajo simple— carecen de esos *medios intelectuales (teórico-políticos)*, hay la tendencia a que los segundos sigan acriticamente a los primeros. La antítesis técnico-funcional, la sustantivación del trabajo manual y del trabajo intelectual es el *caldo de cautivo del seguidismo*. O de su contrapartida: el *complejo de rebelión y desconfianza*. El seguidismo es, como se sabe, el hecho de apoyar al "cuadro intelectual" o a los "cuadros influyentes" de manera acrítica. El complejo de rebelión y desconfianza, el hecho de disentir "del cuadro intelectual" o de los "cuadros influyentes" también de manera acrítica. Hay que coincidir o discrepar con un compañero determinado, por "culto" o enterado que esté, no por razones emotivas o subestimación personal, sino por una posición crítica y racional. Pero esto último es imposible o muy difícil de lograr en tanto exista la división entre el trabajo intelectual 'complejo y el trabajo intelectual simple en una agrupación. ¿Qué hacer, entonces, para luchar contra el seguidismo? *La lucha contra el seguidismo pasa necesariamente por la lucha contra la sustantivación del trabajo intelectual y el trabajo manual*. Esta última lucha—que debe tener por objetivo una constante tendencia hacia la homogeneidad ascendente— consiste en dos procesos: a) en que el que tiene un trabajo simple (manual o intelectual) debe redoblar su esfuerzo para adquirir más conocimientos y una politización mayor. Una de sus principales tareas como comunista es ésta: intelectualizar, potenciar su capacidad, *trabajar su fuerza de trabajo técnico-político*. b) En que el que tiene un trabajo complejo de índole intelectual (teórico-político) posee la obligación no sólo de aplicarlo a la orientación política de su agrupación, sino a la conformación de los militantes. Su conocimiento o experiencia, *constantemente enriquecidos*, no debe verlos como de propiedad privada, sino volcarlos sistemáticamente a sus camaradas de mayor atraso. Una de sus principales tareas como comunista es ésta: luchar por disminuir la distancia que guarda con sus camaradas entregándoles paulatina y constantemente su acervo teórico-político y ayudándoles para que ellos se desarrollen en múltiples sentidos.

Somos de la opinión de que el *seguidismo* tiene, entre otras, una causa epistemológica y otra psicológica. La primera alude al hecho ya

mencionado, de que la ignorancia, el atraso teórico-político, es el "caldo de cultivo" de la posición seguidista. La segunda se refiere a la identificación con la imagen paterna que un compañero hace de la personalidad de otro y a la subordinación derivada de ello del primero al segundo.

Desde luego la existencia del seguidismo en una agrupación no excluye la posibilidad de una *coincidencia racional*: cuando dos personas concuerdan críticamente, basan su conformidad en argumentos de peso, no se puede hablar de una influencia irracional entre ellos. Pero el seguidismo, por razones epistemológicas y psicológicas, como dijimos, lleva a un camarada a supeditarse a otro, no sólo cuando el segundo carece de razón, sino incluso cuando ella le asiste: también es seguidismo, en efecto, la concordancia acrítica de un compañero con otro aunque lo sostenido por el último sea correcto.

La reacción irracional, pero psicológicamente comprensible, con. tra el seguidismo, es el *complejo de rebelión y desconfianza*. Como en el caso anterior, también tiene, entre otras, una causa epistemológica y otra psicológica. La primera es la misma que antes: la ignorancia, el rudimentarismo teórico, el atraso político. La segunda es el intento de romper con la imagen paterna para adquirir autonomía caracterológica, personalidad política. El complejo de rebelión y desconfianza es un seguidismo al revés. Se subordina no a la tesis de la personalidad fuerte, sino a la antítesis que presupone la posición sostenida por él.

Desde luego, la existencia del complejo de rebelión y desconfianza en una agrupación no excluye la posibilidad de que puedan haber *discrepancias racionales*: cuando dos personas se contradicen críticamente o basan su disconformidad en argumentos de peso, no se puede hablar de complejo de rebelión y desconfianza.

A la pareja irracional *seguidismo-complejo de rebelión y desconfianza*, corresponde la pareja racional *coincidencia-discrepancia*. Tanto individual como colectivamente, es señal de madurez, sustituir la primera pareja por la segunda. Una agrupación en la que los compañeros discrepan o coinciden se halla indudablemente más politizada y cumple funciones mayormente científicas que otra en que predomina, en mayor o menor medida, el seguidismo y el complejo de rebelión y desconfianza.

Por otro lado, resulta conveniente estar alerta contra el peligro de interpretar toda coincidencia como seguidismo y toda discrepancia como complejo de rebelión y desconfianza, porque ello distorsiona nuestra visión y el funcionamiento objetivo que debe poseer una organización política.

B. *Del culto a la personalidad.*

Si se deja que prospere la antítesis técnico-funcional, si se permite el desdoblamiento de una organización política en "teóricos" y "prácticos" o en "teóricos de primera" y "teóricos de segunda", esto acarreará el seguidismo y con éste una acumulación de demasiado poder político real en unas cuantas manos. El seguidismo sistemático de una mayoría atrasada a una minoría "selecta", en sentido intelectual, tiene consecuencias políticas: el culto a la personalidad de uno o varios compañeros. Los camaradas "prácticos" o "intelectuales de segunda", por desidia, por subestimación o cualquier otra razón, permiten, y están en el fondo complacidos de hacerlo, que los otros piensen y decidan por ellos. Creen que su papel consiste en resignarse a cumplir las "pequeñas tareas" ya que las grandes, las difíciles y decisivas competen a los "grandes cuadros". Esta concepción convierte a la agrupación en una especie de cuerpo: en un organismo en que la función pensante la cumplen los "teóricos" y la función "práctico-política" (movimiento de brazos y piernas) la desempeñan los compañeros atrasados. Pero una organización comunista no es, no puede consentir en ser un cuerpo. Su finalidad es ser más bien un *cerebro*, un cerebro colectivo: el cerebro o la "cabeza del proletariado" que decía Revueltas. La tendencia a la homogeneidad ascendente es, por eso mismo, la lucha por convertir a la agrupación en un cerebro. Un cerebro, sí, donde haya una especie de "manufactura neuronal" o de división del trabajo; pero donde debe lucharse por erradicar la división sustantivada entre un trabajo intelectual complejo y un trabajo manual práctico o intelectual simple. *La lucha contra el culto a la personalidad o a las personalidades no significa, como se comprende, y como tiene que quedar claro, una lucha contra el intelecto, la ciencia, la experiencia o la calificación del trabajo, sino contra la "torre de marfil" del conocimiento especializado.* La "torre de marfil" es el habitáculo del complejo -de superioridad. Quien estudia, por ejemplo, sólo para destacarse, para "saber más que los otros", para "tener argumentos de peso" que vengan a robustecer su personalidad, vive en una "torre de marfil solipsista". Es el típico representante de la clase intelectual que se hallará dispuesto a luchar contra la clase burguesa, la "vulgar" clase capitalista; pero que, tarde o temprano, se mostrará renuente a impulsar una revolución cultural *proletaria* que lo haga perder (repárese en esto: no la ciencia, no los conocimientos) *sino el privilegio de poseer, a diferencia de los*

demás, un tipo de trabajo (teórico-político) especializado que lo coloca en lugar destacado. La lucha contra el culto a la personalidad no es otra cosa que la de derruir toda "torre de marfil". El intelectual *comunista* o *anti-intelectualista*, el que abandona los intereses de su clase intelectual, no es el que adquiere conocimientos *para diferenciarse de los demás*, sino para coadyuvar, entre otras cosas, al proceso de intelectualización del trabajo manual o del trabajo intelectual simple. Digámoslo de esta forma: el intelectual *comunista* es el agente mayéutico (sin visos, desde luego, de paternalismo) que tiene como una de sus funciones esenciales ayudar a que los otros *trabajen su fuerza de trabajo* teórico-político y disminuyan la distancia que guardan respecto a él.

El *complejo de rebelión y desconfianza* también hinca sus raíces, como el seguidismo, en la sustantivación clasista del trabajo intelectual y el trabajo manual dentro de una organización política. Es necesario distinguir, como hemos dicho, no sólo entre *coincidencia y seguidismo*, caracterizando a la primera como racional y a la segunda como irracional, sino también entre *discrepancia y complejo de rebelión y desconfianza*. La discrepancia entre dos camaradas tiene su fundamento en la capacidad crítica de disentir. Implica pensar las cosas "con nuestra cabeza", independientemente de que nos equivoquemos o no. El complejo de rebelión y desconfianza se coloca en otro terreno. Es, en lo fundamental, una reacción emotiva. Tiene generalmente como resorte oculto el deseo de mostrar ante todos y ante uno mismo que no se es seguidista. Es la actitud del pequeño intelectual, típicamente individualista, que inventa diferencias para hacerse de una personalidad de la cual carece. Podemos afirmar que quien padece del *complejo* mencionado es también seguidista. Pero lo es no de la tesis que plantea tal ó cual compañero, sino, como dijimos, de la antítesis que implica dicha posición. También podemos asentar que entre el seguidismo y el complejo al que aludimos hay una polaridad *intersustentante*, y ambas posiciones, tanto juzgadas separadamente cuanto vistas en su articulación o en sus bandazos, *crecen sobre el terreno propicio de la oposición sustantivada del trabajo complejo y el trabajo simple*.

g) *Liberalismo e intelectualismo.*

Para el movimiento comunista internacional, el enemigo principal, en lo que a la vida organizativa se refiere, es, como hemos dicho, el liberalismo burgués y pequeño-burgués. Pero resulta muy interesante anotar el hecho de que las características que se le atribuyen a este liberalismo

(definido a partir de una posición de clase económica) coinciden o parecen coincidir, al menos en parte, con las características, o algunas características, que emanan del intelectualismo. Veamos algún ejemplo. Se dice que el egoísmo, el individualismo son de origen pequeño-burgués. Esto es desde luego cierto; pero también es de origen intelectual. Dicho de otra manera: no sólo hay un egoísmo burgués y pequeño-burgués, sino también un egoísmo intelectual; egoísmos que coinciden o parecen coincidir en cierto nivel; *pero que también guardan algunas diferencias importantes* ya que es dable existir el uno sin el otro como lo demuestra el hecho de que puede desaparecer la causa del individualismo burgués y pequeño-burgués (en el modo de producción intelectual, en la Unión Soviética) y *subsistir el egoísmo intelectualista*. No sólo, en efecto, el burgués y el pequeño-burgués son individualistas, sino que también lo es el intelectual. El egoísmo del burgués y el pequeño-burgués consiste, como se sabe, en supeditar todo a sus intereses económicos privados. Es un individualismo que se expresa no sólo en la explotación del trabajo asalariado, sino en la concurrencia que se tiene con otros capitalistas. El egoísmo del intelectual, por su parte, se basa en el *monopolio de los conocimientos*, en el desdén por las pequeñas tareas, en la vanidad y la autosuficiencia del que se siente poseedor del más preciado de los tesoros: una preparación teórica o "cultural" importante. Si tomamos en cuenta lo anterior, advertimos que no sólo es conveniente, sino imprescindible, distinguir el *individualismo económico* (liberalismo) del *individuadismo cultural* (intelectualismo). Frecuentemente estos dos tipos de deformaciones se engloban en el concepto de *liberalismo*; pero hacer esto, o permitir que se siga haciendo, es llevar a cabo una *homología*, una pequeña noche en que todos los gatos son pardos. El uso ambiguo de este término, oculta el hecho de que, como dijimos, aunque con la "socialización" de los medios de producción (en el "modelo soviético") desaparezcan en lo fundamental las clases sociales en el sentido económico y, con ellas, el individualismo (económico), no desaparece el *individualismo cultural*. Además, si analizamos con mayor profundidad todo lo anterior, nos damos cuenta de que varias deformaciones *pueden generarse simultáneamente a partir de las dos polaridades clasistas que destaca la teoría de las diferentes clases*: la polaridad económica que genera la oposición entre el trabajo y el capital, y la polaridad técnico-funcional que crea la antítesis entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. El amiguismo, la indisciplina, la benevolencia con los propios errores, etcétera, son actitudes tanto del *burgués* (grande o pequeño) cuanto del *intelectual*. Como son actitudes que tienen un doble origen, cuando uno de sus pilares se erradica (y a ello va encaminada la "socialización" de los medios *materiales*

de producción) dejándose intacto el otro pilar (el de la polaridad clasista entre el trabajo intelectual y el 'trabajo manual), las mencionadas actitudes, deformaciones, etcétera, siguen poseyendo una fuente de sustentación y no desaparecen.

h) *La Revolución cultural proletaria.*

En el movimiento comunista mexicano hay, por consiguiente, liberalismo e intelectualismo.²⁶ Mas no inclinamos a pensar que, de esta pareja de deformaciones, el peligro máximo es *el intelectualismo* por lo siguiente: a) porque es el peligro no concientizado o no suficientemente concientizado; b) porque la extracción intelectual de buena parte de sus miembros lo está generando constantemente. La mayor parte de los integrantes de los grupúsculos políticos mexicanos pertenecen no a la pequeña burguesía *económica* (pequeños capitalistas, artesanos, etcétera) sino a la clase intelectual (estudiantes, maestros, etcétera). Las deformaciones que habitualmente se tienen por liberales son más bien propias del intelectual (o mejor: son propias tanto del burgués como del intelectual); pero como estas agrupaciones se hallan conformadas preferentemente por intelectuales, son actitudes de prosapia intelectualista. Cuando, verbigracia, algunos compañeros le dan más importancia a la vida privada que a la militancia política, no lo hacen movidos por el individualismo económico (liberalismo) sino por el individualismo cultural (intelectualismo) que los lleva a sentirse personas de excepción, de valía extraordinaria (por sus "conocimientos" o por sus obras literarias) y, por ende, merecedores de un tratamiento especial.

Esta es la razón por la cual se necesita de una revolución cultural proletaria (RCP). Si la esencia de la RCP —decimos su *esencia*, no su único elemento constitutivo—, en el sentido *social* del término, es dar al traste, de manera planificada, profunda y radical, con la oposición *clasista* entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, la RCP, en el seno de una agrupación, consiste en erradicar paulatina e incesantemente la misma oposición, amén de todas las deformaciones generadas simultáneamente por el individualismo intelectualista, y el individualismo económico.

Es preciso combatir el *intelectualismo*, que es la ideología de la clase

²⁶ Y, desde luego, sexismo y otras deformaciones.

intelectual²⁷ no sólo porque es una ideología que expresa los intereses de una clase social privilegiada, de una clase que de dominante-dominada que es en el capitalismo —dominante respecto al proletariado manual y dominada respecto a la burguesía— busca convertirse simple y llanamente en dominante en un modo de producción que posibilite tal cosa, sino también, por consiguiente, porque es una clase (o mejor: elementos de una clase) que asume el "socialismo", si por "socialismo" se entiende el modo de *producción intelectual*, esto es, el régimen que lleva a cabo, como en la Unión Soviética, una "revolución económica"; pero que conserva y consolida el *status* de la antítesis técnico-funcional entre el trabajo intelectual y al trabajo manual.

Una agrupación comunista debe normar su vida en función de esta lucha antintelectualista porque debe de ser un *laboratorio de comunismo*. La lucha contra la antítesis técnico-funcional tiene como su objetivo fundamental evitar en una agrupación, *como después tendrá que hacerse en la sociedad*, la sustantivación (institucionalización) de un trabajo intelectual frente a un trabajo manual. La agrupación comunista debe ser, entre otras cosas, una escuela de intelectualización del trabajo simple teórico-político y de la proletarización del trabajo complejo teórico-político. Los intelectuales comunistas no sólo deben trabajar físicamente, realizar "pequeñas tareas" con entusiasmo cuando se requiera tal cosa, sino también, y como una de sus funciones más relevantes, ayudar a los no pre, parados a calificar su trabajo político.

²⁷ Y, sin lugar a dudas, el *manualismo* que es la *ideología* del proletariado manual y que consiste en la absolutización de la práctica transformadora inmediata y el desprecio a la práctica científica del intelecto.

CAPITULO IV

¿CENTRALISMO DEMOCRÁTICO O DEMOCRACIA CENTRALIZADA?*

I. PRESUPUESTOS.

El carácter y la forma organizativa de una agrupación política, de un partido obrero-campesino revolucionario, *no es indiferente* respecto al tipo de régimen social que pretende instaurar. En cierto sentido podría asentarse: *dime qué clase de partido estás creando o desarrollando y te diré qué tipo de sistema social estás colaborando a generar* (en el supuesto, es claro, de que ese partido logre convertirse en el elemento hegemónico que fije el rumbo decisivo del proceso revolucionario) . En este sentido podríamos afirmar que las organizaciones de la izquierda revolucionaria tienen, independientemente de su conciencia, el carácter de preanuncios, anticipaciones, vislumbres en el presente capitalista de lo que será el futuro por ellas perseguido. Son islotes, dentro de la sociedad capitalista, en los que empieza a configurarse, de manera muy restringida y embrionaria, el tipo de relaciones sociales que, tras el cambio revolucionario, se generalizarán y depurarán hasta convertirse en las relaciones predominantes a nivel de la sociedad en su conjunto. Como consecuencia de lo anterior, se puede subrayar que la izquierda revolucionaria —no la demagógica y oportunista, no la socialista de nombre y burguesa o pequeño-burguesa de contenido— asume el papel de lo que nos gustaría llamar *laboratorio revolucionario*, esto es, la acción de organizarse no sólo alrededor de un programa anticapitalista, sino en función de una anticipación rudimentaria, en lo que al carácter y la forma organizativa de la agrupación se refiere, de lo que será la formación social por la que se lucha. Pero el laboratorio puede ser de dos tipos: 1. un *laboratorio intelectualista*

* Este escrito fue redactado hacia 1979 cuando el autor militaba en el grupo Espartaquismo Integral Revolución Articulada (E.I.R.A.) y editado como folleto. Fue publicado, con el nombre de "Por una Democracia Centralizada", en la revista de Economía de la U.A.Z., año 1, 9-10 sep.-oct. de 1980, pág. 26.

(donde se anticipen las relaciones de un régimen en el que, independientemente de su nombre de "socialista", ocupe el puesto de mando una intelectualidad que responde a sus intereses específicos oponiéndose no sólo al capital privado, sino a la emancipación de la clase manual) y 2. un *laboratorio de comunismo* (donde se anticipe la articulación de las diversas revoluciones necesarias para garantizar la implantación del socialismo) . La izquierda revolucionaria, antiburguesa y antimperialista, se halla integrada por dos tipos de partidos: los partidos *destructores*, pero no constructores; y los partidos no sólo *destructores* sino también *constructores*. Los primeros son capaces de visualizar las vías que conducen a la destrucción del capitalismo. Pueden llegar a ser, incluso, el Estado Mayor de esta destrucción; pero se hallan imposibilitados, por razones de clase (ya que están dirigidos a partir de los intereses de la *clase intelectual*), para construir el socialismo. Si destruyen el capitalismo, pero no construyen el socialismo ¿qué es lo que están instaurando? Un régimen social nuevo, que no es ni capitalista (porque ya no hay capital privado) ni socialista (porque la clase trabajadora manual no se halla en el poder). Los segundos son capaces no sólo de entrever el camino que lleva a la destrucción del capitalismo, sino la forma, que responde a los intereses del proletariado manual, de gestar, de construir el socialismo. El *laboratorio intelectualista* es la manera de anticipación propia de los partidos-destrucción. El *laboratorio de comunismo*, la propia de los partidos destrucción-construcción. Adelantaremos que la forma organizativa propia del *laboratorio intelectualista* (y, por tanto, de los partidos capaces de destruir el capitalismo pero no de construir el socialismo) es el *centralismo democrático*, y que la forma organizativa propia del *laboratorio de comunismo* (y, por ende, de los partidos capaces no sólo de destruir el capitalismo sino también de construir el socialismo) es la *democracia centralizada*.

II. BREVE RESEÑA HISTÓRICA DEL PROBLEMA ORGANIZATIVO.

Entre los bolcheviques, el problema de la organización ha asumido las siguientes posiciones fundamentales:

- 1) En una primera etapa (de 1902 a 1906) se configuró en un sentido esencialmente *centralista*.

2) En el IV Congreso (de Unificación) del POSDR (del 10 al 25 de abril de 1906) fue definido por primera vez como *centralismo democrático*. Se trataba de un tipo de centralismo democrático que no prohibía expresamente las fracciones y tendencias y que permaneció en los Estatutos del partido de 1906 hasta 1921, en que tiene lugar el X Congreso del PC (b).

3) En una tercera etapa encarnó una forma distinta, en virtud de que el X Congreso aprobó por mayoría de votos el *Proyecto inicial de Resolución del X Congreso del PC(b) de Rusia sobre la unidad del partido* escrito por Lenin y en el que se propone, para combatir la existencia de los grupos de la "Oposición Obrera" y "Centralismo Democrático", la disolución de las fracciones.

4) En una cuarta etapa, que va aproximadamente de la muerte de Lenin en 1924 al XX Congreso del PCUS en febrero de 1956, asumió una forma supuestamente leninista, pero que no es otra cosa que la *interpretación estalinista del centralismo democrático*. En cierto sentido puede afirmarse que la forma de organización partidaria que para Lenin era probablemente transitoria (correspondiente al período del comunismo de guerra y de la NEP), Stalin la convirtió, exagerándola, llevándola a sus extremos más centralistas y autoritarios, en la forma organizativa permanente del partido.

5) En otra etapa, por obra de Trosky y la corriente trotskysta posterior (la IV Internacional) representó un intento de volver, en lo que a la interpretación del centralismo democrático se refiere, a la segunda fase, esto es, al período iniciado en 1906 y terminado en 1921. En este sentido puede asentarse que el trotskysmo propugna por un restablecimiento del *leninismo organizativo*.

6) En una fase posterior, a partir del XX Congreso del PCUS, y de la presentación del "Informe Secreto", pretende volver a la etapa preestablecida, o sea, a la fase "colegiada" que existía a partir del X Congreso. El jrushovismo debe ser caracterizado, sin embargo, no como una "vuelta a Lenin", sino más bien como un *neoestalinismo dulcificado con la vuelta a Lenin*, ya que no elimina sino los aspectos más exagerados o abruptos del centralismo estalinista, sin modificar su esencia.

Detrás del jrushovismo (como neoestalinista que es) se halla, por consiguiente, el estalinismo. Y detrás del trotskysmo (como neoleninista que es) se encuentra, entonces, el leninismo, el viejo leninismo de 1906 a 1921.

Tomando en cuenta lo anterior, además de ser conscientes de que las

dos interpretaciones fundamentales del centralismo democrático en nuestra época son las que ofrecen los partidos comunistas prosoviéticos (neoestalinistas) y los partidos trotskystas (neoleninistas),²⁸ vamos a analizar el concepto de centralismo democrático a partir, primeramente, de las *concepciones comunes* que tienen al respecto los herederos del XX Congreso y los trotskystas, para subrayar a continuación las diferencias que más ostensiblemente los dividen.

III. EXPOSICIÓN DEL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO EN SU FORMULACIÓN IDEAL.

Se sostiene que el centralismo democrático es una unidad de contrarios. El centralismo no debe divorciarse de la democracia ni la democracia debe separarse del centralismo. Se puede hablar de un buen funcionamiento del centralismo democrático, se dice con frecuencia, en la medida en que el centralismo no perturba la democracia y la democracia no distorsiona centralismo.

El centralismo democrático es *democrático* en oposición a ciertos agrupamientos religiosos y militares donde rige la obediencia y la disciplina y se excluye el espíritu crítico de los agremiados, y es *centralista* en oposición a algunas organizaciones donde los afiliados no se ven obligados a someterse a decisiones colectivas o supraindividuales. Es, pues, democrático a diferencia de los cuarteles y centralista a diferencia de los clubes. Se nos dice asimismo que el centralismo democrático, concebido como unidad de contrarios, es necesario para el buen funcionamiento del partido del proletariado en dos sentidos: *desde un punto de vista político y desde un punto de vista cognoscitivo (o epistemológico)*.

A. *Desde el punto de vista político.* El centralismo democrático es imprescindible para garantizar una *unidad racional de acción*. El aspecto centralista sirve de fundamento a la unidad de acción que se requiere para combatir contra el enemigo. El aspecto democrático es la base para que esa unidad de acción sea racional y promovida por una decisión colectiva. El punto de vista político reposa en dos mecanismos democráticos y centralistas elementales:

a) *La sujeción de la minoría a las decisiones de la mayoría.* b) *La supeditación de los organismos inferiores a las decisiones de los*

²⁸ Sin tratar aquí, por ahora, a los eurocomunistas.

superiores. a) En lo que se refiere al primer mecanismo, convendría hacer varias aclaraciones: en primer lugar, es bueno tener presente que ciertos problemas no se votan: se trata de los principios más generales alrededor de los cuales se organiza la agrupación política. No se puede votar, en un partido comunista, si se debe luchar o no por el socialismo, si se debe optar por el materialismo histórico o no, etcétera. La forma en que se realizan estos principios en el pensamiento y la acción de los militantes difiere del procedimiento de la votación: se basa, o debe basarse, en el convencimiento, en la unanimidad, y debe tener su fundamento en ello, ya que estos principios no son otra cosa *que la concepción del mundo y la historia a partir de la cual se aglutinan los comunistas para luchar.* En segundo lugar, una resolución (que obliga a la minoría a sujetarse a las decisiones de la mayoría) sólo puede tomarse si se ha discutido adecuadamente el problema en cuestión. Adecuadamente significa aquí muchas cosas: tiempo suficiente para que todos los camaradas puedan entender los problemas a debate, asumir una posición ausente de intimidaciones, información adecuada, etcétera. En tercer lugar, resulta útil hacer ver que las decisiones no se obtienen siempre por una *mayoría simple* (mitad más uno), sino que pueden tomarse por una *mayoría compuesta* (dos terceras partes, cuatro quintas partes, etcétera) correspondiendo una forma u otra al tipo de problemas discutidos. En términos generales, se dice que la *mayoría simple* es el procedimiento adecuado para resolver problemas que, aunque son más o menos importantes, no son cruciales, no representan cuestiones fundamentales. Se supone, en cambio, que la *mayoría compuesta*, con su tendencia a la unanimidad, es el mecanismo conveniente para resolver cuestiones esenciales, ya que, dado el tipo de problemas en que opera, no basta la formación de una mayoría raquílica, como en el caso de la *mayoría simple*, sino que se precisa la conformación de una mayoría vigorosa. En cuarto lugar, es bueno tener en cuenta que la mayoría de los partidos considera que la organización no debe poner el acento en el debate teórico en todo momento, sino sólo en los "períodos de discusión" que preceden a los Congresos o conferencias de distinto nivel. Hay, por tanto, "etapas de discusión abierta" y "etapas de discusión cerradas" (aquellas que siguen al Congreso, etcétera).

En relación con estas cuatro aclaraciones, resulta adecuado hacer notar que representaría una violación al centralismo democrático: 1) que se votaran los principios constitutivos del partido en cuanto tal (los cuales no pueden ser asumidos sino por unanimidad). 2) Que la discusión conducente a un acuerdo y, por ende, al sometimiento de la minoría

respecto a la mayoría, no haya sido realizada en los términos adecuados. Si, por ejemplo, un organismo dirigente no da el tiempo suficiente para discutir un asunto delicado, o congela a destiempo el debate, no sólo viola el centralismo democrático sino que, de acuerdo con la gravedad del problema, *puede caer en una actitud "grupista" o fraccional* 3) Que se excluya, para la resolución de los problemas fundamentales, el mecanismo de la *mayoría compuesta*, sustituyéndola invariablemente por la *mayoría simple*, con el argumento de fachada de que *es más* sencilla y expedita; pero con el propósito oculto de llegar a acuerdos formales y burocráticos a partir de mayorías raquíticas. 4) Que, en nombre de que no se "ha abierto un período de discusión", se prohíba debatir ciertas cuestiones (provocadas por acontecimientos importantes, imprevistos, de dentro o fuera del partido), o que, en nombre de que "la discusión no debe hallarse condicionada", se pugne por un clima de debates infinitos que pueden hacer degenerar a la organización en un club de charlatanes. Ambas cosas serían, pues, violaciones del centralismo democrático. El primero representaría una violación centralista de la democracia y el segundo una violación democrática del centralismo. b) En lo que alude al segundo mecanismo —el de que los *organismos inferiores deben someterse a las decisiones de los organismos superiores*—, hay que tomar en cuenta cuáles son, en una organización partidaria, los organismos superiores. La instancia superior de un partido, se aduce, es el Congreso o la Asamblea Nacional. En los Estatutos del PCM se afirma, en efecto: "Art. 24. La autoridad suprema del PCM es su Congreso Nacional.²⁹ Y se añade: "Las resoluciones del Congreso Nacional son obligatorias para todo el Partido y sólo pueden revocarse por otro Congreso".³⁰ En los Estatutos del PRT se dice igualmente: "Art. 30. La soberanía de la organización radica en el Congreso Nacional, el cual es, además, la instancia suprema de decisión y apelación".³¹ ¿Cómo se integra el Congreso Nacional? Los organismos de base (las células) designan, generalmente de acuerdo con una *convocatoria* elaborada por la dirección (el Comité Central) elegida por el Congreso anterior, los representantes ante el nuevo Congreso. Como dice el Art. 25 de los Estatutos del PCM: "Los delegados al Congreso Nacional serán electos en proporción al número de miembros, según las normas de representación

²⁹ *Por la revolución democrática y socialista. Programa y Estatutos.* Documentos del XVI Congreso del PCM. Ediciones de Cultura Popular, México, 1974, p. 83.

³⁰ *Ibid.*, p. 83.

³¹ *Estatutos y normas organizativas del PRT*, Folletos Bandera Socialista, No. 33, p. 24.

que fije el Comité Central".³² ¿Cuáles son las funciones del Congreso Nacional? El Congreso decide la línea política, la estrategia a seguir entre ese Congreso y el siguiente, evalúa la labor del Comité Central electo por el congreso precedente y elige un nuevo Comité Central. Por eso en los Estatutos del PRT se dice: "Art. 31. El Congreso Nacional determina la línea política de la organización. Sus decisiones son obligatorias para todos sus miembros".³³ Y en el Art. 38 del mismo partido leemos: "Sólo el Congreso Nacional tiene la facultad de modificar los estatutos, expulsar miembros y a elegir al Comité Central y a la Comisión de Control".³⁴ El PCM, por su parte, concibe las funciones del Congreso Nacional, de acuerdo con su Art. 24, de la siguiente manera: "a) Conocer, discutir y aprobar en su caso, la labor realizada por el Comité Central. b) Trazar la línea política y resolver todas las cuestiones de la vida del Partido que estime necesario. c) Modificar el Programa y los Estatutos del Partido y d) Elegir al Comité Central".³⁵ Entre reunión y reunión del Congreso Nacional, el Comité Central, su órgano ejecutivo, es el órgano superior del Partido. Si el Congreso fija la estrategia a seguir entre él y el siguiente Congreso, el Comité Central, tiene como su función principal ir realizando dicha estrategia tácticamente. En relación con esto, en el Art. 29 de los Estatutos del PCM podemos leer: "El Comité Central es el órgano dirigente del Partido entre un Congreso nacional y otro. Sus miembros son los dirigentes nacionales del Partido. Aplica las resoluciones del Congreso Nacional y decide la posición del PCM y su línea de conducta ante situaciones y problemas nacionales e internacionales que se presenten en ese lapso".³⁶ El Comité Central nombra una Comisión Política o Buró Político y a veces una Comisión de Control.³⁷ Entre reunión y reunión del Comité Central el órgano dirigente del Partido es la Comisión Política. Como los conceptos de estrategia y de táctica son relativos, conviene aclarar,

³² Op. cit., p. 83.

³³ Op. cit., p. 24.

³⁴ *Ibid.*, p. 26.

³⁵ Op. cit., p. 83.

³⁶ *Ibid.*, p. 85.

³⁷ Algunos partidos, de tendencia estalinista o neostalinista, plantean las cosas así. Otros, de orientación leninista o trotskysta, piensan que la Comisión de Control debe ser electa por el Congreso Nacional y no por el Comité Central. Después volveremos sobre este punto.

al llegar a este punto, que si el Comité Central representa la *táctica realizadora* respecto a la *estrategia* acordada en el Congreso Nacional, la Comisión Política representa la *táctica realizadora* respecto a la *estrategia* acordada en el Comité Central. El *canon de actuación* del Comité Central es, por consiguiente, una *táctica* respecto al Congreso y una *estrategia* respecto a la Comisión política.

La Comisión Política, por su parte, suele designar un secretario general de ella y, en consecuencia, de todo el partido, o un secretariado colectivo, compuesto por un número más o menos reducido de sus miembros. Aunque en la práctica este *secretario general* o este *secretariado colectivo* acumule un poder tal que sustituye a otras instancias partidarias, se supone, de acuerdo con las normas *ideales* del centralismo democrático, que representa sólo el órgano dirigente del partido entre reunión y reunión de la Comisión Política, como ésta lo hace entre reunión y reunión del Comité Central y este último lo lleva a cabo entre reunión y reunión del Congreso Nacional.

El Congreso Nacional debe designar, además del Comité Central, una Comisión Central de Control (CCC), que no acata más decisiones que las del Congreso y que tiene como sus funciones fundamentales vigilar, cuidar, proteger a la organización contra enemigos externos infiltrados en el Partido, investigar los casos sospechosos de espionaje, etcétera. El PRT dice, en su Art. 41: "La Comisión de Control es elegida por el Congreso Nacional mediante voto de la mayoría de dos tercios de los delegados y está en funciones hasta el Congreso siguiente. Sus miembros no pueden ser del CC".³⁸ Y en el artículo precedente: "La Comisión de Control está encargada de velar por la integridad del PRT de acuerdo a los principios que sustenta, vigilando el riguroso funcionamiento del centralismo democrático y la aplicación estricta de los estatutos",³⁹ Anotemos el hecho, que no deja de ser curioso y paradójico, de que, de alguna manera, en la organización partidaria de prosapia leninista, se reproducen los *tres poderes* de que hablaba Montesquieu, ya que si el Congreso es, en lo esencial, el *Poder Legislativo*, y el Comité Central el *Poder Ejecutivo*, la Comisión de Control representa el *Poder Judicial* de la agrupación partidaria.

B. *Desde un punto de vista cognoscitivo (o epistemológico)*. En el leninismo habitual hay una concepción, confesada o no, francamente *organicista* de la lucha proletaria y partidaria. De la misma manera que se considera al partido como el *cerebro* de la clase, y a la clase como el

³⁸ Op. cit., p. 26.

³⁹ *Ibid.*, p. 26.

cuerpo de ese cerebro, se piensa que el propio partido es, asimismo, una especie de organismo supraindividual con funciones análogas a la constitución corporal del hombre. En este sentido se concibe que el *nivel sensorial* de la organización (sensaciones, percepciones, representaciones) está encarnado *fundamentalmente* en las células del cuerpo partidario. La relación sensorial del partido con su entorno se lleva a cabo, desde el punto de vista del conocimiento, a través de las células, las cuales pueden ser consideradas, en esta perspectiva, como los *sentidos* del partido.⁴⁰ El *nivel lógico* de la organización (conceptos, juicios, raciocinios, etcétera) está encarnado *fundamentalmente* en los organismos dirigentes: el Congreso Nacional, el CC, la CP, etcétera. Se tiene buen cuidado en afirmar que la encarnación del *nivel sensorial* en la base celular no excluye, desde luego, funciones lógicas en ella, y que la encarnación del *nivel lógico* en los órganos superiores no excluye tampoco en éstas funciones sensoriales; pero se habla de la necesidad de una cierta *división del trabajo*, no sólo práctica sino teórica, para el buen funcionamiento de la organización. La concepción de la agrupación partidaria como un organismo biológico con diferentes funciones o como un aparato-instrumento vuelto eficaz por la división del trabajo, se evidencia en que las normas tradicionales del centralismo democrático asientan que los delegados celulares al Congreso Nacional (o a cualquier otra instancia representativa) no deben acudir a dicha Asamblea con un *mandato imperativo* sino que deben hacerlo con carácter *plenipotencia*, lo cual no posee otro sentido que el de subrayar que dichos delegados no tienen la obligación de opinar y votar como lo haría su organismo de base, sino hacerlo de acuerdo con sus propias convicciones conformadas después de conocer los criterios expresados por los representantes de las otras células en el Congreso. Los delegados celulares deber ir sin *mandato imperativo* al Congreso porque, de lo contrario, se hallarían confundidos el nivel de lo singular (célula) con lo general (Congreso), el nivel de lo sensible con el nivel de lo lógico. En las formulaciones ideales del centralismo democrático, se subraya que un Congreso que desconociera los datos proporcionados por las células caería en una desviación *teoricista* o *racionalista*, al tomar acuerdos y llegar a resoluciones que no se fundamentarían en la certeza sensible proporcionada por la red de organismos celulares. Y se hace notar, asimismo, que un Congreso en el que los delegados llevaran un *mandato imperativo* (y, con

⁴⁰ Es importante tener en cuenta que, de acuerdo con las normas habituales del centralismo democrática, los dirigentes no deben dejar de militar en sus organismos de base, con lo cual todos los miembros del partido, además de su trabajo en tales o cuales comisiones, se agrupan en las células del partido.

él, la exigencia de que el Congreso se oriente de acuerdo con las opiniones celulares) caería en una desviación *empirista* o *sensualista*.

El centralismo democrático representa, entonces, *la unidad entre el punto de vista político y el punto de vista cognoscitivo*. Si el centralismo democrático contiene, de manera expresa, la unidad y lucha de contrarios entre el centralismo y la democracia, también encarna, de manera tácita, otra unidad y lucha de contrarios: la que se establece entre la teoría y la práctica, el nivel cognoscitivo y -el nivel político. En una organización partidaria, a partir' del conocimiento se actúa. Pero también a partir de la actuación se conoce. A partir, en efecto, del aspecto cognoscitivo se realiza el político. En el caso del mecanismo, ya estudiado, de las votaciones, mediante el cual la *minoría se sujeta a las decisiones de la mayoría* (con lo cual se garantiza una actuación política unitaria y congruente), se supone que la minoría debe acatar las decisiones de la mayoría porque, en términos generales (lo que no excluye en ocasiones el caso contrario), se cree que es más probable que yerre la minoría que la mayoría. Como no siempre ocurre esto, como no es raro que a la minoría le asista la razón, los principios *ideales* del centralismo democrático hacen énfasis en la necesidad de salvaguardar los llamados *derechos de la minoría*, consistentes en la posibilidad de ella de volver a discutir ciertos problemas, a pesar de haberse tomado una decisión mayoritaria, siempre y cuando, se dice, el desarrollo de los acontecimientos vuelva a cuestionar la resolución tomada anteriormente por la mayoría. En el caso del mecanismo, también ya estudiado, de las decisiones, mediante el cual los *organismos inferiores se subordinan a los acuerdos de los organismos superiores* (con lo cual se garantiza asimismo una actuación política unitaria y congruente), se supone que las instancias directivas son las que monopolizan el conocimiento y la información, con lo cual se hallan en derecho de exigir obediencia a sus subordinados ya que "quien conoce manda" como dice el lenguaje popular. Quien conoce, quien pertenece al *nivel lógico* del Congreso Nacional o a su Comité Central, etcétera, está en el puesto adecuado *para mandar*, para exigir obediencia y disciplina de los organismos que, pertenecientes al nivel sensorial, aunque colaboren en el proceso cognoscitivo (en el mismo sentido en que no es posible conceptualizar correctamente si no se ha pasado previamente por el nivel de la certeza sensible), no están capacitados, por lo general, para moverse en el *nivel lógico* que caracteriza a los *dirigentes partidarios*. Pero no sólo a partir del aspecto cognoscitivo se realiza el político, sino también lo contrario es cierto: a partir del aspecto político (que presupone actuar monolíticamente) se conoce. No sólo se conoce *para* actuar, sino que se actúa *para* conocer.

Una agrupación política no puede avanzar si no rectifica sus errores y ratifica sus aciertos, esto es, si no aprende de su actuación práctica. En este sentido, la función preeminente del Congreso es la de teorizar la práctica y practicar la teoría.

IV. CRÍTICA EN GENERAL A LA CONCEPCIÓN DEL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO.

Frecuentemente se ve el centralismo democrático como una *forma organizativa* independiente del contenido político. Nosotros **pensamos** que no hay tal. El centralismo democrático es la *forma específica de organizarse que tiene cierta clase de revolucionarios*: los marxistas-leninistas. El centralismo democrático es la fisiología de un organismo biológico: la vanguardia *intelectualista* de la clase obrera. Es un *instrumento* que busca la destrucción del capitalismo y que adquiere eficacia en la medida en que funciona más o menos correctamente (como su forma organizativa *ad hoc*) el centralismo democrático. Este último no es otra cosa que la *encarnación en el partido de la división del trabajo*. La organización partidaria es un avance, una anticipación del "socialismo" concebido como *sociedad jerárquica*. El partido regido por el centralismo democrático reproduce la división del trabajo en el doble sentido que tiene en toda sociedad moderna esta división: la división *horizontal* entre diversas actividades u ocupaciones y la división *vertical* entre el trabajo intelectual y el trabajo manual o entre el trabajo complejo y el trabajo simple. Es, pues, *la célula anticipativa del tejido burocrático-tecnocrático del futuro*. Digámoslo de otra manera: el centralismo democrático es la forma más apropiada —la historia se ha encargado de demostrarlo— para la *destrucción* del capital privado, es la forma de un contenido determinado: el contenido del partido *destrucción* pero no del partido *destrucción-construcción*. *Es la forma específica del partido que sabe cómo destruir al capitalismo pero que no logra vislumbrar cómo construir el socialismo*. El partido, decíamos, encarna la división del trabajo. Muestra elocuente de eso es lo que sucede en él con la *informática*: se vuelve monopolio de la Dirección. A los "secretos de partido" sólo tienen acceso los dirigentes (el CC, por ejemplo, o la Comisión de Control) mientras que la base está excluida de ello, en el mismo sentido en el que en el *Modo de Producción Intelectual* sólo los altos burócratas y técnicos dominan la información adecuada para la gestión autoritaria de la sociedad.

La polémica habitual sobre el centralismo democrático en el

movimiento comunista internacional, toma generalmente otro derrotero. Hay quienes denuncian a tal o cual partido por no acatar las normas *ideales* del centralismo democrático. Se acusa a las agrupaciones de estar *más acá o más allá* de esta forma organizativa. Se distingue, entonces, entre un centralismo democrático *ideal* Y un centralismo democrático *real* que normalmente se perturba en sentido centralista o en sentido democratizante. Nuestro punto de vista es otro. Nosotros estamos convencidos de que el centralismo democrático *ideal* es la *forma organizativa esencial del laboratorio anticipativo de la sociedad jerarquizada del futuro*. Generalmente no se acata el centralismo democrático (en su formulación ideal), pero, aunque se acatara, no dejaría de ser lo que hemos dicho: laboratorio de una sociedad jerarquizada, *de una sociedad en la que, para deshacerse a la larga de la propiedad privada, se refuncionaliza la división social del trabajo, tanto en el aspecto horizontal como, de manera especialmente significativa, en el aspecto vertical del contraste entre "ingenieros" y "albañiles"*. Con el centralismo democrático pasa lo mismo que con la mercancía fuerza de trabajo: frecuentemente en nuestros países se vende *por debajo de su valor*, con lo cual genera una superexplotación. Pero aun suponiendo que se vendiera por su valor (que es el supuesto de que parte Marx) la *explotación* subsistiría, ya que ésta se basa en el hecho de crear un valor no retribuido (trabajo excedente) después de generar el equivalente de valor de su fuerza de trabajo (trabajo necesario) . El centralismo democrático es, como explicaremos más adelante, *centralismo de hecho y democracia formal*. La violación centralista del centralismo democrático será una forma organizativa supercentralista. Pero aun suponiendo que no hubiera dicha violación (que es el supuesto de que partimos) el centralismo intelectualista subsistiría, en virtud de que, como en el caso de la explotación (al eliminar por método la posibilidad de la superexplotación), se trata de un problema *estructural: un centralismo democrático ideal* (del que se elimina, por método, el caso frecuente del supercentralismo) no deja de ser *democrático de forma y centralista de hecho*.⁴¹

⁴¹ Es posible que el centralismo democrático *ideal* se desvíe en una agrupación real hacia una cierta desviación *democratista*. Pero como el democratismo no debe confundirse con la democracia real, se trataría de una organización política en la que una democracia formal (que no real) limita en mayor o menor medida el centralismo y la unidad de acción. Volveremos sobre este problema de la democracia más adelante.

V, CRITICA EN PARTICULAR A LA CONCEPCIÓN DEL CENTRALISMO DEMOCRÁTICO.

Repitámoslo: el centralismo democrático es, estructural e históricamente considerado, *centralismo de hecho y democracia formal*. Nos gustaría reservarle el nombre de Aparato Ideológico de Partido (AIP). Es un AIP porque se presenta de una manera y es otra cosa, o porque tiene una forma visible y un contenido oculto. La cara externa de este AIP es la formulación *ideal*: se trata de la combinación del centralismo y la democracia sin inclinarse de un lado o de otro. La *cara oculta* es su estructura efectiva (la cual se revela no sólo, como hemos dicho, en las agrupaciones reales, sino en la misma formulación ideal): se trata de la *célula anticipativa, basada en la división del trabajo, del tejido burocrático-tecnocrático del futuro*.

A la democracia de que habla el centralismo democrático le sucede lo mismo que a la libertad en el modo de producción capitalista (que se presenta como universal y es *de clase*) o a la igualdad también en el capitalismo (que se finge real y se mueve en lo jurídico-formal) . La libertad y la igualdad fácticas son, en efecto, lo contrario de lo que dicen ser. El centralismo democrático, en su esencia, no es otra cosa que la *forma organizativa* del "sector histórico" de la clase intelectual, esto es, de aquel sector, al que también podemos llamar "para sí", que aunque lucha por erradicar la propiedad privada sobre los medios *materiales* de producción no se propone destruir la división social del trabajo en general y el contraste entre trabajo intelectual y trabajo manual en particular.

Enumeremos algunas de las razones por las cuales el centralismo democrático es un *centralismo intelectual* de hecho que se cubre con la hoja de parra de la democracia.

1. La más importante de todas, y a la que ya hemos aludido, es que el partido, como todas las instituciones en el capitalismo, reproduce la división del trabajo. Es un *laboratorio intelectualista* (y no un *laboratorio de comunismo*) porque no concibe la democracia a la luz de la revolución cultural, sino que la ve como producto de un eficiente desglosamiento de funciones más o menos invariable. Si su concepto de democracia no fuera formal (concepción que no pugna por subvertir la división del trabajo misma), si, por lo contrario, tuviera una noción de *democracia real*, lucharía por in, terpenetrar los diferentes

tipos de trabajo y cambiar incesantemente la estructura de la división del trabajo al interior del partido.

2. Se dice que la autoridad máxima, la "soberanía de la organización" radica en el Congreso Nacional. Pero esto es una forma, y en cuanto forma puede funcionar de manera más o menos ceñida a la formulación *ideal* del centralismo democrático. En realidad, y en términos generales, *la autoridad máxima del partido es la intelectualidad burocrática.*⁴² En efecto, el Congreso se establece sobre la base del conjunto de *delegados celulares*, electos en cada organismo de base. Ahora bien, ¿cuál es, en términos generales, el criterio que priva en las células para escoger a su delegación ante el Congreso? El criterio predominante, frecuentemente tácito, es el de que deben asistir a tal evento *los más capaces*, los que puedan dar mejores informes, apreciar mejor la situación en su conjunto e intervenir en la Asamblea con ciertas aportaciones significativas. Resultado de esta manera *natural* de ver las cosas es que generalmente se escogen en la célula los intelectuales (o los obreros intelectualizados) para ir como delegados ante la reunión mencionada. Adviértase, entonces, cómo los trabajadores manuales o los intelectuales de trabajo no complejo, son quienes votan por los intelectuales para que éstos los representen en el Congreso. La autoridad máxima del partido se halla integrada, por lo general, por los elementos "más conscientes", de "mayor experiencia", de "conocimientos marxistas-leninistas más amplios y profundos" de toda la base del partido. El Congreso no es el partido, sino, por lo general, la representación *intelectual* del partido.

3. Se dice que la autoridad dirigente entre un Congreso Nacional y otro es el Comité Central. Pero esto es también una forma una forma que, en nombre de la necesidad de ejecutar lo dispuesto por la representación celular en el Congreso, oculta el hecho de que el Comité Central no es otra cosa que la *intelectualidad burocrática del Congreso*, esto es, el conjunto de compañeros elegidos por *éste* después de juzgarlos como *los más capaces* entre los asistentes al Congreso (por su monopolio de conocimientos, experiencias, etcétera) para dirigir el partido entre un Congreso y otro. El Comité Central es, pues, una "intelectualidad al cuadrado", una selección de intelectuales burócratas llevada a cabo en el seno de la intelectualidad del Congreso.

⁴² No debe interpretarse ésta en el sentido restringido de "hombres de ciencia", sino en el de individuos que monopolizan el conjunto de conocimientos, experiencias y a veces mañas, que los capacitan para ejercer la función burocrática dominante que desempeñan en el seno del partido.

4. Otro tanto hay que decir de la Comisión Política. La autoridad máxima entre reunión y reunión del CC es, en realidad, la *intelectualidad burocrática* del CC (elegido por éste). La CP es, entonces, una "intelectualidad al cubo", una selección de intelectuales burócratas realizada en el seno de la intelectualidad burocrática del CC. El nivel intelectual, en el sentido de la intelectualidad burocrática, tiende, entonces, a diferir de una instancia partidaria a otra: *los intelectuales del Congreso "superan" a la base, los del CC "superan" a los del Congreso y los de la CP a los del CC*. Se trata, desde luego, de una tendencia, de un promedio. Pero de una tendencia muy evidente. Puede darse el caso de que en alguna ocasión en los organismos superiores (Congreso, CC, CP) haya obreros y campesinos; pero se trata de *trabajadores manuales la mayor parte de las veces manipulados, controlados por las "personalidades fuertes" de la Dirección*, personalidades que necesariamente tienen el carácter de burócratas-intelectuales.

5. El principio de que *los organismos inferiores deben someterse a los organismos dirigentes* beneficia, asimismo, a la intelectualidad burocrática, porque después de elegido el Congreso (de intelectuales, respecto a la base), el partido en su conjunto tiene que acatar sus decisiones: los "albañiles" del partido han "elegido" a sus "ingenieros" para los puestos de poder; porque después de elegido el CC (de intelectuales, respecto al Congreso) la base tiene que disciplinarse a sus acuerdos, y porque después de elegida la CP (de intelectuales, respecto al CC) todo el partido tiene que obedecer sus decisiones.

6. El principio de que *la minoría tiene que acatar las decisiones de la mayoría* también beneficia a los intelectuales porque, en términos generales, le resulta más fácil al intelectual burócrata⁴³ que a un obrero o a un campesino ignorante convencer a la mayoría. Es cierto que la lucha entre una mayoría y una minoría frecuentemente no es otra cosa, contemplada en su esencia, que una lucha *interintelectual* ya que no es raro que haya "personalidades fuertes" o intelectuales en ambos lados. El principio de que estamos hablando —y que implica la posibilidad de que la minoría se vuelva mayoría, etcétera— no conlleva el peligro, por ende, de sustituir la *perspectiva intelectualista* por la *perspectiva obrera* (que implicaría un enfrentamiento planificado *contra* la división del trabajo inherente a la organización partidaria), sino de sustituir una perspectiva intelectualista

⁴³ Hemos aclarado ya que no debe restringirse la noción de intelectualidad burocrática a "hombres de ciencia" o a "sabios sociales". La palabra, intelectual no equivale a ciencia. Puede coincidir en algunos casos con ella, pero no es necesario. Suele equivaler, más bien, al conjunto de conocimientos, experiencias y hasta mañas necesario para encumbrarse en el partido y expresar, ahí, los intereses de la *clase intelectual*.

por otra, a la búsqueda de la vía destructiva del capitalismo privado pero no de la división enajenadora del trabajo y de los privilegios de la clase intelectual que tiende a sustantivarse.

VI. PROPUESTAS GENERALES.

Nosotros creemos que el *partido de los trabajadores manuales* debe ser, no un avance del "socialismo" concebido como una rígida sociedad jerárquica, sino un *laboratorio de comunismo*. Dos elementos, entre otros, caracterizan a éste: *la revolución cultural anticipativa*⁴⁴ y la *democracia centralizada*. Un partido que no pone en marcha, de manera sistemática y planificada una *revolución cultural anticipativa* se rigidiza, se convierte en *laboratorio intelectualista* o en el "*por dirigente*" de la revolución tenida por socialista, pero que no es sino una revolución *proletario-intelectual*.⁴⁵ La revolución cultural está destinada a subvertir poco a poco la división del trabajo y el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. No busca únicamente la manera en que puedan **trabajar** eficazmente los intelectuales y los manuales. No. Su *propósito es empezar a modificar el status de intelectual y de manual*. Para esto sabe que no hay otro medio que el de socializar los conocimientos, colectivizar las experiencias, difundir los métodos, abatir las informaciones secretas, en una palabra, *trasladar medios intelectuales de producción de los intelectuales a los manuales o de los cuadros experimentados a los iniciados*. El principio de *intelectualizar a los manuales y proletarizar a los intelectuales es la divisa esencial de la revolución cultural anticipativa*.

Para que el *laboratorio de comunismo* pueda realizarse se requiere sustituir el *centralismo democrático* (que es la forma específica de un laboratorio intelectualista, de un laboratorio *sin* revolución cultural) por la *democracia centralizada* (que es la forma particular del laboratorio de comunismo, del laboratorio en que se realiza permanentemente la revolución cultural). La *democracia centralizada recupera del centralismo democrático una serie de puntos, formulaciones y experiencias*. Pero difiere de él en un punto central: *la democracia no es vista por ella de manera formal sino real*. *Democracia real* significa aquí: abatir paulatinamente la ignorancia que origina la enajenación o el control de unos individuos. por

⁴⁴ Como parte de la Revolución Articulada anticipativa.

⁴⁵La expresión "por dirigente" alude a la vanguardia partidaria.

otros. Incorporar sistemáticamente experiencias en quien no las tiene. Asediar y erradicar el "egoísmo cultural" de los cuadros "cultos", "inteligentes" y "experimentados". Planificar la conversión de los manuales en intelectuales, de los inexpertos en expertos, de los neófitos en cuadros. La *democracia centralizada*, que quede claro, no es una forma *organizativa que intente* socavar el centralismo. Nada de eso. El centralismo es absolutamente indispensable para la unidad de acción y, con ella, para la *destrucción* del capitalismo y la *construcción* del socialismo. La modificación que trae consigo la democracia centralizada respecto al centralismo democrático, se aprecia en otro punto: mientras que en el centralismo democrático, el centralismo se asocia con una democracia *formal* que, por no modificar en ningún momento la *división partidaria del trabajo*, termina por ser un *centralismo intelectualista*, en la *democracia centralizada*, el centralismo se asocia con una democracia *real*, esto es, la *revolución cultural anticipativa*. Principios como el de que la *minoría debe acatar las decisiones de la mayoría* o los organismos inferiores subordinarse a los acuerdos de los organismos dirigentes no pueden desecharse. Pero deben aplicarse en otro contexto: en una concepción organizativa en que la división del trabajo ya no se trata como una *constante* (a la manera del centralismo democrático) sino como *variable*. En este sentido, la democracia real no es un acto, sino un proceso. En la *democracia centralizada* no puede encarnar una *democracia absoluta* (lo cual es imposible mientras subsista la división del trabajo), sino que debe, por así decirlo, ir incorporando una cantidad cada vez mayor de democracia real en el partido. No es lo mismo, para poner un ejemplo, la votación "democrática" de una asamblea en que predominan camaradas inexpertos que la votación de una asamblea en que, por la aplicación de cierto nivel de la revolución cultural anticipativa, predominan cuadros medios. La *democracia centralizada*, entonces, no desecha el *punto de vista político* que es necesario para el buen funcionamiento del partido, de acuerdo con la tradición del centralismo democrático (aunque, como hemos dicho, lo reinterpreta y lo reubica) . Pero tampoco menosprecia el *punto de vista cognoscitivo*, que se atribuye al centralismo democrático, y que debe ser refuncionalizado por la *democracia centralizada*. Para la concepción centralista democrática tradicional el *nivel sensorial*, representado por las células, alimenta a la *instancia teórico-política* de la Dirección (trátese del Congreso, del CC, de la CP, etcétera), razón ésta por la que las decisiones deben ir de arriba abajo. Para la *democracia centralizada* la relación cognoscitiva entre lo sensorial y lo lógico es un hecho; pero no debe ser visto de manera rígida, como una estructura dada de una vez para

siempre, por medio de la cual unos camaradas perpetuamente juegan el papel de "sentidos" del partido y otros (los cuadros dirigentes, los políticos experimentados, los intelectuales) desempeñan eternamente el rol de "conciencia generalizadora" de la organización. Para la *democracia centralizada*, que presupone la *revolución cultural anticipativa*, debe existir una intelectualización de los "sentidos" del partido y una proletarización de la "conciencia generalizadora" de la agrupación, de tal manera que la *división del trabajo teórica*, como la *división del trabajo práctica*, no puede concebirse de manera invariable y estructurada de manera definitiva.

La mera modificación de los términos *centralismo democrático* y *democracia centralizada* nos está hablando de algo muy elocuente: no se trata ya de un centralismo que se "legitima" en la democracia formal de las votaciones y la designación de delegados ante los Congresos deliberativos y resolutivos. Se trata de una democracia real (en el sentido ya enunciado) que se centraliza. Se trata, pues de sustituir el centralismo *intelectualista* (que es la esencia del centralismo democrático) por el centralismo *obrero-campesino* o centralismo *manual* (que es el fundamento de la democracia centralizada).

Para llevar a cabo la democracia centralizada y la revolución cultural anticipativa se requieren, entre otras, dos medidas fundamentales: la *rotación de cuadros* y la *escuela abierta*. Como se sabe, la célula tiene su propia dirección. Los Estatutos del PRT, en su artículo 13o. nos dicen al respecto: "La célula tiene el derecho de elegir su buró, el cual está subordinado a los organismos de dirección superior y a la célula en pleno. Los atributos de la dirección de la célula son los de dirigirla políticamente y organizarla en sus funciones administrativas (cuotas, etcétera).⁴⁶ El principio de la *rotación de cuadros*, que debe institucionalizarse, reglamentarse en estatutos, persigue la doble finalidad de hacer, por un lado, que quienes carecen de *experiencia directiva* tengan la oportunidad de adquirirla y, por otro, de evitar que el poder político se acumule en pocas manos. Si, por ejemplo, el buró o el secretariado de una célula de 9 miembros está compuesto por tres camaradas, la *rotación de cuadros* deberá garantizar que dicha comisión directiva sea desempeñada gradualmente por todos los integrantes de la unidad de base. Vamos a suponer que se decida que el cambio del buró o el secretariado celular se haga cada tres meses.⁴⁷ Para que la rotación de cuadros se realice sin perjuicios tiene que garantizar dos cosas: a) la no interrupción de la *continuidad* de la *experiencia directiva* al pasarse de un

⁴⁶ Op. cit., p. 22.

⁴⁷ Como se comprende esta periodización puede cambiar de acuerdo con las necesidades.

buró electo a otro. Para evitar tal cosa, un elemento (o varios según el caso) de un secretariado electo, debe ser reelegido para el siguiente buró. En el caso que poníamos, el primer secretariado (elegido para los tres primeros meses del año) estaría formado por tres compañeros elegidos entre los 9 que conforman la base, el segundo secretariado (elegido para los tres meses siguientes) estaría formado por dos nuevos compañeros elegidos por la base y un compañero reelegido (de los tres que componían el secretariado que cesa en sus funciones) y así sucesivamente hasta concluir, en un año, cuatro secretariados y una *rotación completa* de compañeros. b) No debe llevarse a cabo una *rotación mecánica*, entendiéndose por ésta el "encumbramiento" de la noche a la mañana de un compañero sin preparación y sin experiencia.⁴⁸ Vamos a suponer que la célula de que hablábamos en vez de nueve compañeros estuviera formada de doce: nueve con alguna militancia y tres sin ella (siendo compañeros recién reclutados). La rotación de cuadros sólo comprendería a los nueve, en el sentido en que lo hemos visto con anterioridad. Los tres nuevos deberían atravesar un período, que podría ser de un año, en que adquirieran el derecho de ser electos al buró celular. La razón por la cual los nuevos deben ser excluidos de la rotación de cuadros hace referencia, por un lado, al hecho de que sólo después de un cierto tiempo (hemos dicho un año, pero puede ser un lapso mayor o menor) existe el margen de seguridad razonable para que los camaradas desempeñen responsabilidades directivas y, por otro, se trata de un período en el que, mediante la implantación de la revolución cultural anticipativa, los camaradas de recién ingreso reciben medios *teóricos-políticos de producción* que los capacitan para poder ejercer funciones directivas en el futuro. La *rotación mecánica* no toma en cuenta que para ejercer una función directiva se tiene que poseer cierta preparación.

La rotación de cuadros debe implantarse en todo el partido. No sólo una célula debe elegir a sus dirigentes de acuerdo con la rotación de cuadros. Otro tanto deben hacer el Comité Central al elegir a su Comisión Política y la *Comisión Política* al elegir a su Secretariado o a su Secretario General. Somos de la opinión, asimismo, de que la elección de delegados celulares al Congreso también debe ser llevada a cabo tomando en cuenta la *rotación de cuadros*. Supongamos que el Congreso Nacional ordinario tiene lugar cada año y que, de acuerdo con la convocatoria, las células deben

⁴⁸ Puede darse el caso de la formación de direcciones *superdotadas* (con compañeros muy capaces) y de direcciones *subdotadas* (con compañeros no muy capaces). Esto no es argumento, sin embargo, para respetar la división del trabajo. La labor de la base (y de unos compañeros de la Dirección respecto a otros) es la de jugar el papel de *compensación y equilibrio*: atajar la tendencia al sustituisimo de la base de la dirección *superdotada*, Y apoyar y complementar a la dirección *subdotada*.

elegir una representación proporcional sobre las bases siguientes: un compañero delegado por cada tres y fracción de dos, de tal manera que una célula integrada por nueve camaradas tendrá derecho a tres delegados y otra conformada por once tendrá derecho a cuatro. En el supuesto caso de que la composición de una célula de doce miembros no se modificara en cuatro años, la designación de los delegados ante el Congreso Nacional podría y debería hacerse en el sentido de la rotación de cuadros, de tal manera que al cabo de algunos años todos los compañeros integrantes de la célula tendrían la experiencia de haber formado parte del órgano directivo superior del partido. Esto debe ser asumido, sin embargo, como una ley de tendencia ya que, dado el variable carácter del Congreso (emanado de la periodicidad con que se lleve a cabo, de la proporcionalidad representativa que se estipule en la convocatoria, etcétera) no es posible a veces someterse a una rotación de cuadros completa. La única instancia que no puede designar su aparato directivo de acuerdo con la rotación de cuadros es el Congreso Nacional. Ello se debe a que, a diferencia de la célula, del CC y de la CP, no es un organismo más o menos estable sino una Asamblea variable y periódica, de ahí que cuando designa a su Comité Central no lo puede hacer ciñéndose a la rotación de cuadros. Para salirle al paso, en este caso, a la concentración de poder y brindarle acceso al CC a compañeros sin *experiencia directiva*, nos parece que debería prohibirse la reelección de un número determinado de compañeros del anterior CC (por ejemplo las dos terceras partes) e implantar la obligatoria reelección del resto de compañeros (la otra tercera parte) para el siguiente periodo y sólo por éste.⁴⁹ En el *Programa y los principios^{II} organizativos* del PRT leemos que: "La dirección constituye el factor global más importante en la formación del partido. Para la formación de un equipo de dirección deseamos tanto los métodos anarquistas de la no reelección de toda la dirección cada vez que sea renovada —lo que da al traste con la continuidad de la experiencia— así como los modelos anquilosados de dirección que excluyen el cambio en su seno".⁵⁰ Los trotskistas, por consiguiente, consideran la no reelección de la dirección como un ejemplo de "métodos anarquistas". Es preciso aclarar, sin embargo, que no solamente es posible una *no reelección total* de los dirigentes —lo cual, evidentemente, atentaría contra la continuidad— sino que también es factible una *no reelección parcial* de ellos, la cual tendría la ventaja, como hemos dicho, de impedir la

⁴⁹ Compañeros que ya han estado en el CC, podrían volverlo a estar, nos parece, cuando no hayan desempeñado dichas funciones directivas al menos durante un período.

⁵⁰ Op. cit., pp. 17-18.

acumulación de poder, experiencia e información en pocas manos, al mismo tiempo de garantizar la *continuidad* política. Si, como hemos dicho, las dos terceras partes del CC carecen del derecho a reelegirse; pero una tercera parte tiene, en cambio, la obligación de hacerlo (por un solo período) se atenta contra las jerarquías sin atentar contra la continuidad. La calificación, por otro lado, de "métodos anarquistas" corre el riesgo de convertirse en una ideología que (basándose en el argumento de que la organización debe servirse *en la dirección* de la calificación teórico-política de ciertos camaradas) opere como cortina de humo para instalar el *laboratorio intelectualista*.

La *escuela abierta* es la forma específica en que opera la *revolución anticipativa*. Consiste en el proceso educativo por medio del cual *todos* los camaradas del partido reciben los medios de producción *intelectuales* requeridos para su calificación política. En este sentido, la escuela abierta se opone a la *escuela de cuadros* habitual dentro de los partidos de tradición marxista-leninista. La *escuela de cuadros* es a la organización partidaria lo que la *universidad cerrada* a la sociedad: una institución elitista que segrega a una parte de la colectividad con la finalidad de dotarla de los conocimientos indispensables para "elevar" el tipo y la calificación de su trabajo. No se trata de educar a *algunos* para reforzar el número de cuadros teóricos y experimentados y, con ello, ampliar la eficacia (puramente destructiva) de la organización. No se trata, entonces, de implementar la *escuela de cuadros*. Se trata de difundir sistemáticamente los conocimientos en *todos* los camaradas para subvertir la división social del trabajo y lograr, con ello, una eficacia (no sólo destructiva, sino constructiva) de la agrupación partidaria. Se trata, entonces, de diseñar una *escuela abierta* y una educación planificada.

VII. EL CHANTAJE DE LA REPRESIÓN.

El partido vive en un modo de producción represivo. No existe la posibilidad de un capitalismo que vea con buenos ojos el nacimiento, desarrollo y consolidación de un partido verdaderamente revolucionario. Tarde o temprano intentará ahogarlo, limitarlo, amordazarlo, destruirlo. El grado de represión varía, sin embargo, de un país capitalista a otro. No es lo mismo el Chile de Pinochet que México, El Salvador que Perú, etcétera. *Partamos, pues, del hecho evidente de que la represión es una constante, en el capitalismo, con la cual tiene que contar todo partido revolucionario.*

Mas la represión es utilizada frecuentemente por parte de las

direcciones marxistas-leninistas (y no se diga estalinistas) como un *chantaje*. La forma en que argumentan estos individuos es la siguiente: "si no podemos darnos el lujo, en el capitalismo, de que funcione normalmente la democracia (formal) por el peligro de represión, mucho menos podemos aceptar que se intente modificar la conformación estructural del partido mediante una supuesta revolución cultural".

Algo que es cierto (*la represión*) se emplea como fachada, como argumento, como justificación, para reproducir incesantemente unas condiciones de existencia partidarias que benefician a

los cuadros *teóricos y políticos* en perjuicio de los manuales e inexpertos. "No es posible reunir cada año, o cada dos años, el Congreso Nacional — como estipulan los Estatutos— porque hay el peligro de la represión" dicen los burócratas del CC. "No es posible reunirnos, en Asamblea Plenaria del CC, cada mes, por los peligros de represión", insisten los burócratas de la CP. "No es posible hacer reuniones semanales o quincenales de la CP por los peligros de la represión" dicen los burócratas del Secretariado. La represión es el *comodín* perfecto para cuestionar todo ejercicio democrático. Una represión vista, además, como si fuera igual en todas partes. Visión ahistórica ésta que beneficia a los intereses del centralismo intelectualista.

El *chantaje de la represión* se blande, como dijimos, no sólo contra el ejercicio de la democracia formal sino también, y con mayor razón, contra el ejercicio de la democracia *real*.

La respuesta a las posibilidades de represión es un *problema técnico del partido*. No es un peligro que deba evitarse restringiendo o anulando la democracia formal o maldiciendo la democracia real. Es una amenaza que se conjura, en la medida en que pueda serlo, mediante la puesta en práctica de las *medidas técnicas* que eviten o reduzcan al mínimo los peligros de la represión. Lo diremos de esta manera: si hemos estipulado en unos estatutos que el Congreso Nacional debe tener lugar cada dos años, el peligro de represión no debe ser el motivo para posponer indefinidamente la celebración de ese Congreso, sino que debe ser la causa *para que se perfeccionen de tal manera las medidas técnicas a seguir con el objeto de contrarrestar el peligro de represión*, que pueda desarrollarse dicha asamblea en el tiempo previsto.

Lo mismo hay que decir respecto a la democracia real. Los integrantes de un partido destrucción-construcción, de un partido en el que no sólo funciona la democracia formal sino también la democracia real, de un partido regido por la democracia centralizada, de un partido, en fin, que asume la revolución cultural anticipativa y se configura, por consiguiente, como laboratorio de comunismo, tienen tanto que cuidar, tanto que perder

ante la represión, tanto que proteger ante el enemigo, que deben implementar, desarrollar· imaginar al máximo las *medidas técnicas* indispensables para que, sin correr riesgos inútiles, el partido salvaguarde su conformación· su novedad, su contenido. Nada, pues, del *chantaje de la represión*. El ejercicio efectivo de la democracia formal y de la democracia real, debidamente centralizados, hallará las formas, las medidas técnicas para salirle al paso a la represión.

VIII. DIFERENCIAS ESTATUTARIAS DEL PCM Y DEL PRT.

Si bien el PCM y el PRT coinciden en algunos puntos de su interpretación del centralismo democrático, presentan cuando menos dos diferencias importantes y dignas de comentario: nos referimos al problema de la Comisión de Control y a la cuestión de las fracciones.

a) *La Comisión de Control*. El artículo 35 de los Estatutos del PCM dice lo siguiente: "El Comité Central elige en su seno una Comisión Ejecutiva integrada por tantos miembros como lo acuerde y un Secretario General. Elige también una Comisión Central de Control de cinco miembros cuya antigüedad en el Partido no sea inferior a cinco años..."⁵¹ El artículo 41o. de los Estatutos del PRT asienta, por su lado, que: "La Comisión de Control es elegida por el Congreso Nacional mediante voto de la mayoría de dos tercias de los delegados y está en funciones hasta el Congreso Nacional siguiente. Sus miembros no pueden ser del CC".⁵² Saltan a la vista, entonces, tres diferencias: para el PCM, la CC es elegida por el CC; el procedimiento utilizado para tal cosa es la *mayoría simple*⁵³ y puede estar integrada por miembros del CC. Para el PRT la CC es elegida por el Congreso Nacional; el procedimiento utilizado para ello es la *mayoría compuesta* y no puede estar integrada por miembros del CC. Hasta desde el punto de vista de la democracia formal (burguesa) resulta menos democrático en este aspecto el PCM que el PRT. Si de acuerdo con Montesquieu la sociedad moderna necesita configurar tres poderes (el legislativo, el ejecutivo y el judicial) que *deben ser*

⁵¹ Op. cit., p. 86.

⁵² Op. cit., p. 26.

⁵³ Como" no se estipula lo contrario, así se suele interpretar dicho artículo.

independientes los unos respecto a los otros, el PCM, al subordinar la CCC (equivalente al Poder Judicial) al CC (equivalente al Poder Ejecutivo del Cong^{ga}, so), niega la autonomía de una instancia sobre otra, de un poder sobre otro. Si tomamos en cuenta, además, que este CC, manejando frecuentemente el "chantaje de la represión", se arroga facultades sobre el Congreso (determinando mañosamente su composición, congelando a destiempo el debate, prohibiendo la difusión de ciertos puntos de vista, posponiendo la inauguración del mismo, etcétera), no es raro que el CC domine a la CCC y al mismo Congreso Nacional, haciendo que (como en el Estado mexicano) *el Poder Ejecutivo controle de hecho no sólo al poder judicial sino también al poder legislativo de senadores y diputados (o en el caso del partido: de delegados celulares)*.

Como *la implantación de la democracia real no elimina, que quede claro, la democracia formal*, no podemos sino rechazar tajantemente la posición al respecto del PCM. En el Partido Obrero organizado bajo el modelo del laboratorio de comunismo *tanto el CC como la CCC son organismos que dependen del Congreso Nacional*. Son organismos que tienen que rendirle cuentas, cada uno en su nivel, al Congreso Nacional, a la Asamblea de representantes celulares.

b) *La cuestión de las fracciones*. El artículo 13 de los Estatutos del PCM afirma tajantemente que la expulsión se aplica cuando se comete alguna de las seis "faltas graves" que se enumeran. La segunda dice así: "b. Realizar labor fracciona' o divisionista en el seno del partido". Y la tercera: "c. Acatar una disciplina distinta a la de los organismos regulares del Partido o someterse a la de otros organismos ajenos al mismo."⁵⁴ En los estatutos del PRT, en cambio, podemos leer: "Art. 480. Todos y cada uno de los miembros tienen el derecho de formar tendencias o fracciones para presentar y defender sus posiciones al interior de la organización".⁵⁵ El PCM deja en un nivel tal de ambigüedad lo que debe entenderse por "realizar labor fraccional o divisionista" que se puede interpretar cualquier tendencia, cualquier corriente de opinión discrepante de la Dirección Nacional como una fracción, y tomar medidas organizativas a partir de ello.⁵⁶ El PRT, en cambio hace más precisiones. Dice que: "Las tendencias y fracciones estarán reglamentadas como sigue:

⁵⁴ *Op. cit.*, p. 77.

⁵⁵ *Op. cit.*, p. 27.

⁵⁶ Como ocurrió con la Célula Marx en 1960.

A) Toda tendencia o fracción tiene que formarse sobre la base de declarar su plataforma en el órgano de discusión oficial del PRT.

"Las fracciones también deben declarar en su plataforma su estructura, su composición y la de sus órganos de dirección, y el grado de disciplina al que están sujetos sus miembros. Sobre esta base, todos los miembros que desean adherirse a la tendencia pueden hacerlo, y las fracciones podrán comenzar a operar.

"Las tendencias y fracciones tienen derecho a presentar sus posiciones por medio, además del Boletín de Discusión, de portavoces que podrán visitar todas las células...

B) Los miembros que se adhieren a una tendencia o fracción tienen el derecho a sesionar en privado, Sin embargo, las minorías están obligadas a respetar los periodos en que la discusión interna esté cerrada y acatarse las decisiones al respecto que adopten el Congreso y los organismos de dirección nacional.

C) Las tendencias tienen derecho a circular entre sus miembros los proyectos y documentos que consideren necesario discutir antes de presentarlos al conjunto de la organización. Las fracciones que se hayan declarado como tales, tienen el derecho a publicar su *boletín suplementario*. En ambos casos estos documentos no deben circular secretamente...

D) Las fracciones tienen el derecho a tomar su propia estructura, sus organismos de dirección, sus propias finanzas y disciplina de fracción... Sin embargo no deben actuar u organizarse en secreto. La actividad secreta... está, prohibida.

E) Los miembros deben acatar las decisiones de la dirección electa por encima de la tendencia o fracción, en caso de pertenecer a ellas.⁵⁷

En los Estatutos del PRT no se muestra la diferencia entre tendencias y fracciones. En el *Programa y los principios organizativos* del mismo Partido se dice, en cambio, que "las tendencias son formaciones con el único objetivo de contender por puntos políticos o ideológicos, no ejercen disciplina alguna sobre sus miembros y su actividad, sus reuniones, los intercambios de documentos en su seno son abiertos. Las tendencias se agrupan con el único objetivo I de defender e impulsar puntos de vista, no pueden tener algo que ocultar ante el partido o sus organismos de dirección.

"Las fracciones se forman cuando las tendencias consideran que deben dar una lucha organizada y centralizada por cambiar a la dirección, en tanto que ésta ya no puede ser convencida a sus posiciones o que la

⁵⁷ *Op. cit.*, pp. 27-28.

política de la misma representa un peligro para el Partido. Tienen derecho a reunirse y a circular su correspondencia en privado y, entre otras cosas, a aceptar o rechazar nuevos integrantes en su seno, o nombrar organismos que las representen o dirijan o a recabar una cuota suplementaria para sus actividades".⁵⁸

De acuerdo con el PRT, habrá que distinguir no sólo entre tendencias y fracciones, sino también entre fracciones legales y fracciones ilegales o antipartido.⁵⁹ El PCM, por su lado, si no hace diferencias entre tendencias y fracciones, mucho menos lo lleva a cabo entre fracciones legales e ilegales. Adelantemos que si el PCM nos parece que, en este problema, adolece de una desviación *centralista*, desde el punto de vista de las relaciones *ideales* que debieran existir entre el centralismo y la democracia, el PRT padece una deformación *democratista*. La desviación del PCM es *centralista* porque, al confundir deliberadamente tendencias (o corrientes de opinión) con fracciones, y prohibir lo que los Estatutos llaman toda "labor fracciona) o divisionista", suprimen de hecho todo diálogo verdadero, a favor del *monólogo teórico-político de los organismos dirigentes*.

El PRT sufre la desviación contraria al permitir y aun fomentar la existencia de *agrupamientos organizados* (legales) que, al presentar un contorno organizativo definido, una dirección, una disciplina propia, boletines de fracción, cotización suplementaria, etcétera, crean *fracciones* (legales) que, en determinadas condiciones, pueden tender a convertirse en *fracciones ilegales*. Nos parece que no nos equivocamos si asentamos el principio de que en términos generales una *fracción legal es en potencia una fracción ilegal*. Para pasar de la *potencia* al *acto* basta, por ejemplo, que dicho agrupamiento caracterice a la Dirección como *conformada* de elementos nocivos, incapaces de evolucionar, etcétera.

Su conformación fraccional es, por así decirlo, una *invitación* a transitar de la fracción abierta a la cerrada y, con esto, al fraccionamiento real del partido. ¿A qué se debe que el PRT sostenga, de acuerdo, por cierto, con la IV Internacional, una interpretación *democratista* del centralismo democrático en este punto? Se debe, nos parece, a que el trotskismo constituye una reacción contra el centralismo estalinista. El trotskismo y el estalinismo constituyen en este aspecto, una *polaridad intersustentante*: los trotskistas caen en el *democratismo* para soslayar la desviación centralista de los estalinistas y los estalinistas reafirman su *centralismo* para "no caer" en el democratismo trotskista. Los trotskistas en general, y el

⁵⁸ *Ibid.*, p. 9

⁵⁹ Siendo estas últimas las que operan a espaldas del partido.

PRT en particular, toman conciencia del poder que normalmente se acumula en el centro directivo del partido. Pero como no advierten la terapia adecuada para anular tal cosa (y que, para nosotros, es la *revolución cultural anticipativa*, la *rotación de cuadros* y la *escuela abierta*) creen hallar la curación de una *enfermedad centralista* en una *enfermedad democratista*. Esta es, probablemente, una de las razones por las cuales, en general, los partidos trotskistas no se han caracterizado, a nivel internacional, por ser *partidos-destrucción*, en virtud de la falta de cohesión generada por el democratismo de una concepción que permite y fomenta la existencia de fracciones en su seno. La concepción trotskista de la organización, en lo que se refiere al problema de las fracciones, en vez de solucionar el problema del centralismo estalinista lo multiplica. En efecto, cada fracción tiene su propia división del trabajo; sus dirigentes teóricos y sus dirigidos manuales. Y en cada fracción ocurre lo mismo que en el Partido en su conjunto: que la desviación democratista no impide el *centralismo intelectualista de hecho* en quienes acumulan conocimientos y experiencias y, por tanto, poder. No puede rechazarse, en la perspectiva trotskista, el derecho de formar fracciones en las fracciones y así *ad infinitum*, lo cual nos muestra el carácter amorfo y poco cohesionado que en general poseen los partidos organizados alrededor de este ideario.⁶⁰

La *democracia centralizada* discrepa del PCM en su rechazo *centralista* de las tendencias, en su deliberada confusión entre tendencias y fracciones. En un partido obrero-campesino debe permitirse y aun fomentarse la existencia de *tendencias*, de tendencias que puedan expresarse libremente, que tengan el derecho absoluto de hacerlo en todas las instancias partidarias. Aplastar una tendencia, amordazarla, amenazarla, etcétera, es negar la esencia misma del *laboratorio de comunismo*. La democracia centralizada discrepa también del PRT en su aceptación *democratista* de las fracciones. La unidad, la cohesión partidaria debe cuidarse como la niña de los ojos. Es la condición necesaria para que el partido sea un verdadero partido destrucción-construcción.

Una última cosa. A pesar de su fraseología, a pesar de decirse herederos de Lenin, quien supo crear un eficaz partido-destructor, el PCM y el PRT, para no mencionar los otros "partidos" de la izquierda amaestrada mexicana, no son, ni parece que puedan llegar a convertirse en

⁶⁰ Uno de los problemas más evidentes de la aceptación de fracciones en el seno partidario es la doble (o triple) disciplina. Es cierto que, se dice, la *disciplina de fracción* debe estar subordinada a la *disciplina de partido*, a la obediencia, por ejemplo, a las decisiones del CC. Pero es posible que entren en conflicto ambas disciplinas y, en condiciones determinadas, que haya la tendencia a subordinar la *disciplina de partido* a la de *fracción*, cuando, por ejemplo, se considera que la fracción representa al partido.

ello, *partidos revolucionarios destructores*. Pertenecen, más bien —sobre todo el PCM— a los *Aparatos Ideológico-Laborales de Estado*, los cuales tienen como función mediatizar a las masas trabajadoras por medio de organizaciones "obreras" que se caracterizan, en lo que a su estructura y función se refiere, por presentar una fachada revolucionaria y un contenido reformista. Pero este es un tema que exige otro documento.

CAPÍTULO V.

*LA CONCEPCIÓN DEL PARTIDO OBRERO-CAMPESINO A LA LUZ DEL ESPARTAQUISMO INTEGRAL Y DE LA REVOLUCIÓN ARTICULADA**

La lucha por la creación del partido obrero-campesino en México, debe partir de una clara concepción del tipo de organización política que se pretende generar. Para coadyuvar al esclarecimiento de tal cosa, queremos asentar, desde el inicio de este escrito, que concebimos el *partido* con tres características fundamentales: como *partido obrero-campesino*, como *partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular* y como *partido concebido bajo el modelo de un laboratorio de comunismo*. Veamos parte por parte.

* *La Concepción del Partido Obrero-Campesino a la luz del Espartaquismo Integral y de La Revolución Articulada* es un ensayo fechado el 30 de abril de 1979. Se publicó en la revista *Revolución Articulada*, No. 1, febrero de 1982.

1. *Como partido obrero-campesino.* Aunque es cierto que la *situación de clase* no determine mecánicamente el *punto de vista de clase*, sí es una garantía, cuando se halla vinculada a otros factores (que después examinaremos) para que dicha organización no degenera en un agrupamiento puesto al servicio de la clase burguesa o de la *clase intelectual*. En esta perspectiva, consideramos inaceptable la división tripartita (que contiene la teoría leninista del partido) de *vanguardia política* (partido de la clase obrera), *vanguardia proletaria* (formada por los destacamentos más avanza. dos de la clase) y la *masa trabajadora* en cuanto tal. Aceptar la *diferenciación* entre una vanguardia política y *los trabajadores* trae consigo una serie de consecuencias que no pueden dejar de tomarse en cuenta. Una vanguardia política *externa* a la vanguardia obrera y a la masa obrera, deviene inexorablemente en "jefe político" de la clase, como decían los textos estalinistas. Una vanguardia de "políticos profesionales" (de "intelectuales proletarizados" y de "proletarios intelectualizados", según la pretensión de Lenin) dirige a la masa obrera respondiendo esencialmente, no a los requerimientos históricos de esta última, sino de acuerdo con los intereses anticapitalistas de la *clase intelectual*. De ahí que nuestra concepción del partido implique la *pugna por convertir la vanguardia obrero-campesina en vanguardia política*. Esta lucha trae aparejada, como se comprende, una consecuencia de primera importancia: la teoría leninista de la *exportación de la conciencia* se modifica tajantemente: ya no se trata de la *exportación extra-clasista* (de una *vanguardia política* hacia la *clase*) sino de una *exportación intra-clasista* (de una *vanguardia obrera*, convertida en *política*, hacia la *clase*).

En estas circunstancias, el proceso de gestación del partido comprende, de acuerdo con el espartaquismo integral, tres fases: *núcleo obrero* (conciencia comunista organizada), *partido de cuadros* (primera fase de la vanguardia política obrera) y *partido de masas* (segunda fase de la vanguardia política obrera). Al proceso que va de la conciencia comunista desorganizada a la conciencia comunista organizada lo hemos considerado siempre, dentro del espartaquismo en México, y para decirlo con una expresión de Revueltas, como el *proceso de organización de la conciencia*. Respecto a este proceso conviene aclarar que implica, en lo fundamental, un tránsito de la *irrealidad teórica* a la *nacionalización y enriquecimiento del marxismo*. La conciencia comunista puede organizarse cuando posee, como su factor esencial de *organización*, la doble *realidad* teórico-política de visualizar correctamente la forma no sólo de *destruir* las relaciones de producción capitalistas, sino también de *crear* un sistema

socialista, y no un régimen que, aunque ostente pomposamente la denominación de socialista, no es otra cosa que un modo de producción *intelectual*. En México, el proceso de la organización de la conciencia ha transcurrido de tal forma que antes del *núcleo obrero* ha existido un *núcleo intelectual* (el movimiento espartaquista y otras agrupaciones) que en sus varias décadas de vida han sufrido varias escisiones y se ha diversificado en diversos grupos que poseen hoy en día diferentes proyectos políticos. El grupo EIRA (Espartaquismo Integral-Revolución Articulada) sigue en pie de lucha en su decisión inquebrantable de coadyuvar al surgimiento del partido obrero-campesino en México. Pero el grupo EIRA no es el *núcleo obrero* a partir del cual, y a manera de tendencia, debe generarse el *partido de cuadros* de la clase obrera, en una primera etapa, y el *partido de masas* de la clase obrera, en una segunda. Es sólo una parte del *núcleo intelectual*. Para dilucidar las relaciones entre el *grupo intelectual* que somos y el *núcleo obrero* que debe gestarse, aclaremos qué nexos deben existir entre los intelectuales y las organizaciones obreras que pugnan por la creación del partido de clase. La *clase intelectual* en el capitalismo se divide, desde el punto de vista de su posición política, en tres fracciones claramente diferenciadas: los intelectuales *burgueses* (subordinados realmente a los intereses de la clase capitalista), los intelectuales *intelectualistas* (subordinados sólo de nombre a los intereses de la clase obrera) y los intelectuales *desclasados* (subordinados *realmente* a la clase obrera). El grupo intelectual que conformamos tiene la pretensión de ser o llegar a ser un *puñado de intelectuales desclasados*, es decir, un grupo de intelectuales que, tras de abandonar los intereses no sólo burgueses y pequeño-burgueses, sino también intelectualistas, pueda identificarse con el destino histórico de la clase obrera mexicana. Pero no bastan las buenas intenciones. No seremos nosotros los promotores y dirigentes del núcleo obrero, sino que éste, organizado como resultado de su propia dinámica y convicción, se reservará el derecho de admisión de los intelectuales, y someterá a un control permanente a los que admita en su seno.

2. *Como partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular.* La *composición obrero-campesina* del partido no es una garantía para que dicha organización exprese los intereses históricos de las clases explotadas. Un partido puede hallarse integrado, en efecto, fundamentalmente *por* obreros y campesinos y actuar *para* la clase burguesa o *para* la clase intelectual. Aun suponiendo que el partido se organice de acuerdo con la tendencia de convertir a la vanguardia obrero-campesina en vanguardia política, y la exportación extra-clasista en exportación intra-clasista, existe el peligro de

la sustantivación del partido y de su transformación en dictadura política sobre la clase. Para salirle al paso a este peligro, creemos que el partido debe poseer, además de una composición fundamentalmente obrera y campesina, una *realidad histórica integral*. Esta última presupone una *realidad teórica constructiva* y una *realidad teórica destructiva*. El partido, en efecto, debe estar pertrechado por una teoría que le esclarezca científica y revolucionariamente las vías para *destruir* el capitalismo en la parte del mundo que nos ha tocado vivir. A esto alude su *realidad teórica destructiva*. El partido, por otro lado, debe dominar la teoría que le oriente con todo rigor en su lucha por *construir* el socialismo en nuestro país, y que no es otra cosa que la Revolución Articulada. A esto se refiere su *realidad teórica constructiva*. La *realidad teórica destructiva* nos habla de la lucha *antiburguesa* de las clases explotadas; la *realidad teórica constructiva*, de la lucha antintelectualista de la clase obrera manual.

En relación con todo lo precedente, podemos discernir tres modelos de partido de la clase obrera: el modelo *burgués* del partido de la clase obrera, el modelo *intelectualista* del partido de la clase obrera y el modelo *obrero* del partido de la clase obrera. Si consideramos la composición del partido como un *por* y el punto de vista de clase como un *para*, el primer modelo se caracteriza por un *por obrero* y un *para burgués*; el segundo por un *por obrero* y un *para intelectualista* y el tercero por un *por obrero* y un *para obrero*. El partido de clase debe estar formado, desde el punto de vista de su concepción, *por* una vanguardia política *obrero-campesina*, no *para* la burguesía (como en el modelo burgués del partido obrero) ni *para* la clase intelectual (como en el modelo intelectualista del partido obrero) sino para la misma clase obrera. Sólo un partido en que coinciden el *por* y el *para*, la composición y el beneficiario, es capaz de generar una revolución, la socialista, en que los agentes y los usufructuarios sean los mismos: los obreros. Así como la condición fundamental para abandonar el modelo *burgués* del partido de la clase obrera a favor del modelo *intelectualista*, consiste en el reconocimiento teórico-político, y la lucha aparejada con ello, de la existencia de la *clase burguesa*, la condición esencial para abandonar el modelo *intelectualista* del partido de la clase obrera a favor del modelo *obrero*, consiste en el reconocimiento teórico-político y la lucha aparejada con ello, de la existencia de la *clase intelectual*. Si un partido, de acuerdo con el marxismo-leninismo tradicional, reconoce teórico-políticamente la existencia de la *clase burguesa*, pero no de la *clase intelectual*, se conformará o estará ya conformado bajo el modelo *intelectualista* del partido de la clase obrera, aunque se autodesigna marxista o comunista, de la misma manera en que si un partido no reconoce teórico-políticamente la

existencia de la clase burguesa, se conformará o estará conformado bajo el modelo *burgués* del partido de la clase obrera, aunque se autodenomine socialista o marxista. *Los partidos leninistas tradicionales son, en este sentido, los más claros ejemplos de partidos intelectualistas.* Son partidos que dirigen a la clase obrera contra la clase burguesa *para* sustantivar a la clase intelectual y a la tecnoburocracia que la capitanea. Es cierto que los partidos intelectualistas se presentan como partidos obreros y comunistas. Pero esto no es otra cosa que el disfraz indispensable para atraer a la clase obrera, para utilizarla en el "ajuste de cuentas" entre la clase intelectual ascendente y la clase burguesa.

El partido obrero-campesino, el verdadero partido comunista, requiere, como es lógico, de una hábil, profunda, científica *política de alianzas*. No puede conducir la lucha de *la clase obrera industrial y agraria* contra la *clase burguesa* y la *clase intelectual* simultáneamente. Si intentara hacer tal cosa, seguiría una línea sectaria a ultranza y arrojaría a la mayor parte de la intelectualidad a los brazos de la burguesía, transformando la posición política de ésta de una subordinación *formal* a la clase obrera a una subordinación *real* a la clase burguesa. La clase obrera consciente sabe que tiene dos enemigos: la clase burguesa y la intelectual; pero sabe que no están colocados, en el capitalismo, en el mismo nivel. La clase burguesa es su enemigo principal y presente, la clase intelectual, su enemigo secundario y futuro. En estas circunstancias el partido de la clase obrera debe cerrar, filas con los sectores, grupos y partidos *intelectualistas* (no con la intelectualidad, desde luego, subordinada realmente a la burguesía) en la medida en que ello sea necesario para *destruir* el capitalismo.

Pero el partido obrero-campesino sabe que una vez destruido un enemigo (la clase burguesa) sale a la palestra el otro (la clase intelectual). Consciente, entonces, de tal cosa, *debe prepararse desde el momento en que lucha contra la clase burguesa para luchar posteriormente contra la clase intelectual.* Para lograr esto resulta indispensable la independencia política y orgánica, teórica y práctica de la clase obrera, y su vanguardia política obrera, no sólo respecto a la clase burguesa sino también respecto a la clase intelectual. La clase obrera se propone, entonces, realizar dos revoluciones al llegar al poder: la *revolución económica* (que destruya a la burguesía) y la *revolución cultural* (que destruya a la clase intelectual). El proceso revolucionario de la clase obrera, de carácter *permanente*, debe socializar los medios *materiales* de la producción primero y los medios *intelectuales* de la producción después. La alianza de la clase obrera y el proletariado agrícola con la clase intelectual ascendente (y la pequeña burguesía) debe ser una *alianza crítica*: una alianza destinada a acumular

fuerzas contra el capital; pero no una alianza en la que se diluyan los intereses del proletariado manual y en que el "sector histórico" de la clase intelectual devenga hegemónico. Si las alianzas a nivel nacional (y en lo que a México se refiere) se basan en el reconocimiento de la existencia de un enemigo principal (la burguesía), que es el enemigo *actual* de la clase obrera, y de un enemigo secundario (la clase intelectual), que es el enemigo *potencial* de los trabajadores manuales, las alianzas a nivel internacional deben tomar en cuenta que existen dos enemigos fundamentales de todos los pueblos: el norteamericano y el soviético. Y deben tomar en cuenta, además, que existen dos *esferas de influencia*, de tal manera que los países que están bajo la égida del imperialismo norteamericano (como es el caso de México) tienen como su *enemigo actual*, además de su propia, burguesía, al imperialismo yanqui, y como su *enemigo potencial* a la Unión Soviética y su modo de producción *intelectual*. Y los países que están bajo el dominio de la URSS tienen como su *enemigo actual* al "social-chovinismo" soviético y como su *enemigo potencial* al imperialismo yanqui. La consideración de que existen un *enemigo actual* y un *enemigo potencial* de acuerdo con la esfera de influencia a la que se pertenezca, esboza claramente cuál debe ser la política de alianzas a nivel internacional: si se pertenece al bloque norteamericano, como *el enemigo actual* es el imperialismo yanqui, la clase obrera nacional debe *aliarse críticamente*, y durante una etapa, con la URSS (o sus representantes *intelectualistas*), en la conciencia de que, constituyendo, como constituyen, el *enemigo potencial*, posteriormente deberán ser combatidos, ya que la lucha de la clase obrera implica *dos* movimientos de liberación: contra el imperialismo norteamericano primero y contra el "social-chovinismo" soviético después.

3. *Como partido concebido bajo el modelo de un laboratorio de comunismo.*

Para que un partido exprese los intereses históricos de la clase obrera se requiere, además de una composición fundamentalmente *obrero-campesina*, y además de ser conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular, que sea concebido *bajo el modelo de un laboratorio de comunismo*. El partido no es tan sólo un *instrumento* para generar, en el futuro, un régimen socialista. Un *instrumento* que permanece indiferente frente a lo que piensa crear. Un partido así, heredando prácticas y vicios del pasado, no está capacitado para coadyuvar a la construcción del socialismo primero y del comunismo después. *El partido debe ser un avance de la sociedad futura*. Debe ser un laboratorio de comunismo. En esta perspectiva, el partido debe convertir

al comunismo, a la Revolución Articulada, en *forma de vida*. Sólo quien tiene la experiencia de una vida comunista puede ayudar a la creación del comunismo. El partido no debe ser, como lo son la mayor parte de los partidos marxistas-leninistas, un *laboratorio intelectualista*, sino un, laboratorio donde se deben asumir, *en la medida en que esto sea posible dentro de la sociedad capitalista*, las revoluciones económica, cultural, sexual, antiautoritaria e internacionalista. *El laboratorio de comunismo debe abrirse, además, al control externo.*

Hablábamos con anterioridad de que únicamente los intelectuales *desclasados* (esto es, aquellos que, al subordinarse *realmente* a la clase obrera, se colocan en una posición no sólo antiburguesa, sino también antintelectualista) pueden y deben incorporarse al partido obrero. ¿Cuál debe ser la conducta política de los *intelectuales desclasados* cuando no existe ya no digamos el partido de la clase obrera sino ni siquiera el núcleo obrero a partir del cual se debe gestar dicho partido? No cabe otra respuesta que la de aclarar que su papel en estas circunstancias *consiste en coadyuvar al surgimiento de tal núcleo*. ¿Y cómo realizar tal cosa? Digamos, en primer lugar, cómo no hay que hacerlo. Los intelectuales revolucionarios no deben actuar como subordinados formalmente a la clase obrera, "pasando línea", politizando a los obreros de vanguardia o a los pertenecientes a la masa de trabajadores manuales, en el sentido de actuar en función de un "programa" elaborado previamente por los intelectuales. La intelectualidad desclasada no debe actuar como el maestro y orientador "marxista-leninista" que, poseedor de la "ciencia", del análisis de la realidad nacional, de los "secretos" más profundos de la estrategia y de la táctica, se acerca paternalista-mente al proletariado manual para que actúe de acuerdo con su teoría. Ya Marx explicó que la teoría se convierte en *fuerza material* tan pronto prende en las masas. Mas hay dos formas esenciales en que una teoría puede prender en las masas: a) una consiste en que las masas o ciertos grupos obreros se muevan en el sentido y la dirección táctica y estratégica que les *fija* la teoría de los intelectuales (intelectualistas) o los partidos políticos que expresan los intereses de estos últimos. Digámoslo de esta forma: la causa eficiente de su actuar se halla en lo fundamental *fuera de ellos*. b) Otra consiste en que las masas o ciertos grupos obreros hagan suya la *teoría* revolucionaria creada por los intelectuales o generen ellos mismos una teoría que exprese sus intereses. La causa eficiente de su actividad se encuentra, en este caso, *dentro de ellos mismos*. La *intelectualidad desclasada* debe pugnar porque la teoría prenda en las masas en el segundo sentido: la programación, que motiva su actuación debe hallarse *encarnada* en la

propia clase obrera. Para que la teoría que informa la lucha de la clase obrera, no resulte *externa* a ella, sino que se geste en ella o sea asumida conscientemente por ella, se requiere que los intelectuales desclasados no "pasen línea", sino medios *intelectuales* de producción. Debe superarse el esquema tradicional consistente en que mientras la teoría permanece "en manos" de los intelectuales, los obreros no hacen otra cosa que recibir el impulso, la direccionalidad y las perspectivas tácticas de esa práctica científica que se queda entre bambalinas. Pasar medios *intelectuales* de producción no tiene otro significado que *transmitir el instrumental metodológico indispensable para hacer la teoría o para asumirla conscientemente*. La acción de pasar medios *intelectuales* de producción no debe ser, desde luego, privativa de los intelectuales *desclasados*. Es el inicio de toda una *línea educativa* que comprende, además de la relación intelectuales-núcleo partidario, el vínculo *cuadros* de la organización-base de la organización, partido de cuadros-masa obrera, partido de masas-clase obrera. Aún más. La revolución cultural socialista no será otra cosa que la formidable acción social de pasar medios *intelectuales* de producción a toda la colectividad. Es importante aclarar, por otro lado, que la acción de pasar medios *intelectuales* de producción implica generar en los receptores una experiencia de control inverso al habitual: los intelectuales *desclasados* deben gestar en el núcleo obrero la capacidad de controlar a los propios intelectuales; los *cuadros* de la organización deben ayudar a conformar en la base de la organización los mecanismos de control de los propios cuadros y los partidos de la clase obrera, sean partidos de cuadros o partidos de masas, deben pasar a la clase obrera junto con los medios *intelectuales* de producción, la facultad y los mecanismos para controlar a los propios partidos.

El partido (concebido como laboratorio de comunismo) tiene que funcionar dentro de ciertos marcos organizativos. En la tradición leninista se ha subrayado que la forma organizativa de la organización de vanguardia debe ser el centralismo democrático. Nosotros somos de la opinión, sin embargo, que este último *es la conformación organizativa característica del "sector histórico" de la clase intelectual*. El partido, en efecto, es un avance (en sentido estructural) de la futura sociedad; si en su edificio existen jerarquías, estas reaparecerán en la sociedad posrevolucionaria. El centralismo democrático supone una serie de mecanismos que depositan el poder permanentemente en los cuadros políticos e intelectuales de la organización. Como estos cuadros políticos e intelectuales no son otra cosa que los elementos que monopolizan los medios *intelectuales* de la producción política (conocimientos, experiencias, mañas, etcétera), un modelo

organizativo que reproduce incesantemente su dominio, como es el caso del centralismo democrático, expresa cabalmente no sólo los intereses individuales de tales dirigentes, sino la forma anticipada que asumirá el modo de producción *intelectual*. El centralismo democrático, en efecto, es democrático de manera formal y centralista de hecho. Es democrático, aunque de modo nominal, para que su carácter centralista se pueda realizar cabalmente. Es una organización centralizada factualmente que beneficia (con los burócratas, los "políticos de experiencia" o los "doctorados en marrullería") a los intelectuales en detrimento de los obreros o los trabajadores intelectuales simples. Los marcos organizativos de un partido concebido como laboratorio de comunismo tendrán que ser dados, creemos, no por un centralismo democrático así, sino por una *democracia centralizada*. La esencia de esta forma no consiste en un centralismo (de hecho) que se supone (formalmente) aceptado por la democracia, sino por una *democracia (de hecho) que se centraliza*, y que se centraliza para lograr el indispensable monopolismo de la acción política.

4. *Articulación de las tres características*. Tomemos en cuenta que la primera característica del partido obrero-campesino alude a la *composición* del partido como una garantía inicial (aunque no suficiente) contra las ideologías burguesa e intelectualista, la segunda (el partido conformado a partir de la tesis de la *Revolución Articulada* en general y de la *clase intelectual* en particular) hace referencia a la *conformación teórica* necesaria para combatir las ideologías burguesa e intelectualista y para dotar a la organización política de una *realidad teórica* no sólo *destructiva* sino también *constructiva*; la tercera (el partido concebido bajo el modelo de un laboratorio de comunismo) se refiere a la *práctica cotidiana* y *anticipativa* del partido (a su lucha por llevar a cabo, dentro de lo posible, la Revolución Articulada), además del marco organizativo en que puede llevarse a cabo tal cosa: la *democracia centralizada*. La articulación de las tres características nos muestra, entonces, que concebimos el partido como siendo simultáneamente un partido fundamentalmente obrero-campesino (en lo que a su *composición* se refiere), un partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada y de la clase intelectual (en lo que a su *teoría o contenido teórico* alude) y un partido concebido como laboratorio de comunismo (en lo que a su *práctica cotidiana* y *anticipativa* hace referencia). Estas características deben ser conquistadas de manera *simultánea*. En efecto, un *partido obrero-campesino* que poseyera la *teoría* de la Revolución Articulada y la clase intelectual; pero que no fuera concebido, como *práctica cotidiana* y *anticipativa*, bajo el modelo de laboratorio de comunismo, correría el riesgo de convertirse en *laboratorio*

intelectualista. Un partido que, en cambio, poseyera la *teoría* y aun la conformación de *laboratorio de comunismo*, pero no fuera un *partido esencialmente obrero-campesino*, correría el peligro asimismo de una degeneración *intelectualista*. Un partido, finalmente, que intentara asumir el *laboratorio de comunismo*, pero que careciera de la *teoría*, esto es, que no fuera conformado a partir de la Revolución Articulada y la tesis de la clase intelectual, no podría jugar el papel de la vanguardia socialista de la clase trabajadora manual.

5. *Nuestra posición frente a otras teorías del partido.*

Nuestra tesis sobre el partido obrero se vincula críticamente con la teoría del partido expuesta en textos como *¿Qué hacer?* de Lenin y en *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* de Rosa Luxemburgo.

La teoría leninista del partido parte de la concepción de que "la historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar con los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales".⁶¹ De estas afirmaciones se infiere que el partido de la clase obrera, aun formado esencialmente por obreros, *no puede confundirse con la clase proletaria*. El partido, a diferencia de los sindicatos, no debe pretender agrupar a todos los obreros, sino a su sector más consciente: "la organización de un partido social-demócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un *género distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, en primer lugar, sindical; en segundo lugar, debe ser lo más extensa posible; en tercer lugar, debe ser lo menos clandestina posible... Por el contrario la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gente cuya profesión sea la actividad revolucionaria".⁶² La concepción leninista traza una línea de demarcación entre la masa obrera (que con su conciencia puramente tradeunionista sirve directa o indirectamente a la burguesía) y los obreros socialistas que, poseedores de una conciencia científico-revolucionaria, expresan los intereses de la masa. Los obreros comunistas se "separan" de la clase en su

⁶¹ V. I. Lenin, *¿Qué hacer?* en *Obras Escogidas en II tomos*, T. I. Moscú, 1948, p. 206.

⁶² *Ibid.*, p. 285.

conjunto para expresar precisamente los intereses reales de ella, ya que la atención de un socialista "debe dirigirse principalmente a elevar a los obreros al nivel de los revolucionarios y no descender... indefectiblemente al nivel de la masa obrera como quieren los economistas..."⁶³ Hasta aquí Lenin.

Rosa Luxemburgo endereza una crítica importante al punto de vista leninista, que se basa, entre otras cosas, en la aseveración de que "no se pueden establecer compartimientos estancos entre el núcleo proletario consciente... y los estratos contiguos del proletariado, cuya conciencia de clase crece cada día más a medida que son arrastrados a la lucha de clase".⁶⁴ La concepción de Lenin no sólo adolece, según la gran socialista polaca, de la falla antes dicha, sino que se caracteriza también por su "ultracentralismo".⁶⁵ "El ultracentralismo defendido por Lenin, —dice Rosa Luxemburgo al principio de su artículo—, se nos aparece impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu del vigilante nocturno". Rosa Luxemburgo, por consiguiente, está a favor de una organización política que, por un lado, no se halle desvinculada de la clase obrera, y, por otro, que no se encuentre conformada de modo "ultracentralista".

No voy a analizar en este sitio el tema del "ultracentralismo"⁶⁶ porque deseo destacar más bien el problema del tipo de nexo que se precisa establecer entre el "núcleo proletario consciente" y la masa trabajadora, de acuerdo con Rosa Luxemburgo. Ella afirma que: "En realidad, la socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, ella es el movimiento mismo de la clase obrera". Para Rosa Luxemburgo el partido marxista no debe ser concebido y configurado como el *dirigente* político de la clase obrera, sino como el instrumento de la clase proletaria, surgido de ella y controlado por ella, para luchar *por la instauración* de un régimen socialista. El partido debe ser más que la vanguardia dirigente de la clase trabajadora, como quiere Lenin, un destacamento de avanzada dirigido por una clase obrera cada vez más concientizada por las luchas incesantes contra el capital. De ahí que diga Rosa Luxemburgo que "el

⁶³ *Ibid.*, pp. 303-304.

⁶⁴ Rosa Luxemburgo, "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa" en *Teoría marxista del Partido Político*. Cuadernos de Pasado y Presente No. 2.

⁶⁵ La tesis del *ultracentralismo* organizativo que Rosa Luxemburgo de nuncia en la teoría leninista del partido coincide en lo esencial con la del *sustituismo* de Trotsky, ya que la esencia de ambas tesis consiste en advertir cómo el poder absoluto se acumula en el Comité Central y su dirigente Principal. De ahí que hable R. Luxemburgo de "Su Alteza el CC".

⁶⁶ Aunque es digno de profundos estudios, y amerita un examen minucioso por parte de los revolucionarios.

único 'sujeto' al que corresponde hoy el papel de dirigente es el yo colectivo de la clase obrera".

¿Qué se puede afirmar respecto a esta polémica? Me parece que, colocados a diferente nivel, pronunciándose en diferente plano, ambos tienen razón. Me parece incuestionable que Lenin está en lo cierto cuando muestra la necesidad de *destacar* de la masa obrera inconsciente al destacamento de vanguardia, científico y revolucionario, que, expresando los intereses de la masa (yo diría del proletariado manual), lucha por llevar a cabo el socialismo y el comunismo. En este punto *no se puede hacer una sola concesión a los "devaneos espontaneístas"*. Cuando Rosa Luxemburgo asienta, en contra de Lenin, que "la organización, los progresos de la conciencia y la lucha no son fases particulares, separadas mecánicamente en el tiempo... sino por el contrario son aspectos distintos de un mismo y único proceso", está cayendo en una posición que se podría designar con el nombre de *historicista* porque reduce las diferentes "formas de la gran lucha de la socialdemocracia" (Lenin) "aspectos distintos de un mismo y único proceso" (Rosa Luxemburgo). En Lenin aparece, en realidad, la TDP.⁶⁷ Y parece tal cosa porque él opina que sin la *teoría*, que tiene su propia dinámica, *la lucha económica*, que posee su propio perfil, no se convierte en *lucha político-revolucionaria*. Pero no solamente, en lo que a esta cuestión se refiere, Rosa Luxemburgo se define por el *historicismo*, mientras Lenin lo hace por la TDP, sino que, y esto es especialmente grave, ella cae en un cierto *culto a la espontaneidad* que tiene que ser denunciado implacablemente por las consecuencias negativas que acarrearía su asunción política.⁶⁸ En íntima vinculación con ello, está la afirmación luxemburguista de que "en el curso de las peripecias de la lucha... se crea la organización", aseveración que añade al historicismo y al espontaneísmo denunciados, como una consecuencia lógica, una postura practicista. En este punto, por tanto, no puedo estar sino con Lenin. Pero Rosa Luxemburgo tiene razón en otro aspecto: en su denuncia de que la teoría del partido vanguardia conlleva necesariamente a una cierta sustantivación del "núcleo proletario consciente" respecto a la masa obrera y, con ello, a una ausencia de control de la "vanguardia". Es un grave error de Lenin, dice Rosa Luxemburgo,

⁶⁷ La teoría de las diferentes prácticas, ya que advierte la *especificidad y articulación* de tres "formas de lucha": la económica, la política y la teórica. Reléase, por ejemplo, esta cita: "Engels reconoce no *dos formas* de la gran lucha de la socialdemocracia (la política y la económica) —como se estilaba entre nosotros—, sino tres colocando a su lado también la lucha teórica". *Ibid.*, p. 201.

⁶⁸ "Los cambios más importantes —dice nuestra socialista— y fecundos de táctica en Rusia en los últimos diez años no fueron debidos a los descubrimientos de algún dirigente y aún menos de órganos centrales, fueron siempre el *producto espontáneo* del movimiento en fase de actividad". Subrayado mío.

"reemplazar el control público ejercido por las masas obreras sobre los órganos del partido con el control opuesto del CC sobre la actividad del proletariado revolucionario". Cuando es el partido el que dirige, controla, da sentido a la lucha de las masas proletarias, por importante y "necesario" que resulte ello, queda sin control y propenso a que tarde o temprano se sustantive y contraponga burocráticamente a las masas.

La historia le ha dado la razón a Lenin: *sin partido-vanguardia no se habría podido tomar el poder y controlarlo*. Pero la historia también le ha dado la razón a Rosa Luxemburgo: la existencia de un partido diferenciado tajantemente de las masas obreras, ha generado (piénsese el estalinismo), un organismo dirigente que más que ser la vanguardia del proletariado es la *dictadura sobre el proletariado*, y si queremos ser más exactos, la dictadura *intelectual* sobre el proletariado manual.

El leninismo tiene razón contra el luxemburguismo en el sentido de que no se pueden hacer concesiones al *culto a lo espontáneo*. Al luxemburguismo le asiste la razón contra el leninismo, por su parte, al poner de relieve lo nefasto de un organismo dirigente sustantivado y sin control. La polémica es muy compleja porque en lo que cada uno de ellos tiene razón, en las afirmaciones directas al respecto, se introduce, de manera simultánea, el error. Las afirmaciones *verdaderas* del leninismo (la necesidad de un destacamento de vanguardia) llevan, al mismo tiempo, al peligro denunciado por Rosa Luxemburgo (la sustantivación incontrolada del partido). Las afirmaciones *verdaderas* del luxemburguismo (cuidarse de no caer en la creación de un organismo burocrático y separado de las masas) conducen, al mismo tiempo, al peligro denunciado por el leninismo (las concesiones al espontaneísmo).⁶⁹ Se podría pensar que la verdad está en la *síntesis*. En la creación de un organismo de vanguardia (Lenin) que estuviera controlado por las masas (Rosa Luxemburgo). Sin embargo, en los términos en que exponen ambos socialistas su concepción de la organización marxista, *no existe la posibilidad de tal síntesis*. Si pretendiéramos "sintetizar" el leninismo y el luxemburguismo, el resultado sería un *engendro ecléctico*.

Veamos la razón de la afirmación precedente. Un "partido vanguardia" controlado por la masa obrera se revelaría como una organización que tarde o temprano se doblega ante la espontaneidad y que resulta incapaz de

⁶⁹ ¿Cuál de estos dos peligros es más grave? Creemos que los dos son igualmente serios. O mejor, cada uno de ellos se convierte en el principal en diversa etapa del proceso revolucionario: el *espontaneísmo luxemburguista* en la etapa de la creación del partido y en la de la lucha por la toma del poder y su consolidación; la *sustantivación de la vanguardia* en el período de la construcción del socialismo.

tomar el poder y consolidar el triunfo. Un "control de las masas" que se ejerciera sobre un partido vanguardia sustantivado se mostraría como un control puramente formal y demagógico.

La razón fundamental por la que no es posible llevar a cabo la síntesis de las dos posiciones enunciadas, reside en el hecho, a nuestro modo de ver las cosas, de que entre el luxemburguismo y el leninismo hay dos *conceptos ausentes* (el de *clase intelectual* y el de *laboratorio de comunismo*) que dificultan el diálogo de ambas posiciones y las obligan a contraponerse.

Empecemos por la ausencia del concepto de *clase intelectual*. Tanto el luxemburguismo como el leninismo son concepciones *binarias*. Parten del supuesto de que las clases fundamentales del capitalismo son dos y sólo dos: la clase dueña de los medios de producción y la desposeída de ellos. En estas condiciones, conciben la revolución como un *trueque de contrarios*. Si la burguesía domina al proletariado en el régimen capitalista, el proletariado, al inicio de la revolución socialista, ejercerá su dominio sobre el capital. Se trata, pues, de un *modelo bivalente*.

En la concepción de Lenin y Rosa Luxemburgo el partido *expresa los intereses revolucionarios del proletariado o, diciéndolos representar; se hace portador de hecho de los intereses reformistas de la burguesía o la pequeña burguesía*. Aunque Rosa Luxemburgo y Lenin tienen diferencias, y diferencias importantes; aunque Lenin pone el acento en la *separación* de la vanguardia respecto a la clase (sobre la base del reconocimiento del desarrollo desigual de la conciencia) y Rosa Luxemburgo hace énfasis en la necesidad de que el partido se halle determinado por "el yo colectivo de la clase obrera" (sobre la base del reconocimiento marxista de que la liberación de la clase obrera es obra de ella misma), tienen algo en común: *la concepción binaria del proceso*. Tanto Rosa Luxemburgo como Lenin son partidarios de la *dictadura del proletariado*, y aunque la conciben de diferente manera (Rosa Luxemburgo como la dictadura de la clase obrera ejercida, entre otros medios, a través de un partido fundamentalmente proletario, que debe ser considerado como el *órgano ejecutivo* de los deseos e intereses de la clase; Lenin como la dictadura del proletariado ejercida esencialmente por un partido que, en su combate teórico y práctico contra la clase burguesa, *representa* los intereses históricos de la clase proletaria), *coinciden en la noción binaria del proceso*. Para ambos, en efecto, la sociedad capitalista está constituida, en lo esencial, por una sola contradicción clasista: la del capital y el trabajo. Los dos están convencidos de que los "sectores intermedios" que flotan entre las dos "clases fundamentales" del capitalismo se reducen en última instancia a

uno de los dos polos. En estas circunstancias, el partido que pretenda ser de la clase obrera (en el régimen capitalista) no puede sino representar los intereses (le la clase proletaria o los intereses de la burguesía o pequeña burguesía. Y todo tercero está excluido. Y otro tanto hay que decir respecto a la dictadura del proletariado. El Estado "posrevolucionario" no puede sino representar los intereses de la clase obrera o veladamente y en fin de cuentas los intereses de la burguesía. Y todo tercero, también en este caso, está excluido. El leninismo le echa en cara el luxemburguismo el hecho de que, al no tomar en cuenta, en sus debidas proporciones, el grado desigual de la conciencia proletaria, y la necesidad de introducir, de afuera adentro, en la clase obrera la conciencia de su destino histórico, se está prosternando de *facto* ante la espontaneidad de la clase y, con ello, dejándole el terreno libre a la clase burguesa. Lenin es, en este sentido, *el más grande teórico que haya existido jamás de la destrucción del régimen capitalista*, lo cual no significa, que quede claro, que lo sea de la construcción del régimen socialista. Aunque Lenin llegó a visualizar la existencia de las contradicciones entre dirección partidaria y base, entre partido y clase o entre Estado y masas, pensó, *víctima de su planteamiento binario*, que estas contradicciones eran irrelevantes. Pensó que si el partido y el Estado soviéticos socializaban los medios materiales de la producción, lo demás (esto es, la superación de las "contradicciones secundarias") *vendría por añadidura*. Ciertamente que en un momento dado advirtió los peligros de la "degeneración burocrática" (al final de su vida); pero esta degeneración tenía para él el sentido de una *excrecencia a barrer*. Vislumbró a veces el hecho de que una "degeneración burocrática" que creciera, en progresión de cáncer, sin obstáculo alguno, podría adulterar el proceso revolucionario y retrotraer a la sociedad al régimen capitalista; pero nunca se planteó, que, primero, esa "degeneración burocrática" fuera no sólo problema histórico, sino estructural y, segundo, que tal "degeneración" revelara, no una *tendencia involutiva* de la sociedad posrevolucionaria a la sociedad capitalista, sino la *tendencia con formativa de un nuevo modo de producción*, que no puede confundirse, como es obvio, con el socialismo.

Rosa Luxemburgo, a diferencia de Lenin, intuye los peligros de una *sustantivación burocrática*: tanto en un partido *separado* de la clase cuanto en una dictadura que se ejerce *en nombre* del proletariado. Rosa Luxemburgo es, en este sentido, *uno de los más lúcidos teóricos marxistas de la construcción socialista*. Si Lenin ve con gran profundidad la *destrucción* del capitalismo (y deja en una ominosa penumbra el futuro socialista), Rosa Luxemburgo intuye con gran clarividencia la *construcción* del socialismo

(y no nos ofrece una teoría correcta, plausible, de la destrucción del capitalismo) . Rosa Luxemburgo, sin embargo, sólo vislumbra las cosas. Las adivina, las intuye. Pero aún no las conceptualiza. Advierte el peligro de la sustantivación, pero no las razones estructurales e históricas de la misma. Es más avanzada que Lenin en este punto; pero, al igual que él, se *halla encharcada en la concepción binaria de la sociedad capitalista y en la noción del trueque de contrarios como el mecanismo de la revolución*. Decíamos anteriormente que, tanto para Lenin cuanto para Rosa Luxemburgo, todo tercero está excluido. Nosotros sostenemos la tesis contraria: pensamos *en la necesidad de incluir al tercero*. Pero ¿quién es este tercero? Es la *clase intelectual*. La *clase intelectual* es un *eslabón perdido* entre la teoría del partido de Lenin y la de Rosa Luxemburgo. Sólo si introducimos en la teoría del partido la tesis de la *clase intelectual*, podemos hablar *del todo continuo Lenin-Rosa Luxemburgo*. En efecto, si añadimos a la tesis *destructora* de Lenin y a los vislumbres constructores de Rosa Luxemburgo, la concepción trivalente, se modifica todo el planteamiento: el partido, en estas circunstancias, no sólo puede hallarse subordinado realmente a la clase obrera (o en su defecto a la burguesía), sino puede encontrarse subordinado formalmente a la clase obrera y subordinado realmente a los intereses históricos de la *clase intelectual*. Y si esto ocurre con el partido, lo mismo sucede con el Estado posrevolucionario, el cual no sólo puede representar, en un verdadero socialismo, los intereses de la clase obrera y las masas populares (o en su defecto, y nuevamente, de la burguesía), sino que puede expresar el inicio de *una nueva formación social*, ni capitalista ni socialista, en la cual se sustantive como clase dominante la clase intelectual.

Otra razón esencial .por la que no es posible llevar a cabo la síntesis de las dos posiciones enunciadas, tomando en cuenta los términos en que fueron expuestas, reside en el hecho, de que tanto el luxemburguismo como el leninismo conciben en fin de cuentas a la organización marxista como un *instrumento de lucha*, como un instrumento *necesario* para la toma del poder (Lenin) ; pero que tiende a deteriorarse (Rosa Luxemburgo). Nosotros pensamos, sin embargo, que esa encrucijada tiene una salida. Que esa antítesis tiene una síntesis verdadera.⁷⁰ Pero esta *salida* o esta síntesis sólo es posible si cambiamos de terreno teórico, y en lugar de considerar el partido-vanguardia sólo, o fundamentalmente, como un instrumento de lucha,

⁷⁰ Dialéctica, no ecléctica.

lo concebimos como *forma de vida*, como laboratorio de comunismo.⁷¹

Somos de la opinión que el *carácter instrumental* del partido-vanguardia será efectivo, y efectivo a tal grado que no se deteriore en ningún momento, *si y sólo si*, la organización política es al mismo tiempo un *laboratorio de comunismo*. Sólo un laboratorio de comunismo, que encarna la Revolución Articulada y la lucha por la Revolución Articulada, es susceptible de ser un organismo de vanguardia que *no sólo permite sino que fomenta el control de las masas*. Que implementa el desarrollo del control de las masas porque la esencia del laboratorio de comunismo es, a diferencia del partido-instrumento, abrirse por principio, de manera constante, a tal control, sin abandonar el carácter de vanguardia científico-revolucionaria que lo diferencia, no del proletariado en cuanto tal sino de los aspectos subdesarrollados, en sentido teórico-político, del proletariado empírico.

El laboratorio de comunismo se basa en este principio: *hay que relacionarse de manera comunista no sólo con los comunistas (con los miembros de la agrupación de vanguardia) sino también con los integrantes del pueblo que no han accedido a una conciencia comunista*. La lucha por ser comunista implica, por consiguiente, una pugna *individual* (en que uno trabaja por ser comunista), una pugna *organizativa* (en que los miembros del partido tratan de que las relaciones que priven entre todos sean relaciones comunistas) y una pugna *social* (en que el partido combate sin cesar por tener un *trato comunista con las masas*). El *trato comunista con las masas*, es el resultado lógico de una forma de vida: una vida que recusa las ideologías burguesa, intelectual, sexista, autoritaria, nacionalista, etcétera. De igual modo que en otra parte hemos dicho que "no se puede luchar a fondo por el comunismo si no se es comunista", ahora se precisa afirmar, con toda contundencia, que "la organización política sólo puede devenir vanguardia controlada por las masas' si practica el comunismo".

Nuestra teoría del partido ya no es, pues, leninista. Si la concepción del El era leninista, la concepción partidaria del EIRA (esto es, de la unificación del Espartaquismo Integral y la Revolución Articulada) es, para darle algún nombre, *posleninista*. Desde luego que el posleninismo supone el leninismo. Desde luego que seguimos considerando que Lenin aportó *elementos esenciales* de la teoría del partido. Somos herederos, por ejemplo, de su tesis, basada en su concepción del desarrollo desigual de la conciencia obrera, de la necesidad de combatir el *culto a la espontaneidad* y de luchar, en donde no lo haya, por la existencia del partido de la clase obrera. Desde la

⁷¹ Además de concebirlo como una organización obrero-campesina que, consciente de que su enemigo actual es la clase burguesa y su enemigo potencial la clase intelectual, diseña su estrategia en el sentido de la Revolución Articulada Permanente.

concepción posleninista del partido vemos, sin embargo, a la teoría leninista del mismo, no como la concepción partidaria de la clase obrera, sino como *la teoría del instrumento emancipador de la clase intelectual*, como la agrupación del "sector histórico" de la clase intelectual, que pugna por dirigir a los obreros a la destrucción del "patrón capitalista" para dejar el campo a una *clase intelectual* (no nueva, puesto que ya existía en el capitalismo) que se entroniza en el poder sobre la base, entre otras, de dos falacias: la de que *no es una clase* (¿cómo podría serlo si en la sociedad capitalista no hay sino dos y sólo dos clases?) y la de que no es sino el sector pensante del trabajo, sector que, como lo muestra su concepción teórica marxista-leninista, representa los intereses de "todo" el pueblo.

La teoría posleninista del partido es también posluxemburguista. También el posluxemburguismo supone el luxemburguismo. La rebelión de Rosa Luxemburgo contra los peligros de la *sustantivación partidaria* nos siguen pareciendo válidos. Las limitaciones de Rosa Luxemburgo —su denuncia en *abstracto* de la tendencia del partido leninista de trocarse de vanguardia de la clase en dictadura sobre la clase, sus coqueteos, para no caer precisamente en lo anterior, con el espantaneísmo— pueden ser eliminados si introducimos, en la teoría del partido, los conceptos de clase intelectual y de Revolución Articulada. *Nuestra concepción del partido es, entonces una teoría posleninista y posluxemburguista en la que, al unir las tres características que debe poseer la organización (como partido obrero-campesino, como partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular, y como partido concebido bajo el modelo de laboratorio de comunismo), constituye la vanguardia antiburguesa y antintelectual de los trabajadores manuales.*

CAPITULO VI

ACERCA DE LA NECESIDAD DE LA VANGUARDIA Y LAS VANGUARDIAS SOLAPADAS

El problema de la necesidad o no de la vanguardia dirigente de la clase obrera es, sin duda alguna, uno de los más debatidos en la teoría organizativa anticapitalista de nuestros tiempos. El objeto (le este escrito es mostrar cómo la división del trabajo en general la contraposición *clasista* del trabajo intelectual y el trabajo manual en particular,⁷² son la causa fundamental de la

• Este documento fue redactado por Guillermo González Phillips en julio de 1980.

⁷² Contradicción que concebimos como clasista en un sentido apropiativo intelectual (consúltese *La revolución proletario-intelectual* de Enrique González Rojo, Edit. Diógenes, 1981).

necesidad de la vanguardia dirigente de la clase obrera. Los productos teóricos concebidos como síntesis de numerosas experiencias históricas, no están al alcance de las grandes masas, por lo cual se ha planteado la necesidad de que éstas sean dirigidas por un núcleo de intelectuales revolucionarios (Lenin) o por obreros de avanzada (Rosa Luxemburgo).

Dentro del anarquismo también encontramos, en Bakunin y Malatesta especialmente, una preocupación por la necesidad de la vanguardia. Pero la otra cara de la moneda, el antivanguardismo, plantea las cosas de manera totalmente opuesta. Tanto los consejistas puros dentro del marxismo como los anarco-sindicalistas están decididamente en contra del vanguardismo. Pero antes de someter a crítica los anteriores planteamientos, es necesario señalar que ni los provanguardistas (que ponen el acento en la necesidad de la vanguardia) han logrado esclarecer cómo evitar la sustantivación o diferenciación de la vanguardia con la base, ni los antivanguardistas, a pesar de declararse radicalmente contra la vanguardia, han podido evitar un cierto "dirigismo" soterrado y vergonzante en sus organizaciones. Salvo algunas excepciones,⁷³ en general los pensadores revolucionarios no han hecho hincapié en la causa fundamental de la existencia del vanguardismo, sea declarado o soterrado, es decir, en la *división del trabajo y la contradicción clasista del trabajo intelectual y el trabajo manual*.

A continuación trataremos de hacer una breve descripción de las que, a nuestro juicio, son las distintas formas de vanguardismo.

I. Tipos de vanguardismo.

El vanguardismo puede ser *externo* o *interno* a la clase obrera.

El vanguardismo *externo* es aquel que ejercen individuos de clases ajenas al proletariado manual. El *vanguardismo burgués*, por ejemplo, es la dirección burguesa de la clase obrera. Partidos como el PRI en México, que dirigen la acción de esta clase en función de los intereses del capitalismo monopolista de estado imperante en este país, son claro ejemplo de una vanguardia burguesa de la clase obrera. El control obrero que ejerce esta dirección externa burguesa, lo lleva a cabo mediante las organizaciones sindicales oficiales encargadas de la mediatización en dicho sector (como la CTM y las otras centrales agrupadas en el CT). Por medio de la ideología economicista, y habitualmente con presiones sobre empleos y salarios, estos sindicatos oficiales aseguran la pasividad del movimiento obrero controlado y su respeto a la política burguesa del Estado.

⁷³ Como pueden ser algunos teóricos anarquistas: Bakunin, Malatesta. Nico Berti, Luciano Pellicani y otros teóricos como W. Machajsky.

Estos mecanismos de control le permiten actuar como tal a la *vanguardia externa burguesa* de la clase obrera. Además esta vanguardia exterior se ve fortalecida por el *vanguardismo solapado* (que explicaremos a continuación) ejercido por los líderes de las centrales obreras más importantes, los cuales ocultan su papel directivo con doble fin: el primero, actuar de manera demagógica y manipuladora, y el segundo evitar la simpatía por los grupos vanguardistas leninistas que frecuentemente luchan por tener influencia en estas centrales obreras que agrupan al sector vital de la producción.

Existe, por otro lado, lo que podríamos llamar el *vanguardismo reformista*, realizado por una serie de intelectuales que orientan a dicha clase a llevar a cabo una lucha oportunista pequeño-burguesa. Es el vanguardismo de aquellos intelectuales y grupos políticos que están sirviendo, a pesar de su ropaje y fraseología revolucionaria, directamente a la reproducción y consolidación del sistema burgués. En México, el PCM y toda la izquierda amaestrada que tiene cierta influencia, aunque mínima, en algunos sectores obreros y universitarios, es un claro ejemplo de este vanguardismo externo reformista.⁷⁴

Otro tipo de *vanguardismo externo* es el que podríamos denominar vanguardismo anticapitalista e intelectualista (no pocas veces bajo la influencia leninista) como es el caso de aquellos grupos o partidos con una *potencial capacidad destructiva* (caso del partido bolchevique), los cuales dirigen la lucha obrera contra el sistema capitalista privado, pero no para entregarle a aquélla el poder bondadosamente, sino para que la clase intelectual y su aparato burocrático se vea libre de los capitalistas individuales y tome en sus manos el poder económico, -político, cultural, etcétera.

Con lo anterior no queremos hacer un juicio moral (como los habituales en nuestro medio) sino que deseamos subrayar que, dada la ausencia del concepto de clase intelectual y sus múltiples implicaciones en la teoría organizativa de Lenin, ésta, independientemente de sus intenciones, conlleva un discurso intelectualista desde el momento en que otorga la dirección del movimiento a un pequeño grupo de intelectuales revolucionarios que, tarde o temprano, van a empezar a luchar por convertirse, junto con todos los monopolistas del saber, en la clase dominante del modo de producción subsiguiente al capitalismo (como ocurrió en todo el mundo "socialista" actual).

Es claro, por otro lado, que Lenin, como todos los que comparten la

⁷⁴ Este tipo de vanguardismo predomina ostensiblemente en el reciente Sindicato Único de Trabajadores Universitarios (SUNTU).

teoría del "bacilo" o de la inyección de la conciencia, *justifica* la vanguardia intelectualista argumentando algo bastante digno de tomarse en cuenta: que la "clase obrera por sí misma carece de *todas las condiciones para realizar un trabajo científico*" (frase de Kautski que retoman los partidarios de la teoría del "bacilo").⁷⁵

El argumento de la necesidad de la vanguardia es válido en cierto sentido (como veremos) pues demuestra la carencia de medios de producción *intelectuales* (o sea, conocimientos y experiencias concentradas históricamente) en la clase obrera manual. Lo que no es válido es que los intelectuales tengan que *pensar por la clase obrera*, puesto que, como veremos cuando expongamos nuestro modelo del partido obrero, los propios obreros deben gestar su vanguardia (de trabajadores manuales) luchando por la conquista de los fundamentos del discurso teórico-político y organizativo que exprese sus intereses a corto y largo plazo.

Por otra parte, existe lo que hemos llamado el '*vanguardismo interno a la clase obrera*. Este no es otro que el que se da cuando algunos obreros de avanzada dirigen al resto de la clase.

Puede haber, por otro lado, un *vanguardismo interno franco* y un *vanguardismo interno soterrado o solapado*. El *interno franco*, es el que aparece cuando ciertos obreros conscientes, politizados, dirigen al resto de manera abierta y se autorreconocen como vanguardia.

Ejemplos de esto los podemos encontrar en los Radek alemanes de principio de siglo o más específicamente en el K.A.P.D. y la A.A.U.D. (Partido Obrero Comunista de Alemania y Unión General Obrera de Alemania) donde la dirección la integraban miembros de los distintos comités de fábrica. ¿Qué comentario podemos hacer a este vanguardismo? Que aunque sea obrero, mientras no ataque programáticamente la división del trabajo *como esencia del fenómeno vanguardista*, tenderá a reproducir y a consolidar la existencia del vanguardismo, impidiendo con ello el desarrollo de la conciencia en las bases.⁷⁶

El otro tipo de *vanguardismo interno a la clase obrera* es común al sindicalismo en todas sus formas. Se da en organizaciones que se declaran en contra del "jineteo y la dirección de la clase obrera", en contra de "todo partido ajeno a los intereses más 'sentidos' de la clase obrera", y que están por la "organización consciente de la clase como producto de sus

⁷⁵ Consúltese *La polémica del ¿QUE HACER? y la clase intelectual* de Enrique González Phillips, publicado en mimeógrafo en los boletines del grupo EIRA.

⁷⁶ Es necesario, no obstante, mostrar que en determinadas circunstancias dichas organizaciones han tendido instintivamente a luchar contra la división del trabajo.

experiencias concretas de lucha"; pero contra lo que no están, conscientemente o no, es contra *su propio "dirigismo"*, pues al no detectar la causa última del vanguardismo —esto es, la división vertical y horizontal del trabajo-⁷⁷ lo reproducen en el interior de sus organizaciones, en virtud de que, casi sin excepción, son los más preparados los que deciden las cuestiones delicadas, etcétera. En fin, practican una *dirección interna solapada y vergonzante* que niega todo vanguardismo menos el propio.

Este *vanguardismo interno soterrado* es profundamente demagógico, pues en nombre de la lucha antiautoritaria y de la "autonomía del movimiento obrero", reproduce subrepticamente la autoridad (basada en el conocimiento) y jinetea —conscientemente o no— a la clase obrera, los campesinos y los colonos.

El anarco-sindicalismo es, entre otras, una tendencia que expresa claramente este *vanguardismo solapado*, y más aún, no siempre es *interno* a la clase obrera (basta recordar el binomio FAI-CNT),⁷⁸ y aunque lo fuese (como ocurría con la CGT en el México de los veinte) sigue reproduciendo ese *vanguardismo solapado* al interior de la clase.

Estos anarquistas, a la zaga de Bakunin, son los *contrabandistas de la autoridad* en el seno de la clase obrera y su movimiento. Es tan clara su demagogia que, por ejemplo, critican el vanguardismo leninista como una organización burguesa (sic),⁷⁹ denunciando el método autoritario que lleva a cabo dicha corriente (consistente en pasar o tirar línea a la clase obrera) ; pero ellos "pasan o tiran línea" mediante el método *democrático-autoritario* de ir "orientando y guiando a los obreros para que 'por sí mismos' se pronuncien por las posiciones anarco-sindicalistas".

De lo anteriormente dicho, se desprende que no sólo existe un *vanguardismo interno solapado*, como en el caso de algunas organizaciones consejistas y ciertos sindicatos independientes, sino que también se da claramente un vanguardismo *externo solapado* o sea aquella dirección subterránea que ejercen individuos no precisamente de extracción obrera.

⁷⁷ Si la división vertical del trabajo alude a la contraposición clasista del trabajo intelectual con el trabajo manual, la horizontal del mismo alude a la parcelación y especialización del trabajo, ya sea este manual o intelectual.

⁷⁸ En la relación FAI-CNT, la FAI cumple claramente el papel de dirección solapada y vergonzante: son los intelectuales de la FAI los que acaban por orientar la línea política de la CNT (consúltese *La autogestión en la España revolucionaria*, ediciones La piqueta, Madrid, 1979).

⁷⁹ Siendo que el leninismo es una forma organizativa propia no de la burguesía sino de la *clase intelectual*: ya que, á nuestra manera de ver, la revolución "soviética" *destruyó* el capitalismo para implantar un modo de producción intelectual tecnocrático-burocrático. (Sobre nuestra caracterización del mundo "socialista" consúltese *Hacia una caracterización del modo de producción "soviético"* de Enrique González Rojo, aparecido en el No. 7 de la revista *Nueva Política*).

En el anarco-sindicalismo se manifiesta muy a menudo, ya lo decíamos, este fenómeno.

Otros casos de dicho vanguardismo se dan en el sindicalismo oficial. En México, por ejemplo, donde líderes que en algún tiempo fueron de extracción obrera se presentan como obreros (aun cuando se han desclasado claramente de manera ascendente), es ostensible este problema. Fidel Velázquez (el "rey" de los charros) fue en alguna época muy remota lechero, y esto lo enfatiza constantemente para atraerse la simpatía de los obreros. Siempre habla de "nosotros los trabajadores" y critica a "aquellos grupos extraños a la clase obrera que vienen a difundir ideas extranjerizantes" aludiendo a los intelectuales de izquierda y *manipulando de esa manera el instinto francamente antintelectualista que existe en el seno del movimiento obrero*. Las denuncias al "vanguardismo extranjerizante" son una clara muestra del discurso ideológico de estos líderes. Estimulan el patriotismo burgués o el "nacionalismo revolucionario" de los obreros basándose en el instinto antintelectualista de los mismos. Critican el "jineteo" que llevan a cabo los intelectuales para ocultar el suyo propio. Ponen de relieve la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual *para oscurecer la contradicción principal del sistema capitalista entre los poseedores de los medios materiales de producción y los desposeídos de ellos*. Orientan el manualismo hacia posiciones burguesas. En fin, omiten la diferencia entre la ciencia y los monopolizadores de la ciencia, para que los obreros rechacen ambas cosas.

Los *vanguardismo interno y externo solapados* se presentan, además, no sólo en organizaciones sindicales y/o políticas sino también son frecuentes en las organizaciones militares o guerrilleras.⁸⁰ Las direcciones *externas* pueden presentarse no sólo en la forma de partidos o sindicatos, sino también en la de frentes amplios, como ocurrió en Nicaragua y tiende a ocurrir en toda Centroamérica (y quizás en toda Latinoamérica).

Estos frentes amplios son vanguardias externas, independientemente del proyecto político que sustenten, integradas por burgueses nacionalistas e intelectualistas revolucionarios ("marxistas-leninistas") que se apoyan en la clase obrera y el campesinado para lograr su objetivo capitalista o burocrático-tecnocrático según la coyuntura.

Por otro lado, es preciso aclarar que el *vanguardismo solapado* (en sus formas internas y externa) puede ser *inmediatista* o no. El *inmediatista* es aquel vanguardismo solapado que pugna por puras demandas reformistas-

⁸⁰ Es claro que podemos detectar ambos tipos de vanguardismo en la guerrilla de Sierra Maestra en Cuba o en el FSLN en Nicaragua, así como en multitud de organizaciones guerrilleras que se caracterizan por su estructura piramidal.

economicistas.

Este vanguardismo, a pesar de su apariencia de lucha y de las cualidades democráticas que presenta, al orientar a los obreros a una pugna que no excede los marcos del sistema capitalista, acaba por servir directamente a la reproducción del sistema en cuestión. El *vanguardismo solapado no inmediateista* o anticapitalista es aquel que pugna por la destrucción del capitalismo privado; pero su limitación fundamental es que tiende a reproducirse y a *conso*, lidarse como tal obstaculizando con ello el desarrollo de la *conciencia* en la base.

En el mejor de los casos, este vanguardismo no inmediateista, al no atacar la esencia de su existencia (la división del trabajo), orienta la lucha obrera a la creación de un modo de producción basado precisamente en la perpetuación de dicha división del trabajo. Pero hasta ahora no ha ocurrido que alguna vanguardia solapada haya llevado a su organización a una victoria anticapitalista importante; todos los procesos anticapitalistas que hasta hoy se han dado han sido dirigidos y orientados por *vanguardias francas o abiertas*.⁸¹

Una tendencia común a todo *vanguardismo solapado* (ya sea externo, interno, mediatista o inmediateista) *es que exporta la conciencia diciendo no exportarla*.

Por otro lado, el *vanguardismo franco* tanto en su modelo externo-leninista como en su modelo interno-luxemburguista⁸² justifica su existencia en base a una supuesta fidelidad a la correcta interpretación de los intereses de la clase obrera. En efecto, no sólo el discurso leninista ve la vanguardia intelectual revolucionaria como una instancia que *expresa los intereses de la clase obrera*, sino también el discurso luxemburguista —y otros discursos "obreristas"—la concibe como una instancia de obreros avanzados que expresa de igual manera dichos intereses.

Aun suponiendo que, en un momento dado, ambos casos de vanguardismo llegaran a expresar los *intereses anticapitalistas* de la clase obrera, habría que preguntarse si estos últimos equivalen en todo y por todo a los intereses *socialistas* del proletariado manual. Tanto la clase intelectual como la clase obrera manual son anticapitalistas en el sentido de sus intereses. Pero la clase obrera manual no sólo requiere — para emanciparse— de la lucha contra la *propiedad material*, sino que necesita forzosamente articular a ésta la lucha contra la *propiedad intelectual*

⁸¹ Tanto la revolución soviética como la China o la cubana (que a nuestro modo de ver fueron francamente anticapitalistas) han presentado estas características.

⁸² También planteado por otros teóricos de la izquierda germano-holandesa como Gorter.

o cognoscitiva ya que si se llega a derrotar al capital privado, sin sentar las bases para la subversión del trabajo, se gestan las condiciones para que la clase intelectual, gracias a su monopolio cognoscitivo, se sustente en el modo de producción siguiente, y consolide un Estado burocrático-tecnocrático, para defender y reproducir su posición privilegiada.

El *vanguardismo franco interno* a la clase obrera, defendido por Rosa Luxemburgo, sería igualmente peligroso y demagógico si no se planteara la lucha programática contra la división del trabajo.

La extracción obrera de los dirigentes —en el modelo obrerista— es una garantía importante pero no suficiente para que estos expresen los intereses de la clase obrera. Los obreros avanzados no siempre defienden los intereses de su clase sino que a menudo, gracias a su posición privilegiada respecto a los obreros atrasados, se intelectualizan y tienden a adquirir intereses propios.

Con el *vanguardismo solapado* ocurre algo semejante. En el mejor de los casos es anticapitalista, pero nunca es realmente antintelectualista y antiburocrático.⁸³ Pero es francamente demagógico en tanto que expresa un cierto *intelectualismo solapado*.

Los dirigentes —autonegados como tales— atacan y contra atacan el vanguardismo en abstracto, pero no combaten el vanguardismo propio y mucho menos su causa fundamental. No se autodenuncian como los únicos realmente preparados para fungir como *vanguardia solapada*.

Si el *vanguardismo franco no expresa* —aunque diga expresarlos— *los intereses de la clase obrera* y promueve la gestación de un partido en última instancia intelectualista, el *vanguardismo solapado* obstaculiza la creación de un partido obrero dándoles "por su lado" a los trabajadores.

"Los partidos son organismos burgueses en esencia", vociferan los detractores del partido obrero y "fundamentan" dicho discurso mostrando cómo históricamente ningún partido ha llevado a la clase obrera al poder en ninguna parte del mundo, lo que no les pasa por la cabeza a estos individuos es que ellos atacan la *forma abstracta partido* y no el *carácter o el contenido clasista* de los distintos partidos que hasta ahora han existido. No se dan cuenta —o no se quieren percatar— de que la causa del fracaso revolucionario (desde el punto de vista de la creación del socialismo) de la gran mayoría de partidos contemporáneos no reside en la *forma misma* sino en el *contenido de clase* —en algunos casos reformista (como la izquierda amaestrada internacional) y en otros casos intelectualista (como los partidos

⁸³ En la guerra civil española, por ejemplo, encontramos este tipo de vanguardismo en alguna medida anticapitalista, pero de ningún modo antintelectualista.

"socialistas", marxistas-leninistas, trotskystas, etcétera)— *de dichos partidos*.⁸⁴

Además, afirman que la forma organizativa llamada *partido* es una forma *burguesa*, con lo cual no sólo caen en el error de *juzgar un fenómeno por su apariencia y no por su esencia*, sino que caen

en una indudable ambigüedad, pues para ellos es lo mismo el PRI o cualquier partido burgués, que el PCUS o cualquier partido anticapitalista (antiburgués) e intelectualista.

Es realmente extraño entender cómo un partido según ellos burgués (el bolchevique) pudo llevar a cabo una revolución en contra del capitalismo privado. Obviamente, este problema los lleva a caracterizar a los países "socialistas" como *capitalismo de estado*. Pero la polémica sobre dicha caracterización no la podemos abordar en este escrito.⁸⁵

Después de analizar a grandes rasgos el fenómeno vanguardista, resta dejar en claro que el problema no está en definirse por la necesidad de la vanguardia o no, sino en reconocer la existencia del vanguardismo como una realidad tan tangible y clara como lo es la causa última de su existencia, esto es, *la división del trabajo*.

Si queremos luchar realmente contra el vanguardismo como un fenómeno que se contrapone con la idea de la conciencia obrera y su organización autogestiva no basta plantear demagógicamente el rechazo a dicho fenómeno, sino que hay que estudiar la forma de encararlo (aunado al problema de la división del trabajo) y buscar los mecanismos de socialización del conocimiento que tiendan a acabar a largo plazo con el fundamento de toda dirección o autoridad: el monopolio del saber y sus múltiples implicaciones.

II *Nuestra concepción de la vanguardia.*

Antes de exponer a grandes rasgos nuestra posición respecto al problema de la vanguardia, conviene dejar en claro que ha habido movimientos que *tendencialmente* han llevado a cabo una lucha real contra la *esencia del vanguardismo* (la división del trabajo).

El Partido Comunista Obrero Alemán, junto con su base obrera (K.A.P.D y A.A.U.D.), anticipó de manera impresionante lo que se podría llamar un

⁸⁴ Partidos que se dicen obreros pero de hecho defienden los intereses de la clase intelectual.

⁸⁵ La crítica a la concepción que caracteriza a los países del Este como países en los que existe un capitalismo de estado o un capitalismo colectivo estatal, está en proceso de elaboración y la trataremos de publicar próximamente.

vanguardismo obrero antintelectualista real. Los comités de fábrica de la Unión Obrera de Alemania (A.A.U.D.) conformaban una dirección o vanguardia rotativa. En varias ocasiones se apresó a toda la dirección y no hubo problema para sustituirla por otra.⁸⁶

En la guerrilla anarco-comunista de Nestor Majno se presentó también la posibilidad [de una tendencia] de un vanguardismo —en este caso campesino— antintelectualista y, por lo tanto, coherentemente antiautoritario.

En la rebelión de los marinos de Kronstadt podríamos detectar la misma tendencia. Sin embargo en ninguno de los movimientos anteriores se tenía una claridad programática suficiente; el discurso antintelectualista era más instintivo que consciente.

Pero esas experiencias (aunadas a la Revolución Cultural Proletaria china, de una gran importancia en este sentido, y a muchísimas más) demuestran la posibilidad histórica de la existencia de un vanguardismo obrero antintelectualista que sería el único vanguardismo capaz de autonegarse o autodestruirse en la medida del desarrollo de la conciencia en la masa obrera y campesina manual.

Procede entonces plantear las características de la vanguardia obrera por la cual pugnamos:

1) Tiene que ser *obrero y campesino*. La *composición* de la vanguardia revolucionaria debe ser esencialmente *proletario-manu*al urbana y rural. Este proletario no tiene nada que perder y todo por ganar con el advenimiento de una *Revolución Articulada* (económica, cultural., sexual-familiar, antiautoritaria e internacionalista).

La exportación de la conciencia (entendida como ciencia revolucionaria, no como elementos instintivos de la conciencia) ya no se plantea como extraclasista (a la manera del kautakismo y del leninismo) sino como intraclasista (en lo que coincidimos con Rosa Luxemburgo).

2) *Tiene que conformarse a partir de la teoría de la clase intelectual en particular y de la Revolución Articulada en general.*

Para que la vanguardia represente realmente los intereses de la clase obrera manual, debe manejar programáticamente la teoría de la clase intelectual, con el objeto de diseñar un movimiento de lucha contra la clase burguesa, primero, y contra la clase intelectual después. Como anteriormente hemos dicho, hay vanguardias obreras al servicio de la burguesía y vanguardias obreras al servicio de la clase intelectual (sean externas o internas), lo cual nos muestra que la composición obrera de la vanguardia es importante pero no suficiente para garantizar la defensa de

⁸⁶ Cuando Bismack lanzó la ley de excepción contra los socialistas alemanes ocurrió dicho fenómeno.

los intereses de la clase obrera, pues si dicha vanguardia maneja programáticamente la teoría de la clase intelectual en particular y de la Revolución Articulada en general, podrá defender los intereses anticapitalistas, antintelectualista, antisexistas, antiautoritarios e internacionalistas de la clase obrera.

3) *Tiene que operar como laboratorio de comunismo*: Tiene que pugnar por asumir anticipativamente la Revolución Articulada.

En la lucha por destruir el capitalismo y construir el socialismo es necesario que la vanguardia obrera actúe anticipadamente. Tiene que llevar a cabo, en la medida de lo posible, la Revolución Articulada al interior del partido y en las organizaciones de masas en las que se tenga influencia, para evitar con ello que en él y en ellas se reproduzcan la división del trabajo, la ideología sexista y el autoritarismo, y garantizar así la conducta comunista de sus componentes y su subordinación total al proyecto revolucionario. Obviamente que tiene que pugnar, de acuerdo con lo anterior, por la conquista de una dirección rotativa, que esté constantemente integrando a obreros medios y de base a la dirección política. Tiene que estar constantemente, además, pasando medios *intelectuales* de producción (la ciencia revolucionaria) y, con ello, sentar las premisas de su autodestrucción. Con la revolución cultural futura, dicho partido tenderá a desaparecer, como efecto que es de la división política del trabajo.

4) *Tiene que operar en base a la democracia centralizada*.⁸⁷

Para que el laboratorio de comunismo (la vanguardia anticipativa) pueda darse, es necesario sustituir por una democracia centralizada el centralismo democrático (forma que implica un centralismo real y una democracia formal), el cual como no atenta, mediante una revolución cultural anticipativa, contra los privilegios emanados de la división del trabajo, acaba por ser un centralismo intelectualista.

Como dice Enrique González Rojo: "La democracia centralizada no intenta socavar el centralismo. Nada de eso, el centralismo es absolutamente indispensable para la unidad de acción y, con ella, para la *destrucción* del capitalismo y la *construcción* del socialismo. La modificación que trae la democracia centralizada con respecto al centralismo democrático, se aprecia en otro punto: mientras que en el centralismo democrático, el centralismo se asocia con una democracia *formal* que, por no modificar en ningún momento *la división partidaria del trabajo*, termina por ser un *centralismo*

⁸⁷ Consúltense "¿Centralismo democrático o democracia centralizada?" de Enrique González Rojo, publicado en mimeógrafo en los boletines del grupo EIRA, México, 1980, y que en la presente edición constituye el capítulo precedente.

intelectualista, en la *democracia centralizada*, el centralismo se asocia con una democracia *real*, esto es, con la *revolución cultural anticipativa*"...

Es imposible hablar de democracia absoluta mientras exista la división del trabajo. En este sentido la democracia centralizada no es un acto sino un proceso. Debe ir incorporando, por así decirlo, una cantidad cada vez mayor de democracia *real* en el partido. En la medida en que la *revolución cultural anticipativa* se vaya llevando a cabo, la capilaridad y la rotación de la dirección aumentarán, hasta el punto en que la vanguardia tienda a desaparecer como tal.

En conclusión: una vanguardia obrera, que asume programáticamente la teoría de la clase intelectual en particular y de la Revolución Articulada en general, que procure anticipar la Revolución Articulada en su seno y que opere en base a la democracia centralizada, es la única vanguardia, a nuestro juicio, que puede hacer frente al problema del vanguardismo y sentar las bases para la autogestión.

Muy distinto es proponer los mecanismos concretos de lucha contra la *división organizativa del trabajo* y, con ello, pugnar realmente por la incorporación de un número cada vez mayor de obreros a la dirección revolucionaria de las masas, que pronunciarse en contra del vanguardismo en abstracto, para impulsar con ello el vanguardismo solapado y vergonzante.

CAPITULO VII

*LA UNIDAD MASAS-PARTIDO**

El proyecto político que el proletariado manual de la ciudad y el campo debe incubar y desarrollar en su conciencia es convertir a los

* *La Unidad masas-partido* fue escrita por E.G.R. en 1983, esto es, Ya como miembro de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de masas. O.I.R. —L.M.

obreros y campesinos, de clases *empírico-decisivas* de la revolución anticapitalista en *clases históricas*. La historia la hacen las masas. No los individuos (Carlyle), no los agrupamientos de conspiradores (Blanqui), sino las masas. No puede haber, por definición, ninguna revolución social sin la presencia determinante de las masas. Aclaremos, sin embargo, el hecho incuestionable de que si el verdadero pueblo y su lucha origina los grandes cambios sociales que registra la historia, nunca ha podido ser, debido a condiciones históricas muy precisas, el beneficiario real de tales transformaciones. Interviene, pues, como la condición necesaria del cambio. Sin la lucha campesina, obrera y popular no habrían tenido lugar ni las revoluciones *democrático-burguesas* (como la francesa o la mexicana) ni las *proletario-intelectuales* (como la "soviética", la china o la cubana) . Pero las revoluciones sociales no se definen, en buen marxismo, sólo por el elemento determinante del cambio, sino además de ello, y de manera prioritaria, por el usufructuario político del mismo. La revolución *democrático-burguesa* es hecha esencialmente por el pueblo (los sectores más humildes del Tercer Estado o la democracia) pero no para el propio pueblo sino para la *clase burguesa*. La revolución *proletario-intelectual* es llevada a cabo en lo fundamental por los obreros, campesinos y otras clases pero no para el proletariado manual (la base de la pirámide proletaria) sino para la *clase intelectual*. Si definiéramos la *revolución burguesa* como simplemente democrática y la *revolución intelectual* como simplemente proletaria no sólo estaríamos sustituyendo una definición dialéctica, por una definición empirista, sino que estaríamos elaborando una ideología puesta al servicio del encubrimiento de la clase social ascendente, histórica, del proceso: de la *clase burguesa* en el primer caso, de la *clase intelectual* en el segundo. La parte inferior de la democracia y del proletariado son, entonces, clases *empírico-decisivas* pero no *históricas*, determinantes del proceso pero no, como las ascendentes (la burguesía y la intelectual) usufructuarias políticamente del mismo. En estas condiciones ha llegado el momento de preguntarnos si el proletariado manual (la parte inferior del frente laboral) puede actuar no sólo como factor determinante sino como factor beneficiario, no sólo como *clase empírico-decisiva*, sino como *sujeto histórico*.

Nuestra respuesta al anterior interrogante es positiva. Pero lo es, siempre y cuando se cumplan dos condiciones esenciales: un proletariado manual organizado y una dirección obrero-campesina pertrechada por un claro proyecto destructivo-constructivo. Por *proletariado manual organizado* entendemos la conformación autogestionaria de la masa trabajadora, la conquista no sólo de la independencia sino de la *autonomía* sociopolítica de los trabajadores físicos frente al capital y los monopolizadores de los

conocimientos. Por *dirección obrero-campesina* entendemos un partido que, desde su constitución, se halla imposibilitado para sustituir a las masas, un partido autogestionario. Adelantándonos podemos afirmar que no se trata de dos organizaciones: la autoproclamada "organización autónoma de las masas" y el autoproclamado "partido obrero-campesino", sino de *una sola organización*, aunque con dos niveles de diversa función. Somos partidarios, entonces, del *todo continuo masas-partido*, porque pensamos que la escisión entre estos dos niveles y la conformación de un *autoproclamado partido de la clase obrera*, es la base para la usurpación técnico-burocrática que prevalece en los *autoproclamados oficialmente países socialistas*.

*El movimiento obrero, campesino y popular debe adquirir la forma de organización indispensable para la lucha económica y la lucha política, para la lucha defensiva y la lucha ofensiva, para la reforma y la revolución y, dentro de esta última, para la lucha destructiva del capitalismo y la lucha constructiva del socialismo. El movimiento obrero, campesino y popular no debe proseguir agrupado solamente en las organizaciones que tienen como función esencial la de obtener mayores salarios, sueldos o prestaciones de la patronal o el Estado (como los sindicatos tradicionales) , sino que debe "acuerparse" en organizaciones idóneas para realizar la triple tarea de la lucha económica, la lucha política destinada al desmantelamiento del régimen burgués y la creación —lo que no se identifica sin más con lo anterior— del socialismo. Tres son, entre otras, las modalidades de organización (que apuntan a una nueva forma de poder: el poder obrero, campesino y popular) que pueden llevar a cabo tal cosa: el *consejismo obrero y popular*, el *sindicalismo revolucionario* y una *mezcla de ambos*. Si los sindicatos tradicionales (charros o "independientes") constituyen el instrumento por medio del cual los trabajadores regatean con el patrón capitalista o estatal el precio de su fuerza de trabajo, los consejos (obreros, campesinos o populares) son la organización *productiva* de los trabajadores desde el punto de vista sociopolítico. Los sindicatos tradicionales integran a los trabajadores como *asalariados*, esto es, dentro de una categoría económica capitalista; los consejos los agrupan como *productores* capaces de gestionar su empresa y autogestionar su energía laboral, lo que lleva la posibilidad de rebasar el sistema capitalista, al poder prescindir, en su nueva forma de organización, de *toda* patronal (capitalista o estatal) definida a partir de este momento como una nueva excrescencia parasitaria. Los consejos deben tender, por eso mismo, a dirigir a los sindicatos tradicionales, Porque la lucha reivindicativa debe ser realizada a partir de la *estrategia del comunismo* y las reformas no deben coagularse en fines sino revitalizarse incesantemente en *medios* para la lucha política y la*

revolución.

Hay un sindicalismo que difiere del sindicalismo economicista tradicional y que debe ser tomado en cuenta por nosotros como otra de las formas de organización y lucha de los trabajadores susceptible de llevar a cabo la triple tarea de la lucha económica, la lucha política anticapitalista y la lucha por la creación del socialismo: nos referimos al *sindicalismo revolucionario*. El sindicalismo revolucionario se diferencia del sindicalismo tradicional en que no constriñe su función a la meramente económica. Es un sindicalismo dispuesto, en la coyuntura adecuada, a realizar el control obrero (si subsiste la patronal) o a autogestionar la producción empresarial. Tiene en común con el consejo, por consiguiente, su pretensión de convertirse en una organización obrera productiva. Los miembros del sindicato revolucionario son considerados más que como asalariados como productores. Luchan, sí, por una venta de su fuerza de trabajo en las mejores condiciones posibles; pero ello lo hacen no como un fin en sí mismo, sino como un medio para llegar al momento en que, como miembro de un *sindicato de productores*, puedan tomar la fábrica y garantizar el proceso de producción e intercambio, de administración y pedagogía, sin la patronal explotadora. El *sindicalismo revolucionario* se diferencia del *consejismo* en que intenta asumir no sólo las labores productivas en el momento oportuno, sino la lucha reivindicativa cotidiana. De ahí sus innumerables problemas y dificultades sin nombre, y la razón de por qué muchos políticos revolucionarios han preferido los consejos a los sindicatos, aun concebidos éstos bajo la modalidad de revolucionarios, a la manera de Pelloutier, Pouget y Monatte. Pese a las dificultades que acarrea un sindicato revolucionario (por intentar cumplir satisfactoriamente —lo que no siempre es posible— la lucha cotidiana y la preparación para la revolución), tal vez en México resulte en ocasiones más factible iniciar (acuciado por una crisis económica profunda, prolongada y extensa) un movimiento sindical revolucionario que un movimiento consejista, dada la larga experiencia sindical del movimiento obrero y popular mexicano y la poca o nula experiencia consejista y autogestionaria del mismo.

También se puede idear una forma de mezcla, interpenetración o coexistencia del consejismo y el sindicalismo revolucionario. Pierre Besuard escribe: "Los comités de fábrica y los consejos de talleres deben convertirse en la base y en los agentes de acción, de organización y de información de los sindicatos".⁸⁸ La asunción, por consiguiente, del consejismo, del sindicalismo revolucionario o de una mezcla de ambas formas dependería de las

⁸⁸ Citado por Roberto Massari, *Teorías de la autogestión*, Editorial Zero, Madrid 1977, p. 162.

circunstancias, grado de conciencia de los trabajadores y características específicas de la historia del movimiento obrero mexicano. Las organizaciones autónomas del proletariado manual necesitan, sin embargo, una *dirección*.

Ahora bien, siempre que se ha postulado la necesidad de una vanguardia de los trabajadores, ello ha conducido, en la práctica, a la conformación de un *núcleo de dirigentes* que, actuando en nombre de los obreros, los campesinos o el movimiento popular, se sirve de ellos, los manipula y los convierte, si existe la coyuntura apropiada para ello, en el factor empírico-decisivo que determine el ascenso al poder de una clase, la *intelectual*, que, como *clase media* que es en el capitalismo, deviene en *clase histórica* de la revolución anticapitalista, de la misma manera en que la burguesía, como *clase media* del absolutismo, jugó el papel de clase histórica de la revolución antifeudal. El *núcleo de dirigentes* de los trabajadores tiende a convertirse, no por accidente o de manera fortuita, sino de modo inexorable en un *partido incontrolado*. Decir de un partido que es una organización incontrolada significa denunciar que ejerce una *manipulación de masas*, que responde *de nombre* a los intereses del proletariado manual; pero *de hecho* expresa los de la clase intelectual en ascenso y los de su sector tecnoburocrático en particular. Los consejos obreros, o los sindicatos revolucionarios, formados por delegados electos mediante una democracia directa, garantizan la gestión particular de las empresas o, si existieran consejos o sindicatos revolucionarios a nivel de rama económica o a nivel regional, estatal o nacional, la coordinación industrial o económica de las unidades de producción más diversas. Pero dichos `consejos Y sindicatos necesitan (si asumen, como deben asumir, un ideario revolucionario y comunista) necesariamente una *dirección teórico- política*. Es evidente que esa dirección no debe ser un *autoproclamado partido de la clase obrera*, una *vanguardia incontrolada*, una organización dirigente que, ejerciendo su *manipulación de in* sea el semillero de los burócratas futuros (y presentes). Se re, quiere, entonces, una *dirección controlada*. Hablar de dirección controlada parece un contrasentido. Bajo cierto aspecto, parece ser lo mismo que *dirección dirigida*. Y en efecto, el *partido consejista o sindical del proletariado manual* será dirigente en cierto sentido, y será controlado o "dirigido" en otro. Pero antes de explicar esto, analicemos dos teorías clásicas en el marxismo que nos pueden arrojar luz al problema que examinamos.

La primera teoría —debida a Marx, pero también a los anarquistas— afirma que *la liberación de la clase obrera es obra de ella misma*. Esta tesis no es una afirmación entre otras en el cuerpo del materialismo histórico, sino precisamente la formulación por medio de la cual el socialismo

científico se desgaja teórica y políticamente del socialismo utópico, de un socialismo que confiaba en que ciertos filántropos, hombres de bien, capitalistas bien intencionados o el propio Estado tendieran su mano a los menesterosos y los ayudaran a emanciparse. La tesis de la *autoliberación* pone el acento en lo esencial: la clase obrera no debe esperar que ciertos sectores de la clase burguesa la ayuden a crear el socialismo. Ninguna de estas supuestas ayudas es desinteresada. En la tesis marxista de la *autoliberación proletaria* subyace, sin embargo, una ambigüedad: ¿por obreros, por proletarios entiende Marx sólo los trabajadores manuales o también los intelectuales: los técnicos, los burócratas, los científicos? Aunque en muchos de sus textos, la *autoliberación* de que habla Marx se refiere a una autonomía de clase ejercida respecto no sólo a los burgueses sino a los intelectuales, en otros casos hace alusión sólo a los burgueses, con lo cual da pie a la interpretación de que (como ocurrió en la Primera Internacional) ciertos intelectuales (el propio Marx, por ejemplo, al frente del Consejo General) pueden ejercer dicha función directiva sin adular supuestamente el principio de la autoliberación. En Marx existe, además, otra hipótesis. La *emancipación de la clase obrera puede ser obra de ella misma* en virtud de que el propio capitalismo, al incrementar las fuerzas productivas, no sólo crea un proletariado numeroso que será el sepulturero del sistema, sino la conciencia política requerida por él para el desmantelamiento del régimen salarial. En efecto, la clase obrera sería politizada, en lo esencial, por aquella fase del ciclo económico correspondiente a la depresión y la crisis. Como el capitalismo está condenado a las crisis, y como las crisis generan un descontento politizador en las masas, la clase obrera no necesita para liberarse de *elementos externos* a su agrupamiento social. En Marx no hay, digámoslo tajantemente, una idea clara acerca de lo que hoy se entiende en general por partido de la clase obrera. Pone el acento, sin embargo, en la *autoliberación proletaria* y teóricamente desconfía de los intelectuales. Cree, además, que las contradicciones económicas del propio capitalismo llevarán a la clase obrera, sin necesidad de mentores extraclásistas, a su proceso emancipatorio. Es cierto que en la práctica (y, dentro de ciertos límites, también en la teoría) justificaba y promovía una dirección intelectual de los trabajadores manuales; pero esto lo llevaba a cabo sin encuadrarlo en una reflexión sistemática de la vanguardia. Marx cae, por eso mismo, y no sin contradicciones, más entre los partidarios de la autogestión que entre los partidarios del dirigismo.

Muy distinto es el caso de Lenin. El autor de *¿Por dónde empezar?*, *¿Qué hacer?* y *Un paso adelante, dos pasos atrás* hace añicos, en realidad, el

principio autogestionario de la *autoliberación proletaria*. Para Lenin la liberación de la clase obrera no es sin más obra de ella misma. Pretender tal cosa —y es lo que pretendían *relativamente* Marx y también Rosa Luxemburgo y el joven Trotsky y *absolutamente* los anarquistas— es caer en el más puro espontaneísmo. La clase obrera, por sus propias fuerzas, no es socialdemócrata ni está lo suficientemente politizada para rebasar la lucha puramente reivindicativa y asumir las tareas de la revolución socialista. El capitalismo, mediante la fase crítica del ciclo económico, politiza, a decir verdad, a las masas; pero también, de manera constante, las corrompe y despolutiza. La ideología dominante es, por ejemplo, la de la clase dominante. En estas circunstancias todo "culto a la espontaneidad" —entiéndase todo culto a la *autoliberación proletaria*— es una patraña burguesa, el demagógico canto de sirena del obrerismo vulgar. Lenin asume, sin embargo, el principio de la *autoliberación proletaria* en cierto sentido. Sin la participac^a. ión o automovimiento combativo de las masas, arguye contra el blanquismo, no es posible la destrucción del capital. Destrucⁿ. ión del capital que él identifica con el inicio de la construcción del socialismo. Pero esta interpretación de la *autoliberación proletari^a* (como participación destructiva) considera tácitamente a la clase obrera como clase *empírico-decisiva*; pero no como clase que se libere en realidad a sí misma (como clase histórica). *En Marx, el acento puesto en la autonomía de clase no dejó lugar para una clara teoría del partido. En Lenin, el énfasis puesto en la teoría del partido no dejó lugar para la autonomía real de las masas.*

Podemos decir, indistintamente, que ambos están en lo cierto o que ambos están equivocados. A Marx le hacen falta *ciertos aspectos* de la teoría vanguardista de Lenin y a éste la hacen falta *ciertos elementos* de la teoría autogestionaria y autoliberadora de Marx. Pero, para superar ambas posiciones en una síntesis superior, se requiere cambiar de terreno y abandonar la teoría *binaria* de las clases sociales del capitalismo (capital/trabajo) a favor de la teoría *ternaria* de los mismos (capital/clase intelectual/proletariado manual) . Sólo es posible, en efecto, interpenetrar la necesidad de la *autoliberación proletaria* (Marx) y la necesidad de la *dirección-científica y revolucionaria* (Lenin) si la clase obrera es consciente, al organizarse para la lucha y el poder obrero, de que hay dos clases enemigas, y no sólo una, que pretenden desvirtuar en un sentido o en otro su movimiento: la clase burguesa y la "clase media" intelectual. Llegar a esta conciencia significa que la clase obrera —sus *sectores más avanzados*— se vean en la necesidad de adueñarse de los conocimientos indispensables para orientarse en el proceso de lucha y para educar sistemáticamente a sus *elementos más atrasados* en la estrategia de la destrucción del capitalismo y

de la construcción del socialismo.

Aunque Lenin es el gran dirigente, no de la revolución socialista, sino de la revolución *proletario-intelectual*, le asiste la razón en varias cuestiones. Pongamos el acento en dos: su teoría del desarrollo desigual de la conciencia obrera y su convencimiento de la necesidad de exportar la ciencia revolucionaria al proletariado. Lo` teóricos vulgares de la *autoliberación proletaria* olvidan la ley del desarrollo desigual de la conciencia proletaria. Hablar de que la clase obrera (empujada por una gran depresión, por una guerra o por la razón que sea) se politiza de golpe y adquiere conciencia de clase es un mito. La conciencia de 'la clase obrera no es uniforme: en los estratos superiores es real o posible, en los estratos medios es primitiva, en los estratos inferiores es larvaria e instintiva. Si tomamos en cuenta el principio marxista de la *autoliberación proletaria*, el principio leninista del *desarrollo desigual de la conciencia obrera* y la tesis, propuesta por nosotros, de la existencia de una *clase intelectual* de intereses contrapuestos al proletariado manual, el principio de que *la emancipación de la clase obrera debe ser obra de ella misma* implica la conversión del estrato superior de la clase obrera (sus *líderes naturales*) en la dirección teórico-política de toda la clase. *Se trataría de una clase obrera que se puede autoliberar porque, prescindiendo de los intelectuales ("para sí"), se autodirige*. Lenin está convencido, por otro lado, de la necesidad de introducir la ciencia revolucionaria de fuera adentro en el proletariado. Y le asiste, *en cierto sentido*, la razón. Y ello es así porque no sólo hay una gran diferencia de conocimientos entre los intelectuales y los obreros, sino un desarrollo desigual de la conciencia entre los propios obreros. Tomando en cuenta lo verdadero de esa argumentación (la necesidad de exportar la conciencia desde quienes la poseen a quienes carecen de ella) y evitando la interpretación intelectualista de su teoría (los intelectuales revolucionarios y el partido serán los encargados de llevar a cabo tal exportación) la *autoliberación proletaria* debe ser reinterpretada, a nuestro entender, en el sentido de encarnar una *exportación intraclasista* de la ciencia revolucionaria (que vaya desde los estratos más conscientes de la clase a los menos conscientes) que se diferencie, por razones de principio, de la *exportación extraclasista* que recomienda en el fondo Lenin. Y que lo hace de esa manera porque no considera teóricamente a la intelectualidad como clase y prescinde de tomar las medidas prácticas para controlar su gestión.

Sin la *exportación de la conciencia* desde la intelectualidad hasta la clase obrera (exportación extraclasista) o desde los cuadros avanzados de la clase obrera y el movimiento popular hasta los elementos atrasados (exportación intraclasista) no puede haber *acción destructiva*. La *exportación*

extraclasista es propia del proyecto político de la revolución *proletario-intelectual*. La intelectualidad "socialista" exporta a la clase obrera el siguiente tipo de conciencia: le muestra un enemigo (la, clase burguesa) y le oculta otro (la clase intelectual). La *exportación extraclasista* no es otra cosa entonces, que la *manipulación de masas* que requiere la clase intelectual para destruir a su enemigo de clase (el capital privado) y para entronizarse en el poder. La *exportación intraclasista* es, en cambio, la autodirección de la clase obrera y el movimiento popular para *destruir* a un enemigo (el capital privado) y, mediante la socialización paulatina de los medios *intelectuales* de producción construir el socialismo.

Decíamos con anterioridad, que en la nueva concepción del partido (*el partido consejista del proletariado manual*) hay que asumir *todas* las características positivas de la teoría leninista del partido y desechar, de manera simultánea, el carácter intelectualista y tecno-burocrático que campea en dicha teoría y que tiende a encarnar, como ha encarnado, en los regímenes llamados socialistas y que nosotros denominamos *formaciones intelectuales*. ¿Cómo es posible realizar tal cosa? ¿Cómo asumir las características positivas de la teoría leninista del partido y desechar las negativas? Creemos que es factible realizar este propósito mediante lo que hemos denominado la *teoría global del partido*, la cual no debe ser desvinculada de una *teoría global de las organizaciones autónomas de masas*.

El *partido consejista o sindicalista revolucionario del proletariado manual* debe ser concebido con cuatro características fundamentales: como *partido obrero, campesino y popular*, como *partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular*, como *partido concebido bajo el modelo de un laboratorio de comunismo* y como partido que se halla organizado de acuerdo a la *democracia centralizada*.

1. *Como partido obrero, campesino y popular*. Aunque es cierto que la *estructura de clase* no determina mecánicamente el *punto de vista de clase* sí es una garantía, cuando se halla vinculada a otros factores, para que dicha organización no degenera en un agrupamiento puesto al servicio de la clase burguesa o de la *clase intelectual*. En esta perspectiva, consideramos inaceptable la división tripartita (que contiene la teoría leninista del partido) de *vanguardia política* (partido de la clase obrera), *vanguardia proletaria* (los destacamentos más avanzados de la clase) y la *masa trabajadora en cuanto tal*. Aceptar la *diferenciación* entre una vanguardia política y los *trabajadores* trae consigo una serie de graves consecuencias. Una vanguardia política *externa* a la vanguardia obrera y a la *masa obrera y popular*, deviene inexorablemente en un "autoproclamado partido de la clase

obrera". Una vanguardia de "políticos profesionales" dirige a la masa obrera respondiendo esencialmente, - no a los requerimientos históricos de ésta, sino de acuerdo a los intereses anticapitalistas de la *clase intelectual*. De ahí que nuestra concepción del partido implique la *pugna por convertir la vanguardia obrera, campesina y popular en vanguardia política*. Con esto, la teoría leninista de la *exportación de la conciencia* se modifica tajantemente: ya no se trata, como dijimos, de la *exportación extra-clasista* (de una *vanguardia política* a la *clase*) sino de una *exportación intraclasista* (de una vanguardia obrera, campesina y popular, convertida en *política*, hacia el conjunto de la *clase*).

Para construir un partido que no se diferencie tajantemente de las masas y que no se contraponga a ellas, *no bastan las buenas intenciones*. La división del trabajo o el desarrollo desigual de la conciencia constituyen un problema estructural que no se puede superar con la mera voluntad de hacerlo. Es preciso detectar los mecanismos que le permitan al proletariado manual generar un partido totalmente distinto a aquellos que han acabado por encaramarse sobre las masas. Se podría creer que basta con garantizar que la organización partidaria esté conformada por una considerable cantidad de elementos avanzados surgidos de las masas. Pero la historia ha demostrado que si bien esa es una *condición necesaria* para que el partido no se sustantive (o autonomice) por encima de las masas, no es una *garantía suficiente*. No son pocos los casos de compañeros de extracción obrera, campesina o popular que, al tener acceso a una considerable educación política y/o a determinados puestos de dirección, se han ido separando paulatinamente de sus intereses originales hasta convertirse en verdaderos traidores a las masas explotadas. Si la conformación del partido con una considerable cantidad (que podría ser mayoritaria) de elementos avanzados de las masas, no es una *garantía suficiente* para que el partido deje de autonomizarse frente a los trabajadores, tampoco lo es el que una organización política vinculada a las luchas sociales (una agrupación de "línea de masas", por ejemplo) *consulte* con ellas para convertirse, o tratar de hacerlo, en partido político o, de ya serlo, para adoptar tal o cual estrategia, táctica o acción política. Dicha "consulta" de la organización partidaria o del partido deviene demagógica en fin de cuentas, porque se ejerce desde una agrupación autonomizada desde el principio frente a las masas. La "consulta", en estas condiciones, no sería sino la operación paternalista mediante la cual el "autoproclamado partido de clase" pretendería legitimar su acción.

La única forma que se podría garantizar suficientemente que un partido no se autonomizara y contrapusiera a las masas sería que ellas lo

eligieran y controlaran. Pero esto modificaría violentamente los términos del problema. Ya no se trataría de un partido (o una vanguardia obrera) estructurado para dirigir a los trabajadores y que, por eso mismo, constituye una agrupación política *diferenciada* de las organizaciones populares, sino *de la instancia cúpular que se darían a sí' mismos, mediante un adecuado mecanismo de elección, los trabajadores manuales organizados.* Sin embargo esta solución acarrea serios problemas. Las masas son en su gran mayoría ignorantes y se hallan por ello mediatizadas y enajenadas por el sistema. Aun las masas influidas por las organizaciones populares de punta, si bien muestran un índice mayor de conciencia y combatividad, no dejan de estar presas, en alguna medida, de la ideologización burguesa. En esta situación, no se podría garantizar una correcta elección de representantes partidarios por parte de la base consejista o sindicalista revolucionaria y se correrían peligros insospechados al proporcionarle a la masa no suficientemente politizada toda la capacidad de sustentación de la organización partidaria. ¿Cómo poder garantizar el surgimiento de un partido consejista y sindicalista revolucionario del proletariado manual, de abajo arriba, mediante elección, sin correr esos riesgos? Sólo hay un camino: que la o las organizaciones prepartidarias *vuelvan suya la tarea de coadyuvar a que los trabajadores organizados autogestionariamente adquieran la capacidad política de elegir I controlar a su cúpula desde el punto de vista de sus intereses de clase o, lo que es igual, vuelvan suya la tarea de llevar a cabo en y con las masas un profundo proceso de revolución cultural anticipativa* que haga consciente al sector popular en que tiene influencia de la necesidad de construir *su* partido como única vía para destruir esta sociedad y construir otra en la que las masas sean las beneficiarias del proceso. La forma, pues, de impedir que aparezcan dos organizaciones revolucionarias (el *partido* y las *masas organizadas*), en vez de *una sola* (el todo continuo *masas-partido*), la hallamos, como se dijo, en la *elección del partido por parte de las masas.* ¿Cómo puede tener lugar tal cosa? Es un hecho que, antes de la existencia de un *partido auto gestor del proletariado manual,* puede haber una o más organizaciones políticas *dispuestas a luchar por la emergencia de un verdadero partido de la clase obrera.* El papel de estas organizaciones, si está bien orientado, debe consistir, a nuestro modo de ver las cosas, no en convertirse de grupos prepartidarios en partido, sino en agrupaciones que coadyuven a que las masas organizadas en consejos o en sindicatos revolucionarios generen, mediante elecciones y control permanente, el partido, la dirección política o la cúpula teórico-política *de las masas, de los trabajadores manuales.* Estas agrupaciones políticas interesadas en la aparición del *partido del proletariado*

manual, además de continuar su trabajo cotidiano con las masas (lucha económico-política) deben echar a andar un profundo proceso de politización destinado a generar en ellas: A) *la conciencia de la necesidad de su partido*, B) *la forma de elegirlo* y C) *la manera de controlarlo*.

A) Dichas organizaciones deben pugnar para que cada sector de masas en que tengan influencia (obrero, campesino, popular, universitario) lleguen a la conciencia (mediante una minuciosa explicación verbal) de la revolución socialista en México. Para ello deben elaborarse, nos parece, varios *documentos* destinados a cada sector en los que se explique, con mucho detenimiento y con un lenguaje apropiado a las condiciones particulares, la insuficiencia de la lucha regional y la impostergable necesidad de superar todo particularismo por medio de la gestación de un partido obrero, campesino y popular capaz de diseñar, basado en principios revolucionarios, la estrategia y la táctica correctas para el desmantelamiento del régimen capitalista y la consecutiva construcción del socialismo. Entre otros, estos documentos podrían ser: a) Uno en el que se aclararan las limitaciones de la lucha económica y particular (local) y se hiciera ver la necesidad de la lucha política y general (partido). b) Otro donde se explicara el *carácter de clase* del partido a construir, las *funciones* de éste y la *composición* del mismo. c) Otro en el que se esclareciera la relación partido/masas que debe conquistarse, poniendo de relieve la necesidad de que sean las segundas las que elegirán al primero y también esclareciendo la relación con el resto de las masas despolitizadas y mediatizadas.

B) Dichas organizaciones políticas también deben politizar a las masas organizadas (u organizadas y politizadas) en el sentido de generar en ellas la idea de cómo y por qué elegir de entre sus integrantes a los *delegados de partido* que, reunidos, deberán conformar *el partido consejista (o sindical revolucionario) del proletariado manual*. Creemos que también esta segunda labor debe ser llevada a cabo por las organizaciones políticas mencionadas, mediante una minuciosa explicación verbal. Para lo cual creemos que deben confeccionarse, asimismo, varios documentos: a) Uno en el cual debe aclararse cómo deben ser elegidos los representantes partidarios. Si debe hacerse con mayoría simple o mayoría compleja, etcétera. b) Otro en el que se precisa hacer alusión a las características (cualidades políticas y personales) que deben tener tales delegados: estar comprometidos con la lucha, ser desinteresados, poseer cierta preparación política (o la posibilidad de hacerse de ella en corto plazo), evitar el dirigismo y el caudillismo, ser honestos, etcétera c)

Otro en que se señale que el *delegado de partido* no debe sólo disciplina a la organización cupular, sino a la base, porque no es miembro únicamente del partido sino del todo continuo masas-partido.

Las organizaciones políticas deben suscitar también en las masas la idea de no sólo elegir a sus *delegados partidarios* sino de ejercer sobre ellos un *control sistemático*. Para ello creemos útil elaborar también ciertos documentos: a) uno en que debe aludirse a los derechos y deberes de los delegados partidarios ante sus electores. Por ejemplo, cada representante tiene la obligación de llevar el punto de vista de su *organismo de masas* ante la cúpula. Y de informar periódicamente a sus electores de los planteamientos y decisiones del partido. b) Otro en que debe explicarse los derechos y deberes de los electores ante sus delegados partidarios. Por ejemplo, el derecho de las masas conscientizadas a revocar a los representantes electos si infringen las características que debe poseer todo representante, si dejan de tener informado a su *organismo de masas* de lo que acuerda el partido, etcétera.

Es importante subrayar, al llegar a este punto, que no es lo mismo la elección de delegados ante un consejo o sindicato que la elección de delegados ante el *partido de los trabajadores manuales*. Los delegados ante el consejo obrero o popular o el sindicato revolucionario -pueden estar afiliados a diversos partidos políticos o carecer de partido. La función esencial de los consejos es el control de la fábrica y la gestión de la misma. No hay, entonces, limitación alguna para pertenecer al consejo o al sindicato: pueden ser electos ante el mismo, hombres o mujeres, individuos con partido o sin él, personas con religión o sin ella, etcétera. No pueden ser electos, en cambio, como *delegados de partido*, esto es, como representantes de un *organismo de masas* ante el *partido de los trabajadores manuales*, personas o trabajadores afiliados a otro partido u organización política. Como el *partido consejista, sindical revolucionario* o el *partido línea de masas* tiene que ser la expresión de los intereses de las organizaciones autónomas de trabajadores, no puede contener en su seno individuos que pertenezcan a otras organizaciones partidarias y, por ende, a otros proyectos políticos. El *partido consejista o sindical revolucionario de la masa trabajadora* no puede admitir, como se comprende, una doble militancia, de la misma manera en que, aunque propicia en su seno la más amplia democracia y la existencia de tendencias teóricas políticas divergentes, no puede aceptar la existencia de fracciones (con plataformas y disciplinas especiales) que vulneran la unidad partidaria. Es claro que un delegado ante el consejo obrero podría ser electo como representante partidario, y cumplir, entonces, la doble función; pero no es necesario que ello ocurra.. Puede haber, y es recomen-

dable que haya, personas que desempeñen las labores teórico-políticas y productivas *propias de los consejos y los sindicatos revolucionarios* y personas que lleven a cabo las tareas teórico-políticas directivas *propias del partido de los trabajadores manuales*. El partido (electo previamente por las masas) puede y debe dedicarse, de manera constante, al reclutamiento de otros miembros. Pero, puesto que en general todo miembro del partido no sólo debe hacer trabajo de masas sino ser electo y controlado por ellas, el *partido consejista o sindical revolucionario* debe asignar a sus candidatos a un trabajo político determinado (en los sectores obrero, campesino, popular o universitario) para que, al término de cierto tiempo (seis meses, por ejemplo) las masas entre las cuales desempeñe su tarea, avalen, mediante una elección, su pertenencia al partido o no. Este procedimiento impedirá que un *partido electo por las masas* se llene de elementos reclutados por el partido constituido pero no por las masas y tienda a burocratizarse y contraponerse a los trabajadores. No creemos, sin embargo, en la conveniencia de que *absolutamente todos* los miembros del partido hagan trabajo directo de masas. Estamos convencidos de que un número reducido de compañeros deben desempeñar otras tareas: editoriales, organizativas, teóricas, etcétera. Un diez por ciento de camaradas, para decir alguna proporción, aunque no se hallen electos por las masas, deben hacer un trabajo que posibilite la militancia directa del conjunto del partido en y con las masas. Se trata, sí, de un trabajo indirecto, posibilitante, de infraestructura. Necesario, en efecto, para la actividad cotidiana de la organización; pero que conlleva los riesgos consabidos del burocratismo y la autonomización. Para salirse al paso a estos peligros no existe sino el control teórico-político de las masas sobre el partido y del partido sobre el reducido número de compañeros que, por convenir a las labores partidarias, no hacen trabajo de masas.

2. *Como partido conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular*. La composición obrera, campesina y popular del partido no es una garantía para que dicha organización exprese los intereses históricos de las clases explotadas. Un partido puede hallarse integrado, en efecto, fundamentalmente por obreros y campesinos, y hasta hallarse electo por ellos, y actuar *para* la clase burguesa o *para* la clase intelectual. Aun suponiendo que el partido se organice de acuerdo con la tendencia de convertir a la vanguardia obrera, campesina y popular en vanguardia política, y la exportación extra-clasista en exportación intraclasista, existe el peligro de la sustantivación del partido y de su transformación en dictadura política sobre la clase. Para conjurar este peligro, creemos que el partido debe poseer, además de una composición

fundamentalmente obrera, campesina y popular, además de una base electiva de masas, una *realidad histórica integral*. Esta última presupone una *realidad teórica destructiva* y una *realidad teórica constructiva*. El partido, en efecto, debe estar pertrechado por una teoría que le esclarezca científica y revolucionariamente las vías para *destruir* el capitalismo en la parte del mundo que nos ha tocado vivir. A esto alude su *realidad teórica destructiva*. El partido, por otro lado, debe dominar la teoría que lo oriente con todo rigor en su lucha por *construir* al socialismo en nuestro país, y que no es otra cosa que la Revolución Articulada. A esto se refiere su *realidad teórica constructiva*. La *realidad teórica destructiva* nos habla de la lucha *antiburguesa* de las clases explotadas; la *realidad teórica constructiva*, de la lucha antintelectual de la clase obrera manual y de otras luchas.

Podemos discernir tres modelos de partido de la clase trabajadora; el *burgués*, el *intelectual* y el *obrero-manual*. Si consideramos la composición del partido como un *por* y el punto de vista como un *para*, el primer modelo se caracteriza por un *por obrero, campesino y popular* y un *para burgués*; el segundo por un *por obrero, campesino y popular* y un *para intelectual* y el tercero por un *por obrero, campesino y popular* y un *para obrero, campesino y popular*.

El partido de clase debe estar formado, desde el punto de vista de su concepción, *por* una vanguardia política *obrero, campesino y popular*, no *para* la burguesía (como en el modelo burgués del partido de los trabajadores) ni *para* la clase intelectual (como en el modelo intelectual del partido de los trabajadores) . Sólo un partido en que coinciden el *por* y el *para*, la composición y el beneficiario, es capaz de generar una revolución, la socialista, en que los agentes y los usufructuarios sean los mismos: los obreros, los campesinos y el movimiento popular. Así como la condición fundamental para abandonar el modelo *burgués* del partido de los trabajadores a favor del modelo *intelectual*, consiste en el reconocimiento teórico-político, y la lucha aparejada con ello, de *la existencia de la clase burguesa*, la condición esencial para abandonar el modelo *intelectual* del partido de la clase trabajadora a favor del modelo, *obrero, campesino y popular*, consiste en el reconocimiento teórico político y la lucha aparejada con ello, de *la existencia de la clase intelectual*. Si un partido, de acuerdo con el marxismo-leninismo reconoce teórico-políticamente la existencia de la *clase burguesa* pero no de la *clase intelectual*, se conformará o estará ya conformado bajo el modelo *intelectual* del partido de la clase trabajadora, aunque se autodesigne comunista, de la misma manera en que si un partido no reconoce teórico-políticamente la existencia de la *clase burguesa*, se conformará o estará conformado bajo el modelo *burgués* del

partido de los trabajadores, aunque se autodenomine marxista o socialista. *Los partidos leninistas son, en este sentido, los más claros ejemplos de partidos intelectuales.* Son partidos que dirigen a la clase obrera contra la clase burguesa *para* sustantivas (o llevar al poder) a la clase intelectual y a la tecnoburocracia que la capitaneé. Es cierto que los partidos "intelectuales" se presentan como partidos obreros y comunistas. Pero esto no es otra cosa que el disfraz indispensable para atraer a la clase obrera y al movimiento popular, para utilizarlos en el "ajuste de cuentas" entre la clase intelectual ascendente y la clase burguesa.

El partido obrero, campesino y popular, el verdadero partido comunista, requiere, como es lógico, de una hábil, profunda, científica *política de alianzas.* No puede conducir la lucha de la clase obrera, los campesinos y el movimiento popular contra la *clase burguesa* y la *clase intelectual* simultáneamente. Si intentara hacer tal cosa, seguiría una línea sectaria a ultranza y arrojaría a la mayor parte de la intelectualidad a los brazos de la burguesía, transformando la posición política de ciertos partidos o agrupaciones *intelectuales* de una subordinación *formal* a la clase obrera en una subordinación *real* a la burguesía. El proletariado manual consciente sabe que tiene dos enemigos: la clase burguesa y la intelectual; pero sabe que no están colocados, en el capitalismo, en el mismo nivel. La clase burguesa es su enemigo principal y presente, la clase intelectual, su enemigo secundario y futuro. En estas circunstancias el partido de los trabajadores manuales debe cerrar filas con los sectores, grupos y partidos *intelectuales* (no con la intelectualidad, desde luego, subordinada realmente a la burguesía) en la medida en que ello sea necesario para *destruir* al capitalismo. Pero el partido obrero, campesino y popular sabe que una vez destruido un enemigo (la clase *burguesa*) sale a la palestra el otro (la clase intelectual). Consciente, entonces, de tal cosa, *debe prepararse desde el momento en que lucha contra la clase burguesa para luchar posteriormente contra la clase intelectual.* Para lograr esto resulta indispensable la independencia política y orgánica, teórica y práctica de la clase trabajadora *manual* y su vanguardia política obrera y popular, no sólo respecto a la clase burguesa sino también respecto a la clase intelectual. El proletariado manual se propone, entonces, realizar, entre otras, dos revoluciones al llegar al poder: la *revolución económica* (que destruya a la burguesía) y la *revolución cultural* (que destruya a la clase intelectual). El proceso revolucionario de los trabajadores manuales, de carácter *permanente*, debe socializar los medios *materiales* de la producción primero y los medios *intelectuales* de la producción después. Ello no de manera gradualista, sino de acuerdo con un desarrollo combinado en el que, sin embargo, las tareas de la revolución económica tendrán que ser cumplidas, por necesidad,

prioritaria-mente. La alianza de la clase obrera, el proletariado agrícola y el movimiento popular con la clase intelectual ascendente debe ser una *alianza crítica*, no una alianza en que se diluyan los intereses del proletariado manual, y en que el "sector histórico" de la clase intelectual devenga hegemónico. Si las alianzas a nivel nacional se basan en el reconocimiento de la existencia de un enemigo principal (la burguesía), que es el enemigo *actual* de la clase obrera, y de un enemigo secundario (la clase intelectual) que es el enemigo *potencial* de los trabajadores manuales, las alianzas a nivel internacional deben ser *igualmente críticas* y tomar en cuenta que existen enemigos fundamentales de todos los pueblos: el régimen norteamericano y el "soviético". Y deben tomar en cuenta, además, que existen dos *esferas de influencia*, de tal manera que los países que están bajo la égida del imperialismo norteamericano (como es el caso de México) tienen como su *enemigo actual*, además de su propia burguesía, al imperialismo yanqui, y como su *enemigo potencial* a la Unión Soviética y su modo de producción *intelectual*. Y los países que están bajo el dominio de la URSS tienen como su *enemigo actual* al intelectual-imperialismo "soviético" y como su *enemigo potencial* al imperialismo yanqui.

3. *Como partido concebido bajo el modelo de un laboratorio de comunismo.*

Para que un partido exprese los intereses históricos de los trabajadores manuales se requiere, además de una composición fundamentalmente obrera, campesina y popular, y además de estar conformado a partir de la tesis de la Revolución Articulada en general y de la clase intelectual en particular, que sea concebido *bajo el modelo de un laboratorio de comunismo*. El partido no es tan sólo un *instrumento* para generar, en el futuro, un régimen socialista. Un *instrumento* que permanece indiferente ante lo que piensa crear. Un partido así, heredando prácticas y vicios del pasado, no está capacitado para coadyuvar a la construcción del socialismo primero y del comunismo después. *El partido debe ser un avance de la sociedad futura*. Debe ser un laboratorio de comunismo. En esta perspectiva, el partido debe convertir al comunismo, a la Revolución Articulada, en *forma de vida*. Sólo quien tiene la experiencia de una vida comunista (aunque sea embrionariamente) puede ayudar a la creación del comunismo. El partido no debe ser, como lo son los partidos marxistas-lenistas, un *laboratorio intelectual*, sino un laboratorio donde se deben asumir, *en la medida en que esto sea posible dentro de la sociedad capitalista*, las revoluciones económica, cultural, sexual, antiautoritaria e internacionalista. *El laboratorio de comunismo debe abrirse, además, al control externo.*

Como partido organizado de acuerdo con la democracia centralizada.

El partido (concebido como laboratorio de comunismo) tiene que funcionar dentro de ciertos límites organizativos. En la tradición leninista se ha subrayado que la forma organizativa de la organización de vanguardia debe ser el centralismo democrático. Nosotros somos de la opinión, sin embargo, que este último *es la conformación organizativa característica del 'sector histórico' de la clase intelectual*. El partido, en efecto, es un avance (en sentido estructural) de la sociedad futura; si en su edificio existen jerarquías, éstas reaparecerán en la sociedad posrevolucionaria. El centralismo democrático supone una serie de mecanismos que depositan el poder permanentemente en los cuadros políticos e intelectuales de la organización. Como estos cuadros políticos e intelectuales no son otra cosa que los elementos que monopolizan los medios *intelectuales* de la producción política: conocimientos, experiencias, etcétera, un modelo organizativo que reproduce incesantemente su dominio, como es el caso del centralismo democrático, expresa cabalmente no sólo los intereses individuales de tales dirigentes, sino la forma anticipada que asumirá al modo de producción *intelectual*. El centralismo democrático, en efecto, es democrático de manera formal y centralista de hecho. Es democrático, aunque de modo nominal, para que su carácter centralista se pueda realizar cabalmente. Es una organización centralizada factualmente que beneficia (con los burócratas, los "doctorados en marrullería") a los intelectuales en detrimento de los obreros o los trabajadores intelectuales simples. Los marcos organizativos de un partido concebido como laboratorio de comunismo tendrán que ser dados, creemos, no por un centralismo democrático así, sino por una *democracia centralizada*. La esencia de esta forma no consiste en un centralismo (de hecho) que se supone (formalmente) aceptado o avalado por la democracia, sino por una *democracia (de hecho) que se centraliza*, y que se centraliza para lograr el monolitismo de la acción política.

La *democracia centralizada* es no sólo una forma organizativa, sino la manera de anticipar la sociedad futura (laboratorio de comunismo) y **de** educar teórica y políticamente a los individuos. La *democracia centralizada* no es tampoco privativa del partido obrero-campesino y popular, sino que debe encarnar también en las organizaciones autónomas de masas. Como nuestro punto de vista no es el de que entre las masas y el partido hay una línea demarcatoria insalvable, sino que sostenemos, como lo hemos hecho a través de todo este escrito, la teoría del *todo continuo masas-partido*, la *democracia centralizada* no sólo debe regir la vida del partido, sino también debe hacerlo respecto a la de las organizaciones de base. Es claro que la aplicación de la *democracia centralizada* en el partido tendrá diferente carácter que la

democracia centralizada en las organizaciones autónomas de masas, porque, aun siendo en esencia una misma organización, tienen diferencias de nivel y operación.

Para llevar a cabo la democracia centralizada y la revolución cultural anticipativa se requieren, entre otras, dos medidas fundamentales: la *rotación de cuadros* y la *escuela abierta*. El principio de la *rotación de cuadros*, que debe institucionalizarse, reglamentarse en estatutos, persigue la doble finalidad de hacer, por un lado, que quienes carecen de *experiencia directiva* tengan la oportunidad de adquirirla y, por otro, de evitar que el poder político se acumule en pocas manos. La *escuela abierta* es la forma específica en que opera la *revolución cultural anticipativa*. Consiste en el proceso educativo mediante el cual *todos* los camaradas del partido (si se trata de un nivel) y todos los integrantes de una organización autónoma de masas (si se trata de otro) reciben los medios de producción *intelectuales* requeridos para su calificación política. En este sentido, la *escuela abierta* se opone a la *escuela de cuadros* habitual dentro de los partidos de tradición marxista-leninista. La *escuela de cuadros* es a la organización partidaria o a las organizaciones de masas lo que la *universidad cerrada* a la sociedad: una institución elitista que segrega a una parte de la colectividad con la finalidad de dotarla de los conocimientos indispensables para "elevar" el tipo y la calificación de su trabajo. En nuestro proyecto, no se trata de educar *a algunos* para reforzar el número de cuadros teóricos y experimentados y, con ello, ampliar la eficacia (puramente destructiva) de la organización. No se trata, entonces, de implantar sólo una *escuela de cuadros*. Se trata de difundir sistemáticamente los conocimientos en todos los camaradas para subvertir la división social del trabajo y lograr, con ello, una eficacia (no sólo destructiva sino constructiva) de la agrupación partidaria o de la organización de masas. Se trata, entonces, de diseñar una *escuela abierta* (que puede llevarse a cabo, entre otras formas, mediante *escuelas de cuadros rotativas*, etcétera) y una educación planificada.

La democracia centralizada es una forma esencial para realizar el *laboratorio de comunismo* y este último es, a su vez, una forma esencial para hacer encarnar la RA (Revolución Articulada). El *todo continuo masas-partido* debe normar su vida de acuerdo con **el laboratorio de comunismo** y la RA porque no sólo es, o debe **ser**, un instrumento *destructivo*, sino una forma de vida, de asunción anticipativa de ciertas prácticas, que lo capacitan para destruir el capitalismo y, salvando "el escollo" del peligro tecnoburocrático, construir la primera fase del comunismo.

CAPITULO VIII

LA CABEZA DEL PROLETARIADO MANUAL

Ha llegado el momento de las definiciones políticas. Ante el hecho indudable de que, por no haberse discutido a fondo esta cuestión, carecemos

♦ *La cabeza del proletariado manual*, fue escrito por E.G.R. en enero de 1984 para la primera escuela de cuadros de la O.I.R.—L.M.

de un punto de vista común de lo que somos (como organización política) y hacia dónde vamos, se precisa realizar un profundo intercambio de ideas sobre dichos problemas, con el objeto de llegar a una definición política urgente e imprescindible.

En las páginas que vienen a continuación, vamos a exponer, con algún detalle, cuál debe ser, para nosotros, el carácter de nuestra organización y qué tipo de partido revolucionario es el que deseamos que aparezca, con nuestra colaboración, en la política nacional.

De acuerdo con el *legado espartaquista* que, con otros elementos (*línea de masas*, etcétera) conforma la organización a la que pertenecemos, la OIR no puede considerarse a sí misma como un partido, sino como una *organización prepartidaria*. ¿Qué debemos entender aquí por tal cosa? No un embrión de partido que sólo necesita desarrollarse para pasar, en un proceso gradual, cuantitativo, de prepartido a partido. No somos, no debemos considerarnos, ni los primeros tramos del partido ni las vísperas de él. Estamos en contra de la idea de que la OIR va a crear el partido obrero, campesino y popular. No. Sólo vamos a coadyuvar a su surgimiento. En el mismo sentido en que se dice que la liberación de la clase obrera" es obra de ella misma, se precisa asentar que el partido (de libe. ración) de la clase obrera es obra de ella misma. La OIR, consi derada como prepartido, no debe transformarse en partido, deveni_r partido, construir el partido a partir de 10 que es hoy por hoy, sino diluirse o asimilarse al partido obrero, campesino y popula_r (creado en y por las masas) *en la medida y en la forma en que la clase trabajadora manual lo decida*.

El prepartido puede ser comparado con una comadrona. Pero la comadrona no se confunde ni con la madre (*clase trabajadora manual*) ni con el hijo (*partido o cabeza del proletariado manual*).

No sólo debemos considerarnos como una organización prepartidaria, sino como una organización propartidaria, lo cual debe interpretarse en el sentido de que somos una agrupación política que, aunque no pretende transformarse en el partido obrero, campesino y popular, sí se propone promover el que los trabajadores manuales conformen *su' partido*. La *promoción* propartidaria que debe llevar a cabo lo OIR, como organización prepartidaria que es, tiene que presentarse no como la *orientación acabada e indiscutible* del contenido y la forma del partido obrero, campesino y popular, sino como una *proposición* teórico-política a los trabajadores manuales para que emprendan, basados en sus propias fuerzas, la construcción de *su* organización partidaria. Debemos estar en contra, nos parece, de dos desviaciones o conductas de peligrosidad indudable: la tendencia *vanguardista* a sustituir a las masas (argumentando que ellas no pueden

llegar por sí mismas a la conciencia socialista) y la tendencia *espontaneísta* a eliminar o inhibir la participación de la organización prepartidaria (en nombre de que las masas están plenamente capacitadas para generar su partido sin ayuda de nadie). Nosotros pensamos que la madre necesita del auxilio de la comadrona para dar a luz. La *promoción prepartidaria* debe ser, sin embargo, no una *imposición doctrinaria*, sino una *proposición* teórico-política. El contenido fundamental de la *promoción prepartidaria* debe unir dos prácticas claramente diferenciadas: conducir a los trabajadores la idea del partido, en la forma de una proposición, y el instrumental teórico-político necesario para que los trabajadores puedan someterla a una rigurosa crítica que les permita aceptarla (total o parcialmente) o rechazarla. La promoción prepartidaria de nuestra agrupación debe implicar fundamentalmente las siguientes tareas: *teóricas* (elaboración de un anteproyecto de línea política que abarque los *principios* fundamentales de la lucha por el socialismo, la *estrategia* y la *táctica*), *políticas* (inserción en la lucha de clases y permanente aprendizaje de la misma), *organizativas* (colaboración ininterrumpida en la gestación de organizaciones autónomas de masas), *extensivas* (participación en el crecimiento y la proliferación de las organizaciones de masas) y *educativas* o de *formación*. La labor educativa de la organización prepartidaria debe ser asumida como esencial. Consiste, no en "tirar línea", no en determinar lo que hagan y piensen los trabajadores y la forma en que lo hagan, sino en exportar medios *intelectuales* de producción, dotar a los trabajadores (empezando por sus elementos más conscientes o conscientizables) del instrumental teórico indispensable para adueñarse de un espíritu crítico y pensar las cosas con su cabeza. La labor educativa de la organización prepartidaria y propartidaria debe *consistir en ayudar a los trabajadores a prescindir de sus educadores*. De todo lo anterior se deduce que la OIR tiene la necesidad de examinar con todo cuidado en qué parte del proceso de promoción prepartidaria se encuentra, para consolidar lo realizado y emprender con paso seguro algunas de las muchas tareas que debe llevar a cabo para cumplir con sus propósitos.

Con el objeto de comprender de la manera más profunda el carácter prepartidario y propartidario (o promotor) que 'debe asumir claramente nuestra organización política, conviene responder a las siguientes preguntas: *¿qué partido buscamos? ¿Quién lo va a engendrar? ¿Cómo se va a crear? ¿Cuándo?* Tratemos de responder a estas preguntas, aunque empleando inicialmente una forma negativa.

¿Qué partido buscamos? Empecemos por dejar en claro que rechazamos el tipo de partido vanguardista, el que, en nombre del proletariado, del socialismo, de la emancipación del hombre, acaba por

encaramarse en el proletariado, de jinetearlo y, si las condiciones le resultan favorables, de conducirlo a un nuevo régimen de explotación. Desechamos el partido que solamente se define como anticapitalista o enemigo del capitalismo privado pero que, en el fondo, sostiene el ideario *intelectualista* del capitalismo tecnoburocrático de Estado. No buscamos un partido que luche por hacer a un lado a los capitalistas, para entronizar en el poder a los intelectuales y su capitalismo estatal. No. Terminantemente no. Buscamos un partido que sea no sólo antiburgués sino antiburocrático. Que denuncie no sólo la propiedad privada sobre los medios *materiales* de la producción sino también la propiedad privada sobre los medios *intelectuales* de la producción. Un partido que sea *partido destrucción/construcción*. Un partido que no sólo se proponga *destruir* el capitalismo (interviniendo incesantemente en la lucha de clases sin olvidar jamás este propósito) sino que al mismo tiempo se proponga *ir construyendo* zonas de autonomía y embriones de socialismo. Un partido que asuma la necesidad de llevar a cabo, tras del desmantelamiento del régimen económico capitalista, no una sola revolución (la económica) sino varias. No podemos aceptar, en efecto, la tesis de que hay que concentrar todos los esfuerzos en la realización de la "revolución económica" ya que lo demás vendrá por añadidura. Estamos convencidos de que las masas revolucionarias y su partido deben articular diversas revoluciones (la económica, la cultural, la sexual-familiar, la antiautoritaria y el internacionalismo obrero) sin las cuales, hay que decirlo de la manera más decidida, no hay ni puede haber socialismo.

¿Quién lo va a crear? La creación del *partido destrucción-construcción* no es obra de los teóricos. No es tampoco el producto de un "programa revolucionario" realizado en un laboratorio intelectual. Los partidarios de la teoría de que el partido *es* el programa o que tiene como su fundamento esencial el programa, caen en la teoría *idealista* de suponer que un análisis "científico y revolucionario" de la realidad nacional atrae, como un imán, a las masas (cuando la verdad es que se requiere un tipo de *práctica social* especialmente complejo para vincular al pueblo con la teoría de su emancipación) y caen en la teoría *vanguardista*, en el sentido negativo de la expresión (esto es, como el dirigismo que un elemento *ajeno* al proletariado manual ejerce sobre este último) consistente en que los diseñadores o defensores teóricos del programa acaban por convertirse de hecho en los dirigentes de un partido que opera, a su vez, como el jefe político de las masas. El *partido destrucción-construcción* debe ser, en cambio, obra de las *organizaciones autónomas de masas*. No sólo de organizaciones *independientes*, sino *autónomas*. No sólo de organizaciones constituidas *a diferencia* de las instituciones subordinadas a la burguesía,

sino de organizaciones integradas *a partir* de un proyecto socialista convertido, aunque sea embrionariamente, en regla de vida. No sólo *independientes* (y por tanto destructivas) sino también *autónomas* (y por tanto constructivas) . Entre las organizaciones autónomas de masas y el *partido destrucción-construcción* NO DEBE ESTABLECERSE UNA LINEA DIVISORIA DEFINITIVA. *No debe tratarse de dos organizaciones distintas (teórica, orgánica y políticamente diferenciadas), sino de una sola organización.* Debemos hablar, por eso mismo, del *todo continuo masas-partido* entendiendo por ello la *unidad esencial* entre las organizaciones autónomas de masas y el partido obrero, campesino y popular. Las masas, con el auxilio de la organización prepartidaria, deben autodeterminarse como *organizaciones autónomas* primero y deben crear a continuación su agrupación partidaria. Deben crear no dos organizaciones separadas, sino, como dijimos, una sola, *aunque con dos instancias*: la instancia de las masas nucleares en el sentido de las organizaciones autónomas de masas y la instancia de la directiva partidaria *interna a la clase*. Dos instancias porque, dado el desarrollo desigual de la conciencia de los trabajadores, y dadas las enormes dificultades de la lucha por desmantelar el orden burgués y crear el socialismo (desde sus anticipaciones hasta su implantación a nivel social), las masas requieren no sólo un organismo coordinador de las luchas sino, controlada por ellas mismas, una instancia francamente directiva.

¿Cómo debe crearse dicho partido? Digamos, en primer término, cómo pensamos que no debe crearse. Estamos convencidos de que el *partido destrucción-construcción* o, lo que es igual, el partido del proletariado manual, no debe ser organizado mediante el centralismo democrático. El partido, en efecto, es un avance de la futura sociedad; si en su edificio existen jerarquías, éstas reaparecerán en la sociedad posrevolucionaria. El centralismo democrático supone una serie de mecanismos que depositan el poder permanentemente en los cuadros políticos e intelectuales de la organización. Como estos cuadros políticos e intelectuales no son otra cosa que los elementos que monopolizan los medios *intelectuales* de la producción política (conocimientos, experiencias, etcétera), un modelo organizativo que reproduce incesantemente su dominio, como es el caso del centralismo democrático, expresa no sólo los intereses individuales de tales dirigentes, sino la forma anticipada que asumirá la sociedad jerárquica posrevolucionaria. El centralismo democrático, en efecto, es democrático de manera formal y centralista de hecho. Es democrático, aunque de modo nominal, para que su carácter centralista se pueda realizar cabalmente. Es una organización centralizada que beneficia (con los burócratas, los "políticos de experiencia "o los "profesionales de la grilla") a los inte-

lectuales en perjuicio de los obreros, campesinos o colonos. Los marcos organizativos de un partido concebido como *partido destrucción-construcción* deberán ser dados, creemos, no por un centralismo democrático (que no es sino un laboratorio *intelectualista*), sino por una *democracia centralizada*. La esencia de esta forma no consiste en un centralismo (de hecho) que se supone (formalmente) aceptado por la democracia, sino por una *democracia real que se centraliza*, y que se centraliza para adquirir el indispensable monolitismo de la acción política. Mientras el *centralismo democrático* se basa en la idea de que la eficacia política (destruktiva) depende de una "buena" división del trabajo, la *democracia centralizada* se basa en la convicción de que la capacidad política (destruktivo constructiva) depende no sólo de una adecuada división del trabajo sino de la paulatina subversión de ella, de la implantación de una *revolución cultural anticipativa* (socialización sistemática de los conocimientos, rotación de los cuadros en las tareas directivas, etcétera) que le dé al partido el carácter de una organización basada en la *estrategia del comunismo*. Resulta evidente, por último, que la democracia centralizada es la forma organizativa propia del *todo continuo masas-partido*, lo cual significa que no sólo debe imperar en el *partido destrucción-construcción* y en la organización preparitaria, sino en las organizaciones autónomas de masas.

El partido obrero, campesino y popular no debe ser creado suponiendo que es sólo un *instrumento* del que se vale el proletariado para destruir el capitalismo. Estamos en contra de la concepción puramente *instrumentalista* del partido. Rechazamos resueltamente la apreciación que priva, con diferentes grados de conciencia, en muchos marxistas-leninistas y que se puede formular del modo siguiente: "aunque tengamos tales o cuales deformaciones pequeño-burguesas o intelectuales, un partido que exprese los intereses del proletariado, convirtámoslo en un arma de lucha, en un instrumento que les permita a los trabajadores destruir el régimen capitalista, ya que si se logra la finalidad, se creará un hombre nuevo y nosotros mismos seremos transformados". Somos de la idea de que el partido del proletariado manual debe ser creado no sólo como un instrumento de lucha sino como un espacio en que discurra, aunque sea embrionariamente, una nueva forma de vida. No nos cansamos de decirlo: buscamos un partido que no sólo lucha por *destruir* el capitalismo (y que sea, por tanto, un arma o un instrumento en manos del proletariado) sino que pugna por *construir* el socialismo (y que sea, así, un *laboratorio de comunismo* en manos del proletariado manual). *Laboratorio de comunismo* significa asumir, desde ahora, el conjunto de revoluciones futuras. Conlleva el intento, aunque dado de manera embrionaria y plagada de limitaciones, de

hacer nuestras las revoluciones económica, cultural, sexual-familiar, antiautitaria, internacionalista. El *todo continuo masas-partido* debe luchar por convertirse cada vez más en *laboratorio de comunismo*. Este último no debe ser privativo ni de las masas ni del partido, sino orar en ambas instancias y, de manera sobresaliente, en la relación 'de la una con la otra y viceversa.

El partido de la clase trabajadora manual no debe crearse mediante una autoproclamación. Debemos desechar la idea de que si una organización política "adquiere influencia" en las masas, se legitima con ello y puede autoconsiderarse, a partir de entonces, el partido *de* esas masas. Debemos rechazar tal planteamiento porque no es raro hallar un partido formado por obreros y campesinos que sirva sin embargo a los designios de la burguesía o de la intelectualidad tecnoburocrática. Decíamos más arriba que el prepartido no debe transformarse en partido. Y afirmábamos tal cosa para prevenir a la OIR de los peligros de la *autoproclamación*. Nos parece inaceptable que una organización, basándose en la existencia de un programa, un aparato y una influencia en las masas, decida autopostularse como el partido de la clase obrera, los campesinos y el movimiento urbano-popular. Rechazamos también que la auto-proclamación pretenda legitimarse o paliarse mediante una "consulta" a las masas. Esta última, frente al hecho de la autoproclamación y los mecanismos que posee la organización para influir a su "clientela", llevará a cabo la "consulta" como un acto (cuyo "buen éxito" se hallará determinado de antemano) manipulador y demagógico. La autoproclamación representa, de manera inexorable, la usurpación del partido del proletariado manual. *El partido obrero, campesino y popular debe surgir, en cambio, del seno de las organizaciones autónomas de masas. La instancia popular del todo continuo partido-masas debe producir y reproducir incesantemente su instancia partidaria. La instancia popular (aunque sea precaria cuantitativamente en su inicio) debe escoger, de entre sus miembros, los que, por su grado de conciencia y compromiso, puedan formar parte, sin desvincularse de la instancia popular, de la instancia partidaria. La instancia popular debe vigilar y controlar a sus representantes partidarios. El partido obrero, campesino y popular, de ese modo, no será nunca un organismo partidario omnipotente y sin control. La instancia popular le exigirá cuentas y tendrá los mecanismos organizativo-políticos para modificar las cosas si la instancia partidaria deja qué desear. Las organizaciones autónomas de masas acatarán las órdenes, desde luego, del centro directivo y coordinador que se han dado a sí mismas; pero lo harán siempre y cuando tengan el derecho de remover en el momento que lo juzguen adecuado a sus*

representantes de partido. El papel de la OIR en este proceso deberá ser especialmente importante y significativo. Se trata de la organización política que, por su carácter prepartidario y propartidario, se halla dispuesta, como una partera, a sacar de las entrañas de la madre, *en el momento preciso*, al esperado vástago. *La OIR debe, por eso mismo, no sólo promover la aparición de organizaciones autónomas de masas, sino, en ellas, la necesidad de dar a luz el partido destrucción-construcción.*

¿Cuándo debe crearse el partido? El propósito de crear, en el seno de las organizaciones autónomas de masas, el partido de clase, resultaría inconveniente, por prematuro, si las masas organizadas se hallaran inmaduras políticamente para hacerlo. Se trataría no de un parto normal sino de un aborto. Dejar la *instancia partidaria* en los de organizaciones de masas inmaduras es dejarla en manos del atraso, la espontaneidad y la ignorancia. Es dejarla en manos de la ideología y el localismo. Podría significar, incluso, abrir las puertas a elementos indeseables y agentes del enemigo. Por eso es un requisito fundamental para la creación del partido obrero, campesino y popular que *las organizaciones de masas tengan madurez política*, que sean no sólo independiente sino autónomas. El papel de la organización prepartidaria se revela aquí nuevamente como extraordinariamente decisiva. La OIR-LM no sólo debe pugnar, en su interior, contra todo intento de autoproclamación, sino debe luchar, en el seno de las masas en las que se halle trabajando, contra todo nacimiento prematuro de la *instancia partidaria*. *¿Cuándo debe crearse el partido obrero, campesino y popular?* Cuando se cumpla el proceso de gestación. Cuando las masas organizadas pasen de inmaduras a maduras. Cuando transiten de la sumisión a la independencia y de la independencial a la autonomía. Hablar de la madurez política de las masas no significa la adquisición de una conciencia política óptima. Tan es imposible, en las condiciones capitalistas, adquirir una madurez política de alto nivel que las masas (o la *instancia popular*) requieren, dado el desarrollo desigual de la conciencia trabajadora, de un *instancia partidaria* que centralice el conocimiento (no sólo del presente sino del pasado y el futuro) y que al mismo tiempo que aprenda de las experiencias *particulares* de las masas vuelque a ellas la enseñanza de sus experiencias *generales*. Las organizaciones autónomas de masas no requieren, para dar a luz su *instancia de partido*, una madurez política absoluta sino relativa. Necesitan hacer suya la necesidad de un partido de clase y de asumir las consecuencias teóricas, prácticas y organizativas que ello implica. Esta relativa madurez política, promovida por la organización prepartidaria, se llevará a cabo, creemos que en tiempo no demasiado largo, cuando las masas organizadas, y en las cuales tenemos peso político, adquieran conciencia de las respuestas a

las preguntas que nos hemos hecho en este texto, esto es, *qué* partido debemos buscar, *quién* lo va a crear, *cómo* deberá gestarse y finalmente *cuándo* deberá nacer. Sospechamos, sin embargo, que las dificultades mayores para iniciar la "larga marcha" hacia la creación del partido de la clase trabajadora manual, no están en las masas, prestas a recibir con entusiasmo una orientación que interprete correctamente sus intereses, sino en el organismo promotor (en nosotros mismos) porque, en efecto, cuántos prejuicios, intereses creados, resistencias, deberán ser combatidos y eliminados para que, de manera animosa y unificada, podamos cumplir la labor histórica de promover en las masas la idea de crear su propio partido, de aclarar, con nuestra entusiasta promoción, dicho proceso y, por último, de enterrar a la OIR el día mismo en que nazca el partido obrero, campesino y popular.

CAPITULO IX

LAS ORGANIZACIONES AUTÓNOMAS DE MASAS Y EL PARTIDO

1. ¿Vanguardismo intelectual o dirección obrera?

• Escrito fechado el 26 de mayo de 1984.

La teoría leninista del partido atranca del reconocimiento de que, en el capitalismo, no sólo impera la contraposición de clases, sino también, aunque jugando un papel subordinado, *la división vertical del trabajo*, esto es, el desdoblamiento de la fuerza laboral en dos polos: el trabajo mental y el trabajo físico. Como Lenin, al igual que sus maestros, considera la sociedad capitalista integrada fundamentalmente por dos clases sociales antagónicas (el capital y el trabajo), asocia de hecho el trabajo intelectual a los dueños de los medios materiales de la producción del trabajo manual a los desposeídos de tales medios. Es indudable que hay capitalistas que trabajan manualmente, como hay obreros que lo hacen de manera intelectual; pero la regla, lo predominante es que, por razones objetivas, socioeconómicas, el trabajo teórico se halle vinculado generalmente a los capitalistas y el trabajo material a los obreros. La teoría leninista del partido arranca, pues, de reconocimiento de que existe en la formación capitalista un *desarrollo desigual de la conciencia social*.

La *ciencia revolucionaria* se halla, o puede hallarse, en la intelectualidad pequeño-burguesa, es decir, en un sector específico del polo superior de la sociedad capitalista, mientras que en el otro polo hay una masa ignorante en términos generales que oscila del conformismo al descontento o viceversa, de acuerdo con el predominio del "instinto revolucionario" o de la sumisión. El análisis leninista advierte la existencia de esta paradoja: los poseedores de la teoría del cambio no pueden convertir en fuerza material sus *ideas* sin la clase obrera, en tanto que la clase esencialmente revolucionaria, por el puesto que ocupa en el desarrollo desigual de la conciencia social, no puede realizar su *destino histórico* sin los intelectuales, careciendo, como carece, de los conocimientos necesarios, para llevar a cabo su autoliberación. ¿Cuál es para Lenin la solución a esta paradoja? Crear un órgano que tenga como función primordial, combatiendo el atraso de las masas, su particularismo, sus tendencias economicistas, etcétera, hacer llegar la teoría revolucionaria al sujeto histórico potencial; en una palabra, una organización política destinada a convertir el proyecto teórico-político emanado de los intelectuales (pero que —supuestamente— expresa los intereses del proletariado manual) en fuerza material, histórica. La vanguardia del proletariado estará formada, entonces, por intelectuales y obreros; pero por intelectuales que abandonan los intereses de la burguesía y por obreros que hacen a un lado sus limitaciones artesanales y su ignorancia teórico-política. Intelectuales *proletarizados* y proletarios *intelectualizados*. Resultado de este análisis es que, de acuerdo con Lenin, debe crearse un

organismo político que se diferencie simultáneamente de la burguesía y *del proletariado empírico*. Se trata de un partido que traza una línea demarcatoria entre él y la burguesía (en virtud de que encarna una organización opositora, de combate) y que traza otra línea divisoria entre él y la clase obrera (porque no puede rendirle culto a la lucha espontánea, al economicismo, al atraso reformista de los trabajadores). El partido debe ser, frente al proletariado, un *intelectual colectivo* (Gramsci), una organización que, diferenciada de la burguesía, lucha con el proletariado (y a veces contra sus "desviaciones" o sus "prejuicios") por la instauración del régimen socialista. La consecuencia de la teoría leninista del partido es la *separación* entre la vanguardia de la clase y la clase. Esta separación, esta exterioridad, se halla, sin embargo, velada frecuentemente por el hecho de que el partido influye en ciertas masas y dice representar, sus intereses. Más adelante analizaremos por qué y cómo una organización de masas puede ser, y generalmente lo es, *externa* respecto a los sectores en los que tiene presencia. Ahora subrayamos tan sólo el hecho de que la separación *partido-clase obrera* debe superarse, de acuerdo con el leninismo, mediante lo que suele llamarse la *exportación de la conciencia*. El partido, el intelectual colectivo, consciente de que (de acuerdo con el desarrollo desigual de la *conciencia social*) la teoría está de su lado, la exporta sistemáticamente al proletariado, con lo cual impulsa a la clase para que se vaya de la lucha económica a la política y de ésta a la revolucionaria.

Hasta aquí la posición leninista. A partir de ella se imponen varias reflexiones. Empecemos por una que se refiere a la unificación que hace todo vanguardismo, incluyendo el leninista, entre el intelectual y la ciencia revolucionaria. Este vanguardismo supone que la conciencia socialista es un atributo exclusivo de los intelectuales (o de los obreros convertidos en intelectuales). Esta creencia revela ya, como tendremos ocasión de irlo explicando poco a poco, el *intelectualismo clasista* de sus defensores. En realidad los medios *intelectuales* de producción (los conocimientos, experiencias, etcétera) pueden ser adquiridos por amplios sectores del proletariado manual. Los obreros no están imposibilitados a perpetuidad para adquirir la información y los conocimientos indispensables que requiere su lucha liberadora.

Es cierto que el proceso de adquisición de estos conocimientos ni es fácil ni puede abarcar de golpe a toda la clase trabajadora; pero no es posible sostener la concepción ahistórica y metafísica del vanguardismo leninista consistente en suponer que los obreros en el capitalismo están eternamente incapacitados, dados sus condiciones materiales de existencia,

para hacer suyos los conocimientos y la facultad de análisis necesarios para su lucha revolucionaria. La historia cambia incesantemente las cosas, y lo que no es posible en una época, sí lo es, porque han surgido nuevas circunstancias, en otra. Nosotros pensamos que la historia está del lado de la autoliberación de la clase obrera. La forma concreta en que se empieza a expresar esto, la veremos más adelante. Por ahora pongamos de relieve que sólo si los obreros adquieren los conocimientos y la capacidad teórica de analizar las circunstancias, conquistarán la autonomía y, con ella, la posibilidad de autoemanciparse.

La teoría leninista habla también del desarrollo desigual de la *conciencia obrera*. Hay una minoría de obreros que se halla politizada, frente a una mayoría que carece de esa politización. Hay quienes se encuentran ocupados y preocupados incesantemente por la lucha, frente a quienes sólo reparan en ella en momentos especiales (una huelga, la represión policíaca, etcétera). Si a los primeros los consideramos la *vanguardia obrera* y a los segundos el *ejército del trabajo*, podemos afirmar, de acuerdo con la teoría leninista, que mientras la *vanguardia obrera* (que no debe ser confundida con la vanguardia política o el partido) interviene de manera *continua* en la lucha, el ejército del trabajo lo hace de manera *discontinua*, en la forma del flujo y el reflujo. La teoría del desarrollo desigual de la *conciencia obrera*, lleva a Lenin a examinar no la posible conversión de la *vanguardia obrera natural* en *vanguardia política*, sino a considerar' a dicha vanguardia, a esa minoría de obreros politizados, "como la correa de transmisión" de las consignas partidarias. He aquí, entonces, otro de los aspectos de su vanguardismo. La organización del destacamento de lucha guarda una sospechosa analogía con el ejército: el *Estado mayor* equivale al partido, la *vanguardia obrera natural* a la oficialidad y la *tropa* a la clase obrera en su conjunto.

Si haciendo a un lado la maleza exuberante de la ideología y los prejuicios, se logra advertir que no sólo los burgueses tienen *intereses de clase* (basados en su propiedad privada de los medios *materiales* de la producción), sino que otro tanto ocurre con los intelectuales (cuyos intereses se fundan en su apropiación de los medios *intelectuales* de la producción y en su necesaria consecuencia: *saber es poder*), el análisis de la relación *partido-masas* adquiere otro sentido. Hay que partir, sí, del *desarrollo desigual de la conciencia y del desarrollo desigual de la conciencia obrera*; pero interpretando ambos aspectos desde una diferente perspectiva teórico-política. El desarrollo desigual de la *conciencia social* debe su existencia a la contradicción de clases que existe en el sistema burgués. La contradicción principal en el capitalismo es la que se establece entre el

capital y el trabajo, la secundaria es la que se origina, en el seno del trabajo, entre el trabajo mental y el trabajo físico. Del hecho de que, por obra y gracia de la división vertical del trabajo en un polo aparezca la labor intelectual y en el otro la ignorancia, no se puede concluir, como lo que hace el vanguardismo leninista, que el destino histórico, revolucionario, de los intelectuales, desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera, sea "dirigir" a los trabajadores físicos en su lucha contra los burgueses para instaurar el verdadero socialismo. No se puede concluir tal cosa porque los intelectuales en general (con inclusión de los revolucionarios) tienen *intereses especiales*, contrapuestos a los trabajadores manuales de la ciudad y el campo. No es posible compaginar el principio *marxista* de que la liberación de la clase obrera es obra de ella misma con el principio *leninista* de que dada la división del trabajo, los intelectuales deben constituir el Estado Mayor de los obreros en lucha.

La intelectualidad revolucionaria, independientemente de sus intenciones subjetivas, conducirá la lucha, no de acuerdo con los intereses históricos de la clase obrera, sino con sus propios *intereses especiales*. Combatirá, sí, junto con los trabajadores, a los capitalistas; pero una vez desmantelado el poder de éstos, se impondrá en la vida social como el nuevo amo. El desconocimiento o el silenciamiento deliberado de la existencia de *intereses clasistas especiales* en los intelectuales conduce a la *revolución proletario-intelectual*, es decir, a la revolución hecha por los proletarios de la ciudad y el campo; pero usufructuada por la intelectualidad tecnoburocrática.

Para abandonar la perspectiva intelectualista, también hay que considerar el desarrollo desigual de la *conciencia obrera* desde un enfoque distinto. Ciertamente existe en la clase trabajadora manual una estratificación política (una minoría de obreros se halla politizada o en vías de politizarse y una mayoría se encuentra sumida en un atraso político evidente); pero de aquí no podemos concluir que la *vanguardia obrera natural* debe funcionar como una mera correa de transmisión" de la *vanguardia política*. No. Se trata de coadyuvar a la conversión de la *vanguardia obrera* en *vanguardia política*, de reasumir el principio de la autoliberación de la clase obrera, para lo cual se requiere no sólo rechazar el "jineteo" de la intelectualidad y de sus *intereses especiales* sobre los trabajadores sino de crear su propia dirigencia, su vanguardia interior, su partido de clase en el sentido más profundo del término. Se trata de eso, pero además se trata de sustituir la *exportación extraclasista* de la conciencia (o sea la relación *partido externo-masas*) por la *exportación intraclasista* de ella (o sea la relación *partido interno masas* o, lo que es igual, *vanguardia obrero-campesina/masas*).

No sólo somos enemigos del *vanguardismo exterior*, sino también lo somos, y con la misma decisión, del *espontaneísmo*. Hay quienes, después de combatir denodadamente en contra de las "vanguardias intelectuales", los "partidos exteriores", etcétera, dan un bandazo y confían en que la clase obrera de manera espontánea destruirá el capitalismo y conseguirá el socialismo. Esta es una desviación *obrerista vulgar* o *manualista*. El espontaneísmo, al rechazar la teoría y la dirección, la ciencia revolucionaria y la unidad de mando, se halla confinado por necesidad a los límites de la mediatización burguesa o a los intentos frustrados de destrucción del sistema capitalista.

2. *Las dos instancias del todo continuo masas-partido.*

Nuestra concepción del *todo continuo masas-partido* se basa en el rechazo de que la *organización partidaria* y la *organización de masas* tienen que ser forzosamente organizaciones diferenciadas. Creemos que deben convertirse, después de un arduo proceso, *en una sola*, aunque con dos instancias.

Nuestra proposición implica la gestación de un bloque político que rechace tajantemente el vanguardismo externo y el espontaneísmo, y se organice para que fluya permanentemente la *exportación intraclasista* de la conciencia y predomine una acción política, desde el punto de vista de la estrategia y la táctica, fincada en la ciencia revolucionaria.

El todo continuo masas-partido estará compuesto, por dos *instancias*: *la popular* y *la partidaria*. Nuestro punto de vista, nuestra proposición, es que la *instancia partidaria* de los trabajadores manuales no sea simplemente autoproclamada, sino que sea electa por *la instancia popular*, pero electa, ojo con ello, dentro de ciertas condiciones.

La *instancia popular* tenderá a hallarse organizada en los distintos sectores que integran la sociedad mexicana: obreros, campesinos y colonos. En cada uno de ellos pugnará por conformar, a partir de las unidades de base de la instancia popular, reunidas en asambleas, las organizaciones autónomas de masas (las OAM). Estas unidades de base serán, por ejemplo, los consejos y/o sindicatos revolucionarios en lo que a los obreros se refiere; las comunidades y/o ejidos revolucionarios en lo que atañe a los campesinos, y los barrios y/o manzanas en lo que alude a los colonos. Puede haber también *fracciones autónomas de masas*, es decir sectores democráticos de organizaciones amplias (sindicatos, comunidades, estudiantes, etcétera), en los que se ha realizado un trabajo político de democratización y que pugnan, a su vez, por democratizar a la organización social o política de la

que forma parte.

Aunque estratégicamente las OAM obreras son, en México, más importantes que las OAM campesinas y que las urbano-populares, tácticamente se puede (y de hecho se está haciendo así) iniciar el proceso por las últimas.

La *instancia partidaria* o el partido obrero, campesino y popular (POCP) surgirá, por ende, de las unidades de base de los diversos sectores de la *instancia popular*. Se deberá luchar para que haya una instancia partidaria *obrero* (consejista y/o sindical revolucionaria), una instancia partidaria *campesina* (comunal y/o ejidal revolucionaria), y una instancia partidaria *urbano-popular* (de barrios y/o manzanas). La *instancia partidaria* puede ser *individual* (correspondiente a cada OAM), *particular* (correspondiente a varias OAM) o *general* (correspondiente a todas las OAM).

3. *Los tres tipos de organizaciones de masas.*

Conviene hacer notar que se pueden distinguir tres tipos de organizaciones de masas: las organizaciones mediatizadas por la burguesía, las organizaciones independientes de masas (OIM) y las organizaciones de proyecto autónomo (OAM). En el mejor de los casos, las organizaciones en que tenemos influencia son OIM; pero no OAM. Las OAM son un proyecto político, no una realidad.

Es importante subrayar que mientras las *masas independientes* tienen una vanguardia *externa*, autoproclamada, las masas autónomas generan una vanguardia *interna*, electa. Las OIM son dirigidas, de hecho, por el *sector histórico* de la *clase intelectual*, o sea, aquel que, a diferencia de otras fracciones de la misma clase, pugna, conscientemente o no, por dismantelar un orden social (el capitalismo) que la tiene sometida, para establecer un régimen (el intelectual-burocrático) en que la clase mencionada ocupará los lugares, centrales de mando. Las OAM se autodeterminan y autogobiernan. La condición posibilitante de las OAM es su reconocimiento, su convicción de la necesidad de crear *su* dirección (interna) y llevar a cabo la elección oportuna de *su* partido. Las OAM empiezan a existir, en efecto, en el momento en que, en un proceso gestativo adecuado y no prematuro, generan su autodirección, destinada a eliminar tanto el espontaneísmo y la dispersión cuanto las ingerencias externas vanguardistas. *El salto de la independencia a la autonomía implica el reconocimiento teórico-político de la existencia de la clase intelectual y su función histórica.* No puede haber OAM con una *dirección partidaria*

autoproclamada. La autoproclamación, el considerarse la dirección científica y revolucionaria de las masas, independientemente de ellas, es la actitud típica de la "intelectualidad revolucionaria" marxista-leninista, esto es, de la *fracción histórica* de la *clase intelectual*. La *dirección partidaria autoproclamada*, aunque se halle "avalada" por la influencia, la manipulación o la "consulta", aunque se encuentre "muy populistamente" integrada a las masas, aunque declare carecer de "intereses especiales" frente al proletariado manual, representa un obstáculo, si no para su *independencia* respecto a la burguesía, sí para su *autonomía de clase*. Las organizaciones de masas que poseen una dirección autoproclamada (esto es, no electa) son *organizaciones heterónomas de masas*, (OHM). La heteronomía es, como se sabe, lo opuesto a la autonomía. Cuando Marx dice que la clase obrera debe autoliberarse, hace referencia a la *autonomía*; cuando Lenin asienta que, como la clase obrera no puede por sus propias fuerzas advenir a una conciencia socialista, necesita una vanguardia externa, se asocia a la heteronomía. Autonomía implica autogobierno. Heteronomía, dirección ajena. La heteronomía puede ser *burguesa* (abierta o solapada como en el caso del reformismo) o *intelectualista* (independencia y hasta, a veces, capacidad destructiva). Las OAM, a diferencia de las OHM, se autogobernarán: abandonarán la mediatización burguesa y aun la mera independencia de masas (*destructiva*) a favor de una autonomía que es *destructivo-constructiva*, es decir, que al mismo tiempo de luchar contra el capitalismo *con la mayor eficacia posible*, va construyendo desde ahora las premisas o los embriones del socialismo.

Se precisa aclarar, antes de terminar este inciso, que no concebimos el *todo continuo masas-partido* con el carácter que atribuían los socialistas utópicos a los *falansterios*, *armonías*, *icarias* o *zonas liberadas anticipativa*. No estamos a favor de crear supuestos "islotos comunistas" en medio del capitalismo. No somos socialistas utópicos que absolutizan el papel del "ejemplo". Pero el bloque autónomo por el que pugnamos no es tampoco un mero instrumento de lucha, algo puramente destructivo. No es ni un jardín ni un ariete. Es, simultaneando ambos aspectos, arma de combate y organización de masas *destructivo-constructiva*. Es, o debe ser, un *laboratorio de comunismo* en que se pugne por combatir todas las enajenaciones que padece el hombre actual (públicas y privadas) y en que se intente de manera constante llevar a cabo un nuevo concepto de la vida y de las relaciones sociales, familiares y personales.

4. *Las tres características esenciales del POCP.*

En todo partido político, como en el Estado, podemos discernir tres aspectos: *su carácter* (o naturaleza de clase), *sus funciones* y *su composición*. El *carácter* del POCP lo define como *la* organización política que sirve a los intereses del *proletariado manual* diferenciándose de manera organizativa, teórica y política tanto de la *clase burguesa* y todas sus facciones, cuanto de la *clase intelectual* y todos sus sectores. Las *funciones* de este partido se orientan esencialmente a lo que ya hemos expuesto: la destrucción y la construcción. La *composición* del POCP será esencialmente de trabajadores manuales de la ciudad y el campo. Por eso la estrategia de la construcción partidaria es trabajar fundamentalmente con los trabajadores manuales que constituyen la gran mayoría de la sociedad mexicana. Trabajadores intelectuales podrán pertenecer al POCP; pero con una condición: que sean intelectuales *desclasados*, es decir, intelectuales que no sólo son anticapitalistas, no sólo hablan de un enemigo de la clase obrera y de los campesinos: la *burguesía* (silenciando consciente o inconscientemente al enemigo *tecnoburocrática*), sino que reconocen que existe una *clase intelectual* con sus *intereses especiales* y admiten pertenecer a dicha clase desde el punto de vista de su extracción clasista; pero que están dispuestos a desligarse de los intereses de ella y hacerse copartícipes de los del proletariado manual. Creemos que uno de los roles fundamentales del prepartido propartidario es no sólo promover, hacia afuera, en las filas del proletariado manual o de las organizaciones de masas, la necesidad del partido interno y electo por las masas, como veremos más adelante, sino crear, a su interior, la conciencia de la naturaleza histórico-social de la intelectualidad para convertir a la agrupación en un gran *laboratorio de desclasamiento* de los intelectuales respecto a su clase.

5. *La organización de la instancia partidaria.*

La organización de la instancia partidaria podrá irse conformando, en un esquema abstracto que puede ser modificado parcialmente por las condiciones concretas, del modo siguiente: *la instancia partidaria individual* (integrada como *célula de partido*) se une con otras de la misma localidad o región hasta formar la *instancia partidaria regional*, y las instancias partidarias regionales se unen hasta integrar la *instancia partidaria nacional*. Esta última no es otra cosa que la *base partidaria* electa por las OAM. La *instancia partidaria* —que posee un franco carácter directivo y no sólo coordinador— tiene una situación intermedia porque es, simultáneamente, la *dirección* de las masas organizadas en el sentido de la autonomía y la *base* del POCP. Esta base, constituida en Asamblea o Congreso (plenario o

representativo, según las condiciones) elige a sus órganos dirigentes a nivel local, regional o nacional. La organización de masas, entonces, elige a la instancia directiva que, asociada con otras, forma una *instancia partidaria integrada* que, reunida en Congreso o Asamblea deliberativa y resolutive, elige, a su vez, a los organismos directivos de la *instancia partidaria*.

6. Momento en que debe elegirse la instancia de partido por las masas.

¿Cuándo debe llevarse a cabo la elección de cada *instancia partidaria* individual por su *instancia popular*? Cuando existe madurez política, esto es, cuando conquisten las masas una idea clara de lo que significa teórica y prácticamente la construcción de su autonomía. El propósito de crear, en el seno de las organizaciones de masas, el partido de clase, devendría inconveniente, por prematuro, si las masas organizadas se hallaran inmaduras políticamente para llevarlo a cabo. Se trataría de un aborto o un nacimiento deforme o inconveniente. El prepartido debe luchar, en el seno de las masas en que se halla trabajando, contra todo nacimiento precoz de *la instancia partidaria*; aunque también debe combatir toda tendencia (emanada de la actividad política tradicional y de los "instintos vanguardistas" no superados) a retrasar o postergar ilimitadamente el proceso conformativo de la dirección *interna*. ¿Cómo podrá generar el prepartido la conciencia de la necesidad de su partido interno, propio, suyo, en las masas? Además de continuar, reforzar y ampliar, su trabajo cotidiano con ellas (lucha económica, política, teórica, etcétera) el prepartido debe coadyuvar a crear en ellas: a) *la conciencia de la necesidad impostergable de dar a luz su partido*, b) *la forma de elegirlo* y c) *la manera de controlarlo*.

a) Para promover en las organizaciones de masas la *conciencia de la necesidad impostergable de dar a luz su partido*, se requiere que la organización induzca a ellas a la toma de conciencia, al convencimiento de la insuficiencia de la *lucha económica* y la necesidad de la *lucha política*; de la insuficiencia de la *lucha regional* y la necesidad de la *lucha nacional*; de la insuficiencia de la *lucha dispersa* y la necesidad de la *lucha centralizada*; de la insuficiencia de la *experiencia inmediata* y de la necesidad de la *ciencia revolucionaria*, en fin, de la insuficiencia de la lucha espontánea y la necesidad de una *dirección política*. Al llegar a este punto la *organización promotora* debe mostrar a las masas no sólo la diferencia entre el partido *interno* y *externo*, sino la del *partido interno* o "*integrado*" (pero autoproclamado y fungiendo, por ende, como *vanguardia solapada*) y el *partido interno electo por las masas que buscan autonomizarse plenamente*.

b) Para promover en las organizaciones de masas la forma de *elegir a su partido interno*, hay que sugerirles la necesidad de que las *unidades de base* de las organizaciones de masas se conviertan en Asambleas; de que las Asambleas determinen, de acuerdo con el colectivo y sus necesidades particulares, y, cuando existan otras OAM, de conformidad con la *instancia partidaria integrada* [que contemple, por ejemplo, la necesidad de una cierta proporcionada] cuántos *delegados partidarios* requieren, qué características personales, políticas, etcétera, deben poseer sus dirigentes y qué tipo de votación debe ser llevada a cabo para elegir sus representantes de partido: si la unanimidad, la mayoría simple o la mayoría compleja.

e) Para promover en las organizaciones de masas la *manera de controlar a sus representantes de partido*, hay que inducirlos a que sus Asambleas (y, si existe la *instancia partidaria integrada*, de conformidad con ella) hallen los mecanismos adecuados para vigilar y pedir cuentas a sus *delegados partidarios* (ya que éstos no sólo deben disciplina a la *instancia partidaria* sino, igualmente, a la instancia popular de donde provienen) y decidir las sanciones a que pueden hacerse acreedores los *representantes de partido* que traicionen sus obligaciones, incluyendo entre aquéllas el principio del *derecho de las masas organizadas a remover en cualquier momento a cada uno de los delegados a la dirección partidaria*.

Es importante aclarar que la *unidad masas-partido* presentará características muy diferentes cuando se trate del proceso incipiente de gestación de una o pocas OAM (con su instancia o sus instancias partidarias separadas), o cuando se trate de una cadena de OAM que tengan ya una *instancia partidaria integrada*.

El prepartido debe suscitar en las masas no sólo la idea de elegir a sus *delegados partidarios*, sino *controlarlos constantemente*. Los derechos y deberes de los delegados de partido ante sus electores de éstos ante los primeros es algo que debe ser discutido entre la organización promotora y las organizaciones de base, primero, Y, cuando empiece a surgir la *instancia partidaria integrada*, entre la preorganización, la instancia partidaria integrada y las organizaciones de masas. Cuando desaparezca la organización promotora, el tema en cuestión será un problema que, como otros muchos, tendrán que resolver la *instancia partidaria* de común acuerdo con la *instancia popular*. Hay, sin embargo, algunos aspectos que, desde ahora, parecen evidentes; por ejemplo, que cada representante partidario tendrá la obligación de llevar el punto de vista de su *organismo de base popular* a la *instancia partidaria* y de informar constantemente a sus electores de los planteamientos y decisiones del partido.

La labor del prepartido ante las masas organizadas no sólo debe ser

verbal, de transmisión de experiencias, de intercambio de ideas y de colaboración práctica (lo cual sólo puede llevarse a cabo si se consolida la *integración* de los cuadros políticos promotores en las organizaciones de masas) sino a través de documentos accesibles, con una clara orientación política y que respondan al proyecto de generar en las organizaciones de masas no sólo OIM sino OAM.

Hay, sin embargo, diferentes tipos de integración. Hay integraciones caudillescas; interiores *en apariencia* a las organizaciones de masas; pero externas de hecho a ellas, ya que se basan en la auto-proclamación (o la ausencia de elección) y en el consenso de una masa acrítica y manipulada. Hay, en cambio, integraciones reales en que ciertos cuadros, que actúan no sólo como maestros sino como alumnos, no sólo como dirigentes sino como dirigidos, buscan, al actuar efectivamente como promotores, que la organización de masas deje de ser objeto para convertirse en sujeto y conquiste, así, su autonomía, su autogobierno y, con él, *una instancia partidaria integrada, como uña y carne, a su instancia popular*.

7. El pluripartidismo de las OAM.

En la *instancia popular* de las OAM, por tratarse de organizaciones de masas, podrá haber influencia de varios grupos y partidos políticos; en la *instancia partidaria* se prohibirá tal cosa. Mientras la *instancia popular* admitirá seguramente el pluripartidismo (con la condición de que en ella tenga hegemonía la idea y la práctica del partido destrucción-construcción, esto es, del partido interno y electo por las masas) la *instancia partidaria* tiene que ser monopartidista. Es bueno el pluripartidismo en la *instancia popular* que asume la idea y la práctica del partido obrero, campesino y popular ya que siendo cualitativamente diverso el partido interno a los partidos externos y autoproclamados, confrontar constantemente las dos ideas de partido, el propio y los ajenos, el que emana de su autonomía y los exteriores, resultará algo educativo y permanentemente aleccionador.

Los miembros de la *instancia popular* de las OAM (incluyendo los afiliados a los grupos o partidos externos) podrán elegir a la *instancia partidaria* a cualquiera de los integrantes de su instancia de base con excepción de quienes pertenezcan a un partido autoproclamado cualquiera, porque *el POCP no admitirá doble militancia*. Creemos que los afiliados a partidos externos deben tener derecho de votar (como todos los integrantes de la *instancia popular* de las OAM) por los *representantes de partido*, porque son parte de ellas, y a nadie debe privársele de tal derecho. No podrán, sin embargo, votar por elementos con partido, ya que la *instancia*

partidaria es la representante de las masas autonomizadas precisamente respecto a todos los partidos autoproclamados. ¿Puede haber el caso de enemigos de la clase trabajadora manual que se infiltren en el partido? Desde luego. Pero cada vez menos y con mayor dificultad, porque crecerá la conciencia y la vigilancia en la *instancia popular*, además de que, desde el principio, y con la ayuda de la organización promotora, deberán tomar las OAM medidas especiales encaminadas a impedir tal cosa. Repárese, por otra parte, que en el otro modelo de partido (el externo o interno sólo en apariencia) es toda una clase enemiga la que se infiltra: la *clase intelectual*. En la *instancia popular* puede existir el *pluripartidismo*, asentábamos. Y añadíamos que, desde el punto de vista de los intereses primordiales de las OAM, eso es conveniente siempre cuando el prepartido —y, con él, su promoción propositiva partidaria— adquiera la hegemonía política dentro de una organización de masas determinada. ¿Qué entendemos por *hegemonía*? Que prevalezca un proyecto. Que se asuma conscientemente. Que la organización de masas lo haga suyo y esté dispuesta a darle cuerpo Y realidad. Significa también que se respete a las minorías, las cuales tienen el derecho a dar su opinión, intervenir en la vida de la OAM y operar como grupos de presión. El prepartido primero y el todo continuo masas-partido, después, pugnará denodadamente, tras de conquistar la *hegemonía destructivo-constructiva*, por consolidarla, ampliarla, reproducirla y extenderla. Esta hegemonía es *el* anuncio de la *hegemonía socialista* donde podrán existir, y es bueno que existan, diversos partidos políticos.

8. *La forma organizativa del bloque popular autónomo.*

La forma organizativa del todo continuo masas-partido (y no sólo de alguna de las dos instancias) no puede ser el *centralismo democrático* —que es, como hemos explicado en otros sitios, la *forma de los partidos autoproclamados*, que dirigen sin ser controlados y se caracterizan por su *exterioridad* franca o solapada—, sino la *democracia centralizada* que implica la revolución cultural anticipativa y el laboratorio de comunismo.⁸⁹

9. *La lucha legal o ilegal.*

Tanto el prepartido como el POCP deberán conquistar una clara idea de la lucha legal o ilegal, abierta o cerrada. Por ejemplo: durante el período de penetración y pugna por adquirir influencia en una organización

⁸⁹ Consúltense el Capítulo IV del presente libro.

de masas tanto el prepartido cuanto el partido (cuando realice tareas de extensión), emprenderán una lucha que deberá ser frecuentemente cerrada, clandestina. Cuando se conquiste la hegemonía tendrá que ser abierta (hacia el interior de la organización de masas), aunque cerrada hacia afuera. Como es obvio, una instancia popular individual no puede tener una instancia partidaria clandestina. El prepartido y el POCP deberán idear diversas formas de combinación de la lucha legal e ilegal de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas de la coyuntura.

10. *¿Cómo se resolverán los conflictos entre una OAM y la dirección partidaria?*

No pretendemos en este texto diseñar unos *estatutos o reglamentos* del todo continuo masas-partido. Creemos que tal tarea podrá llevarla a cabo la organización prepartidaria, para presentarla como proposición a las organizaciones de masas, cuando haga suyo el proyecto de partido que aquí esbozamos. Sin embargo, pensamos que los estatutos deben orientarse, en lo que el capítulo de las posibles contradicciones entre la *instancia partidaria* y la *instancia popular* se refiere, en el *principio general de que la instancia popular tiene preeminencia sobre la partidaria*. Principio que podrá funcionar de los siguientes modos:

1. Si hay contradicciones entre la instancia partidaria individual y la popular en una OAM, la popular es quien torna la decisión última.
2. Si hay contradicciones entre una OAM y la instancia partidaria integrada regional, esta última, por ser la representante de todas las OAM de una región, es la que tiene primacía.
3. Si hay contradicciones entre la instancia partidaria integrada regional y la instancia partidaria nacional, esta última, por ser la representante de todas las OAM, es la que tiene preeminencia.

11. *Construcción y destrucción del partido.*

Decir que es necesario ir creando autonomía en las organizaciones de masas en que tenemos influencia, equivale a afirmar que hay que ir creando partido. La etapa de destrucción del capitalismo —*que no debe ser nunca relegada a segundo plano*— es la etapa de construcción del partido, de un partido no sólo "de nuevo tipo" sino de *diferente esencia*: el partido anticapitalista y antiburocrático de los trabajadores manuales. El partido es un proceso. No un acto. Es el resultado de una *"guerra popular*

prolongada" de las masas, con el auxilio de la o las organizaciones promotoras, para autodeterminarse. En el capitalismo este proyecto no puede abarcar como se comprende, a *todas* las masas, sino que sólo aglutinará a un grupo de ellas que, con una clara idea y una práctica consecuente, lucharán por llevar a cabo las tareas destructivas y las constructivas (anticipatorias) . En las organizaciones de masas influidas por la preorganización se deberá pugnar no sólo por alcanzar la independencia sino la autonomía. Se luchará, pues, por el *partido interno*. Pero en un principio se tratará de un partido embrionario, partido que debe trabajar, junto con la organización prepartidaria, en organizaciones de masas en que "no tiene presencia, para adquirir ésta y, tras ello, la hegemonía, ya que esta última como predominio de la idea de la necesidad del partido destrucción-construcción— es la condición necesaria para crear la autonomía, el autogobierno, el partido de los propios trabajadores manuales. El trabajo en las organizaciones de masas, aunque se carezca de hegemonía, servirá para influir en su acción política.

El *POCP generalizado* o, lo que es igual, el establecimiento de OAM a nivel nacional, sólo se podrá llevar a cabo después de la revolución socialista. Pero con esto, que será su momento culminante, se iniciará su proceso de extinción. *Si la fase de destrucción del capitalismo es el período histórico de construcción del partido, la fase de construcción del socialismo — tendiente a universalizar la autogestión—, es la fase de la destrucción del partido.* El proceso de extinción del partido implicará que la *coordinación* y la *autogestión comunista* sustituyan, en el momento oportuno, a la *dirección*.

12. *Relación del prepartido y el partido en el capitalismo.*

Cuando el prepartido (pasando por las fases de *penetración, integración, influencia y hegemonía*) logre que las organizaciones de masas se transformen de organizaciones *sumisas o mediatizadas* en organizaciones *independientes* y de éstas en organizaciones *autónomas* perderá su razón de ser y desaparecerá en ellas. Podrá subsistir durante un tiempo, transformando su papel de *promoción por el de asesoramiento*; pero su *tendencia necesaria* será extinguirse como organización política. Si los compañeros del prepartido, integrados en su organización de masas, son electos por la base, junto con otros, pasarán a ser de miembros del prepartido a miembros del partido.

Las relaciones entre el prepartido y el partido atravesarán, pues, por cuatro etapas:

1. Habrá, por así decirlo, mucho prepartido y poco o nada de partido.
2. Habrá tanto prepartido cuanto partido.
3. Habrá más partido que prepartido y
4. Desaparecerá totalmente el prepartido para dejar su sitio al partido obrero, campesino y popular (POCP).

Cuando, tras de sobrepasar la etapa del paralelismo (segunda etapa) y consolidarse la fase del predominio partidario (tercera), el POCP pueda arrogarse las funciones del prepartido o, lo que es igual, prescindir de la promoción y el asesoramiento, llegará el momento de liquidar el prepartido.

13. *La organización prepartidaria OIR-LM.*

El nombre de Organización de Izquierda Revolucionaria (Línea de Masas) es un buen nombre. Lo es por tres razones:

- a) Porque al asumir, de manera consciente y deliberada, la designación de *Organización*, sale al paso a todo intento de autollamarse y autoconsiderarse *el* partido de la clase obrera o la agrupación política a partir de la cual se generará éste. Llamarse *Organización* y no *partido* significa combatir las usurpaciones, tan frecuentes en nuestro país. de la vanguardia obrero-campesina.
- b) Porque al asumir, de manera consciente y deliberada, la designación de *Izquierda Revolucionaria*, sale al paso a la izquierda reformista (PPS, PST, PSUM, etcétera) . Los miembros de la OIR rechazamos terminantemente la identificación, típicamente lombardista, de la *izquierda* con el estatismo (con las nacionalizaciones supuestamente descolonizadoras) y la *derecha* con la iniciativa privada. Para nosotros tanto el predominio del Estado a expensas de la propiedad privada, cuanto de la propiedad privada a expensas del Estado, son manifestaciones de la *derecha*, distintas expresiones de los enemigos del pueblo, derivadas de contradicciones interburguesas. La *izquierda revolucionaria* para nosotros está al lado de las masas, de los intereses históricos de los obreros, los campesinos y el movimiento urbano-popular.
- c) Porque al asumir, de manera consciente y deliberada, la designación de *Línea de Masas*, sale al paso a toda concepción blanquista y conspirativa de quienes buscan tener influencia en ciertos sectores populares sin hallarse integrados social y aun productivamente a ellos. Sale al paso

también a todo "vanguardismo doctrinario" que no preste atención al grado de conciencia y al estado de ánimo de las masas ya que el principio capital de la línea de masas ("de las masas a las masas") implica que la vanguardia opere teórica y políticamente en función de la situación sociopolítica que muestren las masas en cada momento del proceso histórico.

Pero este atractivo nombre es susceptible de asumirse, respecto a cada una de las partes integrantes de su designación, de dos maneras distintas: *en primer lugar*, el término *Organización* puede significar una agrupación *prepartidaria* que, aunque no constituya hoy por hoy un partido (o el partido de la clase) acabará por transformarse en él; puede significar también un grupo político que no tiene la intención de transformarse en partido sino en coadyuvar a que las propias masas conformen su partido; *en segundo lugar*, la denominación *Izquierda Revolucionaria* puede asimilarse, al contraponerse a la izquierda *reformista*, a una línea política decididamente anticapitalista, definiéndose en un sentido puramente destructivo: por izquierda revolucionaria podría entenderse, en este sentido, una concepción leninista o trotskista que piensa que la destrucción del capitalismo equivale al inicio de la construcción del socialismo. La designación *Izquierda Revolucionaria* puede vincularse, tras de contraponerse no sólo a la izquierda reformista sino también a la puramente destructiva (vanguardista y burocrática), a una línea política *destrutivo-constructiva*, es decir, a un proyecto basado en la convicción de que no basta destruir las relaciones de producción capitalistas para iniciar la construcción del socialismo, sino que se precisa gestar el socialismo, primeramente de *manera embrionaria* (dentro del capitalismo) y después de *manera social* tras la toma del poder por parte del bloque de las fuerzas populares.

En tercer lugar, la *Línea de Masas* es susceptible de dos tipos de interpretación: una basada en la *exterioridad vanguardista* y otra en el *todo continuo masas-partido*. La línea de masas se puede formular, como se sabe, del siguiente modo: *de las masas a las masas*. De acuerdo con la primera interpretación esta fórmula significaría: *de las masas al partido autoproclamado y del partido autoproclamado a las masas*. De acuerdo con la segunda significaría: *de la instancia popular a la partidaria y de la instancia partidaria a la popular*. OIR-LM es, decíamos, una buena manera de llamarnos. Tan lo es que, desde el Congreso de Fusión, núcleo a varias organizaciones políticas alrededor de un propósito. En esa ocasión la Asamblea estuvo de acuerdo en que nos diéramos el nombre de *Organización* y no partido, *Izquierda Revolucionaria* y no izquierda a secas

y *Línea de Masas* y no cualquier otra designación que significara ausencia de integración con las masas. Ahora, en vísperas del primer Congreso Nacional, se puede advertir, sin embargo, que, para fortalecer la unidad que hemos conquistado, y que se precisa consolidar, no basta con aludir, al pensar en el nombre de nuestra agrupación, a un sentido que si bien fue útil en una fase de desarrollo, hoy resulta vago, abstracto y hasta confuso. Ahora vivimos en una suerte de *ambigüedad* en la organización, derivada del hecho de que, por diversas razones, el nombre que ostentamos (y en el cual se halla o debe hallarse condensado nuestro ideario político) tiende a ser interpretado, en lo que a cada una de sus partes integrantes se refiere, de acuerdo con las dos posibilidades que acabamos de enunciar. Unos lo interpretamos de una manera, otros de otra. Y solamente nos ponemos de acuerdo cuando acudimos al sentido vago y general, impreciso y abstracto que tenía en un principio. Vivimos, entonces, una etapa en que predomina la *unidad formal* (fincada en una *ambigüedad* no resuelta) de la *denominación que nos damos*. Pero, si nos proponemos sortear una crisis de gravedad incalculable, es necesario superar la diversidad de interpretaciones que, de manera más o menos precisa, subyacen en la agrupación en torno al carácter y la finalidad de nuestra acción política. Debemos abandonar, entonces, la *unidad formal* (basada en la ambigüedad) y asumir una *unidad real* (fundada en la disolución de la ambigüedad). Debemos discutir, por consiguiente, las diversas interpretaciones de nuestro proyecto político hasta lograr un acuerdo interpretativo que logre homogeneizarnos verdaderamente. Es obvio que al tratar de pasar de la *unidad formal a la real* se precisa combatir toda tendencia a la escisión. En relación con ello, nuestra consigna debe ser la tradicional: *unidad/crítica/unidad*, en que si la primera *unidad* es todavía *formal*, la segunda es ya una *unidad real*, y en la que la *crítica* (la disolución de la *ambigüedad*) debe tener buen cuidado de no propiciar el fraccionamiento de la organización sino, por el contrario, de profundizar su carácter unitario.

Digámoslo de manera resuelta: nuestra concepción del partido ^{Izo} es el de una *organización* que pretenda transformarse, en un momento dado, y mediante un acto de autoproclamación, en partido. No es tampoco el de una "*izquierda revolucionaria*" que exalte únicamente las tareas *destructivas* y desdeñe o "deje para mañana" las *constructivas*. No es asimismo el de una interpretación de la *línea de masas* de acuerdo con la fórmula: *de las masas al partido autoproclamado y del partido autoproclamado a las masas*. No. Este no es el partido que deseamos.

Nosotros concebimos a la OIR-LM como una *organización prepartidaria y propartidaria; pero no protopartidaria. Prepartidaria*

significa no un embrión de partido que sólo necesita desarrollarse para transitar, de manera evolutiva, de prepartido a partido. No somos, ni debemos considerarnos, las primeras fases de desarrollo del partido ni las vísperas de él. Estamos decididamente en contra de que la OIR va a crear el partido y mucho más de que lo va a gestar a partir de lo que es hoy. Sólo vamos a coadyuvar a su emergencia. La OIR, considerada como prepartido, no debe transformarse en partido, devenir partido, construir el partido sobre la base de lo que es ahora, sino diluirse o asimilarse al futuro partido obrero, campesino y popular (creado en y por las masas) *en la medida y en la forma en que la clase trabajadora manual (conscientizada) lo decida.*

Propartidaria quiere decir que somos una agrupación política que, aunque no pretende transmutarse en partido, sí se propone promover que los trabajadores manuales construyan su propio partido. *La promoción partidaria tiene que presentarse no como la orientación acabada e indiscutible del contenido y la forma del partido obrero, campesino y popular; no como un modelo partidario confeccionado en un laboratorio hasta en sus último detalles, sino como una proposición teórico-política a los trabajadores manuales (que obviamente puede ser modificada y adaptarse a condiciones especiales) para que aquéllos emprendan, basados en sus propias fuerzas, su experiencia, su iniciativa y su imaginación, la construcción de su organización partidaria y los mecanismos apropiados para su buen funcionamiento.*

Tres acciones fundamentales de la organización prepartidaria son: (a) *la promoción o la conducción de la idea de partido interno o del autogobierno a las masas;* (b) *el asesoramiento transitorio o la acción orientadora* —pero respetuosa en todo momento de las decisiones del *todo continuo masas-partido*— *a aquella o aquellas instancias partidarias electas por primera vez y que requieren de su ayuda;* (c) *la dilución en el partido o la integración real al mismo en la medida y la modalidad en que las masas lo decidan.*

Es importante aclarar que la organización pre y prepartidaria tiene a no dudarle una cierta *exterioridad* respecto a las organizaciones de masas, porque es una promotora, en ellas, de la idea y la necesidad del partido; pero su exterioridad no tenderá a consolidarse y reproducirse incesantemente (como sucede con las demás agrupaciones vanguardistas) porque es una exterioridad que tiene precisamente como su finalidad y su razón de ser generar la dirección interna, el autogobierno, la autonomía en las masas. La OIR, en este sentido, tendrá durante cierto tiempo, como tiene, cierta exterioridad respecto a las masas; pero es, o debemos considerarla, como una *exterioridad provisional* destinada expresamente a

autonegarse, a diferencia de la autoproclamación partidaria que, desdenando el principio de la autoliberación de las masas, busca perpetuar y perpetuarse en la exteriorización dirigiste.

El pre y propartido debe hallarse en razón inversa a la autonomía de las masas (la cual implica, como dijimos, el autogobierno): a más autonomía menos prepartido, hasta llegar el momento en que la organización política promotora desaparezca para cederle el paso a las OAM y su *instancia partidaria*.

No protopartidaria significa, por último, como ya dijimos, que la organización política (en este caso la OIR) no debe considerarse el partido de clase en su fase larvaria y primitiva, el cual, en el "momento adecuado" (por ejemplo cuando adquiriera más influencia en las masas o cuando la coyuntura parezca exigirlo) se desarrollará como un partido hecho y derecho. Toda organización que se considere protopartidaria apelará tarde o temprano a la autoproclamación, es decir, a presentarse ante su "clientela" como la representante de los intereses históricos de las masas explotadas y oprimidas, no siendo, en realidad, sino una usurpación más del partido obrero, campesino y popular llevada a cabo por los burgueses o los intelectuales.

El prepartido debe realizar las siguientes tareas: *teóricas* (elaboración de un anteproyecto de línea política que abarque los principios fundamentales de la lucha por el socialismo, la *estrategia y la táctica*), *políticas* (inserción en la lucha de clases y permanente aprendizaje de la misma), *organizativas* (colaboración permanente en la gestación de las OAM), *extensivas* (participación en el crecimiento y la proliferación de las OAM), de *alianzas* (conformación de una clara política al respecto para acumular fuerzas y tender a la eficacia destructiva), *educativas* (tarea consistente no en "tirar línea", no en determinar lo que hagan y piensen los trabajadores, sino en socializar los conocimientos y la información, en exportar medios *intelectuales* de producción, dotar a los trabajadores, empezando por sus elementos más conscientes o conscientizables, del instrumental teórico-político más urgente para adueñarse de un espíritu crítico y pensar las cosas con su cabeza. *Todas estas tareas del prepartido caen dentro de la promoción pro positiva y el legado de experiencias.*

14. ¿Qué tareas debe desarrollar en esta fase la OIR (L-M)?

La primera tarea que debe emprender la OIR, además de la prosecución y el perfeccionamiento de la lucha cotidiana, es la de discutir el *tipo de partido* que buscamos, para ver si la clase de organización que

somos en la actualidad corresponde a la finalidad que se deriva de dicha búsqueda y, en el caso de existir un desfase entre lo que perseguimos y lo que somos, pugnar por introducir las modificaciones necesarias en la organización para volverla un medio útil respecto al fin propuesto conscientemente. Se trata, entonces, de destruir la *ambigüedad* en que vivimos. Tenemos la esperanza de que en la organización prevalezca la idea, y la práctica a ella aparejada, de que somos un *prepartido propartidario; pero no protopartidario* (es decir que no somos el embrión del partido) Y que el partido por el cual pugnamos, o pugnaremos denodadamente, es el *todo continuo masas-partido* o *bloque de masas autónomas auto gobernadas*. Una vez logrado lo anterior, o sea el común acuerdo sobre el partido que deseamos y la clase de organización política que se requiere para coadyuvar a ello, la OIR debe luchar por generar en los sitios en que ya ha adquirido la hegemonía, las bases teóricas, políticas y organizativas para el autogobierno o la autonomía de las masas. Así como el "sector revolucionario" de la clase intelectual denomina socialismo al régimen tecnoburocrático, muchos políticos dan el nombre de organizaciones autónomas a organizaciones que, por ser solamente independientes de la burguesía pero no de la clase intelectual, no son verdaderamente autónomas sino que son OHM. Las masas, guiadas por nuestra promoción y nuestras proposiciones, deben adquirir claridad respecto a los siguientes puntos: *qué* partido buscan, *quién* lo va a crear, *cómo* deberá gestarse y *cuándo* deberá nacer. Lo anterior debe llevarse a cabo en el movimiento obrero, las comunidades y colonias. El proceso será en términos generales siempre el mismo: penetración, influencia, hegemonía. Cuando adquiramos ésta (que puede iniciarse, como dijimos, en una *fracción* de masas) debemos ejercer nuestra labor promotora destinada a que las masas conformen su autonomía y su dirección interna.

Las instancias partidarias *individuales*, asesoradas en principio por la OIR, se agruparán con otras para conformar sus instancias partidarias *regionales*, primero, y la instancia partidaria *nacional* después.

El prepartido nace, se desarrolla y muere. Antes de desaparecer; debe realizar —lo repetimos— las siguientes tareas para que su promoción y sus proposiciones sean eficaces:

- teóricas* (elaboración de un anteproyecto de línea política);
- políticas* (inserción permanente en la lucha de clases, aprendizaje de la misma y búsqueda de una correcta línea de alianzas);
- organizativas* (colaboración en la gestación de OAM, hacia afuera, y reconfiguración de la organización prepartidaria en función del tipo de partido por el que pugnamos);

- extensivas* (participación en el crecimiento y la proliferación de organizaciones de masas politizadas, yendo de la penetración a la influencia y de la influencia a la hegemonía);
- educativas o de formación* (ayudar a los trabajadores a autodelimitarse políticamente y a darse un autogobierno que prescinda de los educadores: la *educación de la autoeducación*).

La OIR debe finalmente diluirse en el POCP, siempre y cuando éste elija a sus miembros como representantes partidarios de las AOM.

Puede pensarse, después de leerse este escrito, que la propuesta que presentamos ante la organización es muy difícil. Lo es porque solicita de ella que no sólo se vuelva eficaz desde el punto de vista de la *destrucción*, sino que al mismo tiempo inicie, aunque sea embrionariamente, la *construcción*; que domine no sólo la *práctica* sino la *teoría*; que no sólo se dedique a la actividad inmediata sino que examine críticamente el *fin* al que aspiramos. Es una propuesta difícil porque exige de nosotros que llevemos a cabo de *manera simultánea* tareas distintas y hasta contradictorias. Lo es, asimismo, en virtud de que, por ser un *proyecto novedoso y nunca planteado en el ámbito de la izquierda nacional*, choca contra la inercia, el conservadurismo, las "telarañas" y hasta los intereses de algunos de los integrantes de la organización. No ignoramos, pues, que se trata de una propuesta que no es de sencilla realización. Pero la dificultad no es un argumento en contra de la necesidad de llevar a cabo un conjunto de faenas imprescindibles, cuando la realización de ellas resulta la condición necesaria, insoslayable, para la destrucción del capitalismo y la construcción del socialismo. En general podemos decir que la práctica política burguesa es más fácil que la leninista, en el mismo sentido en que es más sencillo asumir una actividad política mediatizada o sumisa que una destructiva. Y podemos afirmar asimismo que la práctica leninista es menos difícil que la francamente socialista, en el mismo sentido en que es más fácil asumir una actividad política puramente destructiva, que una destructivo-construktiva. Los revolucionarios no tenemos, entonces, como valor supremo lo de fácil realización, lo que no cuesta mucho trabajo (y que para las mentes apoltronadas resulta "viable y no utópico"), sino lo que conviene (a la manera en que lo hacen los medios adecuados respecto a los fines) a la lucha por una verdadera emancipación de los trabajadores manuales.

A lo largo de este texto hemos hablado de que la organización prepartidaria debe tener una *función promotora*. Y hemos subrayado que ésta debe llevarse a cabo como una proposición. En efecto, no se trata de que las masas hagan suyo un proyecto partidario acabado, ideado hasta en

sus últimos detalles, sino de proponerles una concepción de *partido interno* para que, *conjuntamente con ellas*, con sus opiniones, sus experiencias, su realidad, se elabore, tanto teórica como prácticamente, la perspectiva de una organización política que sea, como dijimos, no sólo de nuevo tipo, sino de diferente esencia.

Nos inclinamos a pensar, diremos finalmente, que la función promotora no tiene por qué ser privativa de una sola organización. Creemos, por eso mismo, que nuestra agrupación no sólo debe propagandizar la nueva idea de partido que empezamos a concebir sino tratar de convencer a otras organizaciones afines (probablemente comenzando por algunas de las que se definen dentro de la *línea de masas*) de que, aliadas con nosotros en este punto, colaboren en la labor histórica de la promoción nacional del POCP.

CAPITULO X

NO SOLO HAY QUE LUCHAR CONTRA LA CLASE INTELECTUAL SINO CONTRA EL MANUALISMO

♦ El documento *No sólo hay que luchar contra la clase intelectual sino contra el manualismo*, data del 11 de agosto de 1984.

En muchos de nuestros anteriores escritos, hemos puesto el acento en la existencia de la *clase intelectual*. Hemos dicho que, en el modo de producción capitalista, hay un grupo social que, originándose en las relaciones socioeconómicas del régimen, se caracteriza por encarnar una estructura *apropiativa*, una estructura *productiva* y una estructura *reproductiva*. La clase intelectual se diferencia, en efecto, de la clase burguesa y de la clase obrera (o trabajadora manual) por su estructura *apropiativa* particular (es dueña de la *práctica teórica especializada* de la sociedad); se distingue también de ambas clases por su estructura *productiva* específica (logra que los medios intelectuales de producción que posee conviertan su fuerza de trabajo intelectual en más o menos productiva) y se diferencia, finalmente, de las dos -clases mencionadas por su estructura *reproductiva* específica (reproductiva en el doble sentido de la expresión: como la clase susceptible no sólo de producir sino reproducir (ampliadamente) conocimientos e ideología, y de reproducirse incesantemente como clase) . ¿Por qué hemos puesto el acento en la existencia de la clase intelectual? Porque estamos convencidos de que esta clase, aparentemente inorgánica y dispersa, surge en la sociedad capitalista como uno de los peligros fundamentales con los que puede tropezar, como ha tropezado, el bloque de trabajadores manuales en su lucha por el socialismo. La primera manera de combatir a esta clase es denunciarla, mostrar su estructura, sus contradicciones internas, sus leyes de tendencia. Si no se hace tal cosa, seguirá imperando en la izquierda en su conjunto una *ideología intelectualista* que tiene como su pieza maestra rechazar la existencia de tal clase, con argumentaciones tan débiles y escolásticas como la de que, puesto que los "clásicos" nunca consideraron a los intelectuales como clase, no es permisible, conveniente o científico hablar de una clase intelectual. La esencia de la ideología intelectualista consiste en rechazar la existencia de la clase intelectual *en la teoría*, y permitir, con ello, que, *en la práctica*, mediante *la revolución proletario-intelectual* (tenida por socialista) pueda dicha clase acceder al poder.

La tesis de la clase intelectual (segmento de una teoría más amplia, a la que hemos dado el nombre de *Revolución Articulada*) no sólo denuncia teórica y políticamente la existencia de un grupo social con intereses particulares dentro del capitalismo, sino que interpreta y generaliza un sentimiento, intuición o instinto que existe frecuentemente en los trabajadores manuales: el vislumbre de que los intelectuales (como los patrones, aunque en otro nivel) son por lo general enemigos *de clase*. No sólo por ser representantes del capital. No sólo por eso. Sino porque, *en sí mismos*, poseen una serie de características que los contraponen no

circunstancial sino históricamente a los trabajadores físicos.

La tesis de la clase intelectual trae consigo ventajas enormes para la lucha revolucionaria. Posibilita que las organizaciones laborales combativas sean no sólo *independientes* sino *autónomas* o, lo que es igual, que no sólo desconfíen de la burguesía (característica fundamental de la mera independencia) sino también de la intelectualidad. Esta tesis vuelve a tomar en serio la divisa clásica de la Primera Internacional: la liberación de la clase obrera tendrá que ser obra, por necesidad, de la propia clase obrera. Pero la tesis de la clase intelectual conlleva un peligro: la desviación del *manualismo* u *obrerismo vulgar*.

El manualismo es la actitud de los trabajadores manuales, derivada de su instinto antintelectualista, consistente en el menosprecio o la subestimación de la cultura en general y de la ciencia en particular. Es un embate no sólo contra el monopolio de los conocimientos, sino contra los conocimientos en cuanto tales. Un rechazo no sólo a la clase intelectual, sino a los medios *intelectuales* de la producción cultural.

El manualismo es una especie de *movimiento luddita en el plano de la cultura*,⁹⁰ ya que pretende destruir los medios de producción culturales —la ciencia, las obras de arte, las reflexiones filosóficas, etcétera— sin advertir que ellos no son negativos de por sí, sino que es su monopolización por parte de una élite lo que los convierte, o puede convertirlos, en factores antipopulares.

Pongamos algunos ejemplos al respecto. Al parecer, ocurrieron casos de extremo *manualismo* en la Revolución Cultural china y en el movimiento de los Kmer rojos de Kampuchea (dirigidos por Pol Pot). La destrucción de obras de arte, la quema de libros, la xenofobia, la aniquilación física de intelectuales, etcétera, fueron algunas de las expresiones de este manualismo. El Obrerismo vulgar, al combatir la cultura y al pugnar por la destrucción de los medios *intelectuales* de producción, combate de hecho la posibilidad y la necesidad de que se gesticine una *intelectualidad de la clase manual*. El manualismo es, por eso, la otra cara de la ideología intelectualista: su acción tiende a desarmar teórica y culturalmente (y, por tanto, prácticamente) a los trabajadores que dice o cree defender. En efecto, el trabajo manual podrá (y deberá) prescindir de la intelectualidad (que constituye una clase ajena y contrapuesta a los trabajadores físicos) cuando, empezando por sus trabajadores más conscientes y conscientizables, se adueñe de los medios *intelectuales* de producción y

⁹⁰ John Ludd fue un obrero inglés que encabezó, como se sabe, los "morn tines contra las máquinas". Todo movimiento enderezado a destruir los medios materiales de producción recibe, por eso mismo, el nombre de luddita.

construya' una intelectualidad *intraclarista* o, lo que es igual, una intelectualidad emanada de la propia clase.

Todo manualismo tiene en común un claro repudio, conscientemente o no, de la necesidad de conquistar el armamento teórico-político por parte de los trabajadores manuales o la prédica de que, para la lucha, sólo se precisa la decisión, la experiencia adquirida o el conocimiento empírico e inmediatista. Los obreros y campesinos quedan, así, inermes frente a sus enemigos. Pese a su antintelectualismo, son fácil presa de la manipulación intelectual. Ciertos grupos e individuos, en efecto, tras de promover en la masa una tendencia manualista o hacerle mañosamente el juego al obrerismo vulgar mediante la "denuncia" de los intelectuales, logra atraer a los trabajadores a una política burguesa o a una política intelectualista. Hay, entonces, dos tipos de manualismo: el burgués y el intelectualista.

El *manualismo burgués* es un dispositivo ideológico empleado frecuentemente por los políticos capitalistas y por la burocracia charra de los sindicatos. Consiste en promover o alentar en los obreros y campesinos la idea de que sus principales enemigos son los intelectuales: estudiantes, maestros, teóricos, etcétera. Que lo son porque traen consigo "ideas exóticas", porque tienen privilegios, porque viven, visten y piensan de modo distinto a los "verdaderos trabajadores". Con frecuencia estos políticos burgueses privilegian al administrador o técnico de una empresa, lo presentan como el enemigo principal de los trabajadores, mientras ocultan al dueño o a los dueños de la fábrica. El manualismo burgués pretende tender una línea divisoria entre los trabajadores manuales y los intelectuales socialistas; pero no entre los obreros y los capitalistas. Los políticos de esta clase intuyen claramente que la intelectualidad revolucionaria encarna *intereses de clase* distintos y aun opuestos a los del capital privado. Pugnan, entonces, por evitar la influencia de los intelectuales en las masas, y saben que, para lograr tal designio, nada mejor que echar leña al instinto antintelectualista que acompaña naturalmente a los trabajadores físicos, hasta conducirlo a sus expresiones manualistas más exacerbadas. Se trata, sin duda, de una actitud diversionista, a la cual se prestan frecuentemente los obreros y campesinos porque, además de ver con resquemor y desconfianza a los intelectuales, carecen de los medios *intelectuales* de producción (que les podrían permitir hacer frente a la *ideología manualista de la clase burguesa*) y sufren, por razones sociales de apatía y temor a autogobernarse.

La izquierda tradicional no sabe qué hacer frente a esta situación, Como sólo denuncia a un enemigo (la burguesía) y silencia o desconoce al otro (la intelectualidad), como denuncia la propiedad privada de medios

materiales de producción, pero no se auto-denuncia como parte de la clase intelectual en ascenso, responde al instinto anticapitalista de las masas, pero no a su instinto antintelectualista. Resultado: esta izquierda tradicional, en el supuesto caso de que la burocracia sindical y los políticos burgueses sean más hábiles y oportunos, queda marginada de las masas y señalada como agente de ideas extranjerizantes, antimexicanas y exóticas.

El *manualismo intelectualista* es el dispositivo ideológico del sector histórico (o *para sí*) de la clase intelectual. Es, en términos generales, el punto de vista que sostiene el marxismo-leninismo. Aquí hay un cambio de terreno respecto al manualismo burgués. No se denuncia e increpa ya a los intelectuales (destruyentes) con el objeto de beneficiar a la burguesía, sino que se combate la idea, la posibilidad, el proyecto de crear una intelectualidad obrera, de carácter intraclasista, y el comportamiento y actitud de la intelectualidad antiburocrática, desclasada descendentemente y presta a solidarizarse irrestrictamente con los intereses históricos del proletariado manual. Lo anterior se evidencia de manera patente en la tesis leninista de que la clase trabajadora no puede ser socialista basada en sus propias fuerzas, lo cual sería cierto si dicha clase no pudiera engendrar en su seno una intelectualidad obrero-campesina. Pero el leninismo saca una conclusión diversa: como la clase obrera no puede ser socialista por sí misma (y es utópico pensar en que se pueda gestar una intelectualidad de los trabajadores manuales) se requiere entonces, de manera imprescindible, una intelectualidad (extraclasista) supuestamente revolucionaria y socialista. Los obreros y campesinos no necesitan prepararse teórico-políticamente para autodeterminarse. Para eso está el partido. El manualismo intelectualista, que pugna por la conquista y desarrollo de la teoría por parte de la organización política de vanguardia, combate a quienes pretenden (como nosotros) promover entre las masas una verdadera teorización tendiente a sustituir a los intelectuales extraclasistas por la paulatina gestación de una intelectualidad obrero-campesina. Dicho manualismo está en el fondo en contra de la exportación a los trabajadores manuales de los medios *intelectuales* de producción (de quienes poseen cultura política), está en contra de las escuelas de cuadros abiertas, en contra de la rotación de camaradas en los puestos directivos, en contra, por último, de la *educación de la autoeducación*. Dicen que a la masa le basta para la lucha contra sus enemigos la generalización de sus experiencias, el conocimiento empírico, el minucioso análisis de lo "concreto".

El manualismo no sólo se expresa de manera violenta, rabiosa y compulsiva (como destrucción de la cultura), sino de modo más sofisticado y sereno: como subestimación, indiferencia o desinterés por la teoría y la

preparación cultural. El manualismo no logra advertir que, y esto hay que decirlo de manera tajante, *sin el cultivo y desarrollo de la práctica teórica (al lado, desde luego, de otros factores) no existe la posibilidad de crear, con el socialismo, el régimen social que sienta las bases para la desenajenación social.*

El manualismo, aunque frecuentemente haya acompañado a los diversos intentos de revolución cultural, es el polo opuesto, el antípoda de esta última, ya que si la esencia de la revolución cultural consiste en la pugna por socializar la cultura, el manualismo tiende a dejar a los trabajadores huérfanos de conocimientos. Es, asimismo, uno de los fundamentos del *sustituismo*⁹¹ es decir de aquel proceso por medio del cual el partido sustituye a las masas, la dirección partidaria sustituye al partido y la Comisión Política sustituye a la dirección. El partido sustituye a las masas porque* consiente o fomenta en ellas su incapacidad teórico-política. El* Comité Central sustituye al partido y la Comisión Política sustituye al Comité Central por idénticas razones. *El combate contra el sustituismo tendrá que pasar necesariamente, entonces, por la lucha contra el manualismo y su magnificación de la ignorancia.*

Dos formas muy características del *sustituismo* son: el *aparatismo* y el *caudillismo*. El *aparatismo* es aquella posición política, propia de esa burocracia que se genera fatalmente en las organizaciones políticas habituales, que tiene como su característica fundamental la lucha, consciente o no, porque el aparato sustituya a las masas. El *aparatismo* desconfía de los trabajadores. Se horroriza frente a la posibilidad de organizaciones autónomas de masas, de verdad. Insiste machaconamente en el *eficientismo*. En una "buena división del trabajo" al interior de la organización política. El *aparatismo* desemboca necesariamente en la *autoproclamación* y en la tesis de la *imprescindibilidad* de un partido externo a las masas que, como su "intelectual colectivo", sepa orientarlas en su lucha por la emancipación del trabajo. En realidad, *los autoproclamados oficialmente países socialistas tienen en buena parte su origen en los autoproclamados partidos socialistas o comunistas.*

El *caudillismo* es aquella posición política, propia de ciertos dirigentes de masas, que tiene como uno de sus aspectos más relevantes la tendencia a que un individuo (el caudillo) sustituya a las masas. En general el *caudillismo* va acompañado de un *vanguardismo* solapado. El caudillo sostiene que en su esfera de influencia no hay dirigentes ni necesidad de ellos. Pero él, conscientemente o no, acaba por convertirse

⁹¹ Del que habla el joven Trotsky en *Nuestras tareas políticas*.

en imprescindible. En una especie de *tlatoani* o emperador indiscutible, aunque soterrado.

Es interesante observar cómo los aparatistas combaten a los caudillos y cómo éstos imprecán contra los primeros. Se trata de una polaridad en la que las masas no tienen voz ni voto. Ambas posiciones políticas utilizan el manualismo practicista para volverse insustituibles. Los unos queriendo contraponer un aparato a las masas, los otros deseando entronizarse solapadamente como los eternos dirigentes o tribunos del pueblo.

Frente a lo precedente, los trabajadores manuales de la ciudad y el campo deben orientarse, a nuestro modo de ver las cosas, de acuerdo con la siguiente alternativa:

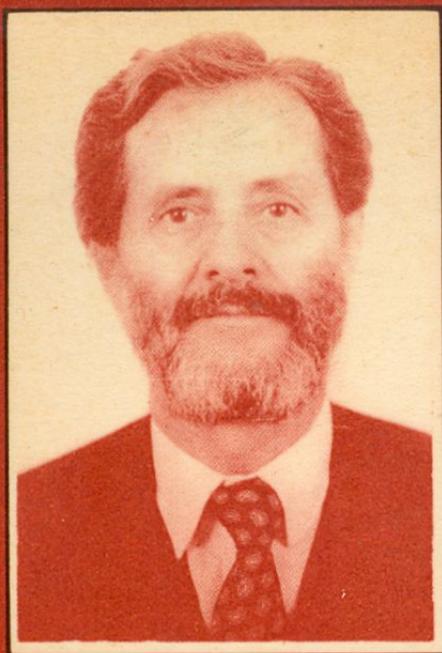
1. Hay que denunciar la existencia de una clase intelectual y su tendencia histórica a hacerse del poder con la ayuda de los trabajadores físicos de la ciudad y el campo.
2. Hay que luchar no sólo contra la clase intelectual⁹² sino contra el manualismo, tanto en sus aspectos violentos como refinados.
3. Hay que combatir denodadamente en contra del manualismo burgués y el manualismo intelectualista.
4. Hay que rechazar lo mismo las tendencias aparatistas que las caudillistas que puedan presentarse en la lucha por generar el partido obrero, campesino y popular.
5. Hay que pugnar resueltamente por la creación de un partido *interno* a las masas laborantes. Que las masas tengan voz y voto. Nada de ver a las organizaciones autónomas de masas por un lado y al partido por otro. Las organizaciones de masas, para ser verdaderamente autónomas, necesitan su propia dirección política.
6. Hay que gritar a todo pulmón ¡muera el partido autoproclamado!
¡Viva el todo continuo masas-partido!

INDICE

Presentación	2
Introducción.....	15
CAPITULO I	
¿Por dónde empezar?.....	19

⁹² El problema de las alianzas será el tema de otro documento.

CAPITULO II	
<i>El Espartaquismo Integral a la luz de la Revolución Articulada</i>	33
CAPÍTULO III	
<i>Un laboratorio de comunismo</i>	45
CAPITULO IV	
<i>¿Centralismo democrático o democracia centralizada?</i>	68
CAPITULO V	
<i>La concepción del Partido Obrero-Campesino a la luz del Espartaquismo Integral y de la Revolución Articulada</i>	95
CAPITULO VI	
<i>Acerca de la necesidad de la vanguardia y las vanguardias solapadas</i>	112
CAPITULO VII	
<i>La Unidad masas-partido</i>	123
CAPITULO VIII	
<i>La cabeza del proletariado manual</i>	142
CAPITULO IX	
<i>Las Organizaciones autónomas de masas y el partido</i>	150
CAPITULO X	
<i>No sólo hay que luchar contra la clase intelectual sino contra el manualismo</i>	172



El problema de la organización política de la clase obrera es una cuestión que ha preocupado a Enrique González Rojo desde hace varios lustros. Su constante militancia en las agrupaciones socialistas —desde el Partido Comunista Mexicano hasta la Organización de Izquierda Revolucionaria - Línea de Masas pasando por la Liga Leninista Espartaco— y su permanente reflexión sobre las características que debe poseer una agrupación política para expresar los intereses históricos de los explotados, lo han llevado a elaborar una tesis audaz y novedosa sobre este tema. *Los trabajadores manuales y el partido* constituyen una antología de ensayos en torno a la problemática, puesta de

relieve a partir de José Revueltas, de la ausencia de un verdadero partido de clase en el país y la necesidad de coadyuvar a su emergencia. Enrique González Rojo es autor, además de este libro con que se inician sus Obras teórico-políticas, de: *Para leer a Althusser* (Editorial Diógenes), *Teoría científica de la historia* (Editorial Diógenes), *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual* (Editorial Grijalbo), *Bosquejo para una teoría del Estado. El caso de México* (Ediciones Pico y Pala), *La revolución proletario-intelectual* (Editorial Diógenes) y *Epistemología y socialismo* (Editorial Diógenes, Universidad Autónoma de Zacatecas y Tendencia Sindical Independiente UAZ).

editorial domés

